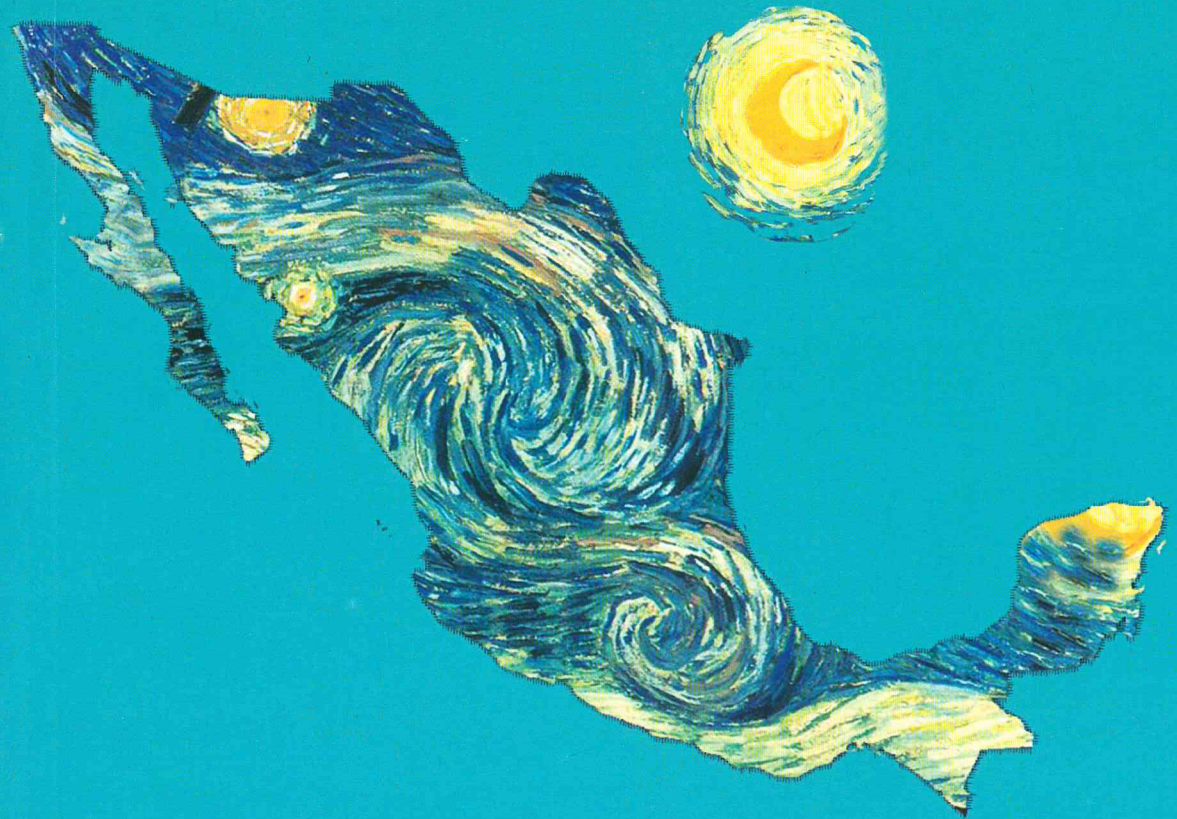


ÚLTIMA CONSPIRACIÓN

México en el siglo XXI



Luis Gilberto Orozco

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Última conspiración
México en el siglo XXI

Última conspiración
México en el siglo XXI

LUIS GILBERTO OROZCO



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Los Altos

Contenido

Prólogo	9
I. Los prestidigitadores del Lejano Oriente	13
II. Tigres, tigrillos y el dragón	25
III. La irracionalidad económica	41
IV. El interés mueve al mundo	57
V. La oscuridad de un modelo	73
VI. País de tres niveles	93
VII. Última conspiración	111
VIII. Sírvanse a puños	129
IX. Eliminar contradicciones	145
X. Ni tan tan, ni muy muy	157
XI. No trastocar, perfeccionar	175
XII. Audacia en un mundo global	201
Bibliografía	227

Primera edición 2006

© D.R. 2006, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Los Altos
Carretera a Yahualica km 7.5
Tepatitlán de Morelos, Jalisco

ISBN 970-27-0936-9

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Prólogo

México es considerado como un país de planes, intrigas, revoluciones, asonadas, conjuraciones y conjurados. Al mismo tiempo, es reconocido como un país de conmemoraciones. Precisamente, no está lejano ya el año en el que podrán celebrarse un centenario y un bicentenario. Y esos aniversarios próximos nos ofrecen la ocasión para reafirmar y concluir los ideales de esas dos luchas, acaecidas en 1810 y en 1910. Esto sin dejar de mencionar la contienda reformista por la separación de poderes y, que a la postre, culminó en la confirmación de la soberanía nacional, al erradicar la intromisión extranjera y al afianzar la institución republicana.

Es sabido que la autonomía política, conseguida en el siglo XIX, y el reconocimiento de los derechos campesinos y obreros, obtenido cien años después, adolecen en la práctica de restricciones. La soberanía de la nación sufre de los acotamientos y de las displicencias de sus acreedores, así como de los caprichos y vaivenes del capital extranjero, lo que debilita las estrategias de desarrollo y condiciona las propias decisiones financieras. Restricciones que impiden la conducción de una situación de independencia plena y ensombrecen nuestra capacidad de autodeterminación soberana.

Por eso, casi en el arranque de este siglo y milenio, el año 2010 nos puede ofrecer la oportunidad de esa doble conmemoración y la posibilidad de obligar a una flexión de nuestra historia, al concebir un propósito y al reafirmar una idea: el que esta generación promueva, “todos a una”, la última conspiración para abatir las dependencias externas y alentar una rebeldía social, pero contra sí misma; para, arrancando egoísmos y complejos, sacudir el subdesarrollo y encontrar los caminos de las concordias políticas y descubrir los mecanismos de los acuerdos nacionales.

Erigir un perenne monumento conmemorativo a la Patria en el siglo XXI, con la evidencia de una maduración social y de una esforzada voluntad por el bien común y la prosperidad en la diversidad racial.

Concretar un pacto que permita a todos los mexicanos reponer los tiempos perdidos, o incinerados en los fuegos fatuos del absolutismo, o arrojados a los vientos de delirante palabrería. Reponer los rezagos en la identificación y perfeccionamiento de nuestra identidad y en la búsqueda de horizontes que, con magnetismo nacionalista, nos acerquen al progreso. Convencer, superar fatalismos y a los fatalistas, sacudirnos de visiones regresivas auspiciadas por la debilidad social de algunos mexicanos, o por algunos otros malogrados "Josués" que quisieran estacionar en la penumbra nuestros signos cronológicos.

Conspiración civil de todo un pueblo, coligado sin cautelas, sin posiciones con reservas, sin sentimientos enigmáticos, sin discursos esotéricos, para conseguir un proyecto estratégico, simplificado y de acción inmediata: educación, ahorro interno, adelgazamiento de la deuda pública, inversión nacional, fortalecimiento del mercado interno auspiciando la demanda y la satisfacción de las necesidades humanas de prácticamente la mitad de los compatriotas, marginados actualmente de esa oportunidad.

Por otra parte, al introducirnos en los capítulos que tratan de nuestros problemas económicos, no pretendemos elaborar un manual de Economía, sino de abordar los temas con un complemento de su parte teórica para una mayor comprensión, cuando inciden en la situación mexicana. A su vez, no nos preocupa la precisa exposición estadística, pues cualquier serie pronto resiente la obsolescencia o la falta de extrapolación. La intención es utilizar su fuerza demostrativa en la funcionalidad de los cambios, como apoyo a la comprensión y factibilidad de las proposiciones sugeridas para el caso mexicano y, como motivación, a pesar de todas las contradicciones, asimetrías, desfavorable distribución de frecuencias en las tablas estadísticas, para urgir los progresos y exigir los avances. Asimismo, exponemos los procesos, como ejemplos prácticos en el tiempo y en la geografía, del desarrollo de las naciones del extremo Oriente. También, presentamos el modelo económico-social de un país avanzado de Europa.

La propuesta, como conmemoración de los aniversarios, es promover una campaña de subversión en contra de nuestras inercias y rutinas,

y conseguir con rebeldía juvenil en esta generación, la autoliberación del conformismo, en un estado de insurgencia civil que entierre el subdesarrollo e impulse el surgimiento de una nación con vocación humana y destino universal, dentro de la concordia y el trabajo.

Los prestidigitadores del Lejano Oriente

Es posible usar la prestidigitación social y convertir rezagos ancestrales de masas y de pueblos enteros sin batallas o demagogias, en progresos impresionables. Revisemos en retrospectiva algunas naciones asiáticas del Pacífico que nos maravillan por la transformación de su sociedad en pocos decenios, apoyadas en su tradicional frugalidad y en su sentido del orden. Así, vemos entre la reconversión económico-política del mundo, después de los colapsos bélicos en la primera mitad del pasado siglo, cómo surgen las ejemplares economías del Lejano Oriente, con Japón como paradigma de desarrollo, precisamente salido de las cenizas materiales y de la hecatombe espiritual en las que lo precipitaron la liberación de “megatómicas” energías y el estrepitoso derrumbe de su vehemencia nacionalista, tras la capitulación frente a la rigidez militar de McArthur.

El mítico imperio del Sol Naciente, sembrado insular en el Pacífico asiático, contiene más de 500 islas que yacen frente a la tierra firme continental del Lejano Oriente. Se concentran las mayores superficies en Hondo, Honshu o Nipón, Hokkaido o Yeso, Sikiku y Kinsiu, las que con el resto insular completan los 377,800 kilómetros cuadrados, en gran parte de paisajes montañosos y volcánicos. Zona sísmica de despierta actividad que acosa constantemente la anclada inmovilidad, con sacudidas frecuentes. Archipiélago que pasa, así, de una frágil armonía oceánica a la estremecedora ansiedad geológica con su meneo subterráneo, con sus superlativas y vacilantes chinampas entre las aguas del Pacífico. Tokio, la capital, Osaka, Yokohama, Nagoya, Kyoto, Kobe, Furcuaka, Kawusaki, Sapporo, Hiroshima, Sendai, Amagosaki, Kimamoto, Nagasaki, y las demás ciudades menores, villas y bucólicos paisajes, han sentido el mareo

que debajo de la superficie padece endémicamente esta inconsistente región de la corteza terrestre.

Por otra parte, en alrededor del 12% de su superficie se extienden féculas planicies de arrozales y trigales y las laderas florecidas, en las que el crisantemo se complace en representar la delicadeza y sensibilidad nacional japonesa. En las colinas las moreras ofrecen el espectáculo fresco de un apacible agostadero para el voraz y laborioso mutismo del gusano de seda. Existen esplendorosas formaciones selváticas, tierra adentro, y funcionales zonas costeras para la navegación y la pesca, tierra afuera.

La brumosa historia de las islas japonesas navega en el pasado de un marítimo misterio. En una sucesión cronológica, al Alto Imperio, por el siglo VII, le sucede la unificación del país y la llegada de la civilización continental china y, con ella, el budismo. Entre el 646 y el 1186 (Bajo Imperio) se dio una organización política supeditada a un mundo imperial y el establecimiento del shogunado o de las regencias. En el periodo kamakura, que se extiende hasta 1333, se resisten victoriosamente las invasiones mongolas. Entre esa fecha y 1574 se pervierte la tranquilidad con el escalonamiento de una serie de guerras civiles durante el shogunado de los Ashinkagas. Suceden entre 1585 y 1598, en el gobierno del emperador Hideyoshi, expediciones a Corea y persecuciones religiosas contra los misioneros occidentales.

Los shagunes Tokugogwas continúan las persecuciones a los cristianos, para luego aislar al país del contacto con los extranjeros. Periodo que se cierra en 1867 con el advenimiento del emperador Mutsuhito, que gobierna hasta 1912 y que establece la capital en Tokio. En este gobierno se aprueba la constitución de 1889, se produce un acercamiento a la civilización occidental, se vence a China y se obliga a reconocer la independencia de Corea; asimismo, se anexa la isla de Formosa. Se dan acontecimientos como la llamada guerra ruso-japonesa —continúa Japón con las contiendas en ese rincón del globo— entre 1884 y 1885. Se anexa de nuevo a Corea en 1910 y ocupa gran parte del territorio chino en 1937. Luego, se embarca en la gran aventura de la II Guerra Mundial, cuyas marcas dolorosas lo estremecerían interiormente y repercutirían en los procesos mundiales económicos posbélicos, al estrenar el Imperio su nueva Constitución en 1946, con una nueva visión histórica.

De esta manera, la nación desvió el caudal de sus energías nacionales arrutinadas en conflictos guerreros, para desbocarlo en torrente de poder creador y productivo que inundaría al mundo con su infatigable comercio y asfixiaría, por momentos, a su mismo conquistador: la Unión Americana, constituida en mentora e inspiradora de hiperprocesos económicos modernos. Por este camino logró, junto con el otro país abatido en el segundo conflicto mundial, Alemania, posicionarse en la vanguardia de la producción y de la comercialización internacional. Los laboriosos japoneses han llegado al liderazgo en ramas industriales como el armado de barcos, producción de cámaras, relojes, motocicletas. Aventajan en electrónica, como televisores, radios, grabadoras. En 1960 produjeron 432,000 automóviles, pero 20 años después alcanzaron el lugar de privilegio con 10 millones, para desconcierto del gigante mundial del automovilismo, nuestros vecinos del Norte. También, debe mencionarse el envidiable lugar del Japón alcanzado en el valor de su industria pesquera, en su multiplicada flota mercante, en la producción de textiles sintéticos, maquinaria pesada, productos de caucho, acero, cemento.

La agricultura proporciona sólo la décima parte del producto interior bruto —cifra de dos décadas después de la guerra—, siendo la superficie cultivable solamente el 15% del total del país. El milagro económico japonés comparable con Alemania, se debe a una adecuada política fiscal, combinada con un índice elevado de ahorro y de reinversión, así como a una cuidadosa coordinación entre la política del gobierno y del sector privado de la economía.¹

Japón es el ejemplo clásico del despegue y desarrollo económico y social que en unas pocas generaciones —los padres longevos de los japoneses que actualmente sobrepasen el siglo de edad, sin duda vivieron en un régimen atrasado y en una sociedad con estructura cerrada— logró alcanzar niveles sin precedentes. Y este milagro se resume en la aplicación de fuerzas, principalmente en dos vectores: en el descomunal esfuerzo del ahorro y en la aceleración de su desarrollo cultural.

1. Carandell, 1981, p. 69.

Hace cien años —en estas fechas sobrepasan los 135— eran países atrasados —referencia a Japón y a Rusia— en casi todos los aspectos. En el inicio de la década de los sesenta del siglo pasado (xix), la mayoría de la población trabajaba para los señores feudales, a quienes debían dar servicios en trabajo o pagos en especie. El Japón estuvo cerrado completamente al mundo exterior por los siglos y su estructura social se había fosilizado en el apoyo a la enorme e inútil clase de los guerreros [...] Únicos casos claros en el siglo pasado, en que las diferencias de ingresos entre naciones ricas y las pobres fueron reducidas sustancialmente.²

Así, hacia 1870 el ingreso per cápita del Japón representaba como el 25%, y menos de cien años después, en 1965, se acercaba ya al 70% del mismo indicador en relación, en ambas fechas, con el del Reino Unido. Este mismo país, por esos mismos años del siglo xix, aparecía como un pueblo eminentemente agrícola, con un 76% de la población varonil ocupada en la agricultura, cuando en el mencionado Reino Unido sólo lo hacía el 19%. Y refiriéndonos a ese mismo periodo de 1870 a 1965, observamos un destacado crecimiento japonés con tasas compuestas promedio anual, de las más altas. Así, su PNB lo hizo al 3.4%, mientras que su población la incrementó sólo al 1.1%, con un excedente per cápita de 2.2%.

“El desarrollo moderno del Japón se inició con la dinastía Meiji en 1868, cuando el feudalismo fue abolido y el shogunato de la dinastía Tokugawa fue depuesto después de estar más de 260 años en el poder.”³ Ya para la década de los setenta del siglo xix, y hasta 1913, Japón ya se significaba por sus tasas compuestas promediadas de crecimiento anual del PNB per cápita, entre los principales países industrializados, con posición intermedia en una lista de 15. Después del mismo 1913, y ya antes de la II Guerra Mundial, se había adelantado para llegar a los lugares líderes de esa misma tabla y estrechar la brecha de la tasa de su producto per cápita y la de los países industrializados. Sin embargo, tras su derrota en la guerra, la misma decreció notablemente, si la observamos hasta 1953. Pero desde esta fecha reencontró lugares significativos dentro de este indicador, entre los países líderes del mismo.

Al cerrar el siglo y el milenio, con una población cercana a los 130 millones y con una densidad de 340 habitantes por kilómetro cuadrado

2. Maddison, 1971, pp. 9-15.

3. *Ibidem*, p. 27.

(la de México es de alrededor de 55), su PIB por habitante supera al de Estados Unidos, con sus más de 20 mil dólares, desde hace tiempo. De esta manera, Japón, a pesar de su asfixiante espacio territorial, sorprende por su participación en el producto mundial y por sus tasas de ahorro. En las cuatro últimas décadas del siglo pasado superaron el 30% de su producto. A su vez, las tasas de inversión propiciaron una escalada, como las siguientes tasas en estos dos periodos: entre 1900 y 1913, 10.4%; entre 1920 y 1938, 15.3%. Los años cincuenta marcaron ya un crecimiento explosivo, puesto que entre 1953 y 1965 muestran tasas de 28.3%.

Pero, ¿qué fuerza subyacente, qué energía no explotada como nación, despertó a Japón y en un solo siglo lo disparó a alturas de una economía moderna y a un desarrollo sin precedentes? El aislamiento que vivió el país abonó un nacionalismo incontaminado que, al ser lastimado su orgullo por incursiones bélicas e imposiciones comerciales, lo condujeron a la aceptación de su atraso y al despertar de su conciencia como nación, para establecer las bases y el programa de su despegue y auge, con destino ansiado y una meta reflexionada.

[...] el primer requisito para la modernización consistía en un cambio institucional fundamental, particularmente en la agricultura. En Japón el proceso de reforma fue llevado a cabo con pragmatismo sorprendente y las instituciones capitalistas se afirmaron [...] la actitud gubernamental fue flexible, pragmática, sensible, regular y científica más que doctrinaria.

Las principales razones del funcionamiento favorable de la economía del Japón hasta la I Guerra Mundial fueron: a) el compromiso del gobierno respecto a una política de desarrollo que implicaba esfuerzos vigorosos en cuanto a reformas institucionales, educación y desarrollo técnico y medidas fiscales y monetarias drásticas; b) la apertura de un país completamente cerrado a los beneficios del comercio con todas las ventajas tecnológicas y las economías derivadas de la especialización que esto implicaba.⁴

4. *Ibidem*, pp. 36 y 58.

Podemos resumir el secreto de la transformación de este coloso productor del Oriente, que quemó etapas históricas para trasponer una estética medieval y en unos decenios competir con los países desarrollados y aventajarlos en muchos sectores. Japón limitó, primero, su consumo para convertirlo en ahorro productivo; luego, emprendió la imprescindible inversión en educación, a la que con entusiasmo y constancia arrojó el caudal de esfuerzos económicos y sociales. Así, una misma generación pudo vivir dos épocas históricas inconfundibles. Mismas que naciones desarrolladas recorrieron penosamente y, en muchos casos, auxiliados por la explotación de sus colonias durante décadas y aun siglos. En cuanto al ahorro productivo, una vez encaminado el pueblo japonés por este sendero, con su proverbial sobriedad fortaleció la capacidad y la abstinencia del consumo privado, lo que se tradujo en tasas sorprendentes de formación de capital bruto fijo —de 1887 a 1913, significó un 9.1% del PNB. Para los últimos años de los treinta sólo se consumía el 60% del PNB, mientras que la inversión y el gobierno absorbían el restante 40%.

A pesar de la baja participación de los salarios en el valor agregado los trabajadores japoneses también tenían grandes ahorros. Sus hábitos de consumo se retrasaron respecto a los ingresos que crecían tan rápido, particularmente debido a que los japoneses son tan frugales por lo que respecta a comida y vivienda. Una gran parte de los pagos por sueldos y salarios toma la forma de bonos semianuales que impulsan el ahorro. Todos estos factores ayudaron a Japón a aumentar su tasa de ahorro bruto hasta cerca de una tercera parte del PNB en el periodo que va de 1953 a 1965, esto es, cerca del doble del nivel de 1913 a 1938 y tres veces más que el de la época Meiji.⁵

Dentro de la frugalidad mencionada, es muy relevante la funcional y mesurada vivienda japonesa por la moderación en su estructura, construida con paneles y ensambles estandarizados, y lo parco de su mobiliario, que racionaliza el espacio sin descuidar decoraciones y atracciones estéticas enmarcadas por el deleite natural de sus clásicos jardines. Japón ha ahorrado en materia de vivienda, por la inercia de la tradición, más que por una política deliberada, afirma Maddison. Así, de 28.3% de inversión fija bruta de 1953 a 1965 del PNB a precios corrientes, 24.0%

5. *Ibidem*, pp. 81-82.

correspondió a inversión no residencial. Esto es, a infraestructura y construcciones con fines productivos, que creció en ese periodo, con tasas compuestas promedio, al 12.1% anual, superior al crecimiento de los países occidentales. En cuanto a alimentos, una estimación de 1965 nos da una idea de su moderado consumo per cápita, con un indicador de 68.0 dólares para los japoneses, contra 155.7 para los franceses durante el mencionado año.⁶

La segunda palanca del desarrollo japonés plenamente identificada, ha sido su política educacional y entrenamiento tecnológico. El inmenso esfuerzo educativo fue creciendo hasta llegar a un entusiasmo que superó al de la misma Europa Occidental.

El gobierno expandió mucho el sistema de educación media y técnica superior y estableció instituciones públicas para el adiestramiento de mecánicos calificados. Al mismo tiempo ordenó a los grandes manufactureros dar entrenamiento vocacional a sus trabajadores calificados.⁷

En las décadas de los sesenta y setenta, los jóvenes solicitaban empleo ya con un grado de escolaridad de nueve y doce años. Si tomamos a 1880 como base, se observa el salto que propició el sistema de educación de Japón, puesto que el nivel de primaria y dos niveles de educación media, en esa fecha registraban la tasa de inscripción de 31%; para 1963 casi saturaba su posibilidad con 94%. En el nivel medio y superior, en ese mismo lapso el logro fue impresionante al pasar de 1 a 92%. Para el caso de las tasas de inscripción profesional, en 1880 presentaba tan sólo 0.3%, y en 1963 ya alcanzaba 10.2%.

En la segunda mitad del siglo pasado los japoneses instituyeron la tradición, que aún se conserva, de enviar a prepararse al extranjero a estudiantes, funcionarios públicos y ejecutivos empresariales. Asimismo, contrataron asistencia técnica extranjera pagada por ellos mismos. Y, como apunta Maddison, por esta razón probablemente la aprovecharon con mayor efectividad que la que usualmente llega a los países en desarrollo como un regalo.

6. *Ibidem*, pp. 83-85 y 91.

7. *Ibidem*, p. 80 (cita a Saburo Okita).

Así, los esfuerzos de investigación no se hicieron esperar en aplicaciones productivas, con un gasto en el renglón a la altura de los países occidentales, a los que llegan a superar. El Banco de Japón y la agencia de planeación económica tienen cuartos del tamaño de los grandes almacenes, atestados de economistas y estadígrafos; como asienta Maddison, además:

La inversión es muy alta, la educación y los servicios de adiestramiento están dirigidos a producir nuevas habilidades en gran escala [...]

Japón tiene una agencia de planeación que ayuda tanto a la iniciativa privada como al gobierno a tener una concepción coordinada de los problemas del crecimiento. La planeación (indicativa) no da al gobierno una influencia tan grande como en Francia, pero da más que en cualquier otro país capitalista.⁸

Los sistemas de inteligencia económica y de indicadores estadísticos superan a muchos países desarrollados y el esfuerzo educativo se centra en el desarrollo económico.

Y en Japón no fue la excepción al soportar el peso del desarrollo en el sector primario. Los agricultores solventaron las etapas iniciales al responder a una importante carga tributaria y facilitar el ahorro inicial requerido por la economía para la inversión. Sin embargo, las autoridades ya desde la segunda mitad del siglo pasado se preocuparon por mejorar las técnicas agrícolas y superar las prácticas tradicionales no siempre susceptibles de recibir la tecnología de producción extensiva, dada la realidad rural del país, que no podía aplicar las economías de escala y en cuyas áreas se percibían los salarios más bajos.

No obstante, cuando fue necesario y se debilitó el sector, también obtuvo los subsidios y mecanismos de seguridad. En 1946, durante la ocupación, la reforma agraria introducida obligó a una real redistribución de una tercera parte de la superficie agrícola.

En 1950, el 62% de los agricultores eran cultivadores propietarios, en comparación con el 31% en 1941, y el 5% eran arrendatarios comparados con el 28% en 1941.

8. *Ibidem*, pp. 100 y 101.

El tamaño promedio de las granjas (era todavía hacia los sesenta) inferior a una hectárea y la granja promedio [tenía] 15 pedazos de tierra separados.⁹

Por otra parte, el uso de fertilizantes se encuentra a la altura de los países occidentales y las prácticas extensionistas ocupan altos índices de satisfacción de los servicios. Precisamente estas prácticas se difundieron rápidamente y elevaron la producción y productividad del sector. En las últimas décadas del siglo pasado se aprovechó la experiencia y los técnicos graduados y los agricultores veteranos fueron habilitados para que, en un peregrinaje de instrucción, capacitaran a los trabajadores del campo. Los alumnos con avidez aceptaron el aprendizaje en escuelas vespertinas rurales, de estudios desde primarios hasta universitarios. Asimismo, se establecieron institutos experimentales y de investigación. Ya en este siglo se difundió la organización de los campesinos en cooperativas agrícolas.

Sentadas las bases de un crecimiento económico en la transformación del campo y en su aportación a la producción, al ahorro y a la inversión, e impulsados los niveles educativos y tecnológicos, un incremento de la productividad movió el engranaje para una producción impresionante, con excedentes de productos y de capital sin precedentes, mediante pequeñas plantas que aplicaban técnicas intensivas de trabajo y rendimientos crecientes de capital. Fue fundamental el aprovechamiento de la tecnología y de los bienes de capital extranjeros. Y ha sido proverbial la capacidad de imitación del japonés como etapa de aprendizaje, la que ha superado para establecer sus propias técnicas que formaran su destino. Valgan dos ejemplos pasados: producir 70% de las cámaras fotográficas del planeta y 40% de los relojes.

Importaron bastante tecnología sin admitir mucha inversión extranjera, aunque pagaron patentes y regalías en proporción sorprendente. Observadores y detallistas captaron un punto clave de la producción: la precisión de los procesos, a los que aplicaron su interpretación estricta según la percepción y sentir propios, los que revolucionaron los conceptos de la administración. Revolucionaron la estructura productiva de los países industrializados y, sin declaración de hostilidades, provocaron des-

9. *Ibidem*, pp. 73 y 89.

concierto en la estructura de producción de la nación con más vigorosa economía del planeta. Y todo con la batalladora disciplina de la falange de exportadores, movidos al ritmo del tremendo volumen productivo, para el que resolvieron la satisfacción de materias primas mediante el uso de materiales sintéticos.

En el inicio mismo de su despegue, entre 1880 y 1913 la tasa de incremento anual de las exportaciones fue de 8.4%, con incremento en la participación en el PNB del país del 3 al 13%; dentro de este periodo, hacia 1887 90% del comercio exterior estaba en manos de compañías extranjeras a las que superaron paulatinamente imitando sus sistemas financieros y administrativos y estableciendo importadores y agentes que operaban en el extranjero y manejaban impresionantes volúmenes concentrados en firmas especializadas, con lo que lograron economías de escala fundamentales. Si en 1913 los productos terminados de las exportaciones japonesas representaban 29%, para 1938 ya significaban 58%. Además, contaron con una marina mercante multiplicada y activa, posicionada dentro de los tres primeros lugares mundiales.

La administración pública estuvo muy atenta al funcionamiento de su economía, impulsando una activa participación del país en el comercio mundial. Por ello, a causa de los trastornos económicos de posguerra tuvieron que luchar hasta lograr, en 1959, sobrepasar los volúmenes anteriores a los inicios bélicos de sus exportaciones; las que, junto con las importaciones, fueron dirigidas por organismos oficiales de comercio. A su vez, los volúmenes del PNB del periodo prebélico los alcanzaron en 1954 y 1957, con una producción per cápita similar a los niveles anteriores a 1940. De hecho, entre 1950 y 1973 la acelerada expansión de la economía japonesa consiguió tasas de crecimiento promedio anual de su PNB de 10%.

Siguiendo a Juan José Ramírez, podemos sintetizar los procedimientos y mecanismos aplicados por esta nación, y luego adoptados con similitudes por Corea del Sur y Taiwan para inducir periodos de dinámico crecimiento y desarrollo: establecimiento del ahorro forzoso; participación de los agentes privados en los mercados, mediante asignación de cuotas; sustitución de mano de obra por capital; flexibilización laboral permitiendo el trabajo de tiempo parcial; afluencia de mano de obra extranjera para las labores no demandadas por los nacionales; estrategias

de internacionalización para reubicar fases más sencillas de producción en países con menores costos salariales. Ya en la década de los ochenta se consolida como la principal exportadora de capitales.¹⁰

Japón ofrece manifestaciones de un ciclo vital económico, propias de un desarrollo acelerado dentro de un modelo que en lo económico se subordina a lo político. Así, se ha llegado a afirmar que con su indiscutible nivel productivo, en su rol internacional de importantísima potencia mundial, aparece gigantesco en lo económico y parsimonioso en lo político. Para mover la tremenda estructura de producción del comercio ultramarino, este país oriental debió ajustar los estándares mundiales conocidos de supervisión, a modelos típicos de su idiosincrasia. Así, una planeación paciente de largo plazo, un repensar operaciones inmediatas y subordinarlas a perspectivas generales y de amplitud de resultados. Sus índices de desperfectos de 0.5, y aun menos, están contemplados como tácticas en una inalterable visión de tendencias históricas. Esa sujeción a la perfección no constituye en sí un objetivo, sino un propósito más amplio. “La experiencia ha enseñado incluso las decisiones de producción a corto plazo al servicio de las estrategias a largo plazo”.¹¹

Asimismo, para conseguir resultados tan espectaculares se ensayó primero, y se practicó después, el sistema pirámide —varios niveles de empresas— de producción subcontratada. En los noventa, hasta 70% de las pequeñas y medianas empresas acomodaban más del 70% de su producción en una empresa contratante de nivel superior, la que a su vez estaba constituida en proveedora de otras empresas mayores. Sin embargo, se empezó a resentir el impacto de los costos locales. Por ello, las empresas se vieron obligadas a colocar pedidos de algunas de sus partes en países de la región. En los años ochenta, las empresas pequeñas del sector manufacturero, con número empleados de uno a 19, eran el 86%; en números absolutos, 750,000. En cambio, en Estados Unidos ese parámetro representaba 65%, con alrededor de 360,000 empresas pequeñas.

Los mercados se tienen que generar y, para su creación, se requieren nuevas ideas que son generadas por los individuos. La organización por sí misma no piensa en

10. Ramírez, 2002, pp. 26-28.

11. Wheelwright, 1982, p. 49.

cosas nuevas. Las empresas deben de tener un carácter o cultura que promueva que sus empleados sean abiertos, libres de pensamiento y creativos. Si los mandos gerenciales quieren controlar a la gente, se tendrá un efecto negativo. Un sistema rígido no da margen para la libertad del pensamiento [...] los directivos no controlan a su gente, sino que comparten con sus empleados la mayor cantidad posible de información.¹²

En la Universidad de Keio, en Tokio, el profesor de economía Harou Shimada afirmaba:

El Japón ha llegado a cierto grado de madurez, comienza a conocer problemas comparables a los de países europeos: disminución del crecimiento, envejecimiento demográfico, difícil gestión de la presión migratoria [...] Pero le corresponde hacer frente a esta situación con firmeza e imaginación.¹³

Japón conserva niveles de vida de gran proporción, comparados con los de los países de la región. Por ejemplo, con China llegó a una relación de 100 a 1. Su población está fuertemente protegida, pues alrededor de 70 millones se encuentran asegurados. Sin embargo, aunque en los años noventa 5.1 trabajadores asalariados mantenían a un pensionado, para 2025 se estima que dos asalariados tendrán que sustentar a un pensionado.

Los Estados Unidos están teniendo un repunte de su productividad, resucitar valores comunitarios o asociacionistas que habían descuidado, y lo hacen quizá por fuerza de la competencia japonesa. Mientras que los nipones, a su vez, comienzan a agrietar su redonda y coherente esfera de esfuerzo, dedicación y calidad, al ingresar en ese estado de abundancia que infiltra en el trabajador un nocivo influjo de burguesía e individualismo.¹⁴

Sin embargo, en la última década del siglo pasado Japón ya experimentó una crisis en su época moderna de desarrollo, en los años 1990 y 1991, relacionada con el proceso de industrialización iniciado por los países de la región del sudeste asiático. Entre 1997 y 1998 resintió de nuevo, junto con el área del Pacífico, otro lapso de rigidez económica.

12. Kurose, 1996, p. 49.

13. De León, 1994, p. 53.

14. Llano, 1996, p. 6.

II Tigres, tigrillos y el dragón

Ese ejemplo audaz, sin precedentes, de conversión de una pobreza secular en prosperidad nacional, para constituirse luego en uno de los líderes mundiales en la creación de riqueza, es el caso de Japón, cuya experiencia ha trascendido y se ha desbordado principalmente hacia la zona oriental de Asia. De su antecedente colonialista y de manía guerrera, ha pasado a un papel de inspirador y modelo de superación. Taiwan, Corea, Hong Kong, Singapur, Indonesia, Malasia, Tailandia, Filipinas, y la misma China, han formado un grupo de pupilos enlistados en el curso intensivo que, sin proponerlo formalmente, ha estado dictando con autoridad su sorprendente vecino insular. Esa región geográfica generó alrededor del 25% del producto mundial bruto en 1991. Esos países se han convertido en invasores, literalmente, de los mercados del planeta con deleitantes satisfactores, cuando en 1960 participaban apenas con sólo 4%. "Víctor Kerber nos propone dejar de ver el Pacífico asiático como un lugar exótico, recóndito e inaccesible."¹⁵

"Las mismas empresas han sido un factor determinante, en el desarrollo de la región, con sus inversiones de capital y de recursos humanos. Tiene motivo de satisfacción, porque pueden acrecentar su producción y, al mismo tiempo, aumentar sus ventas en el mercado regional. Afirma el profesor Harou Shimada."¹⁶ Así, esta región se ha convertido en un rincón dinámico dentro de la producción mundial. Responsables de la

15. Kerber, 1995, p. 35.

16. De León, op. cit., p. 54.

tercera parte del producto mundial, han puesto en aprietos, en su desbocado crecimiento, a las regiones líderes del mismo.

Hasta ahora, los japoneses siguen ejerciendo el liderazgo de la zona arrebatado a Estados Unidos. Y el conducto primordial de la penetración en la región ha sido la inversión directa con el traslado de importantes fases de los procesos o de la producción final misma. Singapur, Tailandia, Indonesia, Malasia, Filipinas, Hong Kong, Corea y Taiwan participan de la incontenible expansión productiva y financiera o, en su caso, se convierten en socios de ese gigante imperio económico del Oriente. Su dinámica interna social se expresa en el esfuerzo por alcanzar la excelencia y la aplicación de la cultura de la calidad total. La optimización en el uso de los recursos y la innovación tecnológica los impulsa a difundir su energía productora.

Receptores atentos, aprovechan las lecciones de quienes en medio siglo se levantaron de la postración espiritual y material y, trastocando los modelos de producción rutinarios, se introdujeron al club mundial de los ricos, en el que han impuesto nuevas reglas de competencia en los mercados mundiales, desconcertantes e ineludibles. Esto, no obstante que Japón ha tenido que importar hasta cerca de 90% de los satisfactores para vivir, fortalecido con una clase media numerosa que alcanza, igualmente, un 90%.

Con este magnificado efecto-demostración de los resultados del trabajo consistente y ordenado, los países del área, observadores de tal escaparate incansable del progreso, se han adherido con entusiasmo al mencionado sistema de labor productiva, a los principios del despegue, al desarrollo y al crecimiento.

Hacia 1985 las economías del sudeste asiático, al deteriorarse los términos de intercambio de algunas de sus materias primas de exportación, resintieron una generalizada recesión. Por ello, cambiaron sus estrategias y se abrieron al capital externo para intentar, también, su desarrollo mediante la industrialización. Así, inició Singapur esta etapa, seguido por los malayos, tailandeses, indonesios y filipinos. Pero los denominados tigrillos asiáticos: Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur, con el tangible ejemplo japonés, se introdujeron en la aventura con peculiares esfuerzos para recortar el tiempo de la travesía, desde un estado de pobreza a una situación de bienestar, con sorprendente altura. Han desafiado, paso a

paso, las dificultades del proceso social de la transformación de cada uno de sus respectivos pueblos.

Corea del Sur

Después de la II Guerra Mundial, la frontera ideológica y la reacomodación geopolítica, con descomunal tajo, partieron la históricamente sufrida península coreana en dos entidades políticas antagónicas. Víctima de los vendavales imperiales, ya en el siglo primero antes de Cristo sufre la dependencia colonial de China. Entre los siglos séptimo y noveno gesta su unificación, pero es sometida nuevamente por el poder chino en el siglo XIII.

Por estar situada en el ojo del sifón oriental, ha provocado las ambiciones tradicionales de los colosos de esa región, por lo que ha sufrido los embates de hegemonías expansionistas durante siglos. Así, se ha calculado que hasta el siglo XIX había sido víctima de alrededor de 900 invasiones. Razón por la cual siempre vivió marginada y expuesta, y con ansiedades continuas, deteniendo el resuello para escuchar los relinchos y resoplidos de los corceles invasores. Recluida en la oscuridad de sus temores, se le conocía como el reino ermitaño.

Corea ha resultado el "colmillado" de la camada de los tigres asiáticos. A pesar de sus recursos naturales limitados, rodeada por el deshilado de 3,400 islas dispersas y con un indómito paisaje montañoso que satura su de por sí, encogido territorio, en 80%, ha sabido sobreponerse a sus limitaciones naturales. Ya en los tiempos modernos su futuro inspirador de progreso, Japón, se la anexa desde 1910 hasta terminar la II Guerra Mundial en 1945.

Tras las negociaciones posbélicas de los vencedores y como consecuencia de su manipulación "partenogeográfica", aparece el país dividido: República Democrática de Corea o Corea del Norte, y Corea del Sur o República de Corea. Esta última porción, bajo la tutela de Occidente, delimitada por el paralelo 38, cinturón que dejó la guerra coreana a principios de los años cincuenta, cuenta con 35%, aproximadamente, del territorio total de la península, porción de 99,016 kilómetros cuadrados. La población de esta Corea sureña sobrepasa actualmente los 48 millones

de habitantes. Así, su densidad poblacional supera los 450 habitantes por kilómetro cuadrado.

Una vez que se repuso del espasmo bélico y que definió su situación, Corea del Sur se dio a la tarea de suplir la limitación física con un programa de ensanchamiento social y económico. Por ello, su ingreso per cápita en 1960, de sólo 82 dólares, ascendió a 10,700 un cuarto de siglo después, y en el año 2000 a 15,000, con una inflación muy baja, de 2.3% ese mismo año.

Podemos observar el lanzamiento hacia arriba del anterior indicador de crecimiento económico:

Cuadro II.1

Años	1970	1972	1980	1985	1989	1992	1995
Dólares	267	310	1,592	2,000	4,786	6,690	10,700

Fuente: elaboración propia.

Con inicios accidentados y partiendo de muy poco, muy pronto, hacia la mitad de la década de los noventa, se situaba como la doceava economía del planeta, con tasas de crecimiento de su PNB por habitante, entre 1960 y 1972, de 6.8%. Pero si tomamos el periodo entre 1965 y 1972, la tasa representó 8.5%, y 8.8% en el año 2000.

El esfuerzo exportador de este país refleja el empuje de su economía. Hacia 1970 sus exportaciones sólo se acercaban a 55 millones de dólares; 15 años después, 30 mil millones; ya por 1955 alcanzaban más de 123 mil millones. Así, se colocó hacia la mitad de la década en el décimo lugar en la lista de los mayores comerciantes del mundo, con una cuenta de exportaciones e importaciones de 251 mil millones de dólares. Los valores de esa cuenta exterior, pocos años antes, hacia 1989, ya se habían movido a 62,300 millones de dólares en exportaciones y 61,300 en importaciones, para sumar 123,600 millones de dólares. La estructura de sus tasas sectoriales de crecimiento y el estado de su inflación entre 1990 y 1992 ejemplifican, en esta década, el comportamiento de la misma.

Cuadro II.2
Porcentajes de cambio sobre el año anterior
en un periodo de tres años

Año	PIB	Agricultura	Industria	Servicios	Precios al consumidor
1990	9.2	-5.5	12.0	9.5	8.6
1991	8.4	-0.8	8.9	9.7	9.7
1992	7.3	2.0	7.4	8.0	7.3

Fuente: elaboración propia.

Cabe hacer la anotación de que en la década de los ochenta Corea del Sur, junto con Taiwan, tomó el liderazgo de las tasas de crecimiento, aunque en el último decenio del siglo pasado fue superada por otros países del sudeste asiático. Sin embargo, con su imponente ahorro, con tasas que podían fijarse entre 35 y 38%, no sorprende que a mediados de los noventa la tasa de inversión industrial sobrepasara el 36%, superior a la japonesa que sumaba el 31% por esas mismas fechas. Por esto, se puede considerar entre los países más dinámicos y evolucionados del orbe, con una sociedad bajo un régimen civil con diversidad de opiniones. Los planes de la República de Corea, después de haber asimilado el magnetismo influyente de Japón, serían los de preparar su reunificación por un camino lento y silencioso pero irreversible: facilitar que la subsistencia de sus hermanos norcoreanos alcance niveles homogéneos mediante el estrechamiento de las relaciones económicas. Esto sin dejar de acelerar la calidad de vida de sus propios ciudadanos y de procurar estabilizar los desequilibrios internos dentro del modelo de desarrollo actual, mismo que se ha orientado por las directrices públicas a otro en el que el sector privado ha adquirido mayor peso discrecional y que es más sensible a los indicadores del libre mercado. Política en la que se integra la pequeña y mediana empresa como una prioridad estructural. Se ha propuesto una estrategia de diversificación y acomodo dentro del modelo global de economía, con la que se incursiona en la gran dimensión de los mercados internacionales, prometedores de grandes oportunidades. Para lo cual Corea del Sur intensifica sus esfuerzos científicos y tecnológicos provenientes del sector privado en un 80%. Según citas de

un funcionario del BID, a la mitad de los años noventa este país generaba más patentes que Brasil, México y Argentina juntos.

Taiwan

Situado entre las guirnaldas y filigranas insulares de los archipiélagos del Pacífico oriental, impresionados los navegantes al ver el lugar, le llamaron la isla hermosa o Formosa.

Participantes de la colosal cultura china, pero con algunos vaivenes en su integración con el imperio continental y con una dinámica de vida propia en los movimientos poblacionales, recibió en diferentes momentos impulsos de progreso. Cuenta con tan sólo 36,000 kilómetros cuadrados y con una decoración de accidentes naturales contrastantes: cadenas montañosas hasta de cuatro mil metros de altura entre erizados valles y desfiladeros que intensifican los claroscuros de la aspereza del paisaje, suavizado por la intensa tonalidad de los bosques.

En la segunda mitad del siglo xx, antes de su dependencia japonesa, había recibido bajo el gobierno del chino Liu, los primeros impulsos de modernización.

Durante media centuria, contando desde 1895, cobijada por la disciplina japonesa y por sus particulares intereses imperiales, el pueblo taiwanés aprendió calladamente que existían otros destinos para el desarrollo.

Hong Kong

Por su parte, el islote de Hong Kong, tras la Guerra del Opio quedó, como es conocido, en manos de la Corona inglesa en 1841. Y, de un valor estratégico, pasó a experimentar un protectorado de una nación occidental y a vivir sueños de modernismo. Enclavado en un minúsculo territorio continental en la bahía cantonesa, cuenta con una extensión ínfima de 1,045 kilómetros cuadrados.

Por diversos caminos, esos dos “ancladores” de la cultura china han funcionado como tentación y aspiración, proscritos por mucho tiempo

para la nación más poblada del planeta. En 1997 Hong Kong pasó de tentación a integración a Pekín bajo un régimen especial, como es conocido. Inspiradas ambas entidades, Taiwan y Hong Kong, y dentro del área económica liderada por Japón, forman parte de la sorprendente cuarteta de tigres desarrollados en los dos últimos decenios del siglo pasado. Exponemos algunas cifras demográficas de las dos:

Cuadro II.3

	<i>Millones de habitantes</i>		<i>Densidad de población por km²</i>		
	<i>1990</i>	<i>2000</i>	<i>1990</i>	<i>2000</i>	
Taiwan	20.49	22.5	Taiwan	569	625
Hong Kong	5.85	6.34	Hong Kong	5,598	6,066

Fuente: elaboración propia.

La aceleración de su crecimiento la podemos observar en la siguiente serie sobre su PNB por habitante en dólares:

Cuadro II.4

	<i>1970</i>	<i>1972</i>	<i>1980</i>	<i>1989</i>	<i>1992</i>
Taiwan	388	490	2,327	6,914	8,790
Hong Kong	900	980	5,210	8,957	n. d.

Fuente: elaboración propia.

Taiwan empezó a padecer, en los años noventa, las crisis correspondientes a toda adolescencia. Nos referimos a su industrialización y a la transición a una economía con productos de alto valor agregado en altas proporciones. Superó sus estándares continuamente, desde el arranque de su industrialización. Se establecieron estímulos oficiales para los pequeños y medianos empresarios, así como parques industriales, préstamos y exenciones para las tecnologías de punta. Se promovió la demanda interna, así como la menor dependencia de bienes de capital importados.

En el caso de su mercado exterior, la maquinaria, equipo eléctrico, textiles y vestido han sobrepasado el 40% de las exportaciones al total

de lo producido, dirigidas principalmente a Estados Unidos, Hong Kong y Japón. En sus importaciones, que proceden en especial de ese último país, de Estados Unidos, Alemania y Corea del Sur, el rubro más importante lo representa la maquinaria y equipo.

Hong Kong, por su parte, convertida en región administrativa especial, maneja su economía apoyada en su fuerte renglón financiero, con inversiones crecientes. Los empresarios hongkoneses se extienden por el territorio chino. Y aunque en algunos renglones industriales ha perdido competitividad, sus índices de producción siguen siendo fabulosos.

Singapur

Es el último felino de la cuarteta de economías industrializadas del sudeste asiático. Territorialmente minúsculo, está situado estratégicamente como un centro geográfico multirracial, estampado dentro de la bella dispersión insular del Pacífico Sur. Contaba, en el arranque del último decenio del siglo, con una población de apenas 2.7 millones de habitantes, en su mayoría de origen chino, que representaba 78%, 14% de malasios, 7% de hindúes y paquistaníes, y la diferencia, 1%, de otras nacionalidades.

Enclavado en la superficie de una isla tropical como vigía ineludible del tránsito marino entre la mercante Europa, el exuberante Pacífico Sur y el Asia Oriental, es el guardián de la llave del estrecho de Malasia, en la península del mismo nombre. Fundada la ciudad con visionaria pretensión de predominio económico hacia la mitad del siglo XIX por los ingleses, la conservaron como colonia hasta 1946. Se alistó dentro de la Confederación Malaya por 1965. Estado independiente en la actualidad, centro naval y puerto comercial, ha vivido la aventura de la industrialización, sin dejar sus atractivos para un activo turismo. Ya en los primeros años de la década de los noventa acaparaba un desbordamiento humano de más de seis millones de visitantes anualmente.

Pero, ¿cuál es la historia de su crecimiento económico, que de 1960 a 1990 alcanzó tasas reales de 8.2%? Tomando el indicador más conocido, el del ingreso per cápita, mostramos la siguiente serie, expresada en dólares:

Cuadro II.5
Singapur, ingreso per cápita en dólares, 1965-1992

1965	1970	1972	1980	1989	1992
300	911	1,300	4,981	10,797	15,730

Fuente: elaboración propia.

En 1994 ya había rebasado los 18,000 dólares y superaba al mismo Reino Unido.

En poco más de 30 años, desde su autonomía total, de un estado sumido en problemas de subdesarrollo con escasa infraestructura económica y grandes carencias sociales, pasó a ser un hiperactivo puerto comercial, dentro de los líderes del planeta. Llegan a sus muelles alrededor de 300 barcos diariamente. Centro financiero internacional, debió su impresionante despegue a políticas fiscales acertadas, pródigas para la inversión y para los trabajadores. El impulso al ahorro interno, como país, lo llevó a ser un campeón mundial al lograr reservar cantidades cercanas a la mitad de producto interno bruto, después de los consumos.

Su sector industrial, al carecer de suministros locales y de un mercado interno por su población restringida para poder aplicar economías de escala, es obligado a una continua superación de su productividad, la que logra mediante la capacitación de los trabajadores y la aplicación de un programa en el que deliberadamente queda establecida la desaparición de sectores que, rebasados en su tecnología, son incapaces de resistir la estrujante competencia internacional, por lo que se promueven sectores manufactureros más avanzados, con tecnología de punta.

De esta manera, encontramos la pauta del sorprendente desarrollo de la cuarteta magnífica, que logró trasponer ciclos de desarrollo y, en poco más de una generación, saltar de índices de pobreza a parámetros mundiales de bienestar. Es la imitación del coraje de Japón con la que consigue cada país fijarse metas nacionales y proponerse medios aplicados sin demagogias ni juegos ilusorios, convencidos del ahorro y la educación.

En décadas pasadas estos cuatro países, entre 1984 y 1988, lograron tasas de inversión como porcentaje de su PIB cercanas al 27%, tres puntos

abajo de Japón. Por ello consiguieron pronto, cada uno por su camino, ser considerados como nuevas economías industrializadas. De esta manera, en el primer lustro de la década de los noventa la tasa de ahorro e inversión de Taiwan podíamos situarla entre 29 y 33%, la de Corea del Sur entre 35 y 38%. Singapur logró alcanzar tasas de 40%.

Gran parte de la inversión se efectúa en capital humano [...]

El desarrollo de los recursos humanos es fundamental para la acumulación de la riqueza y para el avance industrial, como lo han demostrado Japón, Corea del Sur y Taiwan.

Así, la educación representa un elemento primordial en la política de desarrollo en todos estos países.¹⁷

Naturalmente, el caudal de inversiones se transforma en producción y, con ésta, se multiplica su comercio internacional. Japón lo hizo en 15 veces, y en 40 lo hicieron los cuatro tigres, en las décadas de los setenta y ochenta, con lo que mostraron sus garras de constancia y trabajo a todo el planeta.

El dragón despierto

El propósito de exponer estas economías orientales de vertiginoso surgimiento es aceptar que podemos lograr, en una generación, el desarrollo económico-social de nuestra patria con un proyecto irreversible. Por lo que también es conveniente presentar unas pinceladas del gigante adormilado, que ha empezado a despertar, que sustenta casi 20% de la población mundial y cuyas limitadas libertades, encajonadas ideológica y socialmente, han sido flexibilizadas para dejar los bostezos. Por ello, ha empezado a asombrar y a preocupar a muchos, con su hiperactividad económica y con su avalancha de producción. Y una vez que avance su tecnología y termine de despojarse de su sofocante burocracia, provocará un sismo en los mercados internacionales, por lo que el mundo tendrá que revisar las teorías económicas y concertar un equilibrio en la parti-

17. De León, 1993, p. 52.

cipación de los recursos del planeta, al considerar los mutantes impactos en los diferentes intereses: movimientos de capitales, cadenas ecológicas y armonías ambientales.

Si en 1972 su PNB apenas lograba 170 dólares por habitante, 20 años después ya conseguía 470 dólares. En la primavera del siglo XXI, China llega a sorprendentes escalas a pesar de su imponente población. "Cabe notar que hacia el 2004 China [queda ubicada] como la número dos en la demanda de crudo, desplazando a Japón al tercer sitio."¹⁸ Es el mayor receptor de inversión extranjera directa en el mundo. Y, de quinta economía mundial actualmente, se pronostica que dentro de un cuarto de siglo alcanzará el liderazgo planetario si sostiene las tasas de crecimiento promedio anuales de 10% de sus últimas dos décadas. Imaginemos los reacomodos forzados que tendrán que darse al remontar los chinos su atraso y desatar sus ambiciones de desarrollo, aun con logros de niveles medios de industrialización; y la estampida de los índices de utilización de los recursos y energéticos mundiales, aun sin que consigan niveles de consumos de los países desarrollados. Estados Unidos, con 4% aproximado de la población mundial, absorbe 25% de la energía fósil.

Y si a China le sumamos la población deseosa de progreso de India, estaríamos considerando a más de dos mil millones de habitantes, que representan la tercera parte de la humanidad. Entre las naciones ricas y las aspirantes a dejar la pobreza se trenzaría una red de despojos naturales que resentiría nuestro planeta, y se allanaría una vereda a un holocausto ecológico producto de la intensificación en el consumo. Por ello, hace falta llegar a una reflexión sobre la satisfacción de las necesidades verdaderamente humanas y compartidas por todos los habitantes de la Tierra.

El control ideológico del pueblo chino pudo parecer un caso sospechoso de tácito consentimiento, o al menos apacible indiferencia, de intereses internacionales, para alargar el sueño del dragón. Porque, al despertar de los niveles de subsistencia, se imprimirá un dinamismo por la competencia de los recursos y mercados internacionales que forzará la propensión a utilizar recursos naturales para satisfacer los consumos,

18. Rocha, 2003, p. 467.

aun tratándose de promedios intermedios per cápita. Tal situación empujaría al sistema de libre mercado al tobogán de la escasez de recursos y al vértigo de los costos internacionales con escalas incontrolables de precios y de desequilibrios macroeconómicos y financieros, con la afectación de la demanda y desquicio del mercado planetario. Crisis mundiales podrían sobrevenir si no se usara el buen juicio y la concertación justa y razonable.

Contradicción de un sistema inoperante de libertades: aliento irrestricto al consumismo mundial y cobijo solapado a una práctica de subconsumo y control del deseo natural de las demandas del legendario pueblo oriental. Así, con esta sutileza, al parecer, se podría evitar el colapso futuro de los mercados mundiales y la sobreexplotación de las riquezas naturales, con resultados imprevisibles para el planeta. Los países industrializados no han comprendido que en esta nave que flota en un rincón del espacio alrededor del Sol, los servicios no están clasificados: primera, segunda y tercera clase, y que pertenecen a todas las razas de todos los tiempos, que la actitud estricta debe darse contra uno mismo para moderar la propia satisfacción y evitar el derroche con una humana frugalidad.

Sin embargo, el sorprendente ritmo de crecimiento de China ya en la década de los ochenta sostuvo tasas de 8.9% y, en los últimos 20 años, crecimientos anuales promedios de 10%. Por lo que no sorprende sus ansias exportadoras: Hong Kong, Macao, Japón, Estados Unidos y otras naciones más, son sus socios. Se revela como un campo inmenso para la siembra de inversiones, de las que llega captar hasta 40%, considerando las que son dirigidas a países en desarrollo.

La descentralización de decisiones económicas en China, al pasar muchas, a niveles provinciales y por la desburocratización de las empresas estatales, han sido factores para su transformación, así como la apertura financiera y los sistemas de coinversiones o inversiones extranjeras. Todo envuelto por el factor racional, que no "mágico", de sus tasas de ahorro de casi 40% de su PIB. A pesar de los enormes rezagos y niveles de pobreza, China se ha dado cuenta del gigantesco potencial que significa la iniciativa de sus habitantes, que han empezado a desatar los nudos de los mercados.

Por otra parte, el espíritu emprendedor de los países estudiados y, en general, de la región del sudeste asiático en tan pocas décadas de participar en la aventura del progreso, ha experimentado sobresaltos en su crecimiento y desarrollo. El más reciente, la crisis de finales del siglo pasado, "la más difícil" para Japón, ya mencionada en el capítulo anterior, los gobiernos tomaron medidas correctivas unilaterales, pero entendieron luego que, por la globalización del proceso económico, era necesario emprender soluciones comunes que permitieran incidir en los procesos económicos regionales:

La República Popular China y Taiwan pudieron prevenir los efectos magnificados de la crisis (1997-1998) gracias a una apertura económica limitada. Singapur, con apertura amplia, puso en práctica mecanismos diluyentes a los efectos económicos. Corea del Sur, Tailandia e Indonesia siguieron la línea ortodoxa del FMI. Malasia adoptó un plan anticrisis a contrapelo del FMI. Japón siguió una vía mixta.¹⁹

Otras consideraciones nos dejan ver que las diferencias genéticas, las culturales y el acompasado temperamento de los orientales, en contraposición con la efervescencia de los pueblos latinos, no permiten puntos de referencia con las particularidades de los mexicanos, para imitar sus pasos.

De esta manera, nos es más fácil observar el camino y los ejemplos de pueblos más afines a nuestra cultura o a nuestra sangre, como son Italia y España, para vislumbrar la posibilidad de un cambio y un desarrollo propios. Italia es dueña, ahora, de una economía equiparable a la del Reino Unido. Cuando en 1870, año en el que consumaba Víctor Manuel II la reunificación italiana, su PNB representaba apenas alrededor de la mitad del ostentado entonces por el mismo Reino Unido. Indicador que sólo se movió a 65% en casi un siglo, hacia 1965, porcentaje inferior a los alcanzados por un buen número de países de Europa Occidental. Todavía por 1972, el PNB a precios del mercado ascendía a 1,960 dólares en promedio, por italiano. Sin embargo, la península itálica se mostró activa en la inversión interna fija con 28.3% como proporción de su PNB a precios del mercado, en el periodo 1953 a 1965, superior al de los países europeos.

19. Ramírez, 2002, p. 31.

Italia presenta muchos temas de aplicación en su modelo económico, convenientes para México: integración vertical de su producción apoyada en la pequeña y mediana empresa, con una articulación interempresarial y con una especialización regional-sectorial.²⁰

Así, a Italia se le consideraba ya en los noventa una de las más importantes economías dentro de los países desarrollados. Potencia europea con una alta tasa de ahorro familiar —de alrededor de 20%— durante las tres últimas décadas del siglo pasado, ejemplo para los mexicanos de evitar una severa dependencia del ahorro externo.

España, por su parte, tras el nublado periodo de la dictadura, habiéndose movido con sorprendente naturalidad por los salones de la democracia, se encaminó desde 1975 a una recuperación del tiempo perdido para, quemando etapas, acortar la brecha entre su estancada economía y la de los demás países europeos occidentales de acelerado crecimiento posbélico. De esta manera, en menos de dos décadas logró completar los trabajos de Hércules, al mover las fronteras de Europa, desde los Pirineos hasta Gibraltar, silenciando la puntillosa referencia de que el continente empezaba, precisamente, en la cordillera pirinaica. Desde los años sesenta había revelado su vocación turística y había obtenido tasas de crecimiento sostenidas significativas, arriba de las economías occidentales. Sin embargo, para 1972 sólo había conseguido promediar 270 dólares por habitante de su PNB, muy por debajo de las economías europeas occidentales.

España se esforzó en la profesionalización de su turismo y consiguió liderazgos mundiales en el sector; mientras, promovía su modernización en comunicaciones, informática, telecomunicaciones e industrias de alta tecnología. Logró abatir tramos impresionantes de rezagos, y no sólo cubrir sus necesidades inmediatas sino alcanzar la prosperidad y el cosmopolitismo económico al elevar el nivel de vida de sus habitantes. Para esto abatió las tasas inflacionarias hasta reducirlas a un dígito, propició que la inversión extranjera creara empleos y colaborara en la modernización de la planta productiva, así como la integración comercial con Europa y la conexión con los circuitos internacionales.

20. Piso Joo, 1995, p. 29.

Sin embargo, no ha dejado de pagar las consecuencias del desarrollo, como por ejemplo la aceleración de sus tasas de desempleo. Esta nación ha vivido la liberalización de un socialismo a la “europea”, como le han llamado, sin la necesidad de una práctica ideológica sino con la aplicación de una fórmula social del bienestar al alcance del mayor número de habitantes posible. Con esto ha logrado aislar el lastre polémico, infecundo y divisionista propiciado por lo temperamental de sus habitantes.

III

La irracionalidad económica

Hasta el momento hemos transitado por un camino de resultados felices. Hemos visto cómo países prácticamente pobres y retrasados socialmente, han logrado un ascenso impresionante. En varios casos, se puede ya hablar de niveles de sobreproducción o de exaltación del bienestar, en los que una madura población disfruta de altos índices sociales y de consumos pródigos.

Sin embargo, ese prodigio de desarrollo y esa demostración de poder productivo, como una contradicción, están propiciando que otros países con deseos de elevar el nivel de su población, por efectos de la macrocompetencia mundial en los mercados y en los recursos, vivan una inmensa dificultad para lograr el despegue y evitar que los rezagos sociales y la brecha económica se ensanchen cada día más.

Esto sucede de tal manera que, si no se corrige esa tendencia con esfuerzo colaborador, los países y el mundo se dividirán prácticamente en dos rangos: muy ricos y miserables. Por lo que quedará muy poca oportunidad para que sea borrada del planeta la tonalidad gris de las llamadas economías intermedias.

Nuestro país deberá darse prisa para acelerar el paso y en un tiempo prudente evadir esa monstruosa fuerza centrípeta que succiona países en desarrollo y los arrastra hacia el centro devorador, ojo del huracán que, con energía incontrarrestable, provoca la devastación social, la condenación perenne a la pobreza y a la impotencia fatalista, muy lejos de la historia de sueños cósmicos y de correrías interplanetarias. Una humanidad fabricante de fantasías para millones de niños famélicos, abortadas y arrojadas a precipicios abismales y constructora de falsas esperanzas

para juventudes envejecidas prematuramente, por no haberseles tendido el puente del porvenir, sino sólo suavizantes que prolongan inmisericordemente los tiempos de soluciones radicales. Éstos pueden ser los resultados de algunos perversos tratos comerciales y financiamientos genocidas que hipotecan el futuro de pueblos endeudados.

Pero es posible ordenar el mundo para que sea capaz de la creación y distribución de los dones naturales equitativamente, sin la condición de reprimir las iniciativas personales, ni inhibir las fuerzas liberadoras de la sociedad que aseguren la supervivencia de la misma. Puede darse esto sin predominios ni sujeciones ni ventajas, sin rebeldías ni amotinamientos, en un convivir solidario dentro de la racionalidad de un orden social internacional. El planeta, a pesar de sus infecciones ecológicas producto de la irresponsabilidad o el derroche, permanece aún lo suficientemente sano como para cobijar el presente y asegurar el futuro de una humanidad responsable. Redondeando los números de estadísticas mundiales, podemos afirmar que 20% de la población mundial detenta 80%, o un poco más, del ingreso total mundial. Y, afinando más las cifras, nos damos cuenta de que menos de 6% de ese ingreso llega a las manos del gran 60% de los no privilegiados; y que un cuarto de la población mundial, más que consumir llega a derrochar 85% de la madera, 75% de la producción metálica, 70% de la energía y 60% de los productos alimenticios.

Por ello, parece casi delictuoso que un niño de un país industrializado, en sus expectativas de vida, pueda consumir casi 550 veces más que un niño nacido en el mundo subdesarrollado. Un investigador estadounidense sustenta, precisamente, que en términos sociales 90% de los productos fabricados o consumidos no son indispensables necesariamente. Y Galbraith afirmaba que “la gradación de la sociedad se basa no en la realidad, sino en el mito”.

Si realmente generalizáramos los “beneficios tecnológicos” de que ya disfrutamos unos cuantos —si los extendiéramos siquiera al 51% de los seres humanos— provocaríamos la destrucción de la humanidad. Se requieren tres planetas como el nuestro para sostener indefinidamente el actual dispendio de recursos y, si todos los seres humanos viviéramos como vive la población de Estados Unidos, agotaríamos todas las fuentes de energía de la Tierra, así como su ecología, antes de 30 años.

Dotar de tractores, fumigantes y abonos a 20% de los campesinos resultaría en una catástrofe económico-ecológica. Un automóvil por cada cinco personas —además, utilizado a toda su capacidad— representaría casi 1,400 millones de autos que quemarían, conservadoramente, unos 10 millones de litros de gasolina cada día. En teoría, la investigación abre enormes posibilidades para todos; en la práctica, para 90% de los seres humanos el maravilloso mundo de los juguetes tecnológicos queda siempre del otro lado del escaparate. Esto cuestiona seriamente el mito de que el “progreso redundará en beneficio de la humanidad”.²¹ Apetito, instinto, necesidad; deseo, gusto, clase, satisfacción; monotonías, espirales y manías que padece el ser humano —factores competitivos dentro de él mismo—; “*El homo consumens*”, como diría Erich Fromm.

Hacia 1990 México podía contar con un ingreso de 2,310 dólares anuales en promedio por habitante, y dos años después este indicador llegó a 3,470 dólares. Esto es, un incremento de 1,160 dólares. Ejemplo de un camino y de una posibilidad. A su vez, en esas mismas fechas Estados Unidos ostentaba 21,000 y 23,240 dólares, respectivamente. En esos dos años casi duplicaron el incremento conseguido por los mexicanos. Sin embargo, lo más importante es la desproporción que salta a la vista: nueve y siete veces, en los respectivos años, es mayor el ingreso de los vecinos que el de los mexicanos.

Nuestra potencialidad consumidora y nuestra apetencia se contradicen, y han sido las crisis recurrentes las que han dificultado nuestras posibilidades de alcanzar un estadio intermedio en el que con dignidad podamos cubrir mayor número de necesidades, al margen de derroches y concentraciones económicas. La población estadounidense supera en una y media veces la nuestra y, sin embargo, su economía representa 20 veces la de México. Por supuesto, los vecinos del norte aseguran sus inversiones y las conducen en un 75% a los países desarrollados.

El comportamiento humano se dirige a cubrir sus necesidades vitales con una porción de bienes. El consumo restante toma un sesgo de desperdicio con una posición de marginalidad en el poder de satisfacción. Así, ya no se aquietan necesidades, sino que se cumplimenta el deseo: la

21. De Velasco, 2004, pp.16 y 17.

sobrestima del ego. “Obsesión del éxito”, frase acuñada que resume las contradicciones personales y la angustia existencial de la sociedad actual. Encuentro semántico que expresa un significado no de mucho éxito para la humanidad, precisamente, sino degradación y autosometimiento de la especie.

El potente reflector que el hombre porta en su conciencia, obra en la percepción de él mismo, en el sorprender su intención y su existencia, y en la capacidad de concebir, comparar conceptos y contrastar juicios hacia la construcción del raciocinio. La facultad intelectual ha estado siempre en conflicto, por sus limitaciones intrínsecas y por las perturbaciones emocionales que interfieren y dificultan la percepción de la verdad y la consecución de la bondad. Con ella, el humano ha desarrollado verdaderas aberraciones.

Pero la razón, de cualquier manera, es la facultad de pulsar la realidad y de dar proporción a la conducta en el ejercicio de todas las actividades del hombre. Desemboca en abonadas teorías y, muchas veces, en agostados propósitos.

El andamiaje conceptual de la ciencia económica alcanza, precisamente, las primeras categorías sublimes de la abstracción, de la racionalidad y de la ambición de equilibrio: “el estudio de la aplicación de recursos escasos para conseguir máximos resultados según diferentes alternativas”. En la definición se expresa la racionalidad al promoverse el aprovechamiento óptimo de los bienes naturales y producidos según un orden y precedencia. A lo que debe anexarse el bienestar y conveniencia para la mayoría. Debemos enfatizar esto último, si queremos conseguir la objetividad dentro de un análisis y ejercicio congruente de esta ciencia social. Sin embargo, aun con un planteamiento teórico inteligente, es posible que los resultados sean sensiblemente inequitativos.

C. P. Snow, científico y novelista, pidió una vez que se terminara con la separación de las dos culturas. La económica pertenece a estas dos culturas, y es un tema que puede cambiar los rasgos atractivos de las humanidades y las ciencias. Durante dos siglos los hombres cultivados han encontrado en ella el interés humano de la propia vida; mientras que al mismo tiempo, los principios de la economía presentan algo de la belleza lógica de la geometría euclidiana. Para apreciar los encantos de la física cuántica hay que dominar primero técnicas matemáticas complicadas; pero para apreciar la estructura estática del análisis económico solamente es necesario

cierto sentido de la lógica y cierta capacidad para advertir que tales construcciones mentales, tienen realmente un significado trascendental para miles de millones de hombres de todo el mundo. Naturalmente, la simple belleza no es suficiente. No estudiamos economía por sí misma, sino por la luz que arroja.²²

Sin embargo, muchas veces se estudia y se practica la economía como una sociología abstracta, como el análisis de un fenómeno indefinido, de pasteurizados principios. Así, en el calor de la aplicación no se guarda la validez de las realidades humanas. Al hombre no pueden aplicarse definiciones que lo traten como a un recurso natural, ni como parte del capital con expectativas de explotación. Él es autor e interprete del acto económico, factor y sujeto de la producción, no objeto del bienestar y del consumo.

Por ello, cuando se desagreguen los factores productivos y sus retribuciones por su participación en los procesos tierra-renta, capital-interés, mano de obra-salario, se debe tomar como un ejercicio de clasificación factorial y de análisis de costos, no como una homologación orgánica en la distribución de las fuerzas concurrentes del fenómeno económico.

La ciencia económica parece ser una disciplina normativa, asfixiada por la estrechez axiomática que, por medio del método deductivo, se esfuerza en exponer los efectos por las causas; heredera de los principios de la mecánica newtoniana que, desde el siglo XVIII, trata de explicar las leyes universales. Calificada como la geometría euclidiana de las ciencias sociales, ha sido impulsada hacia el determinismo ideológico y el fatalismo social.

La ciencia económica ha sido rebajada, por algunos, a menester de brujos, manual de prestidigitación, enciclopedia de magos y a pronósticos de principiantes meteorólogos.

Aún no se termina de separar las doctrinas económicas de la teoría económica. Contaminada ésta por el sectarismo ideológico, no ha disfrutado plenamente de los frutos de la democracia, apuntados por un sociólogo alemán como “opiniones diversas y diferencia de opiniones”.

En el arranque del siglo y del milenio, dentro de todas las contradicciones: individualismo desbocado, competencia arrasadora, inarmonía

22. Samuelson, 1975, p. 8.

e inconformidad interior del hombre, éste ha dejado de ejercer en una conciliadora concepción la afirmación del sofista Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”. Misma que durante milenios ha coronado su orgullo de criatura protagonista del devenir cósmico. Por el momento, él mismo se desliza por una fracturada identidad que lo sacude interiormente y amenaza el secreto de su privilegio vital: su libertad misma. Porque el hombre libre, se ha adormecido. Está subordinado a los principios del que gobierna a medio orbe: el mercado, medida de todas las cosas con la “infalibilidad” de su ley de la oferta y la demanda, norma intocable, principio y fin, poder y solución.

Las necesidades humanas fluyen sin limitaciones en cuanto el ingenio y el esfuerzo sigan provocando su expansión indefinidamente y, mediante la actividad productiva, continúen activando el mercado. Definido éste, clásicamente, como el encuentro de compradores y vendedores en un lugar, región y, ahora, en “la aldea global”, que ofrezca las condiciones para determinar el precio de un bien definido mediante el juego de las fuerzas de la oferta y la demanda. La velada prudencia, descrita por Adam Smith como “la mano invisible”. Sin embargo, después de siglos parece que se trata, ya, de una mano artrítica, dolorosamente deshidratada por un mal congénito, que la obliga a conducirse con torpeza y que sigue confusamente las órdenes. A veces, francamente se oculta, quizá, para esconder confusión e indecisiones en el proceso degenerativo del mercado. Desde luego, las condiciones del siglo XVIII no pudieron prever los agobiantes cambios, aún no asimilados, de las postrimerías del siglo XX y de la entrada del XXI. Leer a Smith —afirmaba Albert Sommers— 200 años después es atisbar un mundo que, industrialmente, es el antepasado del que nos rodea. Abundan proposiciones cuya validez podemos reconocer, pero que se enunciaron en condiciones particulares que nos resultan ajenas. Smith no previó un perfeccionamiento progresivo de la técnica industrial, problemas antimonopolio, grandes sindicatos de obreros.

La concurrencia perfecta se muestra tan ineficiente como la diplomacia pacifista ante los enardecimientos tribales alrededor del fuego. Porque en el mundo se fabrican las intrincadas relaciones económicas, se alimenta el capitalismo financiero, se disimulan prácticas monopólicas, se sobrestima la capacidad del mercado con imperfecto conocimiento,

se olvida la desregionalización y desnacionalización comerciales, con el acoso de una red estratégica en una trama de intereses internacionales. Además, el superdesarrollo y el incremento del ingreso, aun con sus desproporciones mundiales, multiplican los bienes y alimentan demandas masivas, a veces, desbordadas. En una falta de control de variables no es posible que el esbelto vínculo oferta-demanda ponga orden por sí mismo. Así, esta ley, al aflorar de un instinto primitivo, ante la confusión debe aceptar la trabilla controladora de la concertación racional, ateniéndose a lo que ha sido denominado como una sociología del consumo.

Las fuerzas del mercado no se conducen racionalmente porque, más allá del costo y de las tasas de reposición, se cultiva el jardín exuberante del vendedor exagerado, abonado por la feracidad de una demanda irresponsable. Esto significa tanto una transferencia de la riqueza como un subsidio social inverso, contradictorio. Aquélla se acumuló en generaciones que han costado la infraestructura y propiciado el desarrollo. Sumados los esfuerzos, se consigue un entorno socioeconómico propicio, fruto del trabajo de los antepasados, cuyos beneficios deben disfrutar los descendientes sin el peligro de que la actual generación los derroche. Un espíritu emprendedor en comunidades estancadas sin el ingrediente de un mercado, una vez abiertas las posibilidades del consumo, no prosperaría de la misma manera sin el antecedente de los esfuerzos acumulados generacionalmente.

Por su parte, la ley de la oferta y la demanda ha perdido grados de racionalidad. Ha abandonado su capacidad de equilibrar, de ser medida congruente. De imperiosa *ratio* se ha convertido en cómplice que dificulta la aplicación de la equidad y de la proporcionalidad. Perturbada por el alud de decisiones, o manipulada por contradictorios intereses, es impotente para servir ya de indicador fiel en las necesidades de los mercados, por lo que puede provocar desfasadas determinaciones en la producción globalizada, desequilibrios o entradas y salidas de factores descronometrados, con el consecuente desperdicio o pérdida de recursos escasos. A esa mano le crujen sus articulaciones por ingerir medicamentos contraindicados: especulaciones, intrincados compromisos, acaparamientos, monopolios que imposibilitan la autorregulación de las transacciones, el ajuste del equilibrio y la asignación eficiente de los recursos. Padece a causa de las indicaciones imperfectas de los mercados. Éstos son dirigi-

dos por los intereses mundiales y por el poder del más fuerte, con procesos artificiales y tramoyas que sustentan protagonismos y hegemonías.

La irracionalidad se despliega al manipular los equilibrios. Muy lejos quedó la naturalidad de aquellos mercados de inocencia casi aldeana, en que los esfuerzos locales conseguían, de estación en estación, la armonía de la producción, principalmente rural y artesanal. Mercados alentados por atrevidas exposiciones y milenarias ferias que, no por internacionales, olvidaban su sabor regional o local, en épocas precedentes a la Revolución Industrial.

En el mundo actual, deshidratado y famélico, por un lado, se orquesta la producción, se pondera el grado de hartazgo o insatisfacción mediante la regulación de los precios y la moderación de los inventarios, en una deshumanizada distribución de los alimentos, en espectáculo de pública comunicación a escala mundial. Mientras, pueblos de los desiertos productivos o de esqueléticas infraestructuras económicas, degustan, sólo en su imaginación, la mal distribuida proteína que pudiera aliviar su desnutrición. Un sistema que, para proteger sectores o no lesionar ramas productoras, requiere de esta abierta contradicción, debe, con todo y sus bondades, revisarse para no continuar siendo cómplice de aberraciones.

Máxime que, con las comunicaciones, ya la acuñación feliz de la frase de Peter Drucker, refiriéndose al mundo:

La aldea global no es una visión julioverniana, sino una descripción de la interrelación que actualmente guardan las naciones. Así, las decisiones de un país repercuten en la permanencia de la vida, en esta carabela de conservación ecológica frágil y de recursos limitados que navega en el golfo solar, recoveco galáctico de la inmensidad de los mares siderales; en una época de prodigalidades tecnológicas y escalas desbordadas de satisfactores, pero de escaseces artificiales y de exclusión de los derechos naturales.

Producimos más bienes, no para satisfacer suficientemente las necesidades de la gente sino para conservar la economía capitalista. La escasez de bienes cesa cuando los hombres limitan por sí mismos sus necesidades materiales con el fin de poder orientar su actividad al logro y satisfacción de sus necesidades espirituales, y poniendo por obra esa orientación. El multiplicador no es un multiplicador de cantidades sino un multiplicador de cantidades de precios: cuanto mayor es la utilización de las instalaciones productivas y la mano de obra disponibles, tanto más eleva la demanda

adicional los precios y tanto menos amplía la producción, tanto menor es la acción de las cantidades y tanto mayor la de los precios de la demanda adicional.²³

Críticas anteriores a la caída de los sistemas comunistas y exhortaciones apremiantes prevenían ya al sistema capitalista de derrochar la libertad y convertirla en contradicción. Como es antinatural y contra los derechos, el imponer un fanatismo doctrinario.

“El libre mercado y la sociedad de consumo conquistan el consenso universal, que había sido demorado por el desvío histórico del espejismo comunista [...] Reino de codicia, paraíso terrenal”.²⁴

Pero no sólo el derroche debe tomarse como un mecanismo de “regulación” en las irrationalidades del sistema. Al debilitarse el sector primario dentro de las estructuras de la economía mundial, con el desacoplamiento de la producción agrícola de la economía industrial los bienes de aquel sector son considerados por las naciones industrializadas como productos marginales, con lo que pierden su posición privilegiada.

En 1900 la agricultura representaba en el PNB de Estados Unidos 46%, recientemente no significaba ni 5%. En la actualidad, a nivel mundial ha decrecido la incorporación de insumos por cada unidad de producción con el uso de altas tecnologías que, aunque incluyen también bienes primarios, en parte los sustituyen por productos artificiales, con lo que desaparece la necesidad de utilización intensa de materias primas.

En el caso de los alimentos, con la multiplicación y difusión de esas tecnologías avanzadas, países en desarrollo han incursionado en su producción. Por ello, aunque se ha incrementado la población, también lo ha hecho la multiplicidad de la oferta. Situaciones que propician una vulnerabilidad para los precios y que deterioran la relación de intercambio, afectando a países en desarrollo que basan esa interrelación con el mercado exterior en las exportaciones de materias primas y en la compra de productos ya industrializados.

El poder de naciones hegemónicas manipula el comercio internacional de productos alimenticios, los que utilizan como factor de presión

23. Kozlik, 1992, pp. 151-209.

24. Galeano, 1992, p. 6.

para conseguir ventajas estratégicas en sus negociaciones políticas y económicas.

Es conocido que grupos internacionales, un número menor a diez, controlan el mercado internacional de granos. Así, países y entidades privadas están convertidos en directores de la abundancia o escasez de los mercados. Argentina ha sufrido represalias por no acatar indicaciones de no comerciar con países y con mercados “restringidos”, por una prohibición unilateral.

Una de las represalias consiste en contemplar cómo sus clientes son inundados con volúmenes de granos desde los depósitos abiertos de países constituidos en competidores acérrimos y preceptores universales de la buena educación comercial e ideológica. La inestabilidad de los mercados del azúcar caribeña y del café son dos ejemplos latinoamericanos.

Y podemos hablar, en general, de la desgastada “relación de intercambio” para los países en desarrollo dentro de un desorden internacional, injusta para estos pueblos.

Los niños nos pueden hablar de tantas cosas incomprensibles que practicamos los adultos: que grupos internacionales detentadores del poder económico permanezcan indiferentes ante el desfile de millones de seres que, entre su nacimiento y su muerte, son considerados meros instrumentos de un trabajo infravalorado, sin autodeterminación e incapaces de lograr un nivel de vida sencillamente humano. Y tampoco es razonable que a un mundo sobreinformado, bombardeado con infinitas opciones de consumo, se le despierte este deseo, y luego se le coarte la voluntad individual y colectiva de satisfacer dignamente las necesidades primarias, al cancelársele su capacidad de compra por la acción de un mercado laboral de ingreso deprimido.

Hablamos de un libre mercado que proclama el exceso del individualismo consumidor y reclama, para el Estado, sólo funciones marginales de orden general, disputándole la facultad de intervención en el bien común y en la aplicación de planes sociales que busquen el equilibrio y sostengan la igualdad de oportunidades desde la base familiar, dentro de una solidaridad activa y no de una actitud meramente demagógica.

Pero, en el proceso de desarrollo:

[...] la experiencia de naciones exitosas (como algunas del sudeste asiático) muestran que una activa participación del Estado dirigida a sectores estratégicos es fundamental para lograr un crecimiento y desarrollo adecuados.

[...] este mismo cuerpo analítico (teorías neoclásicas del bienestar) justifica la intervención del Estado cuando no se cumplen los supuestos de competencia perfecta sobre los cuales se basan sus modelos. Los trabajos ahora deberán enfocarse en establecer hasta dónde el Estado deberá intervenir en la economía, encontrar ese punto de equilibrio entre las necesidades del mercado y la capacidad real de la intervención estatal. Esto último supone que, si no como productor y proveedor de bienes y servicios, el Estado deberá intervenir por lo menos como agente regulador o árbitro del juego mediante leyes o reglamentos, políticas estratégicas, financiamiento a sectores prioritarios y otras medidas que le permitan controlar a los agentes que participan en la economía.²⁵

Irrazonable es el canibalismo que, con desbordado afán de competencia, inhumano y sin conductas éticas, provoca el fracaso de centros productores, menos afortunados en aspectos técnicos y financieros y comerciales pero, quizá, con mayor sentido social.

El sistema, al ser opositor furibundo a doctrinas totalitarias, con fanatismo práctico se radicaliza y ejerce un principio de dominación, no sólo económica, sino que penetra y controla otros factores, como los sociales y políticos de los países bajo su influencia.

Por otra parte, con un absolutismo de corte moderno, el mercado domina instituciones y convierte al Estado mismo en su aliado o cómplice para asediar a la sociedad, acorralarla y reducirla.

El mercado, así, como dictador, puede remplazar cualquier objetivo del comportamiento humano, utilizando la misma inteligencia y racionalidad del hombre, al sustituir la axiología que envuelve y armoniza a toda la sociedad: el bien común, la comunión y participación de los satisfactores, por medios inequitativos, productos del forcejeo entre las fuerzas del mercado, se da paso a la irracionalidad y a la aparición de subvalores que provocan hegemonías sobre naciones enteras y explotación sobre millones de personas. Es irrazonable oponerse a acciones propias de los gobiernos —que no supongan exceso de intervencionismo— y obstaculizarlas.

25. Saucedo, 2004, pp. 31 y 35.

lizar labores subsidiarias y solidarias y programas de desarrollo para los estratos marginados de algunas zonas de la sociedad, para luego suplirlas por débiles y desarticuladas campañas de cooperación.

Asimismo, para evitar cualquier molestia sorpresiva a la ansiada inversión extranjera, se suelen reblandecer las legislaciones válidas y necesarias. Lo mismo resulta en la aplicación de leyes y reglamentos ecológicos, protectores de la naturaleza.

Todo invita en las sociedades opulentas al consumo, dentro de un contexto de fragilidad en la respuesta: los bienes se duplican en 15 años y se estima que sólo el 20% es conocido, de los que serán producidos en 15 o 20 años.

Un modelo descaradamente consumista representa una actitud irreflexiva hacia los valores y jerarquías humanas y un desenfreno irresponsable, anclado en lo secundario y marginal, al no dar satisfacción a las necesidades propiamente humanas. Se debe buscar el satisfactor, no la mercancía o la oferta de frágil utilidad o caprichoso destino, el ofrecer oportunidades para la decisión, no para la autoagresión gestionada por el instinto. Exhibicionismo, opulencia; segregacionismo, ostentación; mancuernas recónditas de la fragilidad humana, con las que según la expresión marcusiana, se pretende la reafirmación del “ser por el tener”.

Esto tampoco debe conducirnos a proclamar la necesidad y la pobreza o la aspiración sólo a la dosis ajustada de calorías, al vestido insuficiente, a la habitación asfixiante y reducida. Lo humano es sostenible en una conducta frugal de bienestar compartido, con la que se puede esforzar por lo necesario y obtener lo indispensable. La liberalidad en el consumo y la abundancia están gravadas por las carencias y el derecho a disfrutar de los más desprotegidos del presente y del futuro. Las próximas generaciones ya poseen derechos y maldecirán el derroche de recursos y la regresión de la naturaleza a una geología primitiva y a una biología degradada o desaparecida. Las fuerzas desencadenadas por el hombre contemporáneo para fabricar su “bienestar” han empezado a rebasarlo y, quizá, lo confinen o lo devoren, al no moderar la voracidad, al no ejercitar la libertad y la solidaridad en función de la racionalidad.

Este hombre, si no deja de conducirse como ser fatalmente programado para el hartazgo, quedará atrapado en su propio delirio de satisfacción, de consumismo contaminante en lo económico y en lo social. La

utilización sistemática de los factores productivos en bienes superfluos, no escapa al principio de sustitución o transferencia. Lo que se produce encierra, en sí, “el costo de oportunidad”: se dejan, en ese caso, de elaborar otros bienes convenientes al aplicar recursos a producciones menos urgentes.

Sin embargo, no proponemos sumir a nuestro pueblo en la indiferencia y en el conformismo. El reto no consiste en desalentar mejores condiciones de vida, sino en dar proporción a las aspiraciones y congruencia a los esfuerzos. No es el caso de renunciar a las posibilidades de producir y estar presentes en las oportunidades de los mercados nacionales e internacionales, luchando por una relación de intercambio justa, sino aspirar a encontrar una armonía con nosotros mismos y con nuestros conciudadanos, exigiendo dignidad, igualdad de oportunidades, en un mundo de experiencias explotadoras y de impulsos dominadores. Esto, sin dejar de percibir que el libre mercado promovió la democracia, aunque muchas veces ajustada a resultados sólo inmediatos; alentó la investigación, las tecnologías y la iniciativa inventora, liberadoras de las energías y del tiempo del hombre y de la mujer; elevó la calidad de los bienes y abatió precios, permitiendo la satisfacción de miles y millones de consumidores.

Por otra parte, la libre empresa ha propugnado por la moderación del intervencionismo desproporcionado del Estado para dejar mayores opciones en las promociones sociales, en el ejercicio del bien común y en el uso equilibrado de los recursos públicos. Por su parte, nuestro país, con enormes necesidades insatisfechas, puede lograr para sí una calidad de vida alterna y razonable, puede incrementar su grado de educación, desarrollar volúmenes suficientes para, sin practicar derroches, ejercer la opción sin sumergirse en el torrente de un productivismo estéril.

Las necesidades humanas, parece, seguirán siendo ilimitadas, por lo que el ingenio y el esfuerzo podrán crear la expansión indefinida, la actividad productiva, en un mercado que no pretende enfermarse de parálisis. “Tendrá que limitar el armamento y hallar otra salida al exceso de producción [referencia al gobierno estadounidense]. Reemplazará la destrucción pública de mercancías por el consumo público que satisfaga

una necesidad. Pasará así del capitalismo del desperdicio al capitalismo benefactor.”²⁶

Quizá, para reformar la conducta económica en las sociedades en las que se proclama, en las que se exalta la función del libre mercado, se deba empezar por equilibrar y ajustar las funciones de la sociedad civil y las del Estado, con una reforma axiológica en la que el valor de la persona vuelva a medirse y ponderarse por el ser, no por la acumulación y el poseer; en la que la redistribución maneje un orden sencillo, de fácil aplicación social.

[...] la actividad económica está sometida al juicio moral. La economía de mercado ha demostrado ser el sistema económico que mejor garantiza el progreso técnico, pero esto no significa “que nos encontremos ante un sistema perfecto”, ni que garantice necesariamente el progreso social.

Por ello se precisan acciones correctoras, a condición de no interferir sistemáticamente en el mercado [...] se plantea la cuestión de si es posible el concebir y realizar un régimen en que la competencia y la solidaridad no sean nociones antagónicas. Ahora que el capitalismo se siente debilitado por su propia victoria y busca una ética como nunca lo ha hecho [...] la falta de una meta espiritual, la crisis filosófica de la sociedad norteamericana, que convierte la adquisición de bienes en el único objetivo, es el principal lastre para la única superpotencia, mucho más difícilmente resoluble que el declive económico.²⁷

En el siglo XXI urge un sistema económico que, sin dejar de paso la libre competencia, aspire a una libre permanencia. Porque “el voto del consumidor” se ha inducido de tal manera que parece más bien el veredicto de los agentes manipuladores, acatado por la complicidad irreflexiva del comprador.

Pero incluso durante el periodo de vida del propio capitalismo, el *quid pro quo* se reduce a un principio racional de organización económica y social. La corporación gigante se retira de la esfera de los segmentos grandes del mercado de actividad económica y los sujeta a administración científica diseñada. Este cambio representa un incremento continuo en la racionalidad de las partes del sistema, pero no está

26. Kozlik, 1992, p. 328.

27. Egurbide, 1992, p. 17.

acompañada por ninguna racionalización del conjunto. Al contrario, al asignar el precio de los productos no de acuerdo con sus costos de producción, sino llegando a la máxima ganancia posible, el principio del *quid pro quo* se convierte en lo opuesto de un promotor de organización económica racional y, en vez de eso, se vuelve una fórmula para mantener la escasez en medio de la abundancia potencial. Y esto es cierto a pesar de que el costo real de esa producción no fuera nada.

En el país capitalista más avanzado, una gran parte de la población vive en pobreza abismal, mientras que en los países subdesarrollados cientos de millones sufren enfermedades y hambre porque no hay un mecanismo que efectúe un intercambio de lo que ellos podrían producir, por lo que tan desesperadamente necesitan. La insistencia en la inviolabilidad del intercambio equivalente cuando lo que va a ser intercambiado no cuesta nada, un economizar estricto de recursos cuando una gran porción de éstos se desperdician, éstos constituyen, obviamente, la propia negación de la racionalidad que el concepto de valor y el principio de *quid pro quo* expresaban originalmente.²⁸

28. Carson, 1971, p. 31.

IV

El interés mueve al mundo

La naturaleza del ser humano, según los intereses en las diferentes edades, renueva su atracción por el mundo que lo rodea. Y para cada periodo de la vida se tienen esos atractivos como incentivos vitales. Los que, propuestos o no, como metas personales, enriquecen la existencia y ofrecen motivos para vivir. De tal manera que el aliento recibido, al contemplar y respirar el entorno y sus posibilidades, cuando se pierde por la frustración, indiferencia o incapacidad de sorprenderse de las maravillas naturales y del hombre mismo, provoca el colapso interior de cualquier persona y la inhabilita para la vida.

El interés por conseguir los bienes y la aspiración a obtener las metas, sostiene a la humanidad y hace girar su historia. Sin circunscribirnos sólo a lo tangible, podemos afirmar que “el hombre se realiza por cosas”, como afirmara Marx y de otra manera lo expresara Chesterton: “Lo superfluo es lo humano”. Si seguimos los pasos que dio el hombre para cubrir sus necesidades materiales, llegaremos al conocimiento de lo que se ha llamado con el nombre genérico de “economía”. El interés por el mundo exterior es uno de los elementos que sostienen al mundo interior dentro de las posibilidades de satisfacer las necesidades de la naturaleza humana.

No por casualidad se aplicó al beneficio no consumido que producen los bienes de capital y el ahorro llevado a la acumulación, con semántico resultado, el nombre específico de “interés”. A éste se le relaciona, así, con el fruto del capital; al producto económico de la tierra se le denomina renta; y a la retribución al trabajo se le conoce como salario.

Los efectos de la actividad humana son, con frecuencia, más importantes que sus motivos. Mientras las personas obran con interés, el sistema económico se basa en el interés para mover a la acción. La sociedad puede y debe tratar de remplazar el móvil del interés personal por el del interés común [...]²⁹

Todas las formas de riqueza o propiedad conllevan, por su uso o como factor de producción, una compensación: renta, beneficio, dividendo. Al capital monetario, al prestarse o invertirse, se le fija una compensación cuyo precio se conoce como interés.

Fenómeno de reproducción de la riqueza que, después del trueque, facilitó la expansión de la economía monetaria. "El principal factor de este proceso fueron los contactos con las regiones bizantina y musulmana del Cercano Oriente, en las cuales ese tipo de economía existía ya desde hacía mucho tiempo."³⁰

La monetarización de la economía o uso del dinero como medida de valor, precedió a la utilización del mismo como medio de cambio. La moneda acuñada, al menos con metales preciosos, es aun posterior. No fue sino hasta la Edad Media en que, desaparecido el trueque, se introdujo un sistema de moneda y acuñación legales. Con anterioridad, se había asignado a los metales preciosos la tarea de proporcionar la correspondencia de valor entre mercancías disímiles. Convertidos el oro y la plata, y luego otros metales en dinero, han llegado a nuestros días con la asignación de un sonoro pentagrama de funciones: unidad de medida de valor, medio de circulación, mecanismo de atesoramiento y acumulación, y sistema universal de pago.

La generalización del uso de la moneda facilitó el cambio y la circulación de mercancías, con sus limitaciones por su insuficiente volumen, dada la escasez de los mecanismos de crédito y la poca existencia de los sistemas monetarios. Sin embargo, las ferias medievales fueron factor de desarrollo de una economía monetaria que transformaría los limitados ejercicios del intercambio. Sólo después del siglo XII se desarrolló el uso del capital con su connotación actual, lo que incrementaría los negocios. Se conocían los créditos garantizados con prenda y los créditos en espe-

29. Kozlik, 1992, p. 331.

30. Barnes, 1955, p. 167.

cie. En las transacciones eran utilizadas de un modo primitivo letras de cambio, que llegarían a generalizarse pasada la primera mitad del siglo XIV. Aunque también ya se comerciaba con cartas de crédito. Prácticas introducidas en Europa por judíos y por otros seguidores de religiones no cristianas.

Florentinos y venecianos resolvieron, en el siglo XIII, el problema de monetarización sin regulaciones, mediante la acuñación de monedas con valor fijo. Y aunque en Roma ya se habían practicado los depósitos como rudimentos bancarios, los cambistas medievales fueron calificados como los incipientes banqueros. Fue hacia el siglo XII cuando apareció lo que ahora conocemos como bancos comerciales. Y hacia el inicio del siglo XV existían los bancos públicos de depósito en Barcelona y Valencia. A principios del siglo anterior ya se conocían algunos, aunque sin el concepto bancario moderno: custodiaban depósitos y aceptaban deudas públicas.

Muchos préstamos se aseguraban con prenda sobre especie, con garantía de los depósitos bancarios. En los hipotecarios solía exigirse una participación sobre los beneficios.

Las letras de cambio, que ya fueron mencionadas, pudieron tomar como referencia la primera moneda-papel del Antiguo Continente. Por su parte, el cheque incursionó en el siglo XVI, junto con la práctica contable de la partida doble. Los bancos, con el tiempo, apoyarían su desenvolvimiento con la difusión de las cámaras de compensación.

Desde luego que a esta multiplicidad de instrumentos financieros y de pago, que facilitaron inicialmente la proliferación del comercio, habría que sumarle la práctica de préstamos con reciprocidad de pago más un interés. Pero la rígida posición ética sobre tal uso logró contener en esa época la generalización de esa práctica, puesto que se condenaba cualquier interés cobrado en el préstamo que no ofreciera riesgos.

Durante esta flexión de la historia, con el advenimiento de prácticas mercantilistas, ya en el siglo XVI la avalancha de metales preciosos procedentes de América provocó en Europa una severa inflación. Fenómeno de escalada de precios conocido desde tiempos antiguos. Para ese siglo decimosexto, con la difusión del comercio intensivo había nacido el régimen capitalista. Ejercicio rutinario entre los comerciantes textiles, que abrieron negocios para habilitar, con sus aportaciones de materias primas a los operarios, quienes en sus propias casas confeccionaban el trabajo

encomendado por el que recibían un precio convenido. Con la finalidad de ejercer una mayor supervisión, los talleres domésticos fueron concentrados en un único local. Este procedimiento fue el precursor de la factoría. Aun antes de que la Revolución Industrial trajera la aplicación del vapor a los procesos mecánicos y diera auge a la moderna fábrica.

Indicios de un sistema capitalista en la Antigüedad, se encuentran en Siria, Barcelona, Alejandría y Roma. Los elementos de su definición los encontramos en los siguientes puntos:

- 1) búsqueda del beneficio particular, con preferencia al servicio de la comunidad;
- 2) economía monetaria y valorización del rango y éxito sociales en términos de dinero;
- 3) estimación de precios y servicios en términos de precios determinados en el mercado libre por la oferta y la demanda más bien que por consideraciones de justicia o valor intrínseco;
- 4) acumulación de grandes cantidades de dinero para su inversión en empresas de negocios;
- 5) existencia de un mercado libre para la venta de mercancía;
- 6) presencia de un mercado suficiente de trabajo donde procurarse los trabajadores necesarios;
- 7) sistema de crédito adecuado a las necesidades de la época;
- 8) desenvolvimiento completo de la vida comercial e industrial. Ampliamente considerado el propósito del capital, es la obtención de la mayor cantidad posible de beneficios; su método, la libre competencia; su espíritu, la iniciativa privada.³¹

La formación de capitales provino de un excedente y de una riqueza acumulada. El mismo autor asienta: “[...] parece lo más probable que las acumulaciones privadas fueron formándose lentamente y de manera principal por la piratería, el corzo, el comercio y las rentas urbanas”.³²

A su vez, con la organización de las factorías paulatinamente fue extendiéndose el concepto de separación entre capital y los bienes de las mismas en sí, y la riqueza y pertenencias de los propietarios de aquéllas. Así es que la asociación por acciones con la figura de separación de responsabilidad y beneficios, que de algún modo se conocía en la península itálica desde el medioevo, se difundió al margen del concepto familiar de propiedad. De esta manera, en Inglaterra se desarrolló la llamada compañía reglamentada, que evolucionaría hacia una verdadera empresa por

31. Barnes, 1955, p. 301.

32. *Ibidem*, p. 303.

acciones. “[...] el ideal de la competencia y la glorificación de la ganancia inmediata se abrieron camino gradualmente, pero con seguridad, contra el idealismo social de la Edad Media”.³³

Por otra parte, la intensidad y el peligro del tráfico marítimo aguzó el ingenio de los comerciantes de la época que, de una protección contractual primitiva, pasaron a la creación de la primera compañía de seguros marítima que resguardaría sus negocios en París, hacia el año de 1688. Aparecen las bolsas, a su vez, cuyos antecedentes se pueden ya descubrir en prácticas de la Edad Media con la negociación de las letras cambiarias. Aunque aquélla ya con rasgos modernos, en Londres en 1698.

Así, encontramos el campo propicio para el ejercicio de las especulaciones y experimentación de los primeros fracasos, en medio de desastrosas inflaciones, en las operaciones bursátiles, en las que se manejaban instrumentos representativos de verdaderas riquezas y productos. Luego, hace su entrada al mundo económico una plaga para la sociedad: el monopolio, al que auspiciaban o favorecían los gobiernos para que su vigilancia se centrara en pocas grandes empresas.

A su vez, con la aparición de la fábrica para el control del proceso el trabajo empezó a considerarse como una mercancía, con la inclusión del “estira y afloja” de la compra-venta. Se perdió, así, el concepto de que el producto, fruto de ese trabajo, era el objeto del comercio. En tanto, se involucró al trabajo como objeto del hombre mismo, en una confusa relación meramente mercantil. Con la invención de las sociedades anónimas, la gestión de la empresa inició un desprendimiento y una diferenciación de los propietarios de la misma.

Nos encontramos ya con la posibilidad de clasificar el proceso sobre el que fueron deslizándose los descubrimientos del hombre en el ejercicio de la producción y de las funciones económicas. Pronto aparecerán las exageraciones e incongruencias de un sistema que abusa de los términos en el uso de la libertad, para luego empañar la expansión y conquistas del hombre y derivarlo hacia una sujeción en lugar de a una liberación, por las vías rápidas de la tecnología y de la abundancia. Sistema que, a pesar de su papel de incentivo y promotor del bienestar, no ha podido

33. *Ibidem*, p. 309.

escaparse de la complicidad explotadora, y que en lugar de apuntalar las debilidades, suplir las deficiencias y reparar las incompetencias sociales, ha acentuado el individualismo irresponsable y ha renegado de un orden compensador. Así la evolución del capitalismo, de una etapa inocente y casi inofensiva, se remontó a un grado de agresividad para los pueblos que llegaron tarde al desencadenamiento de la producción y de la riqueza, víctimas de mesas ostentosas que condicionan su subdesarrollo.

Barnes señala cuatro etapas principales sucesivas de ese desenvolvimiento: a) capitalismo comercial primitivo o capitalismo preindustrial; b) capitalismo industrial; c) capitalismo monopolista, y d) capitalismo financiero.³⁴ El primero se desarrolló entre las revoluciones Comercial e Industrial. Los comerciantes fueron los amos en esa época. El capitalismo industrial prevaleció en los primeros estadios de la sociedad económica producida por la Revolución Industrial. Se desarrolló con base en la técnica que avanzó en los diferentes campos. La tercera clase estuvo relacionada con el primer desenvolvimiento de la Revolución Industrial. Personajes audaces y sin escrúpulos buscaron el control de todas las industrias. El capitalismo financiero se caracterizó por la aparición del gran banquero inversionista. “El ideal económico predominante entonces, fue el de conseguir grandes e inmediatos provechos financieros mediante manipulaciones especulativas [...] se oponían a los intereses de largo plazo de industrias y de sistemas de transporte.”³⁵

Los bancos lograron conquistar el control, sustancialmente, de la industria. Se recrudeció el grado de concentración de la riqueza y aparecieron monstruosas fortunas personales mediante la representación accionaria, sin necesidad de poseer la mayoría de las mismas. Circunstancia que posibilita el llevar a la ruina a los inversionistas-propietarios por la acción manipuladora de las direcciones. Así, de un esfuerzo de producción para satisfacer las necesidades, se saltó a un juego de ganancias especulativas sin importar los volúmenes y calidad de los bienes. Fue destruida la iniciativa y el sano espíritu emprendedor por las manos de la

34. Barnes, 1955, p. 607.

35. *Ibíd.*, p. 608.

prestidigitación financiera y de la especulación, opuesta a la producción misma y a la provisión de los mercados y consumidores.

Contradicción consistente en que unos cuantos explotadores, dueños de fortunas, atenten contra los mercados y la población sin mecanismos de defensa económica y social.

De esta manera, los centros propietarios del poder financiero controlan las mayores sociedades anónimas y dictan, con los consejos de las mismas, el nivel de vida de millones de habitantes de un planeta avasallado por el entretreído de complejas relaciones globales. El advenimiento de las compañías controladoras ayudó al desarrollo de las concentraciones corporativas mediante el dominio accionario que, muchas veces, sólo refuerza el tráfico financiero e impide que lleguen los beneficios de la productividad a los consumidores.

Por otra parte, con las intensas movilidades del capitalismo financiero no se asegura que los valores de los inversionistas y del público sean invertidos para el bienestar de la sociedad, sino que con el vaticinio de que producirán ganancias inmediatas, fruto de los movimientos especulativos, se arriesgan los esfuerzos, los ahorros y la tranquilidad de socios, comunidades y naciones. Muchas veces el capitalismo financiero consigue influir en las políticas fiscales de los gobiernos.

Ésta es la perspectiva, de inminentes peligros y de sismos financieros, en los que las sacudidas oscilatorias y trepidatorias dismantelan propiedades y riquezas; pero también, de sueños sorprendentes constructores de fortunas, realizados en las dictatoriales bolsas de valores metropolitanas: “la bolsa como la gran institución legítima de la nación”.

Este juego especulativo distrae la atención de los sanos servicios que puede prestar la Bolsa y enturbia la verdadera situación de los valores, así como la base última de su valor [...] cuan difícil es regular mediante leyes las tendencias generales económicas. La legislación que sea debe ser suplementada con la educación del público, por lo que hace [...] la naturaleza precaria y antisocial de las empresas, puramente especulativas. Pero la ley no hizo más que procurar que la especulación fuera razonablemente honesta.³⁶

36. Barnes, 1955, p. 640.

Gestor y símbolo es Wall Street de esta trinchera del capitalismo moderno. Autoritarismo del capital que rebasa las fronteras económicas de los estadounidenses y con torrenciales caudales arrasa los campos productivos de la economía bucólica con la que muchos pueblos enfrentan aún la vida. A pesar de los febriles resoplidos producidos por este planeta, víctima de la energía desencadenada para sostener maniáticos consumos.

Éste es el panorama al que nos fuimos acercando desde los rudimentarios hallazgos de movimientos económicos y mecanismos financieros para llegar a las complicadas y universales finanzas entretejidas por las redes y sistemas informáticos actuales. Hoy, sentado frente al monitor y con el teclado de una computadora, un grupo reducido de personas toma decisiones en la oferta y demanda bursátiles en algún rincón del planeta, que pueden afectar a millones de ciudadanos de los cinco continentes.

Y así como en la Edad Media, a pesar de las trincheras éticas, la implantación de la tasa de interés fue desbordando su espuma especulativa, en esta época el juego bursátil, expresión moderna, se desprende del ejercicio axiológico y de la afirmación ética, para que la ganancia inmisericorde, fabricada en lo intangible, pueda multiplicar la explotación del trabajo inmediato y del esfuerzo de años, mediante una representación anónima de títulos. Traficantes de valores intolerantes con la competencia, la convierten en botín con superprestidigitación financiera. De hecho, la tasa de interés y los movimientos bursátiles se llevan de la mano en una “divertida” rivalidad para exhibir su jugarreta universal del bimbaleta: mientras tú subes, yo bajo. En tanto una parte de la humanidad no acierta a comprender la angustia de las crisis, la otra, una multitud, no sabe definir su pobreza, reprobada y orillada a emigrar al salón de la miseria irreversible.

Pero, ¿por qué un capital casi etéreo, sin desgastes, descoloridamente representado en valores que no producen satisfactores, es engrosado con el premio de los intereses? En su teoría sobre el interés, Keynes asienta: “[...] la tasa de interés rige las condiciones en que se proveen corrientemente dichos fondos” (disponibles para nuevas inversiones).

Pero tan pronto como nos damos cuenta de que es imposible deducir cuál será la tasa de interés con el solo conocimiento de la demanda y la oferta de ahorros para nuevas inversiones, se derrumba la noción de que la tasa de interés es el factor compensador que iguala la demanda de

ahorros, en forma de nuevas inversiones. Al hablar de la propensión a consumir, explica los motivos por los que el poseedor de un ingreso, y en qué proporción, destinará una cantidad al consumo inmediato y el resto al consumo futuro.

Asimismo establece:

Debiera parecer evidente que la tasa de interés no puede ser recompensa al ahorro o a la espera como tales, porque si un hombre atesora sus ahorros en efectivo no ganará interés, aunque ahorre lo mismo que antes. Por el contrario, la mera definición de tasa de interés nos dice, en muchas palabras, que la tasa de interés es la recompensa por privarse de liquidez durante un periodo determinado [...]

La tasa de interés es el “precio” que equilibra el deseo de conservar la riqueza en forma de efectivo, con la cantidad disponible de este último [...] la cantidad de dinero es el otro factor que, combinado con la preferencia por la liquidez, determina la tasa real de interés en circunstancias dadas. Finalmente, relaciona el factor de incertidumbre: la ganancia actuarial o expectativa matemática de ganancia calculada de acuerdo con las posibilidades existentes —si es que puede calcularse, lo que es dudoso— debe ser suficiente para compensar el riesgo del desengaño.³⁷

Una orientación sobre la posición del economista inglés en el tema, lo expresa este párrafo: “En el caso keynesiano las tablas de la oferta y la demanda de dinero no pueden dar la tasa de interés, a menos que conozcamos de antemano el nivel de ingresos. La crítica de Keynes a la teoría clásica se aplica igualmente a su propia teoría.”³⁸ Otro extremo de la concepción del tema: “[...] por consiguiente, el fenómeno del interés es, para Marx, un fenómeno monetario que se determina en forma puramente empírica y casual según las condiciones del mercado financiero”.³⁹

En principio el dinero, considerado como mercancía, padece los vértigos de la montaña rusa en las precipitaciones agónicas y escaladas sublimes causadas por los mecanismos del mercado que, con las imprecisiones de oferta y demanda, hacen que el interés juegue a las serpientes y escaleras. Lo que fija el costo en el desarrollo de la “libre competencia”, impulsando o frenando las tasas de aquél dentro del ciclo económico,

37. Keynes, 1965, pp. 150-153.

38. Hansen, 1964, p. 127.

39. Napoleoni, 1972, p. 981.

siempre bajo la afectación de una multiplicidad de variantes que influyen en el comportamiento de las tasas de interés.

Pero:

¿Por qué da un interés el capital?:

- a) Porque “produce”, porque implica una aportación productiva (teoría de la productividad y el uso).
- b) Porque su oferta no es gratuita, sino que comporta, por parte del oferente, una cierta resistencia a posponer el consumo (teoría del sacrificio del capitalista), de la abstinencia, del agio, del agio diferido, etcétera.
- c) Porque es escaso y esta escasez impone el pago de un precio (teoría de la escasez).
- d) Porque su oferta implica un riesgo y éste merece un premio (teoría del riesgo).
- e) Porque permite a los empresarios en el desarrollo dinámico de la empresa, llevar a cabo sus planes de innovación (teoría del interés como teoría dinámica) y como impuesto sobre el beneficio.
- f) Porque la estructura de la sociedad, especialmente cuando experimenta sensibles modificaciones, permite obtener un fruto del capital no particular; la misma propiedad privada del capital puede ser considerada causa del interés (teorías dinámico-sociológicas e institucionalistas).
- g) Porque la estructura de la sociedad capitalista permite que el capitalista explote al trabajador (teoría de la explotación).
- h) Por alguna o muchas de las razones expuestas, que pueden combinarse en forma variada en un sentido ecléctico o sintético (teoría eclécticas y sintéticas del interés).
- i) Porque la renuncia a la liquidez monetaria exige el ofrecimiento de un premio (teoría de la liquidez).
- j) Porque el capital se monetiza y se demanda y ofrece en préstamo, y el tipo de interés equilibra esta oferta y demanda (teoría de los préstamos o fondos prestables).⁴⁰

El dinero listo para consumir o invertir, lleva el calor intrínseco de la disponibilidad inmediata, que contrasta con la incertidumbre del que servirá en el futuro para las mismas funciones económicas de inversión o de consumo. “[...] la gente se apoya crecientemente en el dinero como criterio de valor. Lo que solía ser un medio de intercambio ha usurpado

40. Ibídem, pp. 970 y 971.

el valor de los lugares fundamentales, revirtiendo la relación postulada por la teoría económica”.⁴¹

Ignoro cuándo habrá sido acuñado el conocido eslogan *time is money*, e ignoro si el pragmatismo sajón, concretamente el estadounidense, sea el que lo esculpió, o simplemente sea un adaptador de esta idea-dinamo que, en todo caso, revoluciona la concepción del filósofo clásico, según quien el tiempo (*numerus primus secundum prius et posterius*) debe percibirse como un hallazgo psicológico, como la dimensión en que los fenómenos marcan su sucesión.

En cambio, la contundente definición económica del tiempo esculpe una conversión del concepto con un lirismo concreto, pero al mismo tiempo etéreo, tras una transustanciación burda que altera la volatilidad de la esencia del mismo, mutándola en una pesadez vulgar y tangible de sólo materia compleja y utilitaria. Desde la niñez se contamina en Occidente, y al parecer también ya en el Oriente, la visión de la vida y la visión de la existencia con tan contundente apotegma monetario. Cuando sencillamente, el tiempo es vida, es oportunidad de aspiraciones sublimadas, de escalar pretendiendo la excelencia humana. Así, diremos que *time is life*.

Como en la leyenda de Midas, encontramos irreverentes practicantes que subordinan el tiempo al anhelo de que todo lo que los rodee se transforme en bienes. Los cuales acabarán por paralizar la existencia y trabar los acordes de la historia, sin encontrar un hombre más humano. Que el dinero provoque los afanes del siglo, y el interés sea su sudoración, no puede dudarse. Aquél, como mágico arco iris, parece prometer bonanza y luminosidad económica bajo el mecanismo de la “tasimetría” que, como timón de una nave, comunica con fidelidad al timón la dirección en los mares procelosos de las finanzas mundiales.

En realidad, el sistema del mercado financiero, saltando el equilibrio de las libertades, ha conducido de tal manera al capital, a la libre concurrencia y a la producción, que irresponsablemente sujeta con ello a la economía total. La razón de ser de la inversión, de la iniciativa para la producción y satisfacción de las necesidades humanas mediante la li-

41. Sorow, 1997, p. 1.

bertad de comercio, ha desembocado en la manipulación y en una especie de secuestro ejercidos por los interventores en las grandes catedrales bursátiles, de tal manera que el imperativo de su voz reproduce el eco hasta en los caseríos de los desiertos y en las solitarias comunidades de las cordilleras.

El capital empresarial productivo ha sido puesto de rodillas por un sistema simbólico de economía, con beneficios visibles sólo para los selectos miembros de los grandes clubes de la manipulación financiera. El mecanismo de las tasas de interés manejado por los bancos centrales, es un instrumento de política económica para alcanzar, con buena fortuna, los equilibrios de las economías nacionales y globales.

Cuando en un país, con sistema de libre mercado, el crecimiento de sus sectores productivos está creando presiones inflacionarias por algún exceso de demanda, se incrementan las tasas de interés para desacelerar el ritmo productivo y conseguir el equilibrio de la oferta y la demanda. Sin embargo, ante los complejos tramados de las variables de la economía moderna, no siempre se logra tal propósito. En ocasiones, el alza de las tasas no es suficiente, lo que obliga a nuevos movimientos de las mismas ante las reacciones de los índices en los mercados bursátiles que tratan de ajustarse a los acontecimientos.

Desde luego, la fragilidad del sistema involucra también a los países periféricos, que son afectados directa o indirectamente por los movimientos especulativos, de los que difícilmente pueden aislarse. Esto ocurre principalmente en los países deudores vinculados con los centros bursátiles. Así, sin poder retraerse de la especulación, con el aumento de las tasas en las naciones líderes inmediatamente se sienten las presiones y el volar de los capitales a más seguras y prometedoras tierras. Vagabundeo de inversiones entre fronteras irrestrictas y sin aduanas financieras. Por su parte, las economías deudoras, aun las de mediana fortaleza, resienten estas situaciones de empuje del mercado cambiario. Para contrarrestar los efectos y aliviar la salida de descomunales flujos de capitales, aquéllas procuran subir sus tasas —México es un experimentado en esto—, lo que provoca el encarecimiento financiero al aparato productivo y la limitación al crecimiento, con efectos devastadores o desestabilizadores.

Éste es el esquema del proceso que llega a afectar al ciudadano universal, acosado por un sistema distorsionado, sin un verdadero sentido

de promoción y desarrollo, que ha desembocado en la irracionalidad, sujeta al poder decisorio de una élite hegemónica.

Los capitales mundiales especulativos perjudican a la mayoría de los países, principalmente a los menos protegidos y menos preparados con políticas compensatorias, afectados por tanta movilidad bursátil entre las naciones. Situaciones desbocadas en que deben intervenir los organismos internacionales pertinentes. “Los movimientos de capital, más que de comercio, son ahora la fuerza motriz de la economía mundial. No se han separado ambos completamente, pero su vinculación se ha debilitado y, lo que es peor, se ha hecho impredecible.”⁴²

Los países desarrollados han introducido un fenómeno económico, con una buena dosis de politización, a un espectro mundial de intereses y de consecuencias sociales. De esa manera, la economía internacional ha sido supeditada al expediente del movimiento “manual” de las tasas de interés. Y se le ha fijado un factor en los flujos mundiales de capitales y de tipos de cambio, de vulnerabilidad y fuerte volatilidad. De hecho, se ha realizado un tajo dramático entre la economía productiva, el mercado accionario de las empresas elaboradoras de productos y participantes con sus inversiones en la ordenación del bien común, y los simuladores de inversiones que, con una intrépida intrusión, suplantán el oficio de promotor y de productor.

[...] Cambio importante en la economía mundial es el surgimiento de la economía “simbólica” —movimiento de capital, tasas de cambio y flujos de crédito— como la rueda motriz de la economía mundial, en lugar de la economía “real”: flujos de bienes y servicios. Ambas economías parecen operar progresivamente en forma independiente. El comercio mundial de bienes alcanza las cifras más grandes de la historia. Lo mismo sucede con el comercio de servicios o “invisible”.

Sin embargo, existe todavía una discrepancia masiva y la conclusión es que los movimientos de capitales conectados con el comercio —y en realidad independientes de él— exceden fuertemente al comercio financiero [...] en la economía mundial de nuestros días, la economía “real” de bienes y servicios y la economía “simbólica” (de dinero, crédito capital) ya no están ligadas estrechamente una a otra; en realidad se están distanciando cada vez más [...] se deterioran las relaciones de intercambio (con las devaluaciones).

42. Drucker, 1986, p. 811.

De aquí en adelante las tasas de cambio entre las diferentes divisas principales serán tratadas en teoría económica, así como en política comercial, como un factor de “ventaja comparativa”, con carácter principal. Sin embargo, y en forma creciente son los tipos de cambio los que deciden la comparación entre el país A y el país B; así, los tipos de cambio se convierten en un principal “costo comparativo” que, además está fuera del control de la empresa.⁴³

Mientras tanto, en este progreso y dominio de la economía creadora de riquezas “intangibles” en contra de la economía productora de satisfactores, bienes consumibles y servicios, los sectores del poder financiero mundial concentran los créditos en los países ricos provocando sequías o insuficiencia de capitales para la inversión directa, quedando las amenazas de estampidas financieras y desestabilizaciones para los países tercermundistas.

Y a inicios del tercer milenio no se observan aún esfuerzos por encontrar y aplicar mecanismos serios, no como meros paliativos, apenas, ni como cuotas bien dosificadas de contención para evitar catástrofes en las naciones desprotegidas. Mismas que pudieran expandirse y producir un colapso en medio planeta, como ya ha sucedido. Avisos de advertencia han sido, en el pizarrón financiero global, las crisis periódicas de efecto dominó, como los casos de América Latina y del Pacífico Asiático. El siglo pasado, alentado por las iniciativas personales dentro del sistema de crecimiento económico, rebasó las expectativas productivas, nunca antes alcanzadas por el capitalismo industrial. Panorama opacado por las crisis recurrentes y amenazadores colapsos. Siglo en el que por todo el orbe se desbordó el interés por el interés, en combinación o contraposición con los juegos bursátiles.

Con inspiraciones democráticas, las motivaciones originales fueron víctimas de la descomposición, de la ambición y de la manipulación que empujó un proceso de corrupción que desalentó las aspiraciones de mayor equidad para las naciones agredidas por parte de los impasibles promotores financieros. Se oyen voces fuertes que acusan a las instituciones financieras de contaminadoras de todo el sistema:

43. *Ibidem*, pp. 814 y 815.

[...] conforme a las investigaciones de la policía estadounidense, el dinero “sucio” encuentra cada vez más en el ámbito bursátil su “lavandería instantánea”, por la velocidad con la cual se realizan las operaciones de bolsas [...] de nuevo sale a colación el testimonio del ex secretario del Trabajo de Estados Unidos, Robert Reich, sobre que Wall Street tiene más poder que el Ejecutivo y el Congreso estadounidenses juntos.

Obvio es que este espíritu mafioso reinante en Wall Street sólo arroje como resultado un gran fraude, no sólo contra quienes inducidos por las ideas de la era postindustrial caen en las garras de los mercados bursátiles, sino además contra las empresas productivas, gigantescas fábricas victimadas por una caída en el valor de las acciones.

Eso que llaman exitosa economía se origina en el fraude, en reciclaje de recursos obtenidos de las drogas de negocios sucios, del saqueo de corporaciones financieras transnacionales mediante instrumentos de deuda de la riqueza real de naciones enteras, como ocurrió en México en 1994. Creer en la “magia” de Wall Street, es tener una idea muy pobre de la civilización humana, de su búsqueda de la felicidad, como algo común a todos y no de unos cuantos.⁴⁴

Podrá alguno juzgar esas afirmaciones, sin aceptarlas completamente pero, tomando la proporción deseada, percibirá que ya no es el interés el que mueve al mundo, sino el juego del interés y de la especulación la que sacrifica al hombre, cuando el planeta es una casa global y compartida que debe satisfacer las expectativas de la humanidad entera.

44. Neme Salum, 1997, p. 3.

V

La oscuridad de un modelo

Un modelo lleva en sí la idea de perfección, de paradigma o tipo digno de imitación. La adopción de un modelo en economía se ajusta a la determinación de un patrón teórico que armonice las variables seleccionadas y que, al aplicar una serie de medios congruentes, consiga los objetivos macro y microeconómicos predeterminados. El método trazado implica normalmente una dirección inspirada en algún pensamiento económico.

En el México moderno, durante la última mitad del siglo pasado, con persistentes signos ideológicos, se ejercieron diferentes aplicaciones de modelos y que, más que sustituciones, implicaban sólo adecuaciones o adaptaciones dentro de una economía de mercado y de libre empresa, delineada o acotada por la intervención pública. Entre 1954 y 1970 se abrió paso el desarrollo estabilizador. Buscó los equilibrios económicos y el desarrollo del mercado interno mediante el proteccionismo. De 1970 a 1982 se habló de un desarrollo populista. Alentó la producción mediante impulsos del gasto público que ocasionaron desajustes económicos y desbordamiento inflacionario. Entre 1983 y 1994 se aplicó un mecanismo de estabilización con severas políticas contraccionistas, sumado a la apertura de nuestro mercado. Se manejó luego un modelo de influencia neoliberal, que deja sus efectos desde finales de la centuria pasada.

El surgimiento de las tesis liberales del siglo XVIII reclama mayores libertades para el ejercicio económico. Así, el Estado debe refrenar sus propensiones intervencionistas y abandonar el mercado y a los actores productivos a la dinámica de la competencia, con lo que sobrevendrán el desarrollo y el bienestar por sí mismos, según afirman estas proposiciones. En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith expone cómo, al

interés personal sobrellevado a través del mercado competitivo, se suma el interés general.

El neoliberalismo puede aparecer como una reacción a los excesos intervencionistas del Estado, que debe conducir a un equilibrio de la economía para que los esfuerzos individuales, por medio de los movimientos de oferta y demanda, active los mercados a los que concurre con su producción la empresa privada. Ésta buscará la rentabilidad y la eficiencia, en igualdad de oportunidades, las que han de ser garantizadas por el poder público. El mismo podrá usar, como mecanismos, el manejo de los ingresos fiscales, el gasto público, la política monetaria y la crediticia. Asimismo, se abstendrá del control de precios, minimizará los subsidios y limitará la propia producción con empresas oficiales.

La exaltación de la economía de mercado descansa en la pretensión de la racionalidad de las decisiones individuales, que buscan la maximización de las utilidades y la expansión de los mercados internos y externos. Desde luego que la aplicación de estos criterios propicia la especulación, la concentración de la riqueza, el bajo interés en apoyar la actividad de las empresas menos favorecidas, como pudieran ser las medianas y pequeñas, y alienta demasiado el optimismo que, en abstracto, pronostica que el bienestar, por capilaridad, descenderá a todas las clases de la sociedad, aun a las marginadas.

Se requiere de un comportamiento frío ante las consecuencias severas de los ajustes macroeconómicos que surtirán sus efectos benéficos sólo a largo plazo, sin fijarse en los deterioros sociales inmediatos, sobre todo de los más desprotegidos. En realidad, al desear el neoliberalismo aparecer como menos doctrinario y más práctico, exageró su reacción frente al intervencionismo y sus diferencias con el Estado y demostró una sorprendente insensibilidad ante las consecuencias sociales de su comportamiento económico.

De la misma manera, el pregón dialéctico del pensamiento moderno sobre la economía desemboca precisamente en el neoliberalismo:

Una primera tesis surge en *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith (1776). En 1867, con *El Capital*, Carlos Marx presenta la antítesis (el propiciar la concentración de la riqueza) lleva al capitalismo a la autodestrucción. Con base en la experiencia de la Gran Depresión de 1929, John Maynard Keynes, en su *Teoría general de la*

ocupación y el dinero, sintetizaba las dos posiciones ya mencionadas. Como reacción al keynesianismo, Milton Friedman publica *Capitalismo y libertad* (1962), en donde a manera de nueva antítesis, señala que para reducir la inflación se debe eliminar el déficit de las finanzas y limitar la intervención del Estado y procurar la estabilización monetaria. A manera de síntesis, en 1972 Ludwig Erhard y A. Muller-Armack [exponen] la economía social de mercado. Paralelamente a la aparición de la economía social de mercado, las ideas de Friedman han generado diversas corrientes en el pensamiento económico que le dan sustento a lo que hoy en día conocemos como el proyecto neoliberal.⁴⁵

El padre del monetarismo, Milton Friedman, repudia los controles sobre las monedas y alienta la libertad oficial de la moneda. La congelación de las cuentas bancarias no sólo es inoperante a largo plazo, sino que considera la medida como un atentado contra la propiedad privada. Los tratados de áreas de libre comercio conducen a mayor intercambio en la región, a la manera de uniones o aduanas, pero entorpecen el intercambio entre las regiones y el comercio internacional, a la postre.⁴⁶

Parece un intento de reestructuración del sistema capitalista con la recomposición de un nuevo orden, invocando, entre otras, la teoría social del mercado para apuntalar las fallas cometidas en sus aplicaciones de inspiración keynesiana y en sus tendencias provocadoras de desestabilización con sus reivindicaciones igualitarias. El Estado se había sobrecargado de compromisos sociales en su afán benefactor y promotor de la “gran sociedad”, lo que lo llevó a manipular al “omnisciente mercado” y a corromper la armonía de la libre concurrencia con interferencias políticas que impedían la eficiente asignación de los recursos por las fuerzas del mercado, ajustadas con la libertad de precios.

El neoliberalismo propone una simplicidad del sistema económico, que niega la intervención pública y alienta la producción de los sectores que claramente muestran ventajas comparativas. “[...] se propone una estrategia de desarrollo basado en el equilibrio macroeconómico, pero acompañado de una amplia apertura hacia el exterior, del empleo de mecanismos de mercado para la asignación de recursos y de la conversión del sector privado como motor del crecimiento de la economía.”⁴⁷

45. Cano y Zamora, 1991, p. 1.

46. Santa Cruz, 1991, pp. 67-70.

47. Cano y Zamora, 1991, p. 136.

Ante panorama tan controvertido, México, en la urgencia de su desarrollo y acercamiento de su población a un bienestar sustentable, debe impulsar un movimiento de apertura de siglo, para proseguir con la tradición. Así, se dieron las estampidas revolucionarias al final de los decenios de 1810 y 1910, que casi nos condicionan a irrumpir con un nuevo género de movimiento para el año 2010, el que, sin ser belicista, no por eso debe imprimir menos dinamismo renovador. Ya avanzado en el decenio significativamente, debe ofrecerse como un acto conmemorativo de aquellos logros, el político y el social, y como una aspiración definitiva a consolidar pacífica y democráticamente nuestra tercera revolución: la económica, con un sentido de justicia y repartición de la riqueza.

Y ante las encontradas direcciones a tomar para un desarrollo productivo y un crecimiento coparticipativo, habrá que tomarse distancias de distracciones de escuelas y de dogmatismos económicos y seguir el vuelo del águila tráfuga, imperturbable, intrépida, persistente, visitante de los caminos del sol y de las lejanías nebulosas. El pueblo comprometido con las nuevas generaciones y con la historia, debe asumir el compromiso del trabajo, convocado por una política de Estado que rompa los intereses de facciones y lleve a reencontrar al México repleto de tradiciones, con el dinamismo de su juventud pluricultural, en el redimensionamiento moderno de una propia escuela de libertad de emprendedora solidaridad y corresponsabilidad.

Un modelo económico cuyo gran motivador sea estar al servicio a la plenitud del hombre; que reconozca las diferencias entre los diferentes actores económicos y tenga como motor principal la equidad en los intercambios como expresión de justicia; que se apoye en la economía de mercado, reconociendo las limitaciones de las leyes del mismo y que al estar construido por y para el hombre se desarrolle sobre bases éticas.⁴⁸

Nuestra patria requiere de un modelo "mexicano". El acoplamiento de los diferentes Méxicos pide una planeación y ejecución que concierte los flujos de producción dispares que puedan afluir de nuestras asimetrías internas socioeconómicas, para administrarlas hacia una convergencia

48. Soto, 1996, p. 14.

y lograr maximizar sus resultados en orden a una progresiva y relativa homogenización, dentro de una pluralidad, una vez pulidos los bordes para facilitar los contactos y los ensambles nacionales. Los tres diferentes niveles de nuestro México no permiten la implantación de un sistema sustentado en una doctrina económica lineal, pero sí en una teoría que interaccione elementos escalonados con gradualidad en nuestra sociedad heterogénea. El descubrimiento de un equilibrio en la coordinación y comunicación, que siga el sentido dentro de la línea de movimiento de constantes elementos y factores, que sorprenda la dinámica de las fuerzas económicas emulsionadas por una sociedad con pluralidad de inquietudes, en la satisfacción de deseos y necesidades.

Los mexicanos debemos despreocuparnos de la identificación de un modelo. Debemos ocuparnos en la orientación de directrices y elementos productivos prácticos y eficientes, sin la seducción o reproducción de otros modelos, con un sistema de contenidos básicos, funcionales y autorrealizables. Una política económica disciplinada sin privilegios ni discriminaciones, sin distorsiones que desorienten la acción de los agentes económicos; antes bien, integradora de las energías sociales que induzcan a la creación y distribución de riqueza y a resultados nacionales mediante el equilibrio y la armonía de los factores productivos.

Requerimos de un Estado que asegure el cumplimiento de las normas jurídicas, la libertad de asociación, la asistencia y seguridad sociales y la lealtad entre los mexicanos; que promueva una calidad de productividad y calidad, y cooperación entre los factores de la producción; que aliente la función social de la economía y reconozca su acción subsidiaria. Que, aunque proteja la libertad de la sociedad y la libre competencia, esté consciente de los alcances y limitaciones del libre mercado, de lo que pueda hacer una competencia colectiva, sin excederse en sus derechos y con la intervención en las prácticas monopolísticas, contrabandísticas, falsificadoras y plagiarias.

Debe preservar los objetivos de control inflacionario, estabilidad de cambios y deuda pública equilibrada. Un Estado que promueva el desarrollo regional evitando las centralizaciones y luchando prioritariamente contra la pobreza extrema, en un programa de integración nacional de las zonas más marginadas y rezagadas, sin exagerar las expectativas de expansión y modernización promovidas por inversiones extranjeras y por

la acción de movimientos exógenos, sin olvidar nuestras asimetrías internas que entorpecen un funcionamiento normal de la economía de mercado al presentar sectores aberrantes o tímidos a los cambios; consciente de que el incremento del consumo no funcionará necesariamente como detonador de la modernización de un mercado débil o de autoconsumo. Por ello, se necesitará ensayar nuevas fórmulas socioempresariales, cuidando de que “la política económica no sea antisocial y la política social no sea antieconómica”.

Por su parte, precisamente a los empresarios les tocará acelerar el reencuentro con una filosofía empresarial que guíe sus objetivos individuales a un resultado de beneficio comunitario dentro de un régimen de propiedad privada de los medios productivos, pero democráticamente al alcance de todos. Conseguir, dentro de una administración eficiente y creativa, la competitividad de la empresa basada en costos, calidad y servicios, atención al consumidor mediante el uso de la tecnología y de la innovación. Debe la empresa participar en los programas de asistencia social considerando la primacía del trabajador en sus objetivos con un sentido de función compleja, en que un agrupamiento de personas colabora con un fin para satisfacer un requerimiento de toda la sociedad.

Se tendrán que revisar los valores y la cultura laborales en una dimensión integradora y participativa del personal, en un ambiente de respeto, conciliación y diálogo. Por lo que se buscará adecuar la gestión y organización a nuevas formas en que todos los niveles de la empresa establezcan un proceso de actualización y capacitación continua mediante programas educativos para una mayor igualdad de oportunidades, en busca del incremento de la productividad y el beneficio comunitarios.

No nos obsesione el encontrar un camino con nombre. Sólo el modelo de trabajo concertado y el reparto equitativo será nuestra guía. Tampoco nos perturben las polémicas ideológicas. Hasta dónde fracasó el marxismo y se actualizó a Smith. Si al austriaco Joseph Alois Schumpeter le corresponde establecer la moda, al exhibir en la pasarela de las teorías económicas sus opciones de desarrollo cuando:

[...] sostuvo que la teoría económica sola no basta explicar la realidad total de un país ni por qué ocurren los grandes cambios cualitativos en un sistema productivo [...] que la libre empresa era la forma más eficiente de manejar la economía.

Él visualizó el sistema económico formado por tres partes: un “flujo circular”, cambios cualitativos esporádicos inducidos por las innovaciones, nuevo “flujo circular” [...] es importante para analizar la situación de México que tiene zonas donde, por aislamiento geográfico, marginación étnica o cultural no se han logrado niveles de vida adecuados.

[...] Ver las ideas de Schumpeter como base esencial de programas económicos para resolver los programas políticos de México. Urge acoplar internamente nuestra economía, modernizarla en áreas específicas, y hacerla apta para sobrevivir en la economía global.

[...] cuando se establece una nueva empresa en zona no desarrollada [resulta] un núcleo de desarrollo con impacto mucho mayor que el de la empresa inicial: “capitalismo constructivo”, estatismo indirecto o neoempresarismo con enfoque social. La realidad económica de México [...] no es matemática ni matematizable [...] complementar la economía de mercado con una política industrial activa enfocada en nichos específicos.⁴⁹

Para la manifestación peculiar de nuestro proceso de desarrollo socioeconómico, sí se requiere ensayar fuerzas complementarias de las solas decisiones del libre mercado. Pero no se debe alentar ya la tradicional iniciativa oficial, que conduce al burocratismo, a la ineficiencia y a la deshonestidad. Alentar promotores en una modalidad de responsabilidad compartida, impulsar iniciativas complementarias que desplieguen por todo el territorio la energía confinada de una sociedad paralizada durante tantos años, por una visión paternalista de la administración del país: pequeñas y medianas empresas, cajas populares, centrales de acopio, compras en común, cadenas productivas, asociaciones agrícolas, extensionismo fabril y rural, todo con un sentido de servicio social; movilización de cuadros organizados estudiantiles y magisteriales que enfrenten el analfabetismo, las rutinas y atrasos en los procesos productivos, promotores de la capacitación cultural, artística, deportiva y, desde luego, laboral y empresarial. Destapemos al genio de la juventud y aprovechemos su osada energía para edificar el México nuevo. Entonces, se olvidarán los rencores, las frustraciones y se reasumirán ideales constructivos, despreciando la comodidad y el fastidio. Liberadores de cadenas de ignorancia, apóstoles del desarrollo.

49. Sáenz, 1996, pp. 219-221.

Finalmente, tampoco nos preocupen las tentaciones de estructuralismos, monetarismos, eclecticismos o sincretismos económicos. Si nos aferramos a la laboriosidad y a la escuela de la equidad, sorprendida, podrá contar la generación frugal por su indisciplinadas reservas fructificadas, muchos más “puños”, para repartir con generosidad resultados de la madurez cultural. En las experiencias recurrentes de las crisis, los gobiernos monolíticos nacionales debieron echar mano de mecanismos que contrarrestaran los fenómenos adversos siguiendo, de algún modo, las corrientes actuales mencionadas.

Los estructuralistas establecen que los problemas de desequilibrios económicos sobrevienen por la malformación del aparato productivo incapaz, por su inflexibilidad para atender regularmente las necesidades del mercado al recibir con deficiencias las señales de los precios. Por lo anterior, se dan desacuerdos en las medidas de contracción monetaria para resolver un fenómeno inflacionario, porque se frena el desarrollo. Se afirma: no se resuelve devaluando porque una elasticidad-precio baja contrarresta el efecto devaluatorio.

Los precios, por su parte, participan limitadamente en la asignación de recursos al estar muy lejos de la competencia perfecta, por lo que sólo atienden a su papel distributivo.

Por su parte, los monetaristas dan por sentado que el desarrollo acelerado de las tasas de oferta monetaria y los gastos excesivos gubernamentales condenan a un estado endémico, las inestabilidades inflacionarias. Por ello, exigen una política disciplinada del gasto público dentro de las cuentas macroeconómicas.

En América Latina se aplicó un nuevo instrumento económico:

Éste fue el nuevo monetarismo, que básicamente aceptaba el argumento estructuralista de un desequilibrio fundamental en el organismo productivo [...] Era necesario “poner los precios en su sitio” mediante una apertura de las economías a las importaciones. La eficiencia económica interna se lograría gracias a los “vientos de competencia” [...] Una serie de elementos parece haberse combinado para aniquilar al nuevo monetarismo. Con el nuevo pragmatismo, hacia 1985 se intentaba combinar [...] elementos de las teorías anteriores [...] la movilización de factores desocupados también exigía el uso de divisas [...] era preciso tomar en cuenta las distintas necesidades de importación, lo que implicaba adoptar una política de protección selectiva

y entrar a una nueva era de sustitución de las importaciones [...] la política ha oscilado de un extremo a otro con los vaivenes de la moda intelectual [...]”⁵⁰

Mientras tanto, México no ha dejado de tomar su parte en los diferentes ensayos.

Los mexicanos tenemos que inventar nuestro propio desarrollo y luego, si queremos, darle un nombre, tipificarlo. Para ello se requiere tecnificación, innovación, modernización y actualización de nuestras estructuras sociales y productivas. No necesitamos las metas insípidas de un primermundismo económico aunque supere la barrera de los 20 mil dólares anuales como ingreso promedio por habitante. Requerimos crecimiento económico con sabor humano, con un contenido equitativo más integral, con un grado de sensibilidad que supla las deficiencias económicas, para alcanzar la felicidad como sociedad y como país de decisiones milenarias.

Así, hablamos de tasas de inversión de 5% por unidad de incremento anual del PIB para crear, con un mínimo de 6% de avance del mismo, los espacios laborables que llenen los rezagos y satisfagan las demandas impresionantes de los estratos jóvenes que exigen un puesto productivo sensatamente remunerado. Ya no cabe basar nuestra competitividad en salarios castigados que van condenando a cada generación sucesiva a la desvaloración por la impotencia de cumplir sus justas satisfacciones.

Las teorías sobre el desarrollo se han multiplicado. México, con la agudeza del ojo de su águila, debe captar las experiencias redituables que pueda aplicar, sin afanarse por las teorías en sí. El juicio histórico se fincará en el progreso integral y en el bienestar real que pueda ofrecerle un sistema racional de previsión que termine con el lastre y cubra la deuda con el pasado, como una oportunidad de trasponer el presente hacia un futuro humanizado.

[...] la teoría de la “dependencia” [...] sostenía que en el sistema económico internacional existía una distorsión que desfavorecía a los países en desarrollo [...] como no podían competir con los países industriales en la producción de manufacturas, debían aplicar una política de industrialización sumamente proteccionista. [Agobiados,

50. Schydrowsky, 1990, p. 13.

hacia 1974 estos países exigieron] un “nuevo orden económico internacional [...] la escuela “estructural” concibe el desarrollo como una asociación de pasos: de una actividad predominantemente agraria a una actividad predominantemente industrial [...] respaldaba los argumentos a favor del proteccionismo y de la integración regional [que] condujeran a una planificación a largo plazo del desarrollo económico [...] “la economía del desarrollo”, en la cual se aplican conceptos y métodos de análisis habituales a situaciones de desarrollo específico [...] los gobiernos y los convenios internacionales [establecerían] normas que permitan un funcionamiento competitivo de los mercados y, en segundo lugar, suministrar bienes públicos eficaz y equitativamente.⁵¹

La misma autora del estudio citado luego habla de la evolución del desarrollo y, aludiendo a Rostow, asienta que al aplicar políticas económicas conscientes y adecuadas se puede romper el círculo vicioso de la pobreza y entrar en un periodo de despegue con la tecnología disponible para alcanzar niveles de ingreso más elevados. Luego, afirma que la descentralización de las decisiones mediante mecanismos de mercado tiende a compensar errores. El gobierno debe actuar fundamentalmente en el logro de una cohesión social y política, aplicar el imperio de la ley y conseguir un consenso social en torno a los objetivos. Las políticas económicas esenciales son la monetaria, la financiera, la cambiaria, la comercial, la fiscal y la laboral. Con éstas, adecuadamente aplicadas, con medidas sectoriales de alcance medio limitado, es suficiente para desarrollar sectores económicos en los que se den ventajas competitivas. También hace mención de que las políticas económicas arraigadas restringieron, en los setenta, los ajustes estructurales por la resistencia a las modificaciones. La participación en las actividades económicas por parte del sector público es limitada por la necesidad de asumir riesgos. Finalmente, afirma en el análisis: “En cualquier caso, los problemas de crecimiento y desarrollo económicos de los países en desarrollo deben abordarse en el ámbito nacional”.⁵²

Y eso es precisamente lo que nuestra dependencia política y económica ha dificultado: las autodecisiones nacionales. Y éstas fueron las políticas económicas intervencionistas del gobierno mexicano, a las que

51. Hughes, 1986, pp. 431 y 432.

52. *Ibidem*, p. 433.

Friedman ha de reprobar, no por la actividad económica del Estado sino por conservar un régimen de monopolio estatal que impide actúen los mecanismos automáticos de remuneración a los factores dentro de una competencia de libre mercado.

En México se ha dado históricamente una fuerte presencia del Estado en la economía, explicable por el proceso de nuestra integración social y política saturada de tropiezos y de coyunturas, por la permanente situación de levantamientos civiles y amenazas y realidades de guerras extranjeras posteriores a la de Independencia. La “paz” porfiriana no se aprovechó para alentar la revolución social y política. Los esfuerzos de actualización del país en comunicaciones y otros renglones de infraestructura, no fueron suficientes y terminaron en las pulsaciones y jadeos de una revolución inconclusa cuyo trofeo, la Constitución de 1917, trató de señalarnos caminos de progreso pero, perdidos los mexicanos, apenas estamos tratando de reencontrar el destino.

Tras la Revolución, se justificaba la omnipresencia pública en una economía casi incipiente y maltrecha. Con un sector privado sin recursos y con la novatez en incursiones dentro del juego de la inversión. El cual, aunque activo y en crecimiento, era insuficiente para llenar el dinamismo que se requería para completar tantas carencias en campos, que la misma Constitución señalaba, se cubrieran con responsabilidad social. Desconocemos hasta dónde se ha cumplido esto, pero sí sabemos que las omisiones se han debido, en parte, a que la acción gubernamental no fue dirigida a este fin con exigencias de categoría moral. Entregada a multifacéticas preocupaciones acabó distraída, sin el cumplimiento de sus obligaciones básicas y deteriorando el ejercicio honesto del poder público.

Así, la empresa privada durante la aplicación de políticas de sustitución de importaciones y durante el periodo del desarrollo estabilizador desplegó rutinas viciosas y lentitudes que enervaron su espíritu emprendedor y competidor. Por su parte, el Estado asumió la dirección de empresas estratégicas y poco a poco alcanzó el “palo y el mando” al añadir, al poder político, las desbordadas funciones económicas. Así, hacia los ochenta manejaba casi 1,200 empresas, que representaban la generación de 10% del total del empleo y 30% del PIB.

Omnipresencia que, por sus tramos tan altos de control y por la confusión en los papeles asumidos, degeneró en una política de corporativis-

mos improductivos, subsidios y transferencias distorsionantes, derroche de recursos nacionales, corrupción, manipulación administrativa y distribución retributiva de los puestos, al margen de capacidades y de criterios técnicos racionales. Intervención económica que derivó, de una obesidad gubernamental, en una ineficiencia semiparalizadora del aparato productivo nacional, con estrangulamientos vitales que no pudieron evitar rezagos ni conseguir un desarrollo sostenido, a pesar de estadísticas halagüeñas temporales. Esta participación voraz en sectores no justificables, llevó a una conversión estructural de la que se marginó a la sociedad, que sólo recibió el impacto de crisis programadas, baja calidad e insuficiente oferta nacional.

Ciertamente, para impulsar el arranque del desarrollo de países rezagados se requiere de una detonación y la participación del poder público, cuya presencia es imprescindible en áreas estratégicas y cuya intervención más o menos prolongada es necesaria en algún sector monopolizado o con producción insuficiente para garantizar el abasto, así como para que las clases más marginadas aseguren la oportunidad de satisfacer sus necesidades de bienes y servicios básicos.

En fin, se requiere inevitablemente la presencia del Estado en ciertos periodos del desarrollo para que, aparte de afianzar la estabilidad macroeconómica, deude eficiente, control de la inflación, fortalecimiento de la infraestructura, dedicación de recursos a los renglones de seguridad social, educación, salud, vivienda, sobre todo pueda conseguir con regulaciones mínimas y participación prudente en los niveles de la producción, el reparto de la riqueza. Porque el Estado no puede renunciar a las tareas básicas en el funcionamiento del país, por una parte. Pero tampoco es posible que un sistema con caducada tecnología en sus empresas paraestatales, en ocasiones en una situación de completa obsolescencia y descapitalización, absorba la atención, la energía política y los recortados presupuestos nacionales, en una vigilancia estricta para evitar los manejos corruptos e improductivos.

Nuestro gobierno pareció, en algunos momentos, incorporar una temerosa planeación indicativa en nuestra economía, con sus planes recurrentes y posesión de empresas paraestatales. Edificar un México moderno presupone un juicio sereno y un interés desapasionado pensando en las futuras generaciones. Un México en que se ensayen, de una vez por

todas, los derechos universales para el total de los mexicanos, sin privilegios de grupos y con la participación general. En el que el gobierno y la sociedad realicen las tareas respectivas sin la obsesión de acaparamiento y el deseo de interferir en las labores que cada uno debe de desarrollar con responsabilidad y patriotismo, según las condiciones económicas y sociales para trasponer, con esperanzas fundamentadas, los rezagos ancestrales hacia transformaciones y realidades aspiradas por todos los mexicanos.

Tantos años de desconfianzas, de irresponsabilidad y corrupción circunscritas no sólo al poder público, requieren de objetividad y serenidad para reiniciar o ensayar los nuevos caminos.

Las dudas y soluciones en el caso de la industria petroquímica básica nos proporcionan un antecedente de las exploraciones consensuales y renunciadas que implica el juego de nuestros consentimientos y determinaciones. Este sector de 36 productos exclusivos del gobierno, en un momento se redujo a nueve eslabones provenientes de la destilación inicial petrolífera, en donde nacieron las cadenas de hidrocarburos. Se concedió finalmente, con el deseo de impulsar el despliegue mediante su capitalización, que 49% de las acciones podrían quedar en manos privadas. Fórmula que se pensó diera resultados e impulsara nuevas inversiones, aprovechamiento de los recursos naturales y generación de empleos.

Sin embargo,

[...] la reducción del tamaño del Estado no implica que desaparezcan las diferencias fundamentales de la economía, porque éstas están arraigadas en el proceso de desarrollo mismo y en el fondo definen la etapa de desarrollo en que se encuentra América Latina, la política económica se acercará de nuevo a una modalidad más desagregada. Entonces quizá aparezca [esto se presentó a principios de 1990] un nuevo pragmatismo más pragmático, que incorpore la limitación en la capacidad de administrar del Estado como piedra angular para la selección de políticas, que priorice con mayor claridad las áreas que exige la intervención del Estado, pero que no deje abandonado el equilibrio macroeconómico.

De un pragmatismo realmente equilibrado puede surgir una política de transición que descarte la cirugía económica —con los costos económicos y sociales conexos que ahora se creen inevitables— y en su lugar permita que los países latinoamericanos evolucionen hacia una economía de mercado que realmente funcione

con base en la superación de las diferencias sectoriales gracias al crecimiento económico.⁵³

Mientras tanto, en la diversidad de opiniones, algunas vehementes, sobre el grado de retirada del sector gubernamental de la tarea empresarial, muchas veces se pierde el enfoque —por nuestro peculiar proceso histórico-social—, y simplemente se procede a trasplantar sistemas orgánicos ya experimentados en otras sociedades más estables y menos complejas, muy alejadas de problemas en su formación, como no es el caso en la generación de nuestra sociedad.

Hacia el siglo VI a. C. la llamada Escuela Jónica, una de las precursoras del pensamiento griego, expuso como una contribución filosófica que los principios de la vida en constante movilidad desarrollaban las diferencias. Y esos elementos fueron, para Tales de Mileto, el agua; para Diógenes de Apolonia, el aire; para Heráclito de Éfeso, el fuego. Este último desarrolló la teoría del continuo devenir, señalada como el antecedente de las teorías hegelianas. En esas mismas épocas, por su parte, al otro lado del misterioso Atlántico, sin la facilidad de algún contacto, nuestros ancestros se desgranaban por lo que se ha conocido como Mesoamérica; y más al norte por el desierto físico y cultural de los chichimecas.

Hacia el año 600 a. C., en el espacio que ocuparía la esplendorosa ciudad de Teotihuacan precedieron pequeñas aldeas de agricultores que se comunicaban comercialmente con el Valle de México a través del entonces dilatado Lago de Texcoco, cercano a los límites del valle teotihuacano.

Los pobladores que se asentarían después en Mesoamérica, venían ejerciendo su trashumancia en una peregrinación desde el norte para llegar a convertirse, de cazadores y recolectores, en agricultores observadores, maravillados de los procesos de transformación de los vegetales. Como consecuencia de ese trabajo evolutivo se originó el maíz, probablemente del teosintle que, una vez domesticado y por su importancia en la alimentación autóctona, se le consideró como el origen de la agricultura. La realidad es que, principalmente durante las etapas iniciales del

53. Schydrowsky, 1990, p. 18.

cuidado de su producción, no se sabe “si el maíz esclavizó al hombre o éste domesticó a aquél”.⁵⁴

Pero con la generalización de su consumo y la necesidad del arraigo de la tierra de donde brotaba con exuberancia esmeralda, esta gramínea que se convirtió en el sustento principal de nuestros aborígenes, bien puede interpretarse como el elemento fundamental de la existencia para nuestros ancestros, que para ellos significaba la “tierra”, en alusión al pensamiento presocrático expuesto. Y la “tierra” ampliada, profundizada, retomada como materia y fuerza motriz de la historia del pasado nebuloso, en el presente materialmente nos abraza y nos redime del dolor de la vida con sus arropados arrullos en la póstuma canción del silencio, y prodiga un futuro de últimas caricias con las que amortajará a cada mexicano, envuelto en su postrer requiebro de la esperanza.

Asimismo, la “tierra” viva del antro ígneo subterráneo y del metabolismo frenético de las entrañas sísmicas que digirió fósiles de sabores paleozoicos y por corrientes venosas, transmutó su sangre negra en óleos consumibles: oleadas subterráneas de petróleo. Y ese México de herencias misteriosas guarda como mito del pasado, como legado irrenunciable que invade su conciencia colectiva y lo erige como un símbolo de intimidad vital, el valor germinal de la tierra, “superficie de maíz” y el secreto custodiado en su interior.

Así, la tierra dimensiona la historia del mexicano y lo revive, que, defendiéndola, muere. De aquí el sentido casi mágico para las comunidades indígenas y para los rancheros impregnados del sentimiento individualista de la propiedad rural identificada con la familia y con el ser mismo: *humus*, hombre. Alimentados en nuestra gestación nacional con esta superestructura mental, casi como una confusión simbiótica de existencia-tierra y todo lo que lo soporta y lo que lo cobija: mentalidad instalada en la Constitución de 1917. Por lo que la dispersión del poder para regentear nuestro petróleo y añadirlo a la moda desincorporativa estatal, trasciende el problema económico y provoca ecos de reivindicaciones sociales y políticas en el alma nacional. De esta manera, la conservación de Petróleos Mexicanos con la protección del Estado, sigue envuelta por

54. León-Portilla, 1978, p. 91.

una subconciencia individual que apuntala una superestructura mental colectiva, la cual se identifica con el soporte de nuestra soberanía, estremecida por los vientos y tempestades históricos, que da seguridad a nuestros complejos nacionales, producto de desgarramientos territoriales, invasiones y amenazas.

Superestructura mental, conciencia colectiva, sensibilidad social, que aún no es oportuna tocar porque sería exhibir nuestras inseguridades, permitir que afloren nuestros temores desde la "carne-tierra". La nacionalización del petróleo confirió autoconfianza, apuntaló la autonomía y llenó de autosuficiencia el subconsciente de una nación esforzada en crecer y dejar la adolescencia. Quizá, inventar modalidades organizativas, realizar ajustes administrativos de transición y experimentación para cuando, maduro el pueblo, decida los modelos que convenga al país aplicar en sus hidrocarburos.

Por otra parte, nuestra tierra superficial es espléndida y generosa, a veces desabrida por el regateo del agua, vengativa a causa de los juicios sumarios que se han aplicado a sus selvas con deforestaciones irresponsables. Tierra en ocasiones agotada por el abuso de su generosa gestación de frutos; tierra indefensa, alimentada con el jugo de tantos hijos muertos por liberarla de prosaicas legalidades, cuando ella sólo sabe de fecundidades y abrazos rituales. En nuestras tierras "pródigas y flacas" se han sustentado generaciones de mexicanos a pesar de los vaivenes históricos y jurídicos y de la explotación y depredación de su equilibrio natural.

La posesión y cultivo del campo por tradición nativa, por el *calpulli* prehispánico, y ya en la Colonia por los ejidos, ha heredado un sentido comunitario que el afán liberal no ha podido borrarlo, a pesar de que alentó la tendencia a la concentración de las propiedades, la que, aún en el presente, prosigue en algún grado. La tarea actual es conseguir revalorarlo con la multiplicación de la tecnología y hacer resurgir la producción agrícola como condición para lograr el despegue desarrollista, no obstante un mundo que acelera la "tercerización" en la producción de la riqueza al estallar el auge de los sectores de servicios y comunicaciones.

Los pueblos que han avanzado en su crecimiento económico, lo han basado con la inducción de los excedentes primarios, por su capacidad multiplicadora y generadora de expansiva riqueza. Nuestra agricultura

ha sido condenada a desempeñar un oficio de servidumbre en nuestra economía, y requerida a subsidiar el crecimiento del resto de los sectores. Los productores agrícolas viven la injusticia en la manipulación del equilibrio de su costo-precio deficitario y el retraso de sus sistemas distributivos. Estructuras primitivas, en muchos casos, que conviven con épocas espaciales y con realidades contrastantes que van de lo paupérrimo a lo opulento. Así, el sector agrícola ha resultado "el gran damnificado", atrapado en el cúmulo de escombros de políticas indiferentes.

Muchas sacudidas se han de prodigar a mentalidades inertes, para destruir sombras de impotencias y fracasos, para flexibilizar pensamientos y actualizar ideas responsables de la caducidad de vernáculos métodos, tanto jurídicos y sociales como técnicos, para poder lograr el éxito. Sin desoír el pasado, ensayar florecientes unidades productivas, con sentido de previsión y anticipación a demandas y mercados modernos y complejos, por lo que habrá que interpretarlos y no contradecirlos.

No tenemos por qué condenar a nuestros campesinos al atraso, a la ignorancia y a una agricultura de subsistencia. Sabemos que representan aproximadamente 25% de nuestra población. Se dice que técnicamente deberían representar 12 ó 13%. De casi 30 millones de compatriotas que viven en asentamientos menores a cinco mil habitantes, alrededor de un tercio forman parte de nuestra población marginada que, expulsada luego de su medio, es obligada a hacinarse en las ciudades en busca de una oportunidad de mejor vida.

Agroindustrias [...] sustitución selectiva de producciones y exportaciones. La fórmula pretérita de sustitución de importaciones, que en los años cincuenta y sesenta nos dio un crecimiento sostenido ya ha sido agotada. Hoy necesitamos una sustitución selectiva de producción y exportaciones. La meta es que los segmentos marginados de la población rural evolucionen del autoabastecimiento al tianguis, luego amplíen a través de empresas su radio de acción al mercado nacional y finalmente a la economía internacional moderna.⁵⁵

Los países desarrollados se pararon en la agricultura con los dos pies para crecer. Y a pesar de que Estados Unidos ha trastocado totalmente

55. Sáenz, 1996, p. 216.

su estructura de participación de los sectores en el PIB en lo que va del siglo, aún conservan un pie firme en la agricultura: en 1900, ésta aportaba 46%; ocho décadas después, sólo participaba con 4% (curiosamente, el sector informativo presenta números inversos, 4 y 46% del PIB en las fechas respectivas; asimismo, el sector industrial cayó de 34 a 24%; los servicios ascendieron de 16 a 26% en los años señalados). Al mismo tiempo, no sólo Estados Unidos, sino los países industrializados protegen su mercado agrícola y ganadero de las importaciones. Y aun contando con divisas suficientes para importar productos primarios, la generación de alimentos es favorecida por políticas estratégicas de independencia alimentaria y de protección a los puestos laborales.

La diferencia en el estado de modernización al final del siglo del sector primario, nos da idea de su aliento en esos países. Así, hasta hace algunos años, mientras que en Canadá y Estados Unidos se contaba con alrededor de tractor y medio por hombre ocupado, en México sólo había uno por cada 50 trabajadores agrícolas. En Estados Unidos más de 300 trilladoras y en Canadá más de 200 se contabilizaban por cada mil trabajadores agrícolas; en México, sólo tres. En cuanto al uso de fertilizantes, observamos que en Estados Unidos se utilizaban casi seis mil kg y en Canadá casi cinco mil por trabajador del sector; en México, sólo alrededor de 200 kg. Finalmente, Estado Unidos y Canadá usaban 100% de semillas mejoradas genéticamente. México, únicamente un poco más de 20% de la superficie nacional sembrada con granos básicos aprovechaba este tipo de semilla.

Con esos colosales contrastes no podemos aspirar a que nuestro despegue económico carezca de sobresaltos y que nuestro desarrollo social se conduzca al margen de inestabilidades y sorpresas. Se requieren soluciones mexicanas independientes de una conducción política del agro, para que nadie usufructúe el control, y sí todos participen en solucionar los problemas. La tierra seguirá marcando la intimidad social del país como una manifestación subconsciente de la intimidad sustantiva de los mexicanos y de la soberanía de la patria, más allá de la manifestación de un romanticismo bucólico o de la añoranza de una manipulación política. Modernizar a México sin olvidar las raigambres de su alma en el suelo horizontal que lo impulsan al vuelo vertical. Por eso, proyectar la producción al campo sobrepasa cualquier intento meramente tecnológico

y financiero. Habrá que proponer y ensayar métodos y sistemas en que converjan voluntades, sin lastimar la prosapia de las faenas comunitarias rurales.

El sistema ejidal tendrá que ser alcanzado por la transformación y la actualización de la productividad, pero no podrá borrarse caprichosamente en aras de la modernidad, porque no significa sólo una propuesta económica. El sistema ejidal comprende aproximadamente 50% de la superficie nacional y significa 60% de los productores agropecuarios, junto con los comuneros, por lo que es conveniente revisar su papel y planear su reconversión para que, en un juego de fuerzas, contribuya como agente dinámico y no como rezago al desarrollo de toda la sociedad mexicana. De los cerca de 30,000 ejidos existentes, alrededor de 80% de sus productores ejercitan su actividad individualmente. Asimismo, de aquel total sólo un 42% cuentan con tractores para el cultivo.

Al iniciar la década de los noventa pertenecían sólo 6.6 hectáreas, en promedio, a cada ejidatario, cuando según la ley han de corresponder como mínimo 20 hectáreas de temporal ó 10 de riego a cada comunero o ejidatario. Pulverización de la tierra que dificulta cualquier programa de productividad. El camino de las privatizaciones, por el momento, no puede alcanzar a todos los rincones de la vida económica. Algunas facetas de nuestra genética, aunque replegadas, reclaman tolerancia. Entreguemos a nuestros campesinos educación y capacitación y ellos se arraigarán al campo, sorprenderán con su productividad y decidirán por sí mismos los rasgos de una modernidad en un modelo que nos sorprenderá, sacudidos de paternalismo, de las soluciones monologadas y alejados de los controladores políticos.

Conscientes de nuestra trabazón con una economía global, México, sin embargo, no puede eludir la deuda adquirida con el sector campesino. Descapitalización y rezagos fraguados a su costa para favorecer a otros sectores. Las inconformidades actuales deben desembocar, más que en exigencias de cumplimiento inmediato que el país no tiene la capacidad de solventar, en un plan, ahora sí no demagógico ni paternalista y estructurado bajo las bases del diálogo entre los protagonistas interesados en soluciones mediante nuevas figuras, incluidos ejidatarios, inversionistas privados y pequeños propietarios.

Abatida definitivamente la inflación, ya con precios estables, en horizontes de tiempo prudentes se deben revisar y acordar puntos básicos como: creación de asociaciones entre diferentes tipos de propietarios para conseguir una mayor productividad por economías de escala en extensas superficies, seguridad legal, aprovechamiento de maquinaria, equipo y técnicas actualizadas mediante fórmulas asociacionistas; autonomía de producción con lineamientos científicos, técnicos y de mercados. Aplicar la conjunción de intereses y gestión directa de los involucrados en el manejo de semillas, fertilizantes, financiamientos, seguros y cadenas comerciales, mediante centrales de acopio, sistemas de transporte, centros de abasto, etc. Por último, la población excedente expulsada de los mercados laborales rurales, capturarla en empresas agroindustriales con localizaciones cercanas a la producción, o en empleos no agrícolas circunscritos a las mismas zonas rurales. En fin, las soluciones ya existen. Le corresponde a esta generación, dejando el pasado controvetido, convocar a remediar la dispersión de las acciones.

VI País de tres niveles

El ahorro se forja al no consumir el total de los recursos y disponer de una fracción después del consumo, para obtener posteriormente mayores posibilidades de nuevos consumos e inversiones. Sencillamente, ahorrar es gastar menos de lo que se percibe.

Algunos países ricos, al acentuar su consumo sobre sus haberes, empiezan a declinar en su producción, por lo que requieren de préstamos para equilibrar sus gastos. Otros países sólo alcanzan a sobrevivir con sus ingresos, por lo que no pueden ahorrar. México, por deficiencias en su organización, consume más de lo que debe disponer para su desarrollo.

Al referirnos a nuestro país estamos hablando, en lo social y en lo económico, de diferentes o de varios Méxicos. Reduzcamos el número y simplifiquemos el panorama: México, país de tres niveles. Y esa tridimensional configuración se inicia en su misma contrastante extensión geográfica. Porque del río Bravo al río Suchiate encontramos una variedad sorprendente de relieves geológicos. El Altiplano domina el centro del territorio, entre el contorno de los dos sistemas montañosos paralelos a las costas, y luego se anuda en el nudo mixteco, al converger sus trazos en el Istmo de Tehuantepec, no sin antes delinear un erizado panorama con los esfuerzos por sobresalir de sus colosales cimas en una multiplicada competencia de altitudes. La triunfal orografía contrasta con la depresión de los territorios del Sureste, ya lejos de la Mesa de Anáhuac, que prolonga su desmayada altitud hasta los mágicos mares esmeraldas y añiles del Caribe. Por la dirección contraria, las incursiones norteñas de la altiplanicie mexicana, sin necesidad de documentos, traspasan las fronteras septentrionales desde el deslinde forjado por las mojoneras na-

turales de la sierra potosina y zacatecana, que anuncian esas zonas desérticas y bolsónicas del norte.

Así, el panorama anterior con el altiplano central y sus quiebras caprichosas, las bajas regiones costeras y la depresión peninsular al sur, muestra la dermis natural de la nación, en donde se desenvuelven climas tropicales, entre calurosos, cálidos y templados, los cuales se comportan con repartos pluviales contrastantes: precipitaciones abundantes en el Sureste —hidrología que se perpetúa en los grandes ríos del país—, moderadas hacia el centro y ausentes en las regiones áridas y desérticas. Los repliegues orográficos, exagerados por los tajos en que se asientan los lechos fluviales, siembran de murallas y contrafuertes naturales el territorio nacional, que dificultan la comunicación entre las regiones.

La distribución demográfica manifiesta sus desequilibrios cuando observamos que 80% de la población se asienta en la región central y en las zonas semidesérticas, vitalizadas sólo por el 20% del inventario acuífero del país; y viceversa, en las costas y en el Sureste, con la porción menor de la población, alrededor de un 20% se localiza 80% de nuestras lluvias y reservas acuíferas. Así, podemos hablar de una población sedienta; otra, con recursos normales en sus requerimientos de agua; y una más, hiperhidratada.

En los aspectos étnicos hablamos de 70% de la población con mestizaje profundo en diferente proporción de sangres indígena y europea; de mexicanos indígenas, porcentaje de 20%; y del restante 10% de una población blanca, negra, oriental y de otras mezclas. Aunque la manifestación más honda de esta artificial tripartición de nuestra patria, en la que se recrudecen las brechas entre los niveles, la encontramos en las diferencias socioculturales de su población. Atenazados esos niveles por el círculo de la pobreza y arraigados en necesidades insatisfechas, afloran diversos grupos contrastantes de mexicanos.

Este crecimiento escalonado del país ha ido agudizando las distancias entre los sectores: opulento, de clase media y el lastimoso y numeroso ejército de mexicanos en extrema pobreza. Lo que se ha tratado como teoría, México lo ha vivido crudamente acerca de la vinculación entre la inequidad en el reparto de los beneficios del crecimiento y el arraigo de los desequilibrios macroeconómicos, la deprimida inversión en la pro-

moción humana, la insuficiente generación de empleos y el descuido en la actualización tecnológica.

Los países [las personas también] son pobres porque son ignorantes. La raíz del problema de la pobreza y del desarrollo está en la existencia del capital humano, que se crea por la educación y la capacitación. La inversión en capital humano, en educación, ciencia y tecnología, ciencias básicas, lenguajes, inclusive los de la computación y adiestramiento permanente deben tener prelación y prioridad a la inversión en capital físico. La inversión en recursos humanos permite preestablecer ventajas competitivas y crear situaciones altamente favorables para el desarrollo de los países, superando cualquier limitación de recursos naturales. Los países no están fatalmente circunscritos por sus condiciones originales, sino que pueden cambiarlas a voluntad, dependiendo de la riqueza intelectual de su población, estén en el hemisferio que estén.

Los países se colocan a sí mismos en el espectro de la división internacional del trabajo. Un país podrá producir lo que esté al alcance de sus recursos intelectuales: científicos tecnológicos, obreros calificados, y líderes políticos capaces. Por consecuencia, ningún país podrá producir lo que esté fuera del alcance de sus recursos humanos, esté donde esté. Se tendrá el nivel de producción con respecto al resto del mundo que permitan la cantidad y calidad de sus universidades e institutos tecnológicos. Un país crecerá a una tasa que es una función levemente rezagada de la tasa de crecimiento de su capital humano, medido por el contingente de científicos, tecnólogos, etc. Empíricamente, el rezago no es muy largo. No se trata de décadas, sino aproximadamente un quinquenio, que es el lapso de un ciclo universitario; será tanto más corto, cuanto más cercana sea la adecuación entre la producción de capital humano y los requerimientos de éste para el desarrollo. El futuro de un país puede predeterminarse con cierto grado de confiabilidad, o digamos de ahora a los próximos 25 años, tomando en cuenta el número de computadoras por el número de alumnos que en los momentos actuales existen de educación primaria.⁵⁶

Las barreras en las vías de acceso al desarrollo y nuestra manifiesta inequidad son factores regresivos. Hacia la mitad de la última década del siglo pasado, la relación entre el 10% de la población de mayores ingresos y el 10% de la de menores, se había alejado a 28%; cuando en 1970 esta misma relación se situaba sólo en 22%. La comparación de este indicador con el de Estados Unidos, 9%, y con el de los europeos, aproximado a 6%, manifiesta el contraste.⁵⁷

56. Uribe, 1994, p. 31.

57. Ardavín, 1996, p. 2.

Con datos del INEGI pudimos concluir que para 1996, 20% de la población mexicana con ingresos más altos acaparaba 52.6% del ingreso nacional y, al contrario, 20% de compatriotas con ingresos menores sólo obtenían 4.7% del PIB.⁵⁸

Así, los últimos decenios del siglo pasado cerraron con mayor concentración y pobreza. En los sesenta la masa salarial y los beneficios al capital, 45 y 55%, respectivamente. En el decenio siguiente se habían distanciado desproporcionadamente con cifras, en el mismo orden, de 30 y 70%. Después de esas fechas, con las secuelas de la crisis y estancamiento de la economía, el panorama se contempla con una mayor inequidad.

Con el continuo incremento demográfico se ha de repartir el haber nacional entre más mexicanos. Por ejemplo: el PIB per cápita (en dólares de 1980) se redujo de 3,323 a 2,392 entre 1980 y 1992, un 28% de retroceso (*El Inversionista Mexicano*, 27 de marzo de 1995).

Sin duda, las crisis aceleran un proceso regresivo: en la de 1995, el ingreso por mexicano cayó de 4,130 a 2,850 dólares (*Expansión*, 16 de julio de 1997). Hacia los años sesenta, el periodo milagroso, el promedio de crecimiento del producto real del país resultó de 6.4%, y la tasa media anual de ingreso por habitante, de 3.1%. En cambio, en los 14 años comprendidos entre 1980 y 1994, estas tasas se desplomaron para alcanzar sólo 1.9 y -0.2%, respectivamente.

[...] los salarios mínimos reales, por más que hayan perdido representatividad, alcanzan apenas (1992) el 40% del nivel de 1982. Los hogares que viven en pobreza extrema subieron de 1.6 a 2.1 millones entre 1984 y 1992, y los indigentes (1992) representan alrededor del 16% de la población [...] En conjunto, la población pobre [ahora, alrededor de 40 millones] a lo largo de los 15 años continúa ascendiendo en números absolutos y deja de ser un fenómeno rural para extenderse rápidamente en los centros urbanos. Casi el 50% de la población mexicana los estándares internacionales mínimos en materia de alimentación; en 1994 se registraron 1.6 millones de niños menores de cinco años con desnutrición y mueren anualmente alrededor de 100 mil por la misma causa.⁵⁹

58. Vázquez, 2001, p. 358.

59. Ibarra Muñoz, 1995, p. 35.

Una muestra más de la concentración de la riqueza la obtenemos en la comparación entre el área metropolitana del Distrito Federal y la provincia, en los niveles socioeconómicos que utiliza la mercadotecnia para clasificar los estratos según su poder de demanda.

Los niveles más altos A/B y C+ representaban 19.1% en esa zona metropolitana en el decenio pasado, y sólo 13.3% en la provincia. Los estratos medios obtuvieron mayores cifras en la provincia, mientras que los inferiores, en ambos casos, fueron casi similares, con alrededor de 59%. Otros indicadores de nuestros rezagos sociales que indefectiblemente participan en la producción de subdivisiones contrastantes como factores de estratificación de la población nacional, son el analfabetismo, déficit de vivienda y salud, de servicios de drenaje, habitaciones con pisos de tierra: deficiencias en la calidad de vida.

Un país en el que 40 familias ostentan 60% de la riqueza, no puede resultar sino fragmentado. Entre los grupos más insatisfechos se encuentran los que habitan en localidades menores de 2,500 habitantes, que sobrellevan una desabrida existencia con un gran déficit de estímulos humanos y, quizá, no les importa mucho saber que los mexicanos, en menos de 30 años, consiguieron prolongar su esperanza de vida en más de 10 años: de aproximadamente 60 en 1970, superaron los 73 a la mitad de la década pasada.

Por otra parte, los salarios bajos, promotores importantes de las desigualdades, son un anacronismo en una economía con niveles aceptables de industrialización. El salario por hora promedio pagado en el sector manufacturero en el país significaba menos de la mitad que el establecido en las empresas exportadoras de los cuatro tigres; la octava parte del fijado en Estados Unidos; y menos de 11 veces del obtenido por los alemanes. Ya no es posible socialmente ni es conveniente planear la estructura competitiva de costos en un salario tan abatido.

El basarse en una situación de salarios mexicanos relativamente bajos en muchas de las industrias nacionales, así como en la maquila, tampoco constituye una ventaja permanente, ni necesariamente conveniente. Otras economías exportadoras, aun sin los beneficios de un TLC, entre ellos los del sudeste de Asia, han penetrado los mercados internacionales, incluso el norteamericano, con gran vigor, y con base en los salarios elevados, porque han tenido una estrategia a largo plazo, porque así-

milan innovaciones tecnológicas de manera constante, porque asumen capacidades gerenciales de punta, porque tienen mejor acceso al crédito bancario y a fondos de inversión locales, porque estudian con detenimiento y en actitud prospectiva sus mercados potenciales, y porque están enlazados en los sistemas distributivos de los países a los que efectúan sus exportaciones.⁶⁰

No sólo son el nivel cultural y la baja capacitación lo que influye en la rezagada productividad del trabajador mexicano. Lo vuelve tibio a su superación el desabrido reconocimiento a su labor y el bajo estímulo pecuniario a la misma. Probada está la dedicación del emigrante mexicano y su productividad en cuanto cruza la frontera, en donde su esfuerzo, aun injustamente cotizado, recibe un mayor fruto por la cotización en la divisa "verde". Contra la creencia generalizada, los mexicanos tienen más días laborables que algunos países desarrollados. Hacia 1990 los japoneses, en promedio, debían acudir a su trabajo 253 días al año, los estadounidenses 231, los franceses 228, los alemanes occidentales 221, y los mexicanos, normalmente, 272. Las condiciones laborales desfavorables y la parca motivación económica, aunadas a las limitaciones culturales, frenan una mayor productividad y las aspiraciones para sobrepasar los ingresos convencionales. Ambiente empeorado por la severa competencia en el mercado laboral.

Por cierto, bajo los signos modernos de reducida fecundidad, con un crecimiento poblacional actual de alrededor de 1.5% y el incremento, antes mencionado, de la esperanza de vida, se ha iniciado la regresión piramidal de los sectores de la población mexicana, con su consiguiente proceso de lento envejecimiento. Mientras tanto, nuestros problemas seguirán siendo los de atender las demandas —más de un millón anualmente— de puestos de trabajo para nuestros compatriotas. Alrededor de 60% de la población mexicana se concentra en el segmento de entre los 15 y los 64 años de edad. Esta tendencia de crecimiento de la demanda laboral se revertirá hacia 2030, año en el que podrá alcanzar su máximo, según el Consejo Nacional de Población, y situarse en 90 millones de posibles demandantes de trabajo.

60. Urquidi, 1997, p. 11.

Las fragmentaciones sociales de la población mexicana son generadas por causas económicas y educacionales, situaciones laborales y posibilidades de ingresos. Pero la causa formal que envuelve los factores que cercenan los enlaces de nuestra mexicanidad, es la pluralidad cultural, no nivelada ni armonizada por el déficit en calidad y cantidad de educación formal.

Los países que han quemado etapas en el proceso de su desarrollo y se han introducido en el interior de los clubes de países con mayor bienestar, ya hablábamos de eso, lo lograron en gran parte debido a la labor intensa y disciplinada de su capacitación, anclada en el excelente y coherente planteamiento educativo en el nivel nacional, al margen de tendencias ideológicas e intereses grupales. Y es que la acción transformadora y perfeccionadora de la educación no se mediatiza ni se convierte en instrumento de ningún poder, sino que al allanar el camino a la captación y concepción de los valores: verdad, bien y laboriosidad, inspira y fortalece el instinto de libertad, debilita dependencias y destierra las tentaciones a organizar la explotación humana. Así, la educación trasciende un sistema meramente mecanicista de información y promotor de habilidades, para envolver la pluralidad cultural de las familias con una atmósfera de homogeneidad dentro de la pluralidad, en donde puede germinar y fortalecerse la identidad nacional, un limpio patriotismo, la solidaridad.

México, con un respetable inventario de recursos, que aventaja a muchas naciones avanzadas, hace cuentas deficitarias de su factor humano en cuanto a su deficiente instrucción y preparación. Ningún esfuerzo de avance es posible cuando nuestro nivel de educación apenas rebasa el sexto año de primaria, en promedio. Expresión estadística viviente, ya que de cada tres mexicanos, uno nunca terminará la primaria (38%) y alrededor del 12% de mayores de 15 años permanece analfabeta. De cada cien que inician la primaria alrededor de la mitad ingresarán a secundaria, 25 se matricularán en preparatoria, y 11 ingresarán a educación superior, en la que terminarán y se titularán sólo dos.

Diferentes autoridades de la época moderna han llevado a cabo diversos esfuerzos, desde Vasconcelos, por elevar el nivel educativo. Sin embargo, hace falta un inusitado y magno programa educativo, un gran movimiento nacional en el que estén comprometidos todos los sectores de la sociedad. El monopolio educacional, explotando sus propios linea-

mientos, ha restringido los cauces de expresión plural de los ciudadanos, sin percatarse de la tolerancia con que gira la historia actualmente. Esa situación contradictoria ha contribuido a prolongar diferencias internas, alimentar provocaciones, desperdiciar las energías sociales necesarias para avanzar en formación cerrada —no se pide que uniformada—, al encuentro del progreso y a la reducción de la brecha con otras naciones más adelantadas. Así, se requiere luchar contra las arenas movedizas de la disensión, el conformismo y la paralización. Mientras tanto, han pasado oportunidades de indemnizar a muchas generaciones de mexicanos y de pagar deudas sociales atrasadas: todavía en 1986 el gasto educativo representaba 3.9% del PIB, y pasó solamente a 5.3% 10 años después. Insuficiente e inferior a los parámetros recomendados por la UNESCO, de 15 y 8% como mínimo. Porcentaje que apenas está en trámite de aplicación. Desde luego que debe insistirse en los recursos dedicados, pero más en su correcta aplicación como la más importante inversión para los mexicanos.

No se podrá obtener un alto rendimiento profesional de los maestros mexicanos sin la profundización en su preparación y la nivelación en sus percepciones cuando, en general, éstas son evidentemente bajas. Hace aún poco tiempo representaban una veinteaava y hasta una décima parte de las de colegas de primaria de países desarrollados. Y todavía más, sus salarios, comparados con los de un país europeo de economía similar a la nuestra, equivalían a la mitad o menos.

Recordemos que Japón, convencido de que su riqueza se basaba en el factor humano, ha logrado que el 100% de su población escolar termine el nivel secundario, que luego ingresa, en 75%, al bachillerato y en 50% a estudios superiores. Asimismo, en las carreras de ingeniería, informática y matemáticas, los centros de estudios estadounidenses fueron invadidos con 70% de estudiantes japoneses, dentro del casi un millón de matriculados en estas asignaturas.

Definitivamente la riqueza de un pueblo radica en la profundidad y dinámica de su cultura. Y la justicia y bienestar de una sociedad moderna se cimienta en su grado de educación. Si México aspira a desarraigar su pobreza y las desesperantes desproporciones sociales entre sus habitantes, debe acercarse con todos los medios al círculo virtuoso de la educación. Que la tarea resulta onerosa, es claro. Pero más cara para nuestra

historia ha sido y será la ignorancia, primer eslabón de las cadenas de nuestra marginación.

En un mundo global debe cancelarse la tibieza del gobierno y de la sociedad, para afrontar y proporcionar el primer derecho natural de todo ciudadano, el de la educación, después del de la vida y la conservación. Educación con la que logre manifestarse con toda dignidad como persona, con el libre ejercicio de su libertad. A pesar de los esfuerzos gubernamentales en el renglón, durante décadas de timideces, que a veces parecieran sospechosas complicidades o connivencias, no ha habido la decisión de impulsar con original aliento la cruzada nacional definitiva contra la segregación educacional. Ciertamente, entre los sectores más ignorantes se consigue mayor adhesión y la facilidad de sobornos y fraudes en el ejercicio democrático, mismo que debe conducirnos a la igualdad de posibilidades y a esfumar los violentos contrastes sociales.

Si la vocación de los mexicanos es madurar como un pueblo de abnadas raíces y fecundas tradiciones, integrado en un mundo global, se requiere la actualización y modernización con un sentido universal. Es necesario borrar el analfabetismo y propiciar la afirmación de nuestra esencia y el avance de las tecnologías, adaptándolas a nuestra percepción y a nuestra realidad. Realizar una titánica campaña en que sociedad y gobierno: padres, maestros, instituciones y empresas queden comprometidos, sin ventajas ni egoísmos, a convertir nuestra patria en un país del primer mundo cultural.

Podemos en una generación dotarla de la enseñanza fundamental. En 10 años con esa cruzada nacional, y a pesar de nuestros recursos limitados, pero congregando voluntades, es posible realizar el milagro de la mejor inversión en el cumplimiento de la más grave responsabilidad, como es formar a los niños mexicanos: alimentar el espíritu y no condenarlo a la segregación sin futuro, a la ignorancia, que impedirá desarrollar las potencialidades durante toda la vida, y liberarse de la pobreza material y de la indigencia espiritual. Aspiraciones frustradas, alas rotas, vidas minusválidas para el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad. Cuenta impagable, sentencia sin revocación. Formación con calidad para los mexicanos, sin condiciones, en los valores fundamentales: familiares, solidarios, de cooperación, de laboriosidad, de lealtad, de generosidad.

No son idealismos, ni espejismos falsos, las virtudes y potencialidades humanas de los mexicanos, plurales y reconocidas. Con ellas es posible equilibrar y contrarrestar las deficiencias. No se ha tratado de impulsar aquéllas con un impulso formativo general o como objetivo nacional. Más bien, se han condicionado los alientos, criticado los logros y hasta se han levantado oposiciones. Los medios de comunicación tienen la oportunidad de revisar su visión nacionalista y humanista. De estar a la altura del momento, aun dentro de una posición empresarial. México y los mexicanos estamos sobre todas las facciones. Habrá todavía “distraídos” que no comprendan los vientos de los tiempos y la necesidad de volar con dirección, de no seguir prolongando dependencias quedándonos sólo con los gritos impetuosos, eufóricamente patrióticos, en los aniversarios de nuestra Independencia. A la que debemos volver operante, sin necesidad de reiterativas voces, sino con una efectiva conversión hacia el esfuerzo y el trabajo cooperativo.

Proyecto coordinado en el que, con todo el pluralismo de nuestra sociedad, consigamos atenuar los bordes de nuestras “culturas” para convivir con una respuesta más homogénea, en que las opiniones, forzadas por la educación, conlleven una condescendencia inteligente, con contrastes más difusos y menos agudización de las controversias. Así, se tenderá a la convivencia alentada por la sensibilidad de un espíritu razonable y nacionalista, que abomine de las intransigentes diferencias y trascienda con vuelo universal en la cultura del hombre. Programa sin disidencias que promueva el derecho de todos los grupos y consiga la viabilidad de que todos los sectores puedan expresarse y ser respetados. Sociedad equitativa cuya variedad sea su riqueza y su diversidad de posibilidades para todos, sea compromiso. Ya no cabe en el México seccionado por su cultura el inequitativo ofrecimiento de oportunidades, el México controvertido de las disparidades, el México descuartizador y sacrificador de sus hijos en el ritual del hambre y de la ignorancia.

Los mexicanos debemos acostumbrarnos a respetar el culto de los valores diferentes, a echar mano de la axiología para reconocer derechos propios y ajenos y el bien fundamental de todo hombre: su existencia como tal, la que por exigencia de la naturaleza, una vez dejada la contingencia de los posibles, descubierta como una realidad definida, reclama expectante el desarrollo de todas sus potencialidades. Porque el

mexicano se devalúa a sí mismo y menosprecia a sus compatriotas, por sus complejo étnicos, ingeridos desde la infancia del mestizaje, los que vinieron a transformarse en frustraciones históricas. Luego, expectativas incumplidas han influido en su desesperanza por encontrar su independencia económica, tecnológica y científica.

Las corrientes genéticas tan contrastantes engendraron un pueblo completamente diferente a sus progenitores. El mexicano no guarda parecido ni con sus orígenes indígenas ni con la sangre europea adosada. Lo que alienta un distanciamiento consigo mismo y con los progenitores. “Moldes españoles e indígenas, modificados y reinterpretados”. Al mismo tiempo, los pueblos conquistados, que conservaron su limpieza étnica pero que asumieron la cultura importada, no rompieron con sus ancestrales tradiciones totalmente. Su parcial transformación cultural fue una adaptación y, en muchos casos, un mimetismo que les permitió revivir algo de su pasado. A los mismos se les ha regateado la plenitud de sus derechos en su condición de mexicanos. Mientras tanto, coexisten con una mayoría de mestizos y con otros pequeños grupos diferentes.

Geográficamente, aunque sin coincidir necesariamente con las variables fronteras de los tres Méxicos enumerados, tenemos que el norte del país trata de vivir, acosado, la dinámica cultura estadounidense. Por su parte, el sur y el sureste permanecen en un semiabandono contemplando su pasado e influidos por algún rescoldo de la herencia religiosa de sus ancestros indígenas. Religiosidad que no se traduce, necesariamente, en fuerza espiritual liberadora. La parte central del país, por el equilibrio guardado por las energías raciales de sus dos raíces y por esa misma posición geográfica equidistante, ha recibido la influencia de las dos culturas, por lo que puede ostentarse como la más clara representación de la cultura del México mestizo. Así, la población mexicana expresa la realidad del país como una diversidad que puede reducirse a una trilogía que manifiesta los rasgos plurales de la cultura nacional. Curiosamente, la nación ha dirigido sus esfuerzos democratizadores por tres carriles partidistas principales, quizá porque el subconsciente colectivo le inspire que entre dos es más fácil la componenda. Por ello, conviene un tercero que disienta y complete los espacios y las opciones. Así, los votos favorecen, principalmente, a un trío de partidos.

Ciertamente, encontramos un México con su población sembrada por la superficie nacional, relegada de la satisfacción de sus necesidades humanas y seccionadas con enormes tajos por desigualdades educativas y económicas y con una intercomunicación imperfecta, porque el idioma no acaba de ser el vínculo completo. Se habla de una crisis de identidad. En realidad, es la crisis de todo pueblo adolescente. De una identidad que nunca hemos acabado de "identificar" porque, como una nueva raza en desarrollo étnico y cultural, no ha terminado de madurar a plenitud la mexicanidad. Ahora, una vez pasada la pubertad se llega a la juventud para iniciar la etapa de la adultez, ya dentro del siglo XXI. Desde luego, con un grado aceptable de educación se alcanzará la madurez seria y responsablemente. De ahí la impostergable necesidad de superar el retraso escolar.

De esta manera, la identificación total podríamos llegar a alcanzarla en un par de lustros. Esa necesidad de compartir la existencia en un estado de común conciencia de un pródigo pasado, pero de un destino fecundo para todos. Necesidad de asemejarnos por interés común, no de asimilarnos, de provocar la permanencia y la concepción de lo nacional, a pesar de los tajos plurales, convertidos artificialmente en obstinados contrastes. Mismos que, según Regina Jiménez O, se deben a cuatro fenómenos históricos:

Centralización del poder político, económico y cultural en que permanece la hegemonía de la metrópoli.

Desarticulación física y de comunicación en las diversas regiones.

Injusticia social imperante. La distribución de los bienes económicos y culturales se concentra en pocos individuos, ocasionando una participación marginal de la mayoría. Como consecuencia, existe una precaria vida democrática con una sociedad civil poco participativa.

Diversidad étnico-cultural sin un medio vincular que amalgame y trascienda.⁶¹

Las impresionantes diferencias sin superar aún, no se han tratado de allanar con una perspectiva que establezca condiciones comunes de justicia y orden, y que permita mediante el desarrollo personal de cada ciudadano, conseguir el bien de la comunidad, no con añadidos individuales sino con

61. Jiménez-Ottalengo, 1995, p. 46.

legítimos intereses personales, urdidos en las aspiraciones sociales. Y así, corregidos los contrastantes desniveles, entre zanjas y rellenos, entre asimilaciones y allanamientos culturales, construir la plenitud del país con la horizontalidad de nuestras convergencias y el arrasamiento de nuestras divergencias. Insistir en la construcción siguiendo planos modernos con soluciones humanistas y originales rampas que, con cómodas inclinaciones, comuniquen los desniveles de los tres o varios Méxicos que existen socialmente.

De esta manera, sin violentar la configuración interior de cada grupo de mexicanos, lograr una comunidad más unida y una nación enriquecida con la singularidad de su plural sociedad. En la articulación de la misma, al suavizar los taludes se pondrá atención en que la acción rasante de la maquinaria no allane con la rigidez de las estandarizaciones, ni vulgarece las peculiaridades de cada región, ni multiplique la vivacidad de los matices, ni los sustituya con una severa monotonía. Esto implica el sentar las bases materiales de un desarrollo sustentable a largo plazo del que puedan gozar las futuras generaciones para contar con una nueva sociedad mexicana por la acción de una congruente reingeniería aplicada a nuestros recursos culturales, que facilite el equilibrio en las relaciones de la población. Reorganización con base en unos objetivos meditados, alcanzables mediante la participación, que permita resoluciones comunitarias.

Las transformaciones políticas son un medio imprescindible, que no deben confundirse con una meta. Ésta, una vez alcanzada, traerá como consecuencia una sociedad mexicana moderna, formal y participativa, nutrida de sus raigambres históricas. También, es necesario convertir el apócrifo corporativismo político en una formación dúctil apta para la democracia, con la que el electorado gravite y ejerza su presencia. Un país transformado, pide, asimismo, una estructura social que exprese fortaleza y multiplicidad mediante sus organizaciones intermedias.

Nuestra sociedad necesita, no tanto ser reinventada sino puesta al día cubriendo los rezagos, consciente del estar viviendo un nuevo siglo, el que impondrá a las naciones una relación ineludible, la cual transmitirá bienestar o perjuicio según el grado de preparación y actualización de cada país. El pueblo mexicano, al perfeccionar su vertebración política y social mediante el funcionamiento de organizaciones básicas, logrará

transponer su estancamiento y lentitud en la autenticidad, maduración y aplicación de sus fines, reiteramos, sólo mediante el catalizador de la educación. Nadie puede ser sustituido en el cumplimiento de sus deberes ciudadanos, pero tampoco puede suplir a ninguno. La contribución personal a la sociedad, si no es aportada por el responsable en cada caso, se perderá irremisiblemente. Y aunque redoble, el resto, los esfuerzos, esa aportación no se obtendrá ya, aunque se haya conseguido el resultado propuesto.

Por eso, la necesidad de la intervención de todos en las tareas de transformación. “Se resiste a los cambios porque el cambio es riesgo, el cambio es a veces empobrecimiento, el cambio es necesidad de reaprendizaje”. El aislamiento es imposible para el ser humano. La primera sociedad económica se dio cuando, ante la mole compactadora del mamut, se concertó la ofensiva o la resistencia en grupo ante las imponentes arremetidas del animal, para luego derribarlo con la concurrencia de los miembros del clan. Las capacidades individuales se derrochan estérilmente pero, conjuntadas en el esfuerzo asociado, se revitalizan y se multiplican.

La autosuficiencia no es posible que supla a la eficiencia para la obtención de los fines comunes, cuya consecución beneficia a cada uno de los participantes. El ser humano es una realidad concreta. La sociedad, aunque formada por hombres, conlleva significado abstracto que se “materializa” con el deseo de sus miembros a permanecer organizados y a adherirse a las instituciones. Con esto fundamentalmente se busca el bienestar de cada uno y de todos. Y saben que se benefician en la medida en que trabajan comunitariamente, por lo que reconocen lo insustituible de la aportación de cada uno. El hombre, en su impulso a asociarse, sin desprenderse de las exigencias propias de su naturaleza busca la propia perfección y la de sus congéneres, por lo que busca forjar el bienestar general. El cual, por lo mismo, es comunicable y participable como un techo protector de todos, sustentado en la justicia y revestido de generosidad. De las necesidades naturales del hombre y de su convivencia en una asociación orgánica, debe resultar una estable armonía entre los derechos personales y los de los demás. De otra manera, se estaría preparando la quiebra de la sociedad y la anarquía y el predominio hegemónico y la manipulación de la libertad y de los derechos de unos y otros.

Entre la familia, como sociedad celular, y el Estado, como sociedad orgánica, se abre el espacio del convivir cotidiano. Pero puede aparecer un vacío entre la identificación social y el sentido de pertenencia, y no conseguir la plenitud sino, al hombre, viviendo frustración. Ahí, pueden haber las llamadas sociedades intermedias con fines solidarios específicos, no sólo como rellenos o insulares caprichos o supuestas urgencias. Ahí, cubre el hombre sus requerimientos de agrupación como el vástago costanero que, ante la realidad de su endeble tronco, brota y se aprieta con sus congéneres para resistir las embestidas de los huracanes tropicales.

Por este camino, conscientes de una existencia irrepetible y libre, es posible armonizar las dos dimensiones: la individual y la social, desactivando la duda y fomentando, con ingenio, soluciones que faciliten las relaciones. Caben organizaciones diferentes: partidos políticos, sindicatos, asociaciones empresariales y profesionales que promuevan el desarrollo, velen por los intereses de sus agremiados, con una defensa responsable de sus derechos en el ejercicio de los deberes, y reafirmen sus objetivos con el aval de una imagen responsable. Al amparo de las leyes del Estado, estos organismos representativos fortalecen la vertebración e interacción de la vida social, la convivencia constructiva y facilitan la consecución de fines con una fecunda armonía. Como intermediarios, alientan las fortalezas del grupo y tamizan las radicalizaciones individuales con la valorización de los esfuerzos humanos a la luz de normas universales.

Estas asociaciones activas en las diversas labores nacionales, al extenderse como nervaduras dentro de una enorme trama, dan consistencia al organismo social; con su poder de intermediación y representatividad moderan los excesos del individualismo; o, al contrario, desactivan la apatía y la indiferencia e influyen o atemperan la proclividad a la manipulación en el ejercicio del poder público. Por lo que pueden actuar con una labor moderadora, dentro de las contradicciones posibles, en la elección de proyectos que satisfaga las grandes necesidades de la comunidad en una actitud de corresponsabilidad social. Además de la actualización de sus agremiados en los conocimientos respectivos, tales organismos pueden resultar escuelas de capacitación de líderes que consoliden las metas auténticas, al margen del ejercicio del poder personal y que sustenten sólo valores y principios que favorezcan a la sociedad.

En la transición histórica del proceso de modernización del país en una sociedad plural, que debe adquirir un perfil protagónico en la transformación y en la consolidación, se requiere de una nueva cultura, abogada con imaginación por estas organizaciones intermedias, de las que se espera una acción profesional que respete y represente los intereses legítimos de los agremiados y, como fin general, los de la sociedad. Por lo tanto, no se deben permitir grupos suplantadores de estas tareas, cuya incorrecta actuación se ha hecho sentir en la vida civil de la nación.

Por otra parte, las organizaciones “no gubernamentales” —deben funcionar como equipos de previsión y concientización, y no como organismos intermedios— han de presionar razonablemente sin desbordar los límites de sus objetivos para no constituirse, como en ocasiones, en contaminadores de las complejas relaciones sociales y en propagadores de personales intereses. Se requiere, así, una sociedad participativa y organizada en la que se sustente la acción pública para beneficio y prosperidad de los ciudadanos mexicanos.

El México estratificado por los elementos naturales y por factores históricos, culturales, antropológicos y económicos, está siendo zurcido por las vías de transportación y empieza a ser integrado por las tecnologías de comunicación instantánea como un impulso de reagrupación, a pesar de las naturales fronteras delineadas dentro de su áspera geografía. Pero hace falta retejerlo para librarlo de las asimetrías sociales mediante un proceso de educación y con el diseño de proyectos alternativos como una decisión de conjunción nacional definitiva, con humanismo y sin demagogias, que destierre la ignorancia de inmediato de los niveles más rezagados hasta que se logre un desarrollo educativo, técnico y científico con estándares avanzados.

La indiferencia por nuestros hermanos campesinos e indígenas, o la disimulada discriminación y, a veces, inoperante “compasión”, deben revertirse en programas de apoyo sectoriales y regionales que promuevan la participación civil y política, enriquecida con las herencias raciales, la autonomía cultural, el respeto a las tradiciones locales, sin que resulte todo esto de un impulso casual que desemboque en estéril esfuerzo y termine en un nuevo reciclaje del abandono ancestral, en un olvido que siga profundizando el aislamiento social, en reinterpretación modernizada de segregación, explotación y veladas servidumbres.

Las actitudes anteriores han provocado y promovido la dispersión y debilitamiento de los sentimientos nacionales, con lo que se ha retardado la identificación plena de la mexicanidad. El camino ha de ser el de estrechar a nuestros verdaderos campesinos con mecanismos coherentes, con nuevas figuras jurídicas convenientes que, sin alentar autonomías contradictorias, alienten los sentimientos comunitarios locales y acordes con cada región. En los diferentes pueblos indígenas, si fuera necesario, se puede ensayar una especie de sociedad intermedia con participación social, acorde con sus costumbres, pero sin la desvinculación de la estructura constitucional. Una demanda histórica caería sobre quienes cometieran el error, azorados por complejos de culpa sociales, conducir, arrojar a estos desterrados sociales mexicanos a una nueva y sutil marginación, que significaría una velada pérdida parcial de nacionalidad. Antes bien, debe intentarse estrecharlos en un fecundo patriotismo dentro del ya ineludible mundo global.

No pueden estar equivocados tantos pueblos de los cinco continentes, en los deseos legítimos de avanzar en la elevación de sus niveles de vida; mientras que algunos grupos, con artificios y camuflados sentimientos, organizan y alientan la profundización de los rezagos de nuestros pueblos indígenas. No es lo mismo inmovilidad histórica que luchar por florecer en una adaptación pluricultural. No es lo mismo una pluralidad avanzada y moderna, pragmática, respetuosa y respetada con acción participativa y compatible con las tradiciones revitalizadoras, que el separatismo pasivo y la autodiscriminación, que no reconocen el salto del tiempo y la imposibilidad de una regresión de la historia.

VII

Última conspiración

Inserto en un mundo empequeñecido por las comunicaciones y por las, cada día, más intrincadas redes productivas y comerciales, México exhibe la traumática dependencia crediticia externa de los centros hegemónicos financieros, anudado y comprometido con los entramados mundiales. No se aprecia algún alivio sustancial de sus crónicas debilidades deficitarias de capitales productivos y pesadas indigestiones de deuda pública. En números gruesos llegó a elevarse, esta última, de 5% del PIB nacional a 50%; un cero más a la derecha.

Por lo mismo queda expuesto, con estas anemias, a los forcejeos de los movimientos bursátiles exteriores, en un sistema degradado que tiene la consigna logística de reciclar la economía del planeta mediante ayudas medrosas y calculadas, comprometidas, a veces, a compras atadas. Según las prescripciones o fórmulas de organismos internacionales, sin que se refleje en alguna mejoría para las poblaciones de los países deudores que, con economías agobiadas o destruidas, encuentran sólo algún respiro para el cumplimiento de sus compromisos.

El capitalismo contradice la definición de un sistema abocado a la reunión de recursos para dirigirlos a efectos productivos con recompensa personal y beneficio social que, en cooperación con el Estado, permita el desarrollo de la cultura y la educación de los ciudadanos, el crecimiento de todos los sectores económicos y la creación de infraestructura: comunicaciones, energía, agua, vivienda, drenaje y demás requerimientos de la vida actual.

Este sistema propicia la desvalorización de los productos primarios o semiindustrializados, con lo que se debilita la capacidad de pago a los fríos acreedores. Voracidad manifiesta cuando países en desarrollo reciben alrededor de 50 mil millones de dólares anuales en cooperación; en cambio, las inequitativas condiciones comerciales les cuestan 10 veces más que esas cifras de conmiseración. Zbigniew Brzezinski se sorprende de las “distorsiones propias de esa degradación del sistema”, al apuntar que los ingresos de un ejecutivo estadounidense superan hasta en 116 veces el sueldo base de la empresa bajo su dirección. Desproporciones que en Europa alcanzan sólo de 22 a una, y en Japón de 16 a una veces.⁶²

También son degradaciones del sistema:

[...] la ayuda del Norte al Sur —muy inferior a lo comprometido— sirve para que el Norte coloque chatarra de guerra, mercancías sobrantes y proyectos de “desarrollo” que subdesarrollan a los “favorecidos” del Sur y precipitan la hemorragia por curar la anemia. Mientras tanto [en algunos años], el Sur ha entregado al Norte una suma infinitamente mayor, equivalente a dos Planes Marshall en valores constantes, por concepto de intereses, ganancias, *royalties* y diversos tributos coloniales. Y mientras [...] El presupuesto de la Fuerza Aérea de Estados Unidos es mayor que la suma de todos los presupuestos de educación infantil en el llamado Tercer Mundo. ¿Despilfarro de recursos o recursos para defender el despilfarro? El sistema que sacraliza el canibalesco orden internacional nos dice: “Yo soy todo. Después de mí, nada”.⁶³

Eslabonados en un mundo global con semejantes acontecimientos que desalientan cualquier optimismo debemos, sin embargo, no sólo sobrevivir sino escalar nuestras condiciones históricas, echando mano de la riqueza espiritual y cultural heredadas, como nación y como raza joven en proceso de maduración; trasponer nuestras limitaciones y enfrentar el presente sin arrebatos y desánimos. Aunque inconformes por la deshumanizada estructuración del orden mundial, debemos ascender con el éxito del vuelo del águila, símbolo nacional, y con la voz de la raza mestiza —por la que hablará el espíritu—, indómitos, empecemos a escribir la historia con renglones híbridos. Capítulos no escritos por países indus-

62. Egurbide, 1992, p. 17.

63. Galeano, 1992, p. 6.

trializados, que no han sentido la emoción de plenitud que se logra con el desinterés, con el compartir, con el desprendimiento que acerca a la plenitud y a la madurez humanas.

Aún no se ha redescubierto el mundo del tercer milenio y, aunque se intenta caminar por las veredas cósmicas, apenas se han experimentado unos indecisos y resbaladizos pasos intersolares. México tendrá que estar acorde con esa marcha, para lo que tendrá que trasponer su pobreza, reafirmar su transformación política y su vocación social. Forzar una última “conspiración” y alcanzar su definitiva e íntegra independencia. Para lo que deberá obtener la reanimación de sus recursos sociales, reasignación de los naturales y control de los financieros y, así, desligarse de las críticas condiciones de dependencia congénita y fabricar su propio camino de inversión y un grado de autodeterminación con los que pueda hacer funcionar, con su propia fórmula, sin subordinación a controvertidos e ideológicos modelos económicos:

“Ahorrar para distribuir, distribuir para ahorrar”. Y en la marcha y en la actuación, desafiar nuestro destino anclado o vinculado desproporcionadamente con el exterior, y perfeccionar y consumir nuestro largo proceso de independencia: la política, 1810-1821.

Con el grito de Dolores inició México su libertad, y en 1821 logró rescatar su soberanía y regirse con autodeterminación política. Con la Guerra de Reforma se acrecienta el sentimiento de independencia interior al separarse el poder civil y el régimen religioso y redefinir el contorno de cada una de sus instancias. Acontecimiento que precede a un paréntesis con la importación de un imperio. Al caer Maximiliano, se reafirma la sustentación de la soberanía nacional. Finalmente, con la Revolución de 1910 se consigue, a su vez, un redimensionamiento interior de las fuerzas sociales, con lo que se erradica una frustración histórica más: la dependencia de las clases rurales, principalmente, de las dictaduras económicas y caciquiles y de los regímenes autoritarios. Nacen balbuceantes los anhelos de construir un orden democrático. En este proceso de perfeccionamiento de nuestra independencia se vive el deseo de reafirmarla y consolidarla ante las influencias internacionales.

Reacción nacionalista emanada de la dinámica revolucionaria expresada en la Constitución sobre el principio de soberanía y las riquezas del subsuelo del país. Así, la proclamación cardenista en 1938, al reclamar

a las compañías extranjeras el derecho de la nación sobre los recursos petroleros, consigue acercarnos al punto culminante en que los mexicanos nos dimos cuenta del poder de las decisiones propias y del goce de una posible autonomía consumada, después de más de un siglo de una independencia parcial.

Por ello, el reto para las generaciones actuales es obvio: regalar a nuestra patria, forjada a fuerza de abnegación y generosidad de tantos mexicanos —tras perfeccionar y arraigar un sistema democrático—, la culminación de su independencia, la autodeterminación económica, con un nivel digno y con una estructura humanizada, borradas las abismales diferencias entre compatriotas en ingresos y posibilidades sociales y culturales.

El diagnóstico señala, entre las causas principales de las crisis recurrentes, la anemia financiera congénita. “Además del déficit crónico en la balanza comercial como expresión de la dependencia económica, la globalización se caracteriza por ahondar dicha dependencia y vulnerabilidad no sólo en el flujo de mercancías sino también, y de manera fundamental, en los flujos financieros.”⁶⁴

Un camino para asegurar nuestra independencia económica dentro de una incertidumbre racional y un riesgo calculado a nivel nacional, será el de disipar los derroches en los niveles oficiales y privados y afianzar en el pueblo la cultura de la previsión, una vez que la desocupación y la capacidad de ingreso recuperada lo permitan y se logre una reasignación de recursos en un grado de equidad solidaria. La eterna controversia, fertilizada ideológicamente, de ahorrar para distribuir o distribuir para ahorrar, debe tomar cauces prácticos y destinos factibles.

Pero lo real es que el país requiere de un detonante social: incrementar los grados de escolarización, y de otro económico: elevar los niveles del ahorro interno.

Los resultados históricos de los últimos 40 años del siglo pasado, nos muestran los siguientes porcentajes de ahorro interno sobre el PIB nacional: en la década de los sesenta fluctuaron de 15% en 1960, a 18% en 1969. Los setenta inician con 17.1% y terminan con 18.8%, en 1979. La

64. PRD, 1998, p. 20.

siguiente década arranca con 20.5% y alcanza 23.4% en 1966, el máximo conseguido desde los sesenta. En la última década del siglo, 1993 y 1994 sufren el mayor abatimiento: 15.1 y 15.0%, respectivamente. El año 1961 había marcado el menor de los registros en su respectiva década, con 14.9%.

Mientras tanto, el ahorro externo ha complementado nuestros índices de ahorro total, participando con los porcentajes altos: en los noventa, con 6.7% en 1992 y 1994. Sin embargo, se observan desahorros externos de -3.7%, -2.2% y -2.8% en 1983, 1984 y 1987, respectivamente. Se ha considerado que nuestra economía debe alcanzar cifras de crecimiento de alrededor de 7% del PIB nacional para crecer y poder integrar en el mercado de trabajo a más de un millón de mexicanos, entre los rezagos y la demanda anual de nuevos puestos.

En números aproximados se ha calculado que, por cada punto de crecimiento del PIB se requieren tres puntos del mismo en inversión. Por lo tanto, las tasas de ahorro e inversión han de tender a lograr un 21.0% como mínimo, dado que las estructuras de producción, en el presente, exigen una mayor intensidad en el uso de capital. Así, un coeficiente actualizado puede llegar hasta un 5%. Por ello, la mencionada tasa no podría ser menor a 25.0%, en este caso, para alcanzar metas aceptables de crecimiento nacional. Si consideramos estas necesidades a la luz de los parámetros de ahorro mundiales vemos, teóricamente, que tal planteamiento no se antoja imposible.

Precisamente, en los noventa China, Corea y Japón se manifestaron como los superahorradores, seguidos por Taiwan, con índices entre de 20 y 40% de su respectivo PIB. A la zaga, han podido emprender los mismos caminos Malasia, Finlandia, Singapur y otros países en el Oriente. En contraste, Bangladesh y algunas naciones africanas apenas logran que su ahorro rebase 10%.

Hacia la mitad de la última década del siglo xx, la participación del ahorro mundial en términos de la paridad del poder adquisitivo (PPA) de los tipos de cambio, resultó como sigue:

Cuadro VII.1

China	16.0%
Estados Unidos	14.0%
Japón	13.0%
Alemania	5.0%
Francia e Italia	9.0%
Reino Unido y Canadá	9.0%
Otros países industriales	7.0%
Países en transición	6.0%
Economías asiáticas de reciente industrialización	5.0%
Otros países en desarrollo	25.0%

Fuente: elaboración propia.

Por su parte, el protagonismo como productores mundiales lo ocupaban Estados Unidos con 21.0%, China y Japón con 9.0% cada uno, Alemania con 5.0%, Francia, Italia, Reino Unido y Canadá conjuntaban 12%.⁶⁵

México requiere, definitivamente, afirmar la cultura del ahorro para aspirar a un desarrollo en que todos los estratos de la población participen con mayor producción e ingresos, lo que incrementaría la posibilidad de ahorro redituable. Para ello tendrá que afianzar su estabilidad financiera económica y, así, propiciar un ambiente de confianza, con un soporte jurídico y fiscal que estimule a particulares, a empresas y a las entidades oficiales a conseguir una práctica de rutina y orden, en contraposición con nuestras manías de despilfarro privado y con los manejos públicos irresponsables de las finanzas.

Si auscultamos las cotidianas previsiones económicas del mexicano, encontramos estándares muy bajos, sin que dejemos de tomar en cuenta el abatido reconocimiento salarial al factor trabajo. Un obrero industrial calificado recibe 10 ó 15 veces, o menos, que un colega de los países desarrollados. Ahí empiezan los restringidos caudales que, en unión con las impulsivas compras, dan como resultado negativos presupuestos y anémicas alcancías. Así, al compararnos con los prevenidos ciudadanos del

primer mundo, resultamos con un ahorro per cápita hasta 20 o más veces menor.

Sin embargo, en México se deben considerar recursos orientados al ahorro, los obtenidos mediante la estructura de previsión social laboral. Tomamos como ejemplo el anterior sistema involuntario.

La carga social por cada trabajador alcanzaba cerca de 15% del salario:

Cuadro VII.2

IMSS (invalidez, vejez, cesantía y defunción)	5.670% aportación patronal. 2.075% aportación laboral.
Infonavit	5.000%
SAR	2.000%
Total	14.745%

Fuente: elaboración propia.

Este renglón, ya neto, debe tomarse como parte del coeficiente de ahorro del mexicano.

A los trabajadores, tras una jubilación a los 65 años, sus ahorros sociales les podrían permitir —considerando los intereses como valores de reposición y deduciendo los impactos inflacionarios— unos ocho años o más de ingreso, solventado con estas reservas personales. Siempre con la presunción de un manejo racional y honesto de estos caudales. Desde luego, con el régimen de las Afores los parámetros han cambiado. Pero se espera que también los frutos y oportunidades en el ahorro personal y nacional avancen y no resulten, con los años, en una frustración más.

Tanto el ahorro público como el privado, que se logra con el de los particulares, y el generado por las empresas, deben de conjugarse para sostener tendencias de 20% y más del PIB. Coeficiente que, después de lograrse en 1988 con 20.7%, se desplomó a alrededor de la mitad en el primer lustro de los años noventa. La proporción en que participen particulares y empresas dependerá de conseguir posiciones equilibradas entre las cargas fiscales y las obligaciones de seguridad social.

65. Fondo Monetario Internacional, 1995, p. 27.

Una reforma fiscal integral debe contemplar la progresividad del ISR tanto para las personas físicas como para las morales, y abrir la posibilidad para el ahorro y para la reinversión productiva, respectivamente, con estímulos de depreciación acelerada y exención de impuestos en el reciclaje de las utilidades reinvertidas. Además, ha de establecer mecanismos permanentes de apoyo ante fenómenos adversos que afecten la supervivencia de las empresas, sobre todo pequeñas y medianas y en etapa de apertura o consolidación.

Finalmente, para el ahorro público ha de proponer metas cercanas al 5% del PIB en correlación con el ahorro total interno. Coeficiente que ya ha sido superado en varias ocasiones en los últimos cuatro lustros del siglo pasado, no obstante que en 1982 se precipitó a sólo un 1.2%. No olvidar que toda economía, en cualquier nivel de desarrollo, posee una capacidad determinada de ahorro que puede estirarse hasta ciertos límites, porque la elasticidad no es indefinida.

El ahorro de empresas podrá estimularse con un equilibrado peso impositivo y con políticas de reinversión, con esquemas fiscales sencillos apoyados en una desregulación y simplificación administrativas estructuradas para implantarse en un plazo prudente. El gasto público podrá estimular la inversión con el adelgazamiento del gasto corriente. En los programas de promoción del ahorro, el campo deber contar con figuras jurídico-económicas de asociacionismo con un contexto de protección ecológica incluido.

Para conseguir el equilibrio financiero nacional se requiere de proyección histórica y de valentía para adecuar el tamaño y estructura del sector público a los estándares de productividad y eficiencia en costos, dentro de un marco de finanzas públicas equilibradas, en un sistema fiscal actualizado con perfiles promotores y no propiamente recaudadores, que estimule constantemente con sus políticas el ahorro y desaliente el consumo irresponsable.

Esto como propuesta de definitiva independencia financiera y como respuesta a la necesidad de desarrollo y al destierro de nuestra pobreza crónica para dar paso, a ritmos acelerados, al crecimiento, creación de empleos y redistribución del ingreso. Esquema que incluye la complementariedad del ahorro externo con afanes supletorios, y no como

amenaza de fugas frustrantes de capitales y de crisis dolorosas ya vividas anteriormente.

He aquí la función del ahorro como la explican las teorías económicas: Malthus escribió:

Adam Smith ha afirmado que los capitales aumentan por la parsimonia, que toda persona frugal es un benefactor público y que el aumento de la riqueza depende del excedente de la producción sobre el consumo [...] si el consumo superase a la producción el capital del país disminuiría y su riqueza se vería destruida gradualmente por falta de poder productivo; si la producción superase en mucho al consumo, las razones para acumular y producir cesarían necesariamente porque faltaría voluntad de consumir. Estos extremos son obvios; de ahí, se sigue que debe existir un punto intermedio [...]

Por otra parte, los clásicos dijeron muy poco sobre los motivos del ahorro. Aceptaron el hecho sin preguntarse, en particular, cuáles eran los incentivos y móviles que impulsaban a ahorrar a los perceptores de la renta neta. Marx, que quería plantear el problema en términos psicológicos, observaba que el sacrificio implícito en la abstinencia se da, en el caso del capitalista, no ya en la abstinencia del consumo sino más bien en la abstinencia del ahorro [...]

El ahorro y la formación de capital ya no se vieron como dos factores de un mismo acto económico —estamos en la teoría prekeynesiana— (como en los clásicos que, a menudo, utilizaban una sola palabra para designar el ahorro y la formación de capitales: “acumulación”) sino como dos hechos económicos distintos efectuados por categorías de personas necesariamente idénticas que se encuentran en un mercado particular, el del ahorro, en la medida en que no lo use el mismo que lo efectúa o no lo atesore.

Para los modernos, hasta Keynes, el ahorro y la inversión se consideran generalmente como funciones de una única variable, el tipo de interés, y se cree que estas dos funciones adoptan el mismo valor en correspondencia con un tipo “positivo” de interés, siempre que no existan obstáculos a la variación del tipo de interés, el ahorro y la inversión son iguales en cualquier circunstancia.⁶⁶

Acercándonos a Keynes en este tema del ahorro, encontramos su pensamiento tras su sencilla definición:

Que yo sepa todo el mundo está de acuerdo en que ahorro significa el excedente del ingreso sobre los gastos de consumo. El ahorro de hecho no es más que simple residuo.

66. Napoleoni, 1972, pp. 17-28.

[...] las sumas totales del ingreso total y del ahorro global son “resultado” de la libre elección de los individuos sobre si consumirán o no y sobre si invertirán o no [...] la “propensión a consumir” tomará en lo sucesivo el lugar de la propensión o disposición a ahorrar [...] las reacciones del monto de su consumo sobre los ingresos de los demás hacen imposible que todos los individuos ahorren simultáneamente cualquier suma dada.⁶⁷

[...] Keynes sostiene que la igualdad ahorro-inversión se obtiene no sólo mediante movimientos del tipo de interés, sino también de la renta y que en particular, dicha igualdad sólo se alcanza a un cierto nivel de renta.⁶⁸

Alvin H. Hansen hace esta observación:

Una fuente de confusión surgió del fracaso de sus críticos para darse cuenta de que mientras la inversión y el ahorro son siempre “iguales”, no siempre están en equilibrio. [...] Si la economía está en un equilibrio en movimiento de tal modo que las variables están siempre en una relación funcional normal (deseada) unas con respecto a las otras, entonces seguramente que el ahorro y la inversión, no sólo serán “iguales” sino que también estarán en “equilibrio”. Pero si el proceso de cambio implica un ajuste retrasado de ciertas variables, no será éste el caso.⁶⁹

Finalmente, incluimos a Schumpeter en su enfoque del ahorro dentro del desarrollo.

En que el círculo vicioso de la pobreza de los países en desarrollo se detecta en que éstos son pobres por su incapacidad de ahorrar para formar capital que les conduzca a invertir para producir y, a su vez, ahorrar. Quizá a este punto pudo referirse el economista austriaco por la dificultad de los países primitivos para romper su condición y financiar un arranque productivo ya que, hasta que se ha dado éste, se tiene la posibilidad de ahorrar.⁷⁰

Con opinión severa, Adolf Kozlik afirma que los grandes capitalistas, en su “acumulación instintiva”, se aseguran un estatus que conduce a que

67. Keynes, 1965, pp. 62 y 63.

68. Napoleoni, 1972, p. 34.

69. Hansen, 2000, p. 59.

70. Napoleoni, 1972, p. 38.

los demás dependan de él. Por otra parte, las sociedades formadas con capital accionario facilitaron el que sin poseer capital se pueda disponer del poder —directores y gerentes— mientras que la propiedad de la empresa pertenezca a diferentes personas.⁷¹

El tema del ahorro dentro de la economía teórica y sus aplicaciones al desarrollo, sigue provocando controversias a pesar de que analistas modernos han utilizado las herramientas estadísticas y matemáticas para profundizar el análisis y, con mayores conocimientos, descorder los velos, o al menos, entregar aportaciones más sustentadas; sin embargo, no han llegado a conclusiones definitivas y sus opiniones no dejan de ofrecer posiciones controvertidas. Muchas de las teorías actuales se repiten siguiendo a los clásicos, o muestran parciales avances, como se notará en el último pensamiento histórico de la materia expuesto luego. La definición de ahorro persistirá como una opción entre consumir en el presente o diferir el consumo para el futuro, como un proceso en que un ente económico reserva parcialmente su producción con la intención de lograr mayores ingresos posteriores.

Es oportuna esta aclaración de Samuelson en la relación ahorro-inversión:

Nosotros hemos definido la inversión neta, o formación de capital, como el aumento neto de capital real de la comunidad (equipo, edificios, de mercancías, etc.), mientras que los profanos hablan de inversión cuando compran un terreno, unas acciones o cualquier tipo de propiedad; para los economistas, en cambio, todo eso no son realmente sino meras “transferencias”, en las que uno invierte otro lo “desinvierte”.⁷²

Durante las primeras décadas del siglo pasado los países industrializados mostraban tasas modestas de ahorro, inferiores a 15% del PIB. Sin embargo, Estados Unidos, con el impulso iniciado tras su guerra civil, ya desde el final del siglo XIX ostentaba tasas cercanas a 20%. Los cambios estructurales de los setenta, en el siglo pasado, provocaron movimientos ascendentes en la tasa de ahorro mundial, que alcanzó casi 25%. Ya dentro de los dos siguientes decenios se nota la fatiga de esta variable,

71. Koslik, 1992, p. 10.

72. Samuelson, 1975, p. 228.

impactada principalmente por el abatimiento de los ahorros públicos de los países desarrollados —se habló de una reducción de la tasa hasta un 6%—, lo que obligó al incremento de su deuda pública. Se calcula que el declive anterior provocó una baja en el consumo mundial de alrededor de 2%.

Se han realizado análisis de los movimientos descendentes del ahorro privado en combinación con los incrementos de la deuda pública. Esto da como resultado que unos pocos países industrializados, con la aplicación de estas tendencias, ocasionarían la precipitación del consumo mundial y abatirían el grado de bienestar de todos los pueblos del orbe.

Con sólo un par de países líderes que bajaran sus tasas de ahorro impulsarían, a su vez, las tasas reales de intereses mundiales y provocarían la reducción de la masa de capitales.

Por su parte, algunos países que en los setenta del siglo pasado habían sufrido caídas de su tasa de ahorro en un 8% en promedio, lograron luego tasas ascendentes, como es el caso de Chile, Corea, Tailandia, Malasia, etc., con una duplicación de las mismas. En contraste, los países de Europa del Este fueron inducidos a un ahorro forzado por las bajas posibilidades de consumo. En los noventa se esforzaron por competir en la atracción de capitales externos para fortalecer su invierno productivo. Es fácil entender que los países con ingresos per cápita muy abatidos, dedicados en gran porcentaje al consumo, sólo para sustentarse, no han tenido oportunidades de generar ahorros importantes.

Las economías de dinámico crecimiento en las dos últimas décadas pasadas lograron tasas de ahorro de entre 18 y 25% del PIB. En cambio, las más lentas no pudieron presumir de sus limitadas tasas, menores a 15% y aun a 10%. Ésas fueron algunas tendencias del ahorro mundial, al que se le reconoce un papel fundamental en el crecimiento de los países industrializados y en el desarrollo de los países que impulsan su progreso. En los casos de países con un avance lento pudo ser detectado un bajo nivel de las tasas de ahorro y, además, una aplicación ineficiente de este factor tan limitado.

Sin embargo, ¿qué es lo que se afirma actualmente acerca de las razones que inclinan al ahorro?

Un punto de vista: en la comparación de preferencia cronológica con la tasa de interés y la distribución uniforme del consumo en el curso del tiempo para maximizar su utilidad, la tasa de interés es el principal mecanismo mediante el cual se equilibra el ahorro y la inversión. Otro punto de vista: en la vinculación estrecha entre consumo e ingreso, la tasa de interés [resultaría] en un efecto menor. Una visión híbrida procura reconciliar la uniformidad del consumo con el consumo determinado por el ingreso, considerando que el proceso del consumo está impulsado por un concepto de ingreso permanente.

El espinoso tema de la causalidad entre el crecimiento del ingreso y la tasa de ahorro tampoco se ha resuelto. Por su parte, el impacto de la variación de la tasa de interés real sobre el ahorro es teórica y empíricamente ambigua [...] La tasa de ahorro privado es, sobre todo en países desarrollados, poco sensible a las fluctuaciones de las tasas de interés reales; las políticas tributarias sobre el ahorro tienen un limitado impacto.⁷³

Se puede afirmar empíricamente que el crecimiento del ingreso favorece el del ahorro, como se deduce del análisis en los casos de los países orientales. Lo que lleva a inferir que el auge de una variable alienta a la otra, con el virtuosismo del círculo que provoca la mutua retroalimentación. No significa, esto, un veredicto final. Un resumen de las aportaciones y estudios recientes sobre el comportamiento del ahorro en las economías actuales, confirma algunas opiniones anteriores y proporciona sugerencias a las dudas. El ahorro seguirá considerándose una previsión y un vehículo insustituible para la inversión dirigida al crecimiento del ingreso real y de la producción. El tema del ahorro “óptimo” se ha relacionado con las teorías del desarrollo y del crecimiento, y las opiniones, en muchos casos, no dejan de llevar su carga de subjetividad. La relación entre altas tasas de ahorro y el crecimiento aún no está demostrada suficientemente; y se debe tomar en cuenta la eficiente asignación del mismo recurso para este examen.

Por lo tanto, no quien ahorre más, necesariamente, sino quien desempeñe mejor la función de invertir abatiendo costos y aprovechando los recursos productivos, logrará el crecimiento y el desarrollo. Como ejemplo señalan a los países asiáticos que hacia los años setenta del siglo pasado, con tasas de ahorro a veces más bajas que las latinoamericanas,

73. Fondo Monetario Internacional, 1995, p. 39.

avanzaron tras un periodo sostenido de crecimiento. “El ahorro interno y el avance económico, elementos que se estimulan de manera recíproca [...] En un comentario del economista Joseph Stiglitz, el verdadero ‘milagro’, en países como Corea, no está en lo mucho que ahorran, sino en la manera como invierten los recursos”.⁷⁴ Por lo que se afirma que los caminos para hacer más eficiente la asignación de recursos serían sobre todo, en los países en desarrollo, las transformaciones estructurales y los cambios tributarios.

Por otra parte, los factores culturales influyen en el comportamiento de los pueblos con relación a los hábitos de ahorro. Sin embargo, se ha considerado que una etapa de impulso a la tecnología debe preceder, en periodo inicial del crecimiento, al mismo estímulo del ahorro.

Continuamos con los factores que propician o inhiben la inclinación a ahorrar. Un estudio de organismos internacionales para un gran número de naciones industrializadas y en desarrollo, en el que se analizaron series cronológicas y regresiones de corte transversal, “demostró” lo significativo de las variables:

Un mayor crecimiento del producto, las tasas de interés reales más altas y un mejoramiento de las relaciones de intercambio tendieron a incrementar la tasa de ahorro privado, mientras que el aumento del superávit del gobierno, una mayor riqueza, un mayor ingreso per cápita en relación con Estados Unidos (que representa el efecto de una equiparación en el crecimiento), y una mayor fracción de jóvenes y viejos, sugieren una tasa de ahorro más baja.⁷⁵

Otros factores y conductas determinantes, más o menos significativos, serían las tasas inflacionarias, que desalientan un futuro más promisorio, lo que anticipa consumos y afecta la tendencia al ahorro a los sistemas impositivos en su intención de alentar el consumo *versus* el ahorro, al marco económico en general con el que el poder público logre la estabilidad y la confianza. Asimismo el abatimiento de márgenes de intermediación con un sistema financiero eficiente incentivado por la competencia

74. S. L. M., 1997, p. 286.

75. Fondo Monetario Internacional, 1995, p. 41.

entre los usos alternativos de los recursos, provocadores de la productividad y la eficiencia.

Intervienen también, en los mecanismos de fomento al ahorro, sobre todo a largo plazo, los seguros de vida, los fondos de ahorro y de pensiones y la política del ahorro público, los cuales influyen en la determinación del ahorro total. “Los datos de diversos países sugieren que una evolución natural de la tasa de ahorro privado, que aumenta marcadamente en la fase del alto crecimiento, se nivela a medida que la economía madura, y puede decrecer ligeramente a medida que la población envejece.”⁷⁶

Según una teoría, los incrementos adicionales en la tasa de ahorro aumentan el bienestar siempre que la tasa de rentabilidad (determinada por la oferta de ahorro) supere la tasa de crecimiento demográfico. Otra variante sostiene que una tasa mayor eleva el bienestar siempre que el flujo de dividendos de los proyectos de inversión sean positivos.⁷⁷

El final del siglo xx ya nos mostró algunos de los perfiles que tomarán las perspectivas del ahorro en un mundo globalizado. Desde luego, el ritmo de las tasas recibirá su aliento del dinamismo que se imprima al ahorro público en las naciones industrializadas y del impulso que logre el crecimiento en los países en desarrollo. La duda prevalece acerca de si será suficiente la oferta para el volumen requerido en una economía que acentúa la interdependencia y ahonda la competencia internacional.

Con una economía de mercado abierto, el exceso ahorrador de un país se puede canalizar a otros con tasas favorables para la formación de capital, a pesar de la generación de desequilibrios comerciales y presiones sobre los mercados financieros.

De hecho, las fricciones competitivas están presentes en países desarrollados, en las llamadas economías emergentes y en países en desarrollo, engrosadas con las naciones de Europa Oriental, ansiosas de recuperar tiempo y allanar sus rezagos. Sin embargo, el reordenamiento de las finanzas públicas de los países industrializados podrá contribuir a que se generalice el impulso del ahorro mundial. Para ello, las economías

76. *Ibidem*, p. 46.

77. *Ibidem*, pp. 26 y 27.

líderes tendrán que hacer resurgir las tasas del ahorro público que, en las dos últimas décadas pasadas, declinaron; y así puedan enfrentar el pago de las obligaciones jubilatorias en incremento por el comportamiento demográfico del envejecimiento de la población. Porque en estos años están por pasar, o están ya pasando, de exportadoras a importadoras netas de capital.

Por otra parte, en los países en desarrollo se dificulta la colocación del ahorro financiero por tratarse de mercados con muchas imperfecciones, que destinan mayores tasas del ingreso al consumo, dado lo limitado del primero y su mayor concentración, lo que se traduce en menores posibilidades de ahorro interno. Asimismo, las tasas del ahorro privado, que permanecieron más o menos estables a escala mundial por varias décadas, se verán afectadas a medida que aumenten los coeficientes de dependencia en la pirámide poblacional: jóvenes improductivos, sectores envejecidos y consumidores de ahorro; como es el caso del Japón, que siente la presencia del fenómeno y que incide ya en sus tasas de crecimiento.

Al mismo tiempo, en naciones con altos ingresos como el mismo Japón, Estados Unidos y países escandinavos, se ha desacelerado la tendencia al ahorro, al estar ya cubierto su bienestar y sentir menos necesidad del mismo. Ante este panorama de inestabilidad en el mercado financiero mundial, concluimos que si México quiere desencadenarse y celebrar los dos aniversarios históricos: un centenario y un bicentenario en el 2010, reordenando el último reducto de su dependencia, la financiera, debe apresurar el paso y sentar la estructura de un sano autofinanciamiento, al margen de la congénita tendencia al endeudamiento. Ello para acercarse al ahorro externo con la fortaleza del que pide prestado sólo como un estricto complemento, técnicamente sano, para acelerar la productividad y el crecimiento.

Por lo tanto debe evitar, como sucede con toda América Latina, que los caudales externos sustituyan a los propios y sean dedicados al consumo y no a la inversión productiva y autofinanciable. Se ha concluido que hasta un 40% de la asistencia externa a países pobres se destina al consumo. Así, "se consume el pescado, en lugar de procurar comprar mejores anzuelos". De esta manera, estos países y con ellos México, han sentido el tránsito del ficticio y apenas perceptible auge, a las agónicas crisis. La

de 1995 precipitó la caída de los ingresos por habitante, de 4,130 a 2,850 dólares.

Los mitos del ahorro externo conducido a empréstitos conllevan un caudal de contradicciones. Las torturas de la deuda externa se eliminarían o se reducirían a normales quebrantos si no se deterioraran los términos de intercambio para los deudores, ya que con una modificación en los precios relativos se congela el incremento de las exportaciones.

El servicio de la deuda conduce a desangrar con varios puntos el PIB y llega a significar hasta la mitad del ahorro. También, las transferencias y desinversiones se traducen en más pobreza. La absorción de fondos de los países industrializados para cubrir sus déficit eleva las tasas generales de interés, con el consiguiente incremento de los compromisos. Y las revaluaciones del dólar deterioran los términos de intercambio en el comercio exterior.

Algunas propuestas severas señalan que los países deudores en vías de desarrollo no deberían importar más de lo que exportan, ni pagar más de lo que les presten. A su vez, la transnacionalización de los sistemas financieros puede convertir a los bancos extranjeros en facilitadores de moneda y, desde luego, promotores de deuda extranjera para las empresas, fuera de la capacidad de pago de los deudores, que son financiados, en muchos casos, con nuevos préstamos.

En el nivel nacional, al nulificar los equilibrios de las finanzas públicas entre inversión, consumo y pago de deuda, se cede autonomía en las políticas monetaria y fiscal. Se destruye la viabilidad para el manejo de las finanzas nacionales y la facilidad para la movilización discrecional de los recursos disponibles para abatir rezagos, proyectar avances en salarios e inversión, y se abren "boquetes", naturalmente, en las arcas nacionales, que llegan a desangrar hasta la mitad del propio ahorro, de alguno de los prestatarios. En tanto, por cumplir con el servicio de la deuda una endémica pobreza acentúa la anemia de grupos de ciudadanos que ni siquiera aciertan a descubrir la persistencia de su angustiosa situación.

El desafío de los gobiernos actuales y de la presente generación, además de conseguir políticas monetarias que logren la estabilidad de precios y la cancelación de los déficit presupuestales, seguirá siendo la captación interna para el autofinanciamiento del desarrollo mediante la formación de capitales autóctonos. En nuestro caso, se tendrá que nego-

ciar una fórmula con la que la exorbitante deuda —en un cuarto de siglo se multiplicó aproximadamente por treinta—, sin decretarla impagable, se vuelva compatible con la capacidad para el cumplimiento de los pagos y la urgencia de financiar sanamente nuestro desarrollo. Necesidad vital, antes de que aparezcan mayores y desgastantes costos sociales que conviertan, por la ancestral indigencia, a nuestra sociedad en indiferente al deseo y pronta a un conformismo irremediable. Lo que daría facilidad a las hegemonías internacionales para profundizar su explotación, con la exacerbada modalidad actual de los mercados tributarios financieros, abrigados por la abulia, torpeza o incapacidad de muchos de nuestros regímenes políticos. Sin ahorro propio perderíamos una oportunidad de enfrentarnos a nuestro destino y liberarnos, de una vez por todas, de las complejas dependencias con las cuales se ha escrito la historia del país.

Un desarrollo autodirigido se traduciría, después de 200 años, en la consecución del perfeccionamiento y en la culminación, finalmente, de nuestra independencia, fortalecimiento de nuestra soberanía y encuentro de la anhelada justicia para una sociedad que pacientemente ha esperado redimirse de la pobreza y de la discriminación social.

VIII

Sírvanse a puños

Es muy expresiva la versión que puede escucharse en los mercados populares: “échele puños y después contamos...” Y ciertamente deberá a marchas forzadas el mexicano actual aplicarse a un arduo trabajo para lograr desprenderse, de una generación a otra, de los rezagos sociales, culturales y económicos, y así contar y disfrutar, por primera vez, de una autonomía soberana y de una integral independencia. El desnivel es tan profundo, en muchos órdenes en México, que lo pluraliza y lo diversifica: desvinculación entre los recursos, el medio natural y la población. La concurrencia inarmónica de elementos dificulta la estable fructificación y la explotación de los recursos nacionales responsablemente, en beneficio de todos los mexicanos. El secreto del progreso de naciones con recursos limitados ha sido la combinación justa y armónica de ellos según sus posibilidades, con la obtención de resultados sorprendentemente más que proporcionales.

Por el contrario, en México, debido a la desequilibrada e inequitativa participación en los recursos, éstos han sido desaprovechados al lado de la explotación del elemento humano productivo con la obtención, así, de una cosecha magra e insuficiente. La reconocida generosidad de la naturaleza prodigada al territorio mexicano en minerales, recursos marítimos y forestales y energéticos —con reservas privilegiadas a escala mundial—, ha sido pobremente explotada, con resultados ridículos, en muchos casos debajo del 1% de la potencial explotación científica con prácticas renovadoras. Las mismas capacidades agrícolas hidráulicas, aunque más limitadas y no tan proporcionalmente distribuidas geográficamente, se ven disminuidas por los millones de hectáreas erosionadas —se requie-

ren cien años para la regeneración de una capa de un centímetro de *humus*—. Los recursos acuíferos agotados, insuficientes o desarticulados de la cadena ecológica, aún son susceptibles, con un manejo racional y con aplicaciones tecnológicas, de una suficiencia razonable.

Contradicciones como consecuencia de un sistema estático, burocrático y paternalista o corporativista, desalentador, de un verdadero dinamismo nacional y lastre para las exigencias de la sociedad actual. Nuestros bosques, protectores del clima y de la erosión, son explotados en vez de aprovechados. Y aunque sólo 15% del territorio nacional es susceptible de producción agrícola rentable, esa porción es subutilizada productivamente, lo que conduce a una dependencia alimentaria del exterior. Se estima que alrededor de 40% de la población nacional vive del campo, aunque éste sólo aporte un 10% al PIB.

Los recursos pesqueros, por la desorganización del ramo, ofrecen rendimientos insuficientes —la inclusión en la dieta de la población es baja— y no están integrados, con su enorme potencial, a un plan nacional de complementación alimentaria. Lo que deja la opción para que las flotas extranjeras incursionen en nuestros más de diez mil kilómetros de litorales y en la plataforma continental de medio millón de kilómetros cuadrados. De nuestro petróleo, con un volumen envidiable de reservas, se ha dicho “todo” y no se ha acabado de decir. Sin embargo, en la confusa administración de este recurso no se ha aplicado, por lustros, una política en armonía plena con nuestra necesidad de desarrollo. Antes bien, su administración se ha sujetado a una dirección política suplementaria de las deficiencias hacendarias.

Con una administración más independiente y rentable, los regímenes habrían impedido caer al país, o habrían contrarrestado las severas consecuencias de las crisis recurrentes y empobrecedoras de la población entera. En fin, la importancia del ahorro y de las sequías nacionales de capital, ha sido mencionada.

Quedan reorganizaciones sociales urgentes: la deformada representación laboral y la adecuación de un estilo propio para incrementar nuestra productividad. El interpretar conceptualmente el proceso del trabajo del hombre nos facilita entender al hombre mismo y a refundar la evolución económica en el horizonte del tiempo, con base en pronósticos y probabilidades. El trabajo implantado en la misma naturaleza humana

se desprende como una exigencia de perfeccionamiento, de terminar el modelo, como una búsqueda de la plenitud.

Más que reinventar al hombre, es conveniente perfeccionar sus herencias de ser pensante y evolutivo. Cualquier degeneración en el concepto “labor del hombre” y cualquier manipulación en la aplicación, deriva en una subordinación y estrechamiento del hombre mismo y de sus posibilidades. Por el trabajo se llenan las expectativas transformadoras del humano en su relación con el ambiente y con la naturaleza, de la que se sustenta y a la que enriquece y le participa del relámpago descubridor de su inteligencia y le comunica la feracidad emocional de su creatividad. Por el trabajo el hombre realiza la donación de sí mismo y se involucra en el mundo y logra transformar en “vida”, una inanimada existencia.

Por el trabajo la humanidad se rescata a sí misma de la incertidumbre, descubre su horizonte y narra su historia.

Liberar de cualquier heterodoxia que pretenda la disfunción del recurso laboral, es reconquistar al hombre y a la sociedad. Cuando en la Edad Media la persona se aplicaba al trabajo particular, reafirmaba su identidad, enriquecía las relaciones familiares y ensanchaba los compromisos laborales. Esto fue el significado original de la institución gremial. Después, se le regateó al trabajo su función humanizadora, lo que facilitó el aislamiento del hombre mismo.

Con el sueño de la producción masiva y en serie fue asfixiada la creatividad; al organizarla, quedó estrangulada la energía imaginativa. Y, al desarraigar al operario de su taller-hogar para anclarlo en un lugar común, la factoría, nacida bajo el aliento de la Revolución Industrial, se generalizó la modalidad del empleo con un significado meramente utilitarista y económico. Así, se perdió el fuego forjador, el gozo descubridor de fantasías, la ilusión transformadora. De ahí el sentido alienante del trabajo asalariado, al que desnudaría Marx, expuesto como toda mercancía a las inclemencias del mercado, que considera al trabajador mismo un insumo incorporado al proceso de la producción. En fin, un objeto de la sociedad apto para la negociación y adaptación, en su momento, al método científico tayloriano de descomposición de las operaciones en sucesivos eventos parciales de producción.

Se ha olvidado durante más de 200 años que el trabajo fluye en función del hombre, y no éste en función de aquél; y que sigue siendo el ancla de la vida familiar.

La actual generación está llamada a revalorar el sentido del trabajo, a denunciar las degeneraciones de su sustancia humana. Ya se palpan tendencias que impugnan la fragilidad de la actual organización laboral, en la que el trabajador ha sido el gran damnificado, en una sociedad global de cuyos avances en el bienestar todos deberán participar. Habrá que analizar hasta dónde el desarrollo de algunos ha significado el estancamiento de otros, y cómo la prosperidad de unas naciones propicia el deterioro del empleo al nivel internacional.

La ausencia de una desinteresada cooperación en la asignación de recursos, inversiones y otros mecanismos equilibrantes, ha desajustado y ha provocado rigideces en los mercados encadenados globalmente dentro de la revolución tecnológica.

[...] ha desconectado la asociación entre el ritmo de crecimiento económico y la expansión del empleo, sobre todo a escala nacional. El mundo en su conjunto experimenta desajustes excepcionales en los mercados de trabajo que ya no son exclusivos de las zonas de desarrollo [...] Han puesto en competencia a los trabajadores de todas las latitudes [...] ⁷⁸

El concepto de empleo asalariado, que suplantó al del empleo personal y gremial, debe dar un vuelco para que el trabajo deje de “envasarse en los empleos” y dar lugar al empleo remunerado, “al trabajo que debe hacerse” con una nueva perspectiva de flexibilidad y adaptabilidad. Con grandes ajustes en la operabilidad fabril, las empresas de dimensiones menores retomarán un lugar preponderante dentro de la cadena productiva. El trabajo, en su concepto actual, ha de incorporarse a la réplica de una labor más autónoma y personal. Se podrán reducir las jornadas, eliminar puestos; asimismo, concursar en la producción personal eventual, procesos subcontratados, integración de la línea de proyectos externos, así como difundir la modalidad de consultorías y autoempleos.

78. Ibarra Muñoz, 1995, pp. 37 y 40.

Serán rediseñadas las oficinas y se trasladarán algunas secciones del trabajo. La organización irá transformándose, de una estructura edificada en empleos, a un campo de trabajo que debe hacerse. Se redimensionarán y reestructurarán los diagramas organizativos para enfocarlos hacia una estratificación más sencilla con grandes posibilidades de versatilidad y movilidad.

Conceptos de William Bridges, en una visión de lo que se ha pronosticado como “el fin del empleo”:

En una economía de movimiento rápido, los empleos son soluciones rígidas a un problema elástico. La respuesta es crear organizaciones postempleo. De hacer lo que se debe hacer [en lugar de hacer lo que “toca”] [...] el administrador fue creado apenas hace poco más de un siglo [...] La gente tenía quién dirigiera, pero la administración que existía era la autoadministración [...] el postadministrador del mañana tendrá que proporcionar a la gente acceso a la información [...] Los empleados y contratistas tendrán que comprender las causas y motivos de la estrategia de la administración [...] El trabajador no empleado necesitará tener mucha más clara visión y valores de la organización.

Las compañías que han comenzado a emplear trabajadores sin empleo, parecen compartir al menos cuatro rasgos importantes:

Alientan a tomar decisiones operativas. Otorgan información necesaria. Proporcionan capacitación para crear el tipo de comprensión de asuntos empresariales y financieros. Dan una participación en los frutos de su trabajo, una parte de las utilidades de las compañías.⁷⁹

Deberá seguirse el curso de las empresas que quieren deshacerse de los empleos y diseñar las organizaciones involucradas en el “desafío” evolutivo, que contraten al personal adecuado, que posean la comprensión suficiente para pensar como gente de negocios. Empresas organizadas adecuadamente, que puedan cumplir con sus expectativas y las de la sociedad. Se ignora hasta dónde podrá coincidir la transformación del desarrollo laboral con estas perspectivas; pero eso sí, ante la movilidad de la sociedad en todas sus manifestaciones, será necesario que la empresa y la nueva organización del trabajo se adapten a ese dinamismo. Aquélla deberá flexibilizarse, agilizar las bases estructurales presentes, diferen-

79. Bridges, 1994.

ciarse del dogmatismo científico tayloriano sujeto a la consecución de eventos rígidos.

Con una visión más armónica y versátil podrá adoptar las formalidades a las circunstancias: contrataciones externas, adelgazamientos, reprocesamientos no sólo en la producción o servicio, sino principalmente en el estilo de administrar, y debilitamiento de los perfiles de rígidas jerarquías. Reconversión en la aplicación de la tecnología, pero sobre todo de la sociología que, por los rezagos, se pueden encontrar en ésta las mayores expectativas para el siglo XXI. Trabajo y capital habrán de comprometerse con una redistribución de las funciones en una corresponsabilidad que permita trastocar los parámetros de la productividad en procesos que faciliten la multiplicación de la riqueza y su participación.

En una visión más previsor de los fenómenos sociales y ecológicos, se involucrará al trabajo con mayor intensidad, por convicción y rediseño, en una función menos economicista y más simplificada, en el desarrollo social, como factor enérgico de integración entre la familia y la comunidad, superando los siglos en los que se le asignó un mero utilitarismo. Por ello, se redefinirá el valor humano del trabajo en una reintegración adaptada al mundo del tercer milenio, con el espíritu que privaba en los gremios, a los que el ímpetu de la rentabilidad y del interés suplantó tras la Revolución Industrial.

La empresa, actor protagónico, habrá de homogenizar, desde el mismo proyecto de factibilidad económica, las "cargas" sociales de sus trabajadores y colaboradores y servicios a la comunidad, los que irán más allá de las cuotas tradicionales con que se integra en la localidad a la soluciones asistenciales, de esparcimiento, culturales y educativas.

La aplicación del desinterés personal sorprende por sus resultados:

[...] los Estados Unidos están teniendo un repunte de su productividad al resucitar valores comunitarios o asociacionistas que habían descuidado, y lo hacen quizá por fuerza de la competencia japonesa. Mientras que los nipones, a su vez, comienzan a agrietar su redonda y coherente esfera de esfuerzo, dedicación y calidad, al ingresar en ese estado de abundancia que infiltra en el trabajador un nocivo influjo de burguesía e individualismo.⁸⁰

Por nuestra parte, como nación debemos reinterpretar y analizar los objetivos sociales y el comportamiento económico de nuestro desarrollo, con una reorganización del esfuerzo transformador que implica la conceptualización del trabajo y su ejercicio en los mecanismos productivos y la revisión de la composición estructural de la empresa. Para instalarnos apropiadamente en el siglo XXI se requerirá destrabar los encadenamientos mentales y, así, obtener los equilibrios sociales con nuevo juego de fuerzas.

La empresa son los hombres, hombres libres que aportan operación o trabajo, dirección y tecnología, y conjuntando sus esfuerzos eficientemente producen no el mayor lucro posible, sino el "valor económico agregado máximo posible", a través de la atención a los mercados en forma cada vez mejor. La misión del empresario, la vocación empresarial, no consiste en volverse el más rico, sino en convertir a la empresa y al país en los más ricos; en entender la empresa como una unidad humana en la que todos participan y de las que todos deben llevar parte no sólo del dinero, sino también de la cultura y el desarrollo humanos.⁸¹

En su visión teórica, la empresa responde a una combinación de los factores laborales y de los recursos de capital, fundidos por la función administrativa con el objetivo de, al sumar valor en los procesos transformadores, generar riqueza y, como describiera algún enciclopedista, "descubrir el perfume de la inversión que es la utilidad". Sin embargo, por la pesada mentalidad utilitarista de los bienes productivos, la participación entre los factores es inequitativa. El capital forja una relación deformada en su provecho con laxas aplicaciones.

Son un hecho, aun dentro de la preocupación provocada por la rapidez de las innovaciones tecnológicas que impactan los esquemas administrativos y por la resistencia al cambio y a pesar de las rutinas, el cambio de los patrones organizacionales a estructuras más ágiles, el achatamiento de los espacios jerárquicos, la democratización de la autoridad con figuras de decisiones corresponsables, la flexibilidad en los objetivos y la dimensionalidad de los procesos.

80. Llano, 1996, p. 6.

81. Morales Mancera, 1980, pp. 93 y 100.

Por otra parte, la representación de los flujos de autoridad en los diagramas de organización está tendiendo a evolucionar y a expresar la dinámica del mando, con una connotación menos autoritaria y jerárquica. La delegación de autoridad empieza a recibir otro concepto, en el que el cumplimiento de las funciones y tareas guarda un sentido más orgánico y participativo, lo que absorberá o diluirá los rangos y terminará, aun, con las jornadas inhumanas ejercidas por autoimposición en los altos puestos de 16 o más horas diarias, lo que imposibilita disfrutar de la familia y aun de los altos ingresos obtenidos. En lugar de superhombres se requerirán instituciones con cargas equilibradas. Los trabajadores seguirán organizados, pero con mayor integración y participación en sus empresas.

Los sindicatos se proyectarán en un clima de mayor ecuanimidad dentro de una nueva sociedad cultivada y solidaria. La organización laboral será un instrumento de desarrollo personal de los trabajadores y de aplicación de programas de productividad. Promotora de libertades y de armonía social; no solapadora de explotaciones o subordinaciones estériles y paternalismos obstruyentes o de arribismos, nepotismos y corrupciones institucionales. Las manipulaciones y los liderazgos que aprovechan anemias económicas, inaniciones de las autoridades, insomnios sociales, irán extinguiéndose y, con ellos, las obesidades financieras, las demencias seniles, las sensibilidades epidérmicas y las conciencias desinfectadas y lavadas, indiferentes a las dolencias ajenas y provocadoras de la dispersión de esfuerzos solidarios.

Al ir avanzando este sistema de gestión más corporativo, serán casi imposibles los irresponsables egocentrismos y sus proyecciones apoteóticas hacia el poder. Este revisionismo de los papeles protagónicos en la producción ya se empieza a experimentar en algún grado en ciertos países desarrollados, con una visión que involucrará a toda la "aldea" en el siglo XXI.

Mientras tanto, para crecer con equidad en la multiplicación del empleo existen recomendaciones. Se explica que en México persiste "la magnitud y evolución del desempleo [por] una dinámica social demasiado ancha, estructura productiva distorsionada, por sectores altamente

intensivos de capital, la excesiva centralización y por tanto la hipertrofia del desarrollo".⁸²

Políticas recomendadas en la consecución del empleo productivo:

La CEPAL rechaza la tesis de "goteo" o "derrame", porque la experiencia histórica demuestra que el crecimiento no conduce automáticamente a la equidad [...] sino al cabo de muchas décadas [...] aboga por un enfoque integrado en virtud del cual se incorporen consideraciones de equidad a la política económica y de eficiencia a la política social [...] postula acciones públicas rigurosas, aunque selectivas [...] para evitar crecimiento concentrador [...] reducir exenciones tributarias a ganancias de capital, dividendos, intereses, arriendos, reducir la evasión.

La CEPAL no aprueba transferir recursos de los asalariados cuya propensión a ahorrar es baja, a los dueños del capital [propensión alta] sino [...] ahorro forzoso por mayor tributación a mayor ahorro institucional. Salarios flexibles, participativos vinculados en parte al desempeño de la empresa, lo que eleva la productividad. El crecimiento con equidad no sólo es deseable desde el punto de vista ético, sino posible desde el punto de vista técnico.⁸³

Otros conceptos en la erradicación de la pobreza y en el aliento al desarrollo:

Reducir la desigualdad y la pobreza es imperativo no sólo por razones de ética, sino también porque ambos fenómenos inciden negativamente en toda la población y absorben recursos canalizables al crecimiento. Estas razones, entre otras, justifican la utilización de fondos para cubrir la política social [...] transitar de la crisis de un modelo a otro que ponga nuevas condiciones internacionales, recupere la idea de un Estado comprometido con el crecimiento y el bienestar.

El crecimiento y el aumento de empleo no acrecientan mecánicamente la equidad, pero, por otra parte, la política social no debe sustituir a la falta de crecimiento y empleo. Por tanto, el modelo de desarrollo no puede ser independiente de la política social (Rolando Cordera) [...] reformas sociales frágiles, reformas que en nombre de las mayorías, acaban beneficiando a minorías privilegiadas [...] política social transexenal, política social que sea del Estado mexicano.

[...] un proceso de debilitamiento del centro produce desarrollos democráticos y no inestabilidad [...] importancia de las economías regionales [...] las exigencias sociales por fuertes no pueden seguir propuestas por un sendero limitado.⁸⁴

82. XI Congreso Nacional de Economistas, 1995, p. 32.

83. Ramos, J., 1996, pp. 21-27.

84. XI Congreso Nacional de Economistas, 1995, pp. 29-32.

El ideal es la energía de los sueños humanos, el que ha derrotado los imposibles a pesar de las confusiones y ha logrado las conquistas para la humanidad, no obstante los presagios de inevitables derrotas parciales. En nuestra época las mayores concentraciones de bienes en medio de las más contrastantes situaciones de pobreza provocan el confinamiento de los ideales y la oclusión de los atrevimientos constructivos populares. Sin monolíticas visiones ni laboratorios de experimentaciones, ni planes de salvamento, sino con responsabilidad, integración y conocimiento, en pocos lustros podemos conseguir más que en décadas de desconfianza, de ineficiencias administrativas y deficiencia moral, de canalizaciones subterráneas de los bienes públicos con inexplicita centralización.

Una oportunidad de innovación de relaciones económico-laborales puede servirnos para realizar una primavera social para el país.

Contratos de "trabajo" instituidos por contratos de "sociedad" en donde el trabajador es un socio con el que trabaja en colaboración no en competencia de un contrato tensamente negociado. Si el pago a su personal lo consideró como gasto, habrá de ser como todo gasto, minimizado. Pero en contrapartida, el trabajador podrá considerar el capital como un crédito cuyos costos habrán de ser también minimizados, como todo costo.⁸⁵

El gran salto no es posible realizarlo con estructuras encadenantes o con retrogradaciones: en los años sesenta la masa salarial recibió el 45%, y el capital obtuvo como beneficio 55%. En los años setenta la inequidad se agudizó con índices de 30 y 70%, respectivamente.

En un juego de fuerzas económicas en busca del equilibrio social, una estructura que ha sido tímidamente probada y que pudiera abrir otro orden en el siglo XXI y facilitar una nueva concertación y debilitar fricciones, las propiedades de las empresas podrán estar representadas por acciones en manos tripartitas con proporciones no necesariamente iguales sino en un grado razonable para cada una de las partes, según las características sectoriales y las propias de cada empresa. Así, los empleados productores, el capital promotor y el Estado moderador, podrían jugar ese equilibrio en que la parte laboral recibiera un reparto de utilidades

en acciones, proporción que cada año se acumularía hasta conseguir el monto fijado para la creación de un patrimonio familiar. Otra fracción de las utilidades podría liquidarse al trabajador para elevar su poder de compra sin alimentar presiones inflacionarias. Las empresas se autocapitalizarían, y el Estado, con una participación en la sociedad, en sectores y ramas convenientes, vigilaría las tentaciones de evasión y concurriría como vocero moderador de un equilibrio en el proceso productivo.

Al concertarse los intereses desproporcionados de las partes, se conseguiría más fácilmente un equilibrio en el poder adquisitivo y en la inversión; se autorregularía la improductividad, el ausentismo, la impuntualidad, así como la propensión a las huelgas innecesarias cuyos trámites de conciliación quedarían en manos de intereses compartidos. Por su parte, la autoridad disminuiría los esfuerzos y costos de vigilancia fiscal. La masa de la producción quedaría en equilibrio con el esfuerzo común de tres soportes, representantes de los valores económicos accionarios: el trabajo como operador productivo, el capital como promotor y emprendedor de inversiones, y el Estado como coordinador, presente en las acciones tributarias y representante de los intereses de la sociedad.

En los sistemas de propiedad actuales los trabajadores son considerados parte de la empresa; la dinámica que se percibe para los sistemas económicos como teorías modernas establece que la empresa debe ser parte de los trabajadores con un sentido de pertenencia, y, a la vez, de pertenecer a ella. Esas teorías, asimismo, recalcan y ponen ya en práctica y en ascenso la motivación y la productividad a niveles de solución y mayor responsabilidad de los grupos laborales y de los coparticipantes en la gestión y propiedad de los negocios.

Con la institución del sistema tripartita de la propiedad productiva, las fuentes de precipitación y "apilamientos" de la riqueza se moderarían y las concentraciones se frenarían. Con el otorgamiento de ese reconocimiento a todos los factores productivos, y mediante este gran movimiento de nivelación, se rehabilitaría el valor del trabajo y, junto con la participación en la gestión de la empresa, se sentarían las bases de una rehumanización de la producción y se abriría un autodesestino al ejército obrero, en una perspectiva de desarrollo impredecible en el nuevo milenio.

La imaginación puede expandirse para atrapar aplicaciones susceptibles de dimensión como experimentos parciales o totales con resultados

85. Llano, 1997, p. 124.

de aceptación o rechazo definitivo, dentro de una búsqueda de posibilidades y mediante una mayor participación ciudadana y una orientación sensata que alcance conclusiones fecundas para el desarrollo del país, en una adecuación de los perfiles que reclama México. Diseño de un proyecto nacional que incluya las exigencias requeridas por el entorno global en el que vivirán las siguientes generaciones de mexicanos, enmarcadas por un Estado de derecho, por un ensanchamiento de la democracia, la educación, el ejercicio privado de la propiedad con las limitaciones de la responsabilidad social, el derecho al trabajo y a salarios suficientes y a la seguridad.

Con imaginación se deben encontrar soluciones mexicanas a los atávicos manejos del poder público que, con la obesidad de su aparato burocrático, ha consumido los recursos, como insaciable Moloc, de las finanzas y ha eructado, entre conmisericordias, sólo correcciones tibias o perezosas. En tanto, nos agobia la demoleadora deuda externa y los déficit de nuestras cuentas públicas asechan un ascenso, como competentes escaladores de Himalayas. Los mexicanos se cansaron de ilusiones, de sombras monetarias, de fantasmales poderes de compra, de esclusas abiertas al circulante, de inflaciones provocadas a río revuelto por ineptitud o corrupción de gobiernos, autoridades, subautoridades e infraautoridades.

Mientras, millones de pobres desean conocer estándares frugales, en el destierro de extremismos y abusos báquicos, y esperan que no se les repartan más necesidades, que no se intenten mayores deslumbramientos, y que se les respete la determinante y la más íntima aspiración del hombre: la libertad y la conciencia. Los mexicanos están cansados, pero no desesperados. Sólo los desesperados no creen en los caminos de la historia que, a su tiempo, exige al hombre llenar sus propias expectativas, para lo cual convoca a sus elementos a tormentosas controversias naturales, acude a la conciencia de los mismos humanos a que activen su propia confrontación o su exterminio, con huracanes sociales.

Por eso, en estos tiempos de dubitativas horas, abiertas al siglo y al nuevo milenio, una vez transpuesta una centuria con retrocesos y con avances controvertibles, aprovechando una tregua en los enfrentamientos ideológicos desgastantes, se presenta la oportunidad de aplicarnos a un modelo propicio, sencillo, adaptado al trabajo responsable, de iniciativa solidaria; a “echarle puños” a nuestra pobreza, a nuestro subdesarro-

llo; a enterrar las concentraciones de riquezas incongruentes, al margen de dogmatismos y de escuelas económicas. Después venga el recuento, la revisión de cómo se logró arrancar a nuestro pueblo de sus atavismos de miseria y extremas necesidades.

Las ideologías contaminan, las ciencias económicas y las teorías llegan a rebajarse a menesteres de brujos, a manuales de prestidigitadores, a enciclopedias de magos, a asesorías con rigideces culturales. Con la integración entusiasta de todo un pueblo al trabajo, se superan las mismas denigrantes corrientes del pensamiento —las escuelas áridas de pensamientos—, de determinismos filosóficos, de fatalismos sociales, de abyectas perspectivas históricas. Se impone huir de las propuestas contradictorias de antagonismos y rencores involutivos, de demostraciones frágiles o impotentes.

Nuestra fina cultura no podrá reforzar la inconsistencia de procesos no humanistas que retrasen la madurez de nuestra raza. La que con mente flexible y emotividad controlada, podrá encontrar la difícil sencillez de las grandes soluciones, a pesar de la trama tan anudada con que esta bola de hilo que gira sobre sí misma cada 24 horas, ha atrapado a sus habitantes en sus complicadas relaciones. La madrugada del bienestar, el amanecer económico de la humanidad fueron fresca agropecuaria, esbeltez de propósitos juveniles, vientos matinales de la transformación de la naturaleza. Y afortunadamente, ésta no sabe de controversias, ni de infiltraciones —a pesar de la tecnología—, generosamente sigue ofreciéndonos maíz cuando son sembradas las semillas de este cereal.

El hombre descubrirá, al fin, que la organización económica para la producción y satisfacción de sí mismo no puede depender del aguijón que mueve las ambiciones para la acumulación. Aunque hasta el momento la humanidad ha vivido este atrozamiento, al consumarse la rectificación histórica del proceso económico, a ésta le depara una nueva circunstancia: la del equilibrio de las aspiraciones y de las ambiciones. Ello a pesar de que la sociedad durante dos siglos se ha pasado debatiendo el cómo conseguir una mejor repartición de la riqueza. Las metas se logran con acciones. Una planeación que no se convierte en resultados no sirve; las empresas viven de resultados, no de planes solamente. Es el caso de regímenes con demasiado énfasis en planeaciones con tibieza emprendedora y con pobres realizaciones. La economía, como ciencia, se planteó como

conocimiento de resultados, delineada con una severa estructura que dificulta los propósitos.

El no seguir el principio popular: "échele puños y después contamos", quizás se deba a demasiada contaminación ideológica o política: absolutismos o liberalidades irresponsables. El hombre es previsor, por eso programa; pero la planeación sin motivación, es irracionalización, desesperanza. Se fracturan los pies para seguir la búsqueda sólo con las manos. Se inmola al *homo faber* en aras del grosero *homo economicus*. Se dispersa al hombre por reafirmar la materia.

Y en esa labor de reformas nos hemos visto atareados los mexicanos, sin encontrar una política de desarrollo sustentable y sostenido. Sin embargo, la tarea no consiste en dejar inoperantes o demoler a las instituciones envejecidas, sino en construir otras nuevas, funcionales y adaptadas a la transformación emprendida nuevamente.

[...] consenso político que amalgamaba a empresarios, trabajadores y gobierno en un proyecto desarrollista, atenuador por ésa y otras vías de las amenazas a la paz social.

Despolitizar la economía, dar certeza a los agentes económicos [...]

En México el Estado toma la iniciativa, se autolimita, transfiere funciones al mercado, pero no puede abdicar por entero a las prácticas anteriores por cuanto pondría en riesgo la suerte de las mismas transformaciones [...] la competitividad tendrá que nacer de los compromisos entre empresas y trabajadores [...] ni éstos ni los empresarios podrán esperar protección de las autoridades con el fin de asegurar utilidades, ingresos o empleo.

El futuro reconoce enormes contradicciones y vacíos institucionales.

[...] formación de consensos en foros verdaderamente democratizadores de la política económica [...] reconstituir la solidaridad nacional a partir de acciones y programas de responsabilidad compartida, no unilateralmente el gobierno. En la práctica política o en la económica no puede haber segregación plena entre los derechos del individuo y la creación de condiciones sanas de convivencia en la vida comunitaria. Las soluciones han de ser programáticas y surgir de la concertación política.

Tampoco se ha medido [en la individualización de los aportes en los fondos de pensiones] los efectos redistributivos [de naturaleza regresiva] de pasar de un régimen con solidaridad de beneficios definidos a otro individualizado. El trasvase masivo y abrupto de funciones del Estado al mercado y el régimen de competencia, trastornos de transición y vacíos institucionales [ausencia de mecanismos complementarios del mercado] que al acrecentar los factores inmediatos de incertidumbre a la inversión reducen la expansión de la economía [...] existencia de derechos a salvo de la sociedad civil [...] derechos sociales mínimos que comenzasen a funcionar

como estabilizadores automáticos de gobernabilidad e incluso de la economía en tiempos de estabilidad y crisis.⁸⁶

Por su lado, la empresa empieza a adecuarse a los tiempos. Algunas responsabilidades han descendido a menores niveles en la escala laboral, para que sean los trabajadores quienes solucionen y se autosupervisen. Asimismo, el poder público podrá promover las soluciones sociales entre la ciudadanía con una mayor participación e interacción. En tanto, los mexicanos esperan mayores niveles de educación y cultura para elevar la capacidad de administrar y vigilar sus propias proposiciones.

86. Ibarra Muñoz, 1995, pp. 34-40.

IX

Eliminar contradicciones

La reiteración de que México, con educación y organización en su trabajo, en una o dos décadas puede abandonar el subdesarrollo y lograr que una misma generación después de traspasar éste, alcance el bienestar, no es infundada. Así, esa generación podría vivir la doble experiencia de pobreza y prosperidad. Para tal logro no es necesario sujetarse a un sistema, o adherirse a un explícito modelo económico con docilidad académica. Se requiere sólo el trabajo con liderazgo, orden y disciplina. Después, de ser necesario se podrán clasificar las experiencias que se vivieron para alcanzar tales propósitos.

Sin embargo, ante la realidad de una economía globalizada y de la privatización en gran parte de la misma, con el uso del capital de propiedad particular como medio de inversión y de producción, la modalidad hacia donde habremos de transitar los mexicanos para nuestra superación habrá de modelarse con peculiares variaciones y en las intensidades requeridas.

La diversidad de análisis en las distintas aplicaciones del capitalismo han encontrado tres diferencias fundamentalmente: el capitalismo sajón, cuya expresión pertenece a Nueva York y Londres; el germánico representado por Frankfurt, Zurich y Tokio; y el capitalismo latino que pueden ejemplificar Milán, Madrid y México.

El primero se caracterizaría por un mayor despegue respecto a los trabajos de la empresa y de los trabajadores, para polarizarse en el valor de las acciones de la Bolsa: las empresas se venden, se compran, se fusionan, teniendo en cuenta las variaciones

bursátiles, pero de espaldas a la misión de las empresas mismas y a las personas vinculadas en ellas. Los individuos son sólo un activo más [...]⁸⁷

En el capitalismo germánico existe una mayor unidad de objetivos entre propietarios, trabajadores y la misma empresa. El capitalismo latino, por su parte, se distingue por no estar bien definidas las reglas del juego. El mismo Carlos Llano, citando a otros autores, diferencia el capital social o grado de confianza que se da entre los socios. Como en el caso de Japón y Alemania, en donde existe la confiabilidad para asociarse. No así en China e Italia, y en menor grado en Francia, en donde el índice de confianza no va más allá del círculo familiar. Por su parte, “en Estados Unidos las asociaciones se logran mediante complicados acuerdos contractuales. Las asociaciones de capital y de empresas parecen más un negocio de abogados que de los dueños y directores”.⁸⁸

Antes de proponer alguna búsqueda de caminos en la diversidad de las opciones, conviene revisar el capitalismo como sistema generalizado y su futuro. Para ello seguiré el ensayo de un escritor contemporáneo:

El capitalismo moderno [1902, de Sombart] difundió el término “capitalismo” más allá de los dominios de la izquierda política, lo dividió en tres etapas: “primitiva”, “apogeo” y “tardía”, y dio por hecho que él vivía en la tercera. En forma parecida Rudolf Hilferding, teórico alemán de la socialdemocracia, sostuvo en 1913 que la etapa más reciente del capitalismo, a la cual dedicó su libro *El capital financiero*, sería la postrera. Conocidos son los vaticinios necrológicos sobre este sistema de Rosa Luxemburgo y de Lenin.

Ferdinand Fried, destacado joven periodista alemán simpatizador de la derecha radical, publicó *El fin del capitalismo* en 1930. Karl Mannheim afirmó en 1940 que sólo se podría salvar la democracia cortando sus nexos con el capitalismo. Al terminar la II Guerra Mundial, otra ola de predicciones sobre el fin del capitalismo inundó el mercado intelectual.

Joseph Schumpeter, nada adverso al capitalismo, parecía decir en *Capitalism, Socialism and Democracy* que los cambios producidos por el propio capitalismo ocasionarían su decadencia.

En Occidente todas las democracias liberales se habían inclinado, en los decenios posteriores a 1945, hacia alguna forma de estado benefactor [...] En las naciones

87. Llano, 1996, pp. 204 y 207.

88. Ídem.

asiáticas y africanas [dirigentes nativos] también rechazaron el mercado, incentivo de las utilidades y de la propiedad privada a favor de supuestas tradiciones nativas sobre la solidaridad vinculadas a modelos estatistas de desarrollo.

En los años ochenta, los gobiernos de Thatcher, Reagan y [en menor grado] de Kohl procuraron reestimar el crecimiento económico dependiendo más del mercado [...] utilidades [...] rentabilidad y [disminución] de impuestos [y demostraron la posibilidad de reactivar el capitalismo del Estado benefactor] [...] en la mayoría de las democracias occidentales, en la actualidad se distinguen [o dividen internamente] los partidos de izquierda de los de la derecha más por cuestiones relacionadas con defensa, política exterior y cultura que por ideología económica.

En la derecha [en occidente], algunos puristas defensores del “libre mercado” insisten en que sólo las sociedades donde el gobierno no desempeña ningún papel en la vida económica pueden considerarse “capitalistas”. En la izquierda [...] los intelectuales [redefinen] el socialismo partiendo de sus atributos ideales de igualdad y solidaridad, sin especificar los mecanismos organizadores mediante los cuales dichos atributos se llevarán a cabo. Al interés individual como favorecedor del interés colectivo, como premisa de la economía capitalista, muchos intelectuales le oponen la consideración de que el único orden social legítimo debe basarse en el altruismo universal [...] el ascenso de Japón y de las pequeñas naciones comerciales de Asia oriental demuestra que el desarrollo de una economía capitalista es compatible con una gama mucho más amplia de tradiciones.

En el reverso de esta moneda en particular aparece la afirmación, desde el siglo XVIII acerca de que el capitalismo corroe culturas e instituciones tradicionales [...] lo que Jürgen Habermas llama “patologías que el sistema induce en el mundo”, quiere decir que las normas adecuadas al campo de la producción y el intercambio socavan otros campos más íntimos basados en acuerdos compartidos. Así, los intelectuales que simpatizan con el capitalismo desde hace tiempo afirman que una sociedad capitalista “depende” en parte de la ininterrumpida existencia de instituciones que cultivan tipos de relaciones humanas contrarias al individualismo egoísta del mercado.

En la familia, pensaba [Hegel] es donde el individuo absorbe por primera vez la experiencia de un íntimo altruismo del cual depende el altruismo difuso de la ciudadanía política. Friedrich Hayek sostuvo que “el verdadero individualismo afirma el valor de la familia y de todos los esfuerzos en común de los pequeños grupos y comunidades”.

La autonomía individual, escribe [Peter Berger] “depende, históricamente, de un sutil equilibrio entre libertades y responsabilidades [...] “Las ligaduras sin opciones son opresivas”, escribe [Ralph Dahrendorf] pero las opciones sin vínculos carecen de sentido.

Como dijo Voltaire hace unos dos siglos y medio en *Cartas sobre Inglaterra*: “Venga a la Bolsa de Londres, lugar más respetable que muchos tribunales [...]”

[...] el reconocimiento de que el incentivo de las utilidades y el mecanismo coordinador del mercado presentan mayores probabilidades de estimular la producción

que el altruismo, el colectivismo o la planificación económica [...] el capitalismo puede destruir [ya casi al final, escribe el autor del ensayo] tradiciones e instituciones no capitalistas; con todo, quizá sea más compatible con la preservación de las instituciones tradicionales que las formas no capitalistas de modernización.⁸⁹

Con todo su espíritu dinámico y motivador, el sistema capitalista carga con contradicciones que no ha podido resolver o conciliar con los valores humanos que envuelven las actividades del hombre. Porque las oleadas de desempleo cíclicas, las periódicas crisis, la tendencia congénita del sistema a concentrar la riqueza en proporciones monstruosas y la consideración del trabajo con un criterio de subordinaciones mecánicas a los movimientos del mercado, y no como resultado de relaciones sociológicas por las que se expresan las sublimaciones antropológicas y se concretizan las aspiraciones del hombre encausadas por su prodigiosa capacidad racional.

Sin embargo, por la identificación en que han vivido el capitalismo y el libre mercado, provocada por su común origen, ha generado una confusión técnica e ideológica.

En la libre concurrencia, en la economía de mercado, los niveles de oferta y demanda se autorregulan teóricamente y, aislados de fenómenos aberrantes como los monopolios, tienden al equilibrio de producción y consumo a niveles sectoriales y macroeconómicos.

No obstante, esa fusión conceptual de términos, entre el sistema de propiedad de los bienes de producción y la libertad de mercado como mecanismo moderador, es inseparable del capitalismo; el capital puede funcionar, ya sea privado o social, y coexistir con el capital público, como ha sucedido con la dinámica del mercado. Éste puede sustituirse con la planeación, método que se esfuerza en encontrar un equilibrio económico pero que, errático, arrastra lo pesado, en la práctica y en la lógica de la imprevisibilidad del comportamiento humano.

Diferente es la previsión y la organización del juego oferta-demanda que se adelanta para minimizar sorpresas y rezagos. Del lado de la demanda, que una sociedad ya madura en el siglo XXI debe limpiar de voracidades y derroches y conseguir que funcione como un mecanismo

89. Muller, 1989, pp. 166-175.

solidario de la convivencia. Del lado de la oferta, la propiedad irrestricta de los medios de producción deberá ceder a una innovadora detentación democrática de los mismos y conseguir equilibrar los movimientos del mercado sin acumulaciones irracionales y manipulaciones en contra del interés social, que provocan amplias estratificaciones en el reparto de los beneficios.

La diversificación de la propiedad del capital debe presuponer una administración democrática por parte del Estado, sin ventajas derivadas del poder, en la competencia de áreas previamente determinadas no estratégicas o privilegiadas, necesarias para las labores públicas. Desde luego, una situación favorable para la inversión privada no podrá ejercerse dentro de un capitalismo de Estado.

Por otra parte, una sociedad manifiesta su grado de maduración con su participación en los mecanismos de progreso y bienestar social y su interés e intervención en la gestión pública; en una colaboración sociedad-gobierno característica de los pueblos avanzados, verdaderamente modernos. Ahora bien, todavía la aplicación de los derechos sociales conlleva un grado de oposición o divergencia con el ejercicio de los derechos personales, consecuencia de las tensiones entre ideologías e irreconciliables sistemas de las épocas precedentes, en las que las consideraciones sociales necesariamente eran enfrentadas al ejercicio de la libertad individual.

Cuando se habla de reivindicar los derechos de la sociedad la intención no sería, necesariamente, la de suplantarse las prerrogativas de las personas sino que, precisamente integradas a la misma sociedad puedan recibir, como miembros, la restitución o la distribución del bienestar, no como un objetivo abstracto sino como una acción que satisfaga las necesidades concretas de todos los individuos en conjunto sin provecho de minorías o de unos pocos. No se trata de ahondar las contradicciones sino de reparar inequidades y de establecer un equilibrio con la mayor imparcialidad posible, en un resultado que aprovechen todos y no sólo los que lleguen primero. "El bien particular y el bien común no se oponen." El enfrentamiento existe artificialmente por la acción de históricos intereses.

Mientras tanto, se han desarrollado esfuerzos y se perciben intentos por lograr el equilibrio y la justa aplicación de los derechos individuales

y la equidad entre los miembros de la sociedad. En el caso concreto de nuestro país, el gobierno mexicano en el aspecto económico ha aplicado, en diferentes grados, soluciones intermedias en las que, garantizando las libertades individuales, ha participado como empresario en la actividad económica tratando de infundirle un carácter social y de imprimir sentido humano, dentro de los valores universales, al margen de la subordinación a resultados meramente económicos y labores intensamente productivas.

Para ello, ha promovido la coexistencia de la propiedad privada, pública y social de los bienes económicos. En el caso de los derechos privados de propiedad se establecieron excepciones y situaciones restringidas por el marco constitucional. Así, al no ser la propiedad privilegio absoluto de un grupo selecto, el Estado mexicano le impuso condiciones y le confirió algunas limitaciones para que, en ciertos casos, funcionara en forma compartida. Sin embargo, al afectar algunos intereses particulares se provoca la oposición a los intentos de redistribución.

El trabajo, como manifestación axiológica y como producto de la racionalidad humana, no puede ser tratado como una mera expresión económica sujeta a las fuerzas del mercado, sino como fuente de perfeccionamiento de la naturaleza pensante y libre del hombre, y motivo de su desarrollo. A su vez, se debe ir induciendo en la sociología moderna una relación asociativa y cogestora en la función directiva. Así, la participación en la producción de bienes y satisfactores de los trabajadores debe encontrar menos restricciones para una más amplia capacitación y preparación dentro de los centros productivos.

Volviendo a la detentación de la propiedad productora en la economía mexicana, del control del Estado que se dio en la legislación se pasó a la aplicación intensa del capital público, dentro de una intención teórica de protección a la clase trabajadora. Este esquema paró en vanos resultados porque condujo al país a una serie de crisis en cascada. El sector laboral fue controlado y sus exigencias cumplidas sólo en niveles que no arriesgaran su subordinación. La inversión privada nunca se sintió lo suficientemente confiada como para soltar las compuertas con prodigalidad de un financiamiento progresivo y suficiente para la industrialización, como requería nuestra economía para un desarrollo sostenido.

Finalmente, la proliferación de conductas administrativas corruptas en el manejo de las empresas paraestatales, la corrupción en algunas entidades públicas y la incapacidad de la megaburocracia para supervisar los acumulados tramos de control organizacionales, siempre crecientes, sumados a los agravios políticos, las experimentaciones y ajustes del modelo mexicano, frenaron, agotaron y llegaron, en ocasiones, a paralizar el funcionamiento económico. Así, las crisis periódicas obligaron a revisar la responsabilidad del Estado, su grado de intervención y la toma de decisiones, al percibirse los rumbos caóticos por los que transitaba el crecimiento del país.

Con la venta de las empresas paraestatales, la hacienda pública redujo las presiones sobre los déficit públicos endémicos y abrió una puerta hacia la sanidad financiera.

El programa de desincorporación de estas empresas preservó la dirección para el Estado mexicano de las áreas estratégicas y prioritarias —de amplio beneficio social como educación, vivienda, salud, regulación y abasto de productos básicos— obedeciendo, no a un impulso ideológico sino a la necesidad de aliviar las finanzas nacionales. Ante las imprudencias de los tiempos y ajustes acelerados a la llamada economía mixta, que propició esa corrupción y estancamientos, se registraron intentos por encontrar el rumbo con desregulaciones y aplicación de criterios más liberales pero, en muchos casos, inadaptables a un país subdividido en niveles económicos y gradaciones sociales.

Se dan modelos que, sosteniendo la libertad de mercado, establecen una restricción moral al reclamar la responsabilidad de la iniciativa privada para con la sociedad. Principios que impulsan objetivos políticos y programas que permiten operar una economía de mercado con propósitos sociales y que reconocen la precedencia en el fin que implica la persona, a la que debe servir la economía considerada como un medio.

Al reconocer la propiedad privada, se le acota mediante un gravamen social y de servicio a la comunidad —“hipoteca social”—, sin frenar las leyes que hacen operar los mercados y que requieren su sustentación en políticas públicas acordes con la realidad competitiva de producción, contrarias a las degeneraciones monopólicas, y promotoras de un vivaz aliento a las innovaciones y a las nuevas tecnologías para conseguir productos y servicios dentro de rangos racionales, en medio de la pugna de

los precios. Para esto, los factores concordantes de una sociedad plural y estructurada, con organismos participativos y moderadores del poder público y económico, son imprescindibles para un funcionamiento equilibrado: sindicalismo y asociacionismo profesional y empresarial.

La vinculación de la empresa con la sociedad es una condicionante ineludible para fincar responsabilidades sociales y relaciones vivas con las necesidades en el accionar de la sociedad. Al diluirse la polarización entre el trabajo y el capital, y con la integración de la empresa en intensivos procesos sociales, retirada de un sentido meramente economicista, en que sólo se considere como una organización rentable y sin olvidar la perspectiva microeconómica, se pueden arrancar los procesos en que se armonicen los intereses comunitarios y se resuelvan las necesidades, no sólo las primarias sino las más complicadas incrustadas en los modos culturales de resolver la existencia.

Así, la intervención pública requerirá un menor esfuerzo cuando la interacción de la sociedad plantea resoluciones desde la base. Lo que evitará la acción del Estado en cada una de las iniciativas y de los acuerdos de la sociedad. Por lo que tendrá mayor energía y una mayor dedicación a sustentar macropolíticas nacionales.

Lo anterior requiere de una ciudadanía educada y consciente de un funcionamiento más estructurado y participativo de sus miembros, olvidando los esquemas paternalistas del Estado, el que, por su parte, asume un papel, llamémosle más profesional, y al mismo tiempo de irrevocable animador de las iniciativas de la sociedad y sustentador activo del equilibrio de sus miembros. Para ello, debe operar con justicia, congruencia y seguridad en la aplicación de las leyes moderadoras de intereses particulares, previsoras de acaparamientos y demoledora de impunidades.

Por otra parte, en el aspecto empresarial debe cuidar el Estado que la riqueza se parta y se comparta mediante el impulso al desarrollo de entidades productivas, medianas y menores, promoviendo una trama de relaciones económicas desplantadas en grandes organizaciones productoras y exportadoras. Así, Alemania durante el proceso de su unificación “logró —en la zona oriental— organizar gran parte de las unidades productivas, que fueron privatizadas, con pequeñas y medianas empresas —hasta 500 trabajadores, empleados u obreros— que componen 85% del total.

Los criterios básicos para vender empresas a funcionarios y trabajadores, fueron:

1. Que los adquirientes dispongan de un concepto claro sobre el manejo y el financiamiento de la empresa.
2. Capacidad empresarial.
3. Que exista un mercado local o exterior para sus productos, esto es, que sea viable.
4. Que se presente un programa de producción y comercialización.
5. Que se presente un programa de inversiones.
6. Si el proyecto es viable, entonces cuentan con el apoyo [...] ⁹⁰

La aplicación del sistema económico de la República Federal Alemana a la ex Alemania Oriental, significó para esta última:

Libre elección de lo que va producir;
libre elección de la cantidad que se quiera producir;
libertad de fijar la calidad de los bienes y servicios;
libre elección de la organización de la empresa;
libre elección de la inversión, monto y forma;
libre mercado de capitales, libertad para acudir a créditos;
nueva tecnología, nuevos equipos;
nuevos sistemas gerenciales, nueva mentalidad empresarial;
una mayor oferta de mano de obra;
nuevos productos competitivos con los occidentales;
libertad del consumidor para comprar una mayor variedad de productos;
libertad para seleccionar nuevos productos. ⁹¹

Con ello los alemanes del este lograron, entre otras ventajas, contar con mejores servicios e infraestructura, incrementar sus ingresos y por lo tanto su demanda, elevar su productividad e incursionar en los mercados exteriores para fortalecer su economía y abatir sus rezagos respecto a sus compatriotas del Oeste. La aplicación de esta visión económica en la Alemania Occidental, que la hizo surgir de la postración de la II Guerra Mundial y que ahora comparte con la zona exsocialista del este, tras la unificación de las dos, no significa una coexistencia de dos modelos antagónicos hasta hacerlos funcionar como un mecanismo que, al aplicar lo más conducente de ambos, consiga una mezcla eficiente que opere como un sistema mixto.

90. González Navarro, 1994, p. 298.

91. *Ibidem*, p. 296.

En un orden capitalista racional, con la libre competencia rige un mercado rector de los precios y del dinamismo de la producción que busca una ocupación plena y la distribución de la riqueza, dentro de un cuadro normativo en que los agentes gestores son los principales promotores de la producción y de la inversión, e imprescindibles en el orden social, atentos a la equidad y a una distribución justa de los beneficios entre los factores.

El capitalismo germánico, se señalaría por una estrecha relación entre los dueños de las empresas, las operaciones por ellos ejercidas y los operarios que las generan: su visión se hace a más largo plazo y no al estrecho plazo trimestral de los informes de Bolsa. La permanencia de las personas prevalece aquí, sobre las utilidades momentáneas del capital.⁹²

El Estado alemán no permanece al margen de la búsqueda de equilibrio entre las partes activas del ejercicio económico; antes bien, puede intervenir en el establecimiento de precios, de ser necesario, poseer y administrar entidades productivas específicas y generales del proceso económico. La diferencia y el éxito se hacen patentes en:

[...] las cuatro últimas décadas, durante las cuales tanto el estándar de vida de los ex habitantes de la República Federal, así como también el rendimiento económico, cuando menos se han cuadruplicado, y en estas décadas hemos aprendido a vender fuera de nuestras fronteras una tercera parte de nuestra producción económica (véase *Der Spiegel*, núm. 17, 1993, p. 52).⁹³

El sistema alemán diseñó una participación de las entidades económicas en las tareas de producción y las involucró en los afanes sociales mediante mecanismos y equilibrios de fuerzas de tal manera que francamente las responsabilizó. Por ello, el Estado no desarrolla ni absorbe tareas que están plenamente atendidas por la sociedad en beneficio de todos los sectores.

México podrá discernir y decidir una dirección ahora que voltea, inseguro, en busca de un camino que le acerque al horizonte, en este

92. Llano, 1996, p. 204.

93. González Navarro, 1994, p. 306.

mundo global, de un crecimiento sostenido y dinámico. Condicionado a cerrar la brecha de sus marginaciones, a cubrir los rezagos sociales, y a demoler el espectro de tantos "Méxicos" expectantes, de una vez por todas, para vivir la única y plena nacionalidad en la pluralidad de manifestaciones culturales y en la igualdad de oportunidades para cada uno de los ciudadanos.

X

Ni tan tan, ni muy muy

Las economías que sostienen al libre mercado y al capital como fundamentos de un funcionamiento, guardan variadas manifestaciones y comportamientos en las diferentes naciones que practican tal sistema. El modelo europeo, en su contexto socioeconómico en general, reconoce una mayor coherencia social que, por ejemplo, el estadounidense que suelta las riendas de las libertades particulares descargando la responsabilidad de conseguir los equilibrios sociales y la redistribución de las riquezas producidas, en las fuerzas —muchas veces, en forcejeos— del mercado.

En cambio en Europa, sin abandonar el principio regulador de la libertad de mercado, los trabajadores, gobierno y empresarios, entretejiendo con mayor intensidad los intereses de la comunidad, procuran que el aparato productivo se mueva bajo las líneas de decisiones consensuadas.

El modelo de economía social de mercado está bien enraizada en Europa, y tanto la sociedad como los gobiernos no parecen tener interés en abandonarlo.

Pudiera clamar que el modelo europeo continental, por distinguirlo del británico, es más civilizado, ya que a costa de perder algo de eficiencia ha ofrecido una mayor equidad social.⁹⁴

Aunque, al parecer, se nota alguna fatiga de este modelo europeo. Requerirá algunos cambios y ajustes en su estructura para mejorar el metabolismo económico y adecuarlo a las necesidades actuales de su sociedad.

94. Soto Priante, 1996, p. 14.

Dos problemas principales se suceden, entre otros: la generación de tasas preocupantes de desempleo y la presión sobre los sistemas de pensiones que, en el futuro, se convertirá en posibles crisis que incidirán en las siguientes generaciones, con el subsiguiente padecimiento por el incumplimiento de los planes de sostenimiento y de jubilación establecidos en la actualidad, con una visión no tan equilibrada y paternalista.

[...] el esquema de seguridad social se ha recargado en varios grupos sociales como son los jóvenes, los trabajadores no especializados y la población de las zonas deprimidas y los empresarios. Esto en el fondo representa una gran inequidad ya que son estos grupos los que están soportando el aparato de seguridad social. Holanda, por ejemplo, ya inició algunos cambios, como en la legislación laboral para controlar el desempleo y ajustó las pensiones por enfermedad y el seguro por desempleo a niveles más manejables [...] el premier chino Li Peng fue cuestionado respecto a la definición de lo que él llamó el modelo chino de capitalismo social. Su respuesta fue palabras más, palabras menos, que era el que su país requería en ese momento. Tal vez esto mismo deberían plantearse los gobiernos de Europa continental y poner al día su modelo, ya que sería lamentable que por no tomar con oportunidad las medidas valientes que se requieren, se pierda lo que de valioso para la sociedad tiene el modelo de economía social de mercado.⁹⁵

En este capítulo expondremos no como una viabilidad para adoptarla en México, sino como un ejemplo inspirador que podría abrir aplicaciones y experiencias, el pensamiento de Ludwig Erhard, que condujo a Alemania a realizar su “milagro” tras el apocalipsis posbélico.

Seguiremos el análisis del licenciado Pedro González Navarro, enriquecido por su percepción directa durante su estancia como estudiante en ese país, lo que le da objetividad a su trabajo *Hacia una economía para todos*, publicado en 1994.

El siguiente comentario de otro autor sirve de introducción:

A manera de síntesis, en 1972 Ludwig Erhard y A. Muller Armack con *La economía social de mercado*, consideran que la profecía de Marx sobre la autodestrucción del capitalismo, dada la historia posterior de la economía social de mercado, es empíricamente falsa. Con Smith, creen en la competencia como motor de la riqueza y eficacia, pero asignan al Estado un papel legislador para mantenerla. Con Keynes

buscan elevar y estabilizar la demanda interna, pero no el gasto público, sino por un sistema de seguridad impuesto por el Estado, pero financiado en su mayor parte por los actores económicos privados.

En la economía social de mercado el Estado desempeña, entonces, un papel activo para prevenir y revertir la tendencia espontánea del mercado hacia la concentración de la propiedad de los medios de producción (por la legislación anti cártel y anti fusión) y del ingreso asignan al Estado un papel de estabilización monetaria. (Por el impuesto progresivo sobre la renta y el sistema de seguridad social.) Con Friedman, asignan al Estado un papel de estabilización monetaria.⁹⁶

Desde luego, este modelo alemán que conmemoró ya el cincuenta aniversario de su funcionamiento, se ha instalado dentro de los regímenes públicos como una política de Estado que trasciende los cambios y coaliciones de partidos en el poder y que, poseedora de un dinamismo conciliador, se ha ido adaptando al sistema federalista alemán mediante ajustes prudentes dentro de la versatilidad de los tiempos, sin claudicar en sus principios esenciales. Los cuales no son tan rígidos y exclusivos que sólo puedan identificarse con el sistema político alemán, sino que posibilitan su adopción por otras estructuras políticas similares.

Ludwig Erhard, su inspirador —desarrolló el sistema apoyándose en tesis antecedentes— aplicó los principios de economía social de mercado con la colaboración de Muller-Armack. Ambos realizaron la doctrina, aunque también intervino Franz Bohm. Así, Erhard tendría la oportunidad no sólo de proponerla sino de implantarla, como responsable del ministerio económico de Alemania del Este durante 21 años, hasta 1969. Y esa posibilidad de ejercitar la propia teoría facilitó el logro de una dinámica equilibrada y armónica, no por casualidad sino por la aplicación consciente.

Con el funcionamiento del modelo se logró crecimiento constante, estabilidad monetaria y de precios, empleo pleno, distribución sostenida del ingreso y equilibrio en la balanza de pagos. En resumen, el crecimiento con estabilidad se logró dentro de un marco insustituible de economía de mercado con sentido social. Lo anterior se tradujo en confianza, la cual envolvió la psicología personal y comunitaria de la nación que,

95. *Ibidem*, p. 14.

96. Cano y Zamora, 1991, pp. 127 y 128.

postrada y afectada fuertemente por la guerra, no obstante consiguió un continuo progreso social y económico.

El concepto social no es un simple revestimiento. Lo “social” impregna el sistema de libre competencia y lo transforma, así, en otro sistema diferente, propio y particular porque “si un sistema se modifica en una de sus partes (y más si es esencial) entonces se modifica también la situación de todo el sistema de estímulos y controles y con ello cambia también el desarrollo de proceso de la economía, así como la coordinación económico-social de los hombres participantes en dicho proceso.”⁹⁷

Así pues, con el aspecto social no se trata de incrustar un concepto en una nueva versión del neoliberalismo. Antes bien, referimos a un elemento que define la naturaleza misma del modelo erhardiano. “[...] se busca establecer un orden económico no ideal, utópico, sino concreto que, utilizando los mecanismos del mercado, consiga coordinar los intereses de los grupos sociales del Estado y evite conflictos que perjudiquen a alguno de los grupos.”⁹⁸

La libre competencia es el otro punto definitorio de la economía social de mercado percibido por Erhard para lograr el bienestar del mayor número de ciudadanos y conseguir la eficacia y la competitividad y lograr, así, un continuo crecimiento del nivel de vida en general.

Por ello, al introducir un sistema competitivo su creador intenta obtener una socialización del progreso y de la “utilidad”, como él mismo expone:

La libre competencia que promueve y defiende este orden económico es una lucha por la libertad de la empresa como tal, ya sea grande pequeña o mediana; libertad para seleccionar su forma de organización, libertad para aplicar la técnica deseada, libertad para producir y comerciar, libertad para emplear recursos propios y ajenos.

Competencia contra una estatización de la economía, contra una economía centralmente planificada y dirigida, contra toda formación de monopolios, contra el establecimiento de cárteles y contra la integración de grupos de presión, y todo lo que limite e impida —así sea parcialmente— el funcionamiento del mecanismo del mercado. Y es que la libre competencia se ve asediada por todas partes; no siempre sólo por el Estado, sino en multitud de ocasiones por las mismas empresas y por

los grupos de presión. La economía social de mercado es un orden económico de planificación descentralizada, esto es, la planificación de todo el proceso económico se lleva a cabo dentro de los millones de presupuestos familiares (consumidores), de los presupuestos del sector público (como consumidores y captadores) y de los presupuestos de las empresas.⁹⁹

El sistema, al insistir en la aplicación de la justicia social, trata de salvar la libertad personal y los intereses legítimos de los participantes sin menoscabo de los resultados de la producción, para lo que intenta armonizar el proceso económico y las secuencias que presenta en su dinámica el mercado, con los agentes que intervienen en las operaciones.

Por tratarse de un modelo abierto, su diseño posee la flexibilidad para ajustarse y admitir influencias exteriores que reacomoden su eficacia a los cambios, tanto técnicos como provenientes de la versatilidad de la demanda, para lo que actualiza sus procedimientos y procesos renovándose bajo la inspiración de investigaciones y prácticas externas, puesto que la vertebración de su pensamiento no se estaciona en un dogmatismo congelado, sin que esto signifique una continua transformación o claudicación de sus principios, sino una revisión y adaptación al incontrolable movimiento de los tiempos modernos que obligan a una persistente atención para continuar siendo eficientes.

En cuanto a la afiliación o dependencia de inspiraciones socialistas, el modelo de economía social de mercado alemán, la obra que venimos exponiendo, afirma que guarda la distancia “tanto del liberalismo —incluido el neoliberalismo— como del comunismo y del socialismo *stricto sensu*. Su contenido social se caracteriza por un sello propio: en Erhard no [se] acepta un orden económico que conduzca a la atomización de la sociedad, con el que el beneficio personal de una minoría estaría por encima del bienestar de la mayoría y de la justicia social.

Asimismo, tal como rechaza cualquier manipulación que conduzca al monopolio, tampoco está de acuerdo con cualquier mecanismo que impida el libre desarrollo del mercado o que suprima la propiedad privada. Para ello, el sistema intenta la integración de grupos y particulares en el Estado, el cual se esfuerza por auxiliar a todos los participantes en los

97. González Navarro, 1994, p. 27 (cita a P. Hensel).

98. *Ibidem*, p. 24.

99. *Ibidem*, pp. 26 y 27 (cita a W. Euken).

movimientos del mercado. Esto significa que él mismo intervenga en el proceso económico directamente. Sigue diciendo el mismo autor: "El camino no es la socialización de todos los medios de producción. Tampoco los planes centralizados pueden ser los mejores instrumentos para lograr las metas que este orden económico se propone".¹⁰⁰

El modelo establece, como principio para lograr el bienestar, la economía de mercado con ocupación plena y una eficaz distribución de la riqueza, para lo que requiere como propósito fundamental encontrar un lugar de trabajo para la mayoría, sobre la base de la igualdad social. "Se trata de mejorar las condiciones económico-sociales de los ciudadanos sin afectar la libre competencia", continúa afirmando. El sistema es contundente en la sustentación de la propiedad privada, y definitivo en la implantación del libre mercado. Sin embargo, reconoce que la existencia de la primera no asegura necesariamente el funcionamiento de la libre competencia. Antes bien, puede ser obstruida ésta con los vicios conocidos del mercado a pesar de la propiedad privada de los medios de producción, lo cual, según el sistema que lo incorpore, tendrá diferentes modalidades. Por eso la insistencia en señalar las diferencias casi opuestas a los modelos liberales y neoliberales.

No son pocos quienes encasillan esta doctrina dentro del sistema denominado "Escuela Neoliberal" y afirman que el propio Erhard es "un neoliberal" más, con inquietudes sociales. Ciertamente el sistema erhardiano maneja el funcionamiento del mecanismo del mercado como un de sus postulados básicos y en ese sentido se puede aceptar que contiene elementos de una política económica neoliberal. Tanto la escuela neoliberal como la economía social de mercado coinciden en aceptar elementos comunes, como son: la competencia, la autonomía tarifaria, la libertad del individuo en el campo económico y político, la existencia ineludible de la propiedad privada aun de los medios de producción y de socialización de la economía, pero no son éstos los únicos y más importantes postulados de la economía social de mercado.¹⁰¹

Encontrar elementos de la escuela neoliberal en la economía social de mercado no debe, pues, causar extrañeza puesto que "un sistema" se define como un conjunto de propiedades elementales que se encuentran en una mutua interrelación. En los elementos se distinguen diversas propiedades, en donde por lo general no se le atri-

buyen al sistema elementos completos sino únicamente aquellas características de los elementos que son considerados homogéneos por el investigador. Esto puede conducir a que un elemento según sus diferentes características también se le asigne a diferentes sistemas.¹⁰²

El mismo autor que hemos estado siguiendo en este capítulo, aclara los engaños que pueden suscitarse en un sistema con aparente libertad de mercado en el que se han introducido distorsiones causadas por intereses del poder económico. Grupos privilegiados que desvirtúan, y aún contradicen, las libertades económicas que pretende aparentar el sistema.

En los párrafos siguientes, en que cita a W. Eucken y a P. Hansel, encontramos estas observaciones:

La aseveración de que la libertad de acción a secas en la actividad económica beneficia al final de cuentas al trabajador y al consumidor, es muy engañosa, sutilmente atractiva y hasta en principio lógica porque en apariencia presenta múltiples opciones, que en realidad son ficticias. En efecto, una simulada competencia puede provocar la formación de oligopolios y de otras prácticas discriminatorias en las relaciones económicas. La realidad es que la libertad de acción no es sinónimo de libre competencia, ya que esa libertad puede ser empleada por los grupos de presión precisamente para erradicar el mecanismo de mercado. Puede hacerse competencia mediante el precio, mediante el volumen, a través de la calidad, mediante los servicios al cliente o a través de una sana propaganda; pero también puede buscarse por medio del engaño, por medio de la mentira y de la discriminación.

Por tanto, la competencia es posible o como resultado del rendimiento y del trabajo o como competencia desleal. Así, "la libre competencia" a cualquier precio debe distinguirse de la de una economía de mercado que la utiliza para activar las fuerzas productivas, para evitar una situación de conformidad, de paralización de las potencias creativas, la competencia debe ser para lograr una diversificación efectiva y una mayor actividad económica, para elevar la producción y mejorar el nivel de vida de toda la población. Para esto se requiere un elemento catalizador, que conjunte. Dicho elemento es lo "social", como parte esencial del orden económico creado por Erhard e impulsado por Muller-Armack; si se elimina lo "social" entonces se está hablando de otro sistema total y sustancialmente distinto.¹⁰³

102. *Ibíd.*, p. 31 (cita a H. Leibold).

103. *Ibíd.*, p. 32.

100. *Ibíd.*, pp. 27 y 28.

101. *Ibíd.*, p. 30.

Luego, describe cómo el sistema erhardiano, dentro de sus libertades económicas, establece una autorregulación mediante la planificación que los mismos agentes del mercado, guiados por la dinámica competitiva, van desarrollando:

La libertad del mercado del sistema erhardiano, permite a los agentes económicos decidir acerca del ahorro de las inversiones que quieran realizar, sobre lo que se vaya a producir y lo que se quiera consumir. Se trata de un orden económico de "planificación descentralizada"; se dice que es planificación descentralizada porque no proviene de una autoridad nacional central, ni regional, sino que "los planes" son aquellos que la propia empresa realiza para procurarse una mayor producción y un mejor rendimiento.

Ellos se desglosan en planes parciales, por ejemplo, el plan de producción, el plan financiero, el plan de investigación, el de inversiones, etc. En todos estos casos opera el mecanismo de los precios porque son éstos los que en última instancia mueven el mercado y determinan los ingresos de la propia empresa. Como dice Hensel: "Los precios actúan sobre los planes y los planes actúan sobre los precios".

En resumen, se trata de la propia programación que realiza la empresa para calcular sus costos, estimar la demanda, considerar la fuerza de la competencia. Por otra parte, existe un control a través de la concurrencia, esto es, los consumidores tienen la libertad de seleccionar los bienes de acuerdo con sus preferencias, con el precio y con la calidad del bien. A su vez, las empresas competidoras en el mismo ramo productivo estarán atentas para ofrecer el mismo producto en mejores condiciones o también competir con un sucedáneo. Es decir, las decisiones económicas del individuo se encauzan fundamentalmente por las indicaciones y perspectivas del mercado.¹⁰⁴

Por otra parte, al Estado le corresponde vigilar que se cumpla el orden legal establecido, para que los controles que la política económica ha fijado funcionen en beneficio del mercado y de la sociedad. Por ello, está muy atento a vigilar la manipulación, cárteles y oligopolios —cuyas prácticas surgen constantemente— y toda acción que conlleve una concentración hegemónica de la economía, que desvirtúe el equilibrio social que pretende el crecimiento económico y el incremento del nivel de vida para todos y no para unos cuantos. "Se trata de una síntesis de libertad personal del individuo y de la seguridad de todos."¹⁰⁵

104. *Ibidem*, p. 33.

105. *Ibidem*, p. 34 (cita a F. Schoser).

La normatividad se aplica en especial a las empresas y organismos estatales para que las situaciones de privilegio no sean causa de las perturbaciones en el funcionamiento del libre mercado. Por esto, repropicia la competencia y que se favorezca al consumidor, se eleve la productividad y se evite la hegemonía que cualquier grupo quiera imponer en contra de las prácticas sanas y generalizadas. "La ley de cárteles se propone garantizar en la economía el máximo de libertad que pueda garantizar el derecho. Pero no se propone obligar a la economía a la libertad y a la competencia, sino obligarle a evitar las limitaciones de la competencia y la libertad."¹⁰⁶

En el sistema erhardiano la autoridad está comprometida consigo misma para que el sistema funcione oponiéndose a todos los obstáculos contra la libre concurrencia, para lo que garantiza las libertades en todos los ámbitos: de consumo, de trabajo, de profesión, de residencia. Al mismo tiempo, se muestra muy activo en la construcción de una infraestructura económica y social en escuelas, universidades, vías de comunicación:

Este orden económico no sólo pretende satisfacer el deseo de democratización efectiva, propio de una sociedad industrial, mediante el estímulo y mantenimiento de las funciones sociales que ejerce la competencia y, también, mediante una corrección constante de la distribución del producto social, el cual tiene lugar en el seno del proceso económico. Una redistribución del mismo deberá tender al equilibrio social y disminuir el riesgo propio de una economía de libre mercado, sobre todo a favor de los grupos económicamente débiles.¹⁰⁷

Para Erhard no deben existir privilegios. Quien busca posiciones de poder para explotarlas sólo a su favor, debe saber que con ello perjudica a otros grupos de la población. Para el sistema erhardiano tan dañinos son los controles estatales de una economía centralmente planificada como los controles que ejercen los grupos económicos en contra del consumidor. De hecho, la concentración de grandes grupos corporativos de empresas conlleva por lo general poder económico, el cual se traduce en limitaciones a la libre competencia. La existencia del poder económico es un hecho y quien lo adquiere lo hace para usarlo. La magnitud del incentivo para conseguir o consolidar posiciones de poder económico depende, sin embargo, no

106. *Ibidem*, p. 38 (cita a Franz Bohm).

107. *Ibidem*, p. 36 (cita a H. Knolle).

sólo de las más o menos grandes dificultades para conseguirlo, sino también de las posibilidades y de las limitaciones de usarlo.¹⁰⁸

En el caso de Alemania se trabajó por 10 largos años, desde 1948 hasta 1957, en la elaboración de la Ley Contra las Limitaciones de la Competencia (Ley de Cárteles), la cual fue promulgada en julio de 1957. Sin embargo, los grupos de presión buscan afanosamente y casi siempre encuentran resquicios técnico-legales para evadir la legislación respectiva. Para algunos esta ley es parte esencial de la economía social de mercado. "Con ella se fijaron límites al provecho personal de los empresarios, al consumidor se le garantizan mayores beneficios y, lo que para Erhard era muy importante, se limitaron las posibilidades del ejercicio del poder político de los empresarios."¹⁰⁹

Es oportuno dejar muy clara la distinción entre la economía social de mercado y el sistema mixto que los mexicanos hemos experimentado durante muchos lustros, con la cual podremos evitar desconciertos:

[...] muchos confunden la economía social de mercado con la economía mixta, y esta última dista mucho de ser la primera. En la economía mixta el gobierno interviene de manera directa en la economía, intervención que va desde la manipulación de precios hasta la participación monopólica en varios sectores de la economía, todo lo cual es contrario a la economía de mercado y por lo tanto a la economía social de mercado. En segundo lugar hay que aclarar que el término social de la economía social de mercado no es sinónimo de socialista. No sólo los socialistas se preocupan por las cuestiones sociales, sobre todo si por tales entendemos, básicamente, la pobreza, sus causas y sus efectos. Quienes proponen la economía social de mercado también lo hacen.¹¹⁰

Para la doctrina de Erhard, dentro de sus objetivos el aspecto social es premisa fundamental, o quizá mejor "conclusión" a la que deber dirigirse la estructura y funcionamiento del sistema. Es parte prioritaria y no se limita sólo a armonizar las relaciones entre los factores de la producción, el trabajo y el capital; antes bien, se extiende y profundiza para concertar

108. *Ibidem*, pp. 36 y 37.

109. *Ibidem*, p. 37 (cita a W. Langer).

110. Damm, 1977, p. 12.

un equilibrio justo entre los diferentes sectores sociales, en la participación de la producción y la distribución de la riqueza.

En la concepción erhardiana, social significa que el capital y el trabajo coparticipan en el proceso productivo al mismo nivel y como "partes sociales" tienen derecho a una porción del producto. Se señala que el problema debe ser resuelto dentro de y por la propia economía. Este orden quiere ubicarse fuera de los dos extremos: uno que busca trasladar toda la responsabilidad social al Estado y lo convierte de hecho en "Estado benefactor" y a "instituciones de bienestar", otro, que pretende dejar toda la responsabilidad al propio trabajador, dentro de un esquema de sólo convenios salariales privados entre empresa y trabajador individual.¹¹¹

El modelo está convencido de la política y las obras sociales con menos Estado, en cuanto más prosperen los mecanismos naturales de la libre economía para encontrar soluciones a los requerimientos de empleo y distribución, crecimiento y estabilidad en las relaciones obrero-patronales.

Al lograr los acuerdos se desatan las energías productivas que, a su vez, facilitan la consecución de un orden social con mayor sentido igualitario. Lo anterior como consecuencia de la implantación de una práctica institucional que garantizaría la aplicación de las políticas socioeconómicas para conseguir niveles generales de prosperidad para todos, al margen de la concentración de los bienes, misma que es impedida por la aplicación de medidas "de distribución del ingreso dentro de un margen de concertación".

Estas aplicaciones tienden a erradicar no propiamente la pobreza, sino las mismas raíces de donde proceden. Así, Arturo Damm habla de las políticas de compensación social, que consisten:

[...] en poner los medios que son necesarios para erradicar las causas de la pobreza, causas que se erradicán en la medida en la que los pobres son capaces de producir riqueza. La única solución al problema de la pobreza se encuentra en la producción de riqueza, y para ello se requieren tres cosas: educación y capacitación para saber hacer las cosas; capitales para poder hacerlas; filosofía del trabajo para hacerlas y hacerlas bien.

Las políticas socialistas de compensación social por lo general son redistributivas: de lo que se trata es de quitarle a quien más tiene para darle a quien menos

111. González Navarro, 1994, pp. 40 y 41.

tiene. La política de compensación social propia de la economía social de mercado no es redistributiva; es, por llamarle de alguna manera, productiva, de lo que se trata es de que quienes menos tienen sean capaces de producir más, para lo cual no basta con aliviar los efectos negativos de la pobreza, siendo necesaria la erradicación de las causas.¹¹²

Continuando con otros pensamientos de *Hacia una economía para todos*, percibimos el concepto de la necesidad de racionalización en la operación de los mecanismos económicos, para lo que se requiere el establecimiento de planes y programas, que en el modelo que venimos comentando aparecen establecidos por las mismas empresas, “más con base en las indicaciones y perspectivas del mercado y en el contrapeso de los consumidores, y no tanto por las indicaciones o presiones del Estado”. Encontramos luego: “Se trata de un desarrollo equilibrado que implica compartir los esfuerzos que cada grupo social debe realizar para impulsar el aumento de la productividad y de la producción, así como compartir con la otra parte social los frutos del progreso económico, resultado del esfuerzo conjunto”.¹¹³

Los principios de la política económica son seguidos por los gestores de la producción que tratan de alcanzar los objetivos primordiales de libertad personal, justicia social y bienestar. Sin embargo, en el paso de la doctrina a su aplicación radica el problema.

Se puede pensar por ejemplo, que hay justicia social cuando la distribución del ingreso y de los bienes producidos se realiza sólo a través del mecanismo de los salarios, aunque queden a la deriva de la oferta y la demanda como una simple mercancía y a niveles que apenas sí cubren las necesidades más elementales del ser humano. Pero en tales circunstancias no existe justicia social. Por ello la economía social de mercado no se abstrae ni se estanca en lo teórico, sino que pone en práctica diversos instrumentos para lograr la justicia social.¹¹⁴

Y desde luego que aplica los principios éticos la economía social de mercado, ya que implica relaciones múltiples entre los seres humanos al tratar de satisfacer las necesidades propias de su naturaleza.

Para concluir el tema que trata de los principios conceptuales y diferencias con otras corrientes, el autor inserta estas citas: “Para unos la economía social de mercado es social por naturaleza; para otros sólo debe ser conformada de manera “social”. Erhard pertenece a los primeros, esto es, que la configuración social la extrae de su propia dinámica”.¹¹⁵ “Nosotros no tenemos una simple o simplista economía de mercado, sino que tenemos una economía social de mercado, y en momentos en los cuales se presenta un mal tiempo, entonces el atributo “social” tiene primacía sobre la economía de mercado.”¹¹⁶

Éste es el planteamiento general establecido por Ludwig Erhard en Alemania Occidental, y que ahora comparte también la zona oriental tras su unificación. Con él podemos los mexicanos ilustrarnos y meditar para inspirarnos en principios y soluciones, no para adoptarlos necesariamente sino para adaptarlos a nuestras circunstancias sociales y a nuestra sensibilidad racial, en la medida que nos sean convenientes en combinación con otras posibilidades y con nuestras propias aportaciones para conseguir una sólida guía nacional que nos señale el rumbo en el siglo XXI, en la emocionante aventura de restaurar la historia ambivalente y contrastante de nuestra sociedad, vivir apasionadamente una nueva perspectiva construida sobre los sufrimiento, tragedia y errores del pasado; para abrirnos en la visión de un pueblo justo, culto, humano. Vivir, al fin, definitivamente nuestra propia historia de mexicanos conscientes de la riqueza de nuestra nacionalidad, pero inscritos en la plurivalencia del hombre universal.

En las siguientes páginas enumeraremos algunas posiciones concretas de la economía social de mercado aplicadas en la nación alemana que, de alguna manera, tocan procedimientos y rutinas que en algunos casos se han intentado en nuestras prácticas económicas basadas en nuestra Carta Magna. Así, vemos como referencia general que:

112. Damm, 1977, p. 12.

113. González Navarro, 1994, p. 43.

114. Ibídem, pp. 45 y 46.

115. Ibídem, p. 48 (cita a Fack-Hort).

116. Ibídem, p. 49 (cita a Kartte).

El orden económico de Erhard apoya la libertad empresarial, el desarrollo, el fortalecimiento de las empresas y la propiedad privada de los medios de producción; pero no como una meta en sí, sino como un medio para crear empleos, impulsar el crecimiento económico, elevar la producción y el nivel de vida de todos los agentes económicos, aun de los empleadores; proceso en el cual desempeñan papel primordial los empresarios.¹¹⁷

La doctrina está en contra tanto de organizaciones poderosas que dificulten la acción normal del Estado, como del estrechamiento de la libertad individual por medio de la representación en “gremios” que vengan a realizarse en un Estado corporativo.

En este mismo sistema la autoridad asume la responsabilidad de establecer un marco jurídico que propicie con efectividad la distribución del ingreso —en el que se descarten los privilegios para que toda la sociedad disfrute del crecimiento y de la riqueza—, que evite las acumulaciones incontroladas del capital; que propicie la participación, con las necesarias limitaciones, en la actividad económica; que limite, por necesidad, la posesión de algunas empresas a los particulares, sin que esto se considere un atentado contra la libertad económica, en contradicción con las doctrinas neoliberales.

Por otra parte, la misma autoridad se esfuerza en fortalecer los sectores rezagados o más débiles, como sería el agrario, así como cuidar de que se den los equilibrios macroeconómicos, como la estabilidad monetaria. Asimismo, incluye entre sus principios el endeudamiento público moderado como mecanismo para hacerse de fondos que impulsen la demanda.

La economía social de mercado no acepta la posición del neoliberalismo, según el cual las finanzas públicas solamente tienen como meta atender las necesidades de la administración de justicia y del “buen gobierno” en general; y para ello debe procurarse los recursos necesarios a través de la recaudación de impuestos y derechos sin vinculación alguna con la actividad económica.¹¹⁸

117. *Ibidem*, p. 198.

118. *Ibidem*, p. 132.

[...] de la política fiscal depende el allegarse los ingresos para atender los ramos públicos de educación, salud, vivienda, transportes, etc.; así como poseer la capacidad para “promover la ocupación plena, la estabilidad de precios y la distribución del ingreso”; y tareas de desarrollo en las que la autoridad no puede quedarse a la expectativa simplemente como vigilante. La política fiscal se adapta a los principios modernos de regulación de los ciclos económicos en su fase de expansión y de estancamiento, por lo que se puede impulsar la demanda, la inversión y estimular el efecto multiplicador, así como la esterilización del excedente, en su caso, con la aplicación de estrategias impositivas.

Los impuestos sobre la renta y los impuestos de empresa se distribuyen de manera equitativa entre la Federación y los *Länder* —un 42% a cada parte— y el restante 16% es para los municipios.

Mediante esta compensación (horizontal) se efectúan transferencias de los estados con mayores recaudaciones por persona hacia los de ingresos fiscales per cápita más bajos.

[...] Lo anterior se ha reflejado en la existencia de Estados fuertes, independientes frente a la Federación [...] se aceptan los subsidios como elemento de equilibrio y apoyo en determinadas circunstancias a sujetos económicos bien definidos. El problema por resolver en este caso es la selectividad de los subsidios y su monto.¹¹⁹

Están conscientes de que la multiplicación de los subsidios crea distorsiones a los mecanismos del mercado, pero que tampoco pueden suprimirse totalmente en la instrumentación de las políticas económicas, por lo que deberán subsistir para equilibrio de sectores débiles, investigación, cubrir rezagos regionales. “En Alemania son los municipios los que llevan el peso de las inversiones públicas, porque a ellos corresponde mantener en funcionamiento todos los servicios municipales así como la construcción de vivienda.”¹²⁰

Dentro del orden económico que hemos venido exponiendo se hace mucho hincapié en el funcionamiento del sistema y en que los acuerdos constaten el uso de derechos y cumplimientos de obligaciones entre las mismas partes, al margen de intereses políticos. Para ello existen instituciones autónomas constituidas por obreros y patronos que, en un momento dado, ejercitan el recurso de la conciliación de una manera independiente.

119. *Ibidem*, pp. 140-147.

120. *Ibidem*, p. 261.

A su vez, los sindicatos y agrupaciones laborales se mueven gozando de esta misma autonomía. Sin embargo, no se comportan como organismos que, con el pretexto de defender los intereses de sus agremiados, se den a la tarea de un enfrentamiento continuo con la clase patronal, sino que tratan de colaborar y resolver los problemas de la producción y la elevación de la misma productividad, sin descuidar la vigilancia en bien de los trabajadores. Porque éstos no se consideran como elementos pasivos, antes bien, como actores indispensables en el proceso económico.

En cuanto a la “seguridad social”, ésta incluye no solamente el aspecto de la salud, sino también el de un desarrollo integral de la persona.

El orden económico erhardiano apoya un esquema de la seguridad social en el que la participación y responsabilidad recaen en forma directa e inmediata en las partes sociales. El Estado no se hace cargo de toda la seguridad social, sino que su responsabilidad es subsidiaria.¹²¹

Otros puntos interesantes del modelo en los que es conveniente insistir serían, por ejemplo, la participación de la parte laboral en el funcionamiento de la empresa mediante la corresponsabilidad y la coparticipación, no sólo como un elemento en el proceso de producción sino en un nivel de confianza entre los factores de la empresa que guardan una relación similar con una “sociedad en participación”. De ahí la formación legal de los consejos de empresa que vigilan los preceptos que favorecen a los trabajadores y que, según el caso, tienen derecho a voz, a coparticipar o a integrarse a la gestión misma.

[...] en las empresas con más de 100 trabajadores se establece una comisión económica. Ésta debe recibir información sobre métodos de trabajo, técnicas de fabricación, acerca de los programas de producción a corto y mediano plazo, sobre la situación financiera de la empresa; el estado que guarda la producción real, condiciones y avances de ventas, etcétera.¹²²

En cuanto a los salarios, son fijados en una concertación de acuerdo con los avances de la tasa de productividad y que conserven un poder de

121. *Ibíd.*, p. 209.

122. *Ibíd.*, p. 220.

compra en un esquema de consumo que favorezca a toda la sociedad y no sólo a las clases altas. Asimismo, el modelo se preocupa porque el sector laboral con ingresos medios y bajos participe en la generación de ahorro para bien propio y como una estrategia que mueva a la economía en general mediante la capacidad de inversión. No se omite un esquema que estimule y facilite la adquisición de viviendas para las clases trabajadoras con tasas preferenciales tanto con recursos ahorrados con este fin como con los préstamos para la construcción. “Los ahorros de los trabajadores han crecido más que los de otros grupos sociales.”

La intención de que todos los grupos sociales tengan oportunidad de formar un patrimonio personal según el esfuerzo y la responsabilidad del individuo, se opuso a que con la repartición de utilidades a los trabajadores se formaran “fondos comunes” que podrían administrar la adquisición de paquetes accionarios. Esto se resolvió con la práctica de una vía individual.

Otro punto interesante es el esfuerzo para que las representaciones del capital lleguen a manos de todas las clases.

Jurídicamente no existe una definición ni un concepto definido de lo que es la “la acción popular”. En la práctica se da ese nombre a las acciones de baja denominación emitidas por empresas económicamente sanas y que son vendidas a una cotización razonable con el propósito expreso de que sean adquiridas por el mayor número posible de personas de ingresos bajo o medios.¹²³

Asimismo, se puede señalar la promoción para formar un patrimonio personal entre la clase trabajadora. Por ello, en gran parte de los contratos se establecen con cargo a la parte patronal, al menos parcialmente, aportaciones para la generación de este patrimonio. Los mecanismos mencionados son promovidos con el fin de fomentar la responsabilidad personal, en contra de convertir al Estado en un proveedor oficial o sistemático. “La economía social de mercado no aprueba una política social paternalista, ni una economía en que el trabajo y el esfuerzo sea única-

123. *Ibíd.*, p. 232.

mente de una de las partes. Además no apoya lo que se ha dado en llamar 'el Estado bienhechor' (*Walhfahrstsaat*)".¹²⁴

Como epílogo del pensamiento expuesto en este capítulo incluyo algunas afirmaciones entresacadas de un trabajo de María Rosas:

En una economía social de mercado [...] la iniciativa privada se encarga del proceso productivo y el Estado lleva a cabo el proceso redistributivo [...] los alemanes han inventado un sistema propio [...] el Estado es el principal garante de la distribución de la riqueza en Alemania a través de los impuestos progresivos a la renta, el sistema de transferencias y las prestaciones sociales.

Entre esas prestaciones, que se destinan a los estratos de menores ingresos, destacan el subsidio por hijos, el subsidio a la vivienda, el subsidio a la educación, y el fomento estatal del ahorro. Los alemanes están convencidos de que el mecanismo de control decisivo en una economía de mercado son los precios. Por eso, ante todo su política económica se orienta a la estabilidad de los precios [...] en Alemania existe la prohibición legal de cárteles y monopolios con el objeto de fomentar la competencia [...] 98% de las firmas alemanas está constituido por pequeñas y medianas empresas.¹²⁵

En resumen, en este sistema alemán cada persona ha de impulsar sus propias aspiraciones y el Estado debe velar porque se den las condiciones y que todos puedan resolver la satisfacción de sus necesidades de una manera equilibrada y justa.

En México podemos adoptar nuestro propio programa de desarrollo para desarraigar la pobreza y la injusticia, arrancando la ignorancia, la corrupción, el paternalismo y la pasividad. Y, ante todo, los profesionales de la política deben interiorizar y revisar su interés por su patria, el que contradicen constantemente con prácticas narcisistas de partido, compromisos de gueto y egoísmos de profesión. Al repasar nuestros anales patrios, vemos ejemplos de compatriotas de ideologías diferentes que ejercieron la política como vocación, en una paciente tarea de intentar que cada época avanzara en la consolidación histórica y social de la patria.

124. *Ibidem*, p. 280.

125. Rosas, 1988, pp. 24-26.

XI

No trastocar, perfeccionar

México debe continuar sin exaltaciones ni desánimos su proceso histórico, sereno y decidido, a pesar de las contradicciones internas y de las convulsiones externas, en una época de la humanidad tensionada por la multiplicidad de visiones y la exposición descarnada de feroces oposiciones, en mundo arrollado por una severa crisis que acontece, según la afirmación al parecer del italiano Antonio Gramsci: "mientras lo nuevo no acaba de llegar y lo viejo aún no se ha ido". México no tiene que renunciar a ninguno de los pisos socioculturales que aparecen en su identidad nacional, y que por una más o menos coincidencia con la delineación sociogeográfica, se forman en los tres niveles expuestos. Aunque en realidad podemos hablar de un país constituido por multiniveles étnico-culturales: 62 pueblos indígenas con variadas lenguas, más la población con habla hispana,¹²⁶ cada uno con su manera distinta de percibir y actuar en su entorno y adaptarse a una modalidad y con el peligro de recibir alguna nueva exclusión. Asimismo, la mencionada "tridimensionalidad regionalizada" se percibe sin definir fronteras exactas y con múltiples contactos y contornos difuminados por las variadas interrelaciones, como la región Norte, asomada a la cultura sajona de Estados Unidos; la Centro, en la que se aviva la cultura heredada del coloniaje y del mestizaje; y la Sur, que manifiesta fuertemente la savia ancestral indígena.

La aplicación de una especie de mercado cultural con un sistema de trueque no conlleva, necesariamente, una realimentación recíproca, sino

126. Síntesis del panel "Importancia de la Universidad en el Mundo Indígena", 2001, p. 10.

más bien una confusión de identidades. Entonces, lo conveniente es no trastocar sino perfeccionar, ampliar la línea de las posibilidades de comunión e integración, en una patria generosa y ubérrima.

La patria en nuestras determinaciones —sin reinventar— estalla en una vasta red de signos heterogéneos; algunos luminosos y otros ominosos, pero todos señalando de diversas maneras, que resulta urgente reencontrar un nuevo sentido que dé cobijo a las diferencias sin negarlas [...] hacer realidad un principio de convivencia social que [haga] realidad la coexistencia de identidades, diferencias [...] La inclusión no significa la anulación de diferencias [...] cerrarse al exterior en una especie de autismo [...]¹²⁷

[...] salir de imperativos del deber ser y reconocer en cada uno el derecho a la capacidad de combinar su identidad cultural con su participación en los universos de la técnica. Perfeccionar prolongando la línea de nuestras posibilidades ahogadas en las manifestaciones tumultuarias de atavismos inerciales, que provocan la confusión interior y la parálisis.¹²⁸

Sensibles por ambas ascendencias raciales a las manifestaciones religiosas: por un lado, desviaciones supersticiosas y, por otro, proclividad a sucumbir a un terrorismo divino. Permanecen reminiscencias ocultas de los ritos sagrados que inhiben la intimidad y la seguridad, dificultan la consideración y respeto al prójimo y obstruyen el desenvolvimiento social. Permanecemos circunscritos en un maniqueísmo moral que nos induce a la práctica de contradicciones comunitarias. Tezcatlipoca, el dios antagonico, el dios de poderosa influencia en la conducta de los mexicas, provocador de pánicos, desgracias y desesperación, inspiraba la

[...] conciencia del hombre de no ser dueño de su destino. La incertidumbre envuelve el mañana, la constante amenaza de lo que puede acontecer: toda esa carga psíquica se halla condensada, erigida en deidad en la figura de Tezcatlipoca, apunta Paul Westheim.¹²⁹

127. Reguillo, 1998, pp. 2 y 3.

128. *Ibíd.*, p. 3 (cita a Alain Touraine).

129. Valenzuela Rodarte, 1961, p. 39 (cita a P. Westheim).

La vida personal y social de nuestros antepasados indígenas estuvo inmersa en una profunda religiosidad impactada y determinada por el dramatismo, dentro de una religión politeísta, por la primigenia lucha de un antagonismo sagrado entre los formidables poderes de bondad y de maldad, personificados por Quetzalcóatl y Tezcatlipoca.

Categorías mentales extremas que nos fueron vaciadas desde el legado racial indígena, en el mestizaje; acentuadas por la corriente heredada de la sangre española, en la que aún hervía la enemistad de dos pueblos en lucha secular hasta concluir la reconquista. Fue fácil para los mexicanos, descendientes de esa contradictoria genética, manifestarse primero como receptores y después como actores, dueños de una conciencia colectiva de impresionante bipolaridad capaz de diferenciar sólo dos categorías opuestas: lo bueno y lo malo. Dualidad tajante, bicromatía sin posibles esfumados, sin grises intermedios entre lo blanco y lo negro, entre la virtud y la depravación. De aquí se pueden extraer conclusiones sobre el comportamiento dualista y apasionado del pueblo mexicano, a veces frenético y compulsivo y en otros casos compasivo y sensible, de enconadas enemistades o entrañables compadrazgos. No se discrepa, se vive irreconciliablemente o se entrega incondicionalmente. Se aplica, sin saberlo, el principio dualista de la filosofía maniquea.

Contenido psicológico que se encuentra en el comportamiento individual, pero que se manifiesta como una organización mental de los grupos y de la sociedad, en que afloran las contradicciones, interpretaciones y enfoques que llegan a concluir en descalificaciones y reprobaciones mutuas. Las instituciones y las empresas resienten internamente los antagonismos de grupúsculos, centros de producción y departamentos enfrentados subrepticamente, sin entender el enfoque estructural de las organizaciones, que deben caminar a la consecución de objetivos comunes, puesto que las segmentaciones operativo-administrativas no establecen como triviales separaciones fronterizas, sino como especializaciones y conjuntos técnicos y humanos, en razón del conocimiento y eficiencia.

Por otra parte, el mexicano también posee una peculiar interpretación, no digo intelectual, sino vivencial, del tiempo. Lo toma como una intimidad mística, como un residuo cuasi mágico de la existencia, lo percibe con temor y lo trata confianzudamente, cuando el tiempo es esencia misma de vida, consecuencia del “mundanal ruido” que producen

las criaturas en procesión vivencial. Los filósofos, al tratar de desnudar el contenido esencial del tiempo, hacen referencia a una sucesión de fenómenos según una progresividad. El mexicano, como poseído de una íntima vivencia del tiempo, si reflexiona acerca de él lo descubre parcialmente o lo encuentra mutilado, incompleto: “telescopiado”, acaso, con el presente inmutable, pero sin el jaloneo que produce, al fin, el futuro. Herencia indígena de la amarga incertidumbre a la que lo condenaba el dios maléfico, por lo que prefería la regresión y el pretérito como un estado más seguro y al que se aferraba mentalmente. Ello le impedía vivir con satisfacción el presente, ignorando el futuro.

Por el contrario, Ortega y Gasset expresa otra percepción diferente de los europeos: “hemos gravitado desde siempre hacia el futuro y sentimos que ésta es la dimensión más sustancial del tiempo, el cual para nosotros empieza por el ‘después’ y no por el ‘antes’”.¹³⁰

La concepción lineal y cuantitativa del tiempo que se dirige hacia la ascendente búsqueda de la apoteosis por el hombre occidental, al infiltrarse en la significación circulatoria, en el mareo del retorno —a lo que se asían débilmente nuestras antiguas culturas—, podrá desarrollar una ecuación, casi atemporal de la civilización, en la espiral de la historia. Misma que el mexicano podrá descubrir como un sincretismo en la epifanía del hombre universal.

Sin embargo, al desmitificar el tiempo y la arrogancia de la cronología, no podremos eludir la localización de nuestro barrio en la aldea global. La tierra reducida por los transportes ágiles y por la comunicación instantánea, nos acerca en el espacio y en el tiempo. La tecnología fuerza al tiempo mismo a una progresión de tal manera que, aun grupos anclados en estadios culturales de hace 300 y más años, se sienten en el presente —aunque no lo vivan— por la magia exhibicionista de la electrónica que todo lo actualiza, por lo cual el pretérito sucumbe para algunos pueblos atrapados aún en su mítica percepción.

El pasado no puede obrar como un aislante respecto de otros países y culturas, ahora existe sólo en estado de forzoso congelamiento y en la mente de quienes niegan obstinadamente otro futuro. “El síndrome

del ‘mañana’ no es síntoma de ineficiencia o de pereza crónica —afirma Alan Riding— sino más bien evidencia de una filosofía del tiempo totalmente diferente”.¹³¹ Un signo de nuestro deseo de perfección, de reconvertirnos, será el respeto y la dimensión con que debemos reverenciar el tiempo, desprendiéndonos de esa idolátrica acepción del pretérito, convertidos como una feligrésía consciente de la modalidad del tiempo.

Asimismo, tendrá que sentenciarse al destierro a esa tendencia perturbadora: los enjuiciamientos parciales y segregaciones irreconciliables envueltas en nuestro comportamiento maniqueísta. El espíritu del dios maléfico que contamina nuestro “plasma germinal” e infiltra el subconsciente colectivo, para llenarlo de la savia incontaminada con que debe madurar el alma nacional. Luchar por nuestra perfección al margen de idealismos fantasmales, “futurismos” imposibles, abstracciones complejas o complejos concretos, productos de rumiantes regresiones. Dejarnos seducir por visiones comunes que reemplacen significados particulares. Nuestra mexicanidad aún no alcanza el último periodo de su gestación, nuestra identidad no estará madura hasta que termine de asimilar la propapia de sus savias que, por divergentes, enriquecen la herencia genética y multiplican las posibilidades de nuestra raza bisoña. “El ideal que está por realizarse es, por decirlo así, la personalidad de acuerdo con una fórmula matemática que reúna lo específico del carácter nacional y la universalidad de sus valores.”¹³²

Contra el fatalismo de muchos compatriotas, México no está perdido. Estamos en deuda con él, debemos reconvertirnos y alentarnos, sobre todo los jóvenes, para redimir el presente, antes de que el pesimismo siga avanzando. “La Encuesta Mundial de Valores de la Universidad de Michigan destacaba, al principio de los noventa, algo doloroso: que 60% de los mexicanos aceptaba integrar un solo país con Estados Unidos, si ello significara una mejor calidad de vida.”¹³³

Sin embargo, los profetas civiles de punzante pluma, con el latigazo de su palabra y con la cirugía de su lógica, despliegan y ejercen el oficio de terapeutas sociales y explican que la corrupción, el desorden, la pere-

131. Riding, 1985, p. 17.

132. Ramos, 1968, p. 98.

133. López Roldán, 2000, p. 32.

130. Ortega y Gasset, 1985, p. 172.

za, no son males congénitos; son reflejos aprendidos. Si nos proponemos deponer con humildad y cariño generacional, esas “verdades autocertificadas” podrán ser erradicadas dentro de una pluralidad consensual y de una concentración de esfuerzos. Con fortaleza y desinterés cívicos habrán de derrumbarse, con paciencia, las montañas de nuestra mágica irrealidad y vacíos ensueños, para dejar lugar a la construcción de una congruente historia nacional, fabricada por mexicanos conscientes, a pesar de anemias y desalientos, de resistencias y neurotismos.

Se ha afirmado que una vez que alcancemos el desarrollo nos convertiremos en respetuosos, laboriosos solidarios, responsables, honrados, ahorrativos, previsores puntuales. Con algún sarcasmo se concluye que si no logramos primero estas cualidades no conseguiremos el desarrollo. Nos quedan años para construir esta patria, cuya definición aprendida en la escuela aún es válida, con conceptos como éstos: territorio en el que nacimos cuyos suelos y surcos fértiles nos ofrecen sus frutos con los que nos alimentamos. Es la gran familia que nos dio origen, ascendientes, padres, hermanos, familiares, amigos, compañeros, en donde recibimos costumbres y crecimos y forjamos nuestro carácter, en donde encontramos ejemplos para conducirnos, herencias e ideales. Es la heredad común en que nutrimos el espíritu, recibimos los beneficios libertarios y sociales de sus forjadores, en donde consumimos las riquezas actuales y nos motivamos con la esperanza de un porvenir, al que deben de contribuir las presentes generaciones.

A la patria ha de quererse, de honrarse y de procurarse su prosperidad y desarrollo. Requiere de todos, el esfuerzo, el respeto y el engrandecimiento de su nombre. El hombre es el alma de la patria, ilumina el rostro de la misma, refleja las luces del presente en el esfumado de las sombras del pasado. Un mexicano precursor, emotivo acuarelista de la palabra, sensible y luminosa —Terencio del Occidente: *Humano soy...*—, Netzahualcóyotl, nos descubre el cariño por su tierra y su humanismo:

Amo el canto del tzentzontle,
pájaro de mil voces.
Amo el perfume embriagante de las flores.
Amo el color jade, pero amo aún más
a mi hermano, el hombre.

México, tras tantos y contrastantes episodios nacionales, piensan muchos que ya está cerca de la conclusión de sí mismo, de las etapas postreras de su gestación, de la definición de una identidad nacional abrazando a todos los mexicanos, dentro de la diversidad de pueblos, con el respeto a multiplicidad de culturas, en un Estado preocupado por la exaltación de los valores humanos. Una época de nacionalidad gestante, fluctuante pero de progresividad y alcance de la plenitud: “Los valores morales, intelectuales y estéticos que dan sentido a una sociedad”. Una cultura nacional —añade Luis González— es la manera como se asumen por una nación, en el sentido político, los valores.

“Desde la independencia Carlos María Bustamante había intentado el nuevo Estado fundar la identidad de la nación en el imperio de Anáhuac [...]”¹³⁴ Idealismo, en parte, porque se estaba olvidando el mestizaje, ya en el siglo XIX, entre las concepciones extremas del criollismo y el indigenismo. Por otra parte, la lucha contra un príncipe extranjero, Maximiliano, fue debilitando el pesimismo derivado de la pérdida de la mitad de territorio 20 años antes, y propició la reanimación del sentimiento de mexicanidad, casi inhumado. Tendría que correr el tiempo y, ya en el siglo XX: “La Revolución Mexicana integró el pensamiento universal, el liberalismo de 1857 con los reclamos locales de carácter social y dio a luz, al fin, a una identidad nacional portadora de una cultura propia”.¹³⁵

Sin embargo, ya en la segunda mitad del siglo pasado se alzan voces, no disidentes sino visionarias de nuestra historia, y empiezan a reclamar para México una sincronización con los tiempos universales:

[...] el acta de defunción del modelo paradigmático de la cultura nacional surgido de la Revolución Mexicana que correspondía al de una sociedad predominantemente rural [...] los aires que se acercan tienen cara de muy universales y a la vez localistas [...] el filósofo brasileño José Merquior nos definía a los latinoamericanos como “el otro Occidente” y afirmaba: nuestro destino no es resistir a la modernidad. Es simplemente modularla.¹³⁶

134. Arriola, 2000, p. 21.

135. *Ibidem*, p. 22.

136. *Ibidem*, p. 22 (cita a L. González).

Tal parece que los mexicanos nos enfrentamos a una gran responsabilidad en la apertura del siglo XXI: epilogar y consolidar nuestro sentido de nacionalidad y, al mismo tiempo, quemando etapas, adentrarnos en la universalidad del mundo que derrite sus distancias mentales y topográficas para acercarse a costumbres y proporciones comarcanas. Y para conseguir el tránsito de la “agonía” de nuestros lastres al “éxtasis” de nuestras virtudes, el punto crucial, como una ofrenda a las nuevas generaciones, es el encontrar el mecanismo, el secreto de fabricar consensos respetando la diversidad, al margen de nuestras consuetudinarias divergencias, vanidades, envidias y complejos, que nos afrentan y nos frenan como ciudadanos y como sociedad. Tal encuentro pasaría a ser un hallazgo histórico, como signo de maduración y entierro de nuestras vicisitudes.

Contamos, a pesar de las magras cosechas, con ejemplos de mexicanos paradigmáticos que pueden darnos una pista para nuestro futuro proceder comunitario, para conseguir pródigos resultados en los solidarios encuentros y concertaciones en los problemas axiales del país. La proverbial caballerosidad de un presidente, Manuel Ávila Camacho, su nobleza con los enemigos y magnanimidad, inclinado a la persuasión, percibió la necesidad de la confraternidad, lo que le facilitó la tarea en el intento de unir a los mexicanos. Así, logró que enconos políticos y diferencias personales entre dos enfrentados ex mandatarios de la nación llegaran al reencuentro: Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas. Suceso relevante que en su momento impactó y dejó huella en la opinión nacional.

Reiteramos que el camino en la remodelación del alma de los mexicanos siguiendo el sentido de desarrollo y perfeccionamiento, no de revocación de sus savias pródigas en posibilidades, es el de la educación. Un pueblo con enormes déficit de ilustración y capacitación requiere llenar rezagos, nivelar las oportunidades de aprendizaje, entrenamiento, motivación y valoración de la capacidad de autodesarrollarse, de ejercer la libertad responsablemente. Como sociedad nos falta aprender a tolerarnos y a comprendernos y a entender nuestras diferencias, antes que demolernos o aniquilarnos. La democracia no puede arraigarse en la ignorancia. Sólo los pueblos ilustrados pueden sostenerla, no como materia de improvisación o de imposición. La democracia se asienta sólo con el ejercicio en una población educada.

De ahí la necesidad de profundizar en los sistemas pedagógicos desligándolos de intereses oficiales, de opiniones inciertas y de superficialidades de moda. La participación de los medios de comunicación de una manera honesta y responsable, sería un auxiliar catalizante.

Los ciudadanos, por su parte, deberán disponerse a recibir la educación cívica y a ejercitar los principios civiles en sus derechos y obligaciones, conocer la estructura democrática y política de la nación: procesos partidistas, selección de representantes y autoridades vigilantes del bien común, significado de la soberanía nacional, público accionar del pueblo como sociedad organizada. Cabe, desde los niveles de educación primaria, enseñar y convencer de la necesidad del funcionamiento de los mecanismos democráticos: elecciones, obligación de acudir a las urnas y consecuencias del abstencionismo. Inculcar que la apatía e indiferencia atentan contra los derechos ajenos y el bien común. Erradicar las lagunas informativas sobre la historia democrática y la pluralidad política, sobre la erradicación de imposiciones, controles e intereses de grupo y vinculaciones demagógicas atentatorias contra la justicia y la solidaridad.

Explicar que diferencias políticas y diversidades ideológicas no significan cauces contrarios y vertientes de enemistades personales entre compatriotas, sino el ejercicio del derecho a la diversidad de opiniones. Las diferencias convergen mediante la negociación conciliatoria y la superación de sensibilidades y envidias. Asimismo, que los grandes problemas nacionales sólo se resuelven con conocimiento, congruencia y desinterés personal. Que las elecciones son una expresión de la pluralidad democrática, no una contienda de enemigos. Por ello, ante la derrota una señal de madurez y respeto es el no reaccionar como contrincantes resentidos e irreconciliables, como críticos demoleedores e intransigentes. La democracia requiere de políticos maduros emocional e intelectualmente, que antepongan el bien común a los propios intereses. En los ciudadanos demanda la participación en las decisiones y la vigilancia en las actuaciones.

La educación, como palanca de modelación de los futuros ciudadanos no ha cambiado los propósitos: fomentar la diversidad y la unidad; impartir habilidades específicas mediante el adiestramiento y liberar la creatividad [...] establecer los fundamentos de la innovación social; asegurar la base de una ciudadanía duradera y de un

ejercicio del poder abierto a la participación [...] equilibrar la igualdad de oportunidades con la excelencia. La dualidad de la educación aumenta en una sociedad en transformación acelerada [...] el futuro se revela cada vez menos como una simple proyección del pasado. En esta transmisión de milenios la educación está en la frontera sutil entre la estabilidad y el cambio, entre la preservación y la innovación, y sufre tensiones sin precedentes [...] cobra de nuevo impulso y sigue siendo la más poderosa herramienta para inventar el futuro y renovar la esperanza colectiva [...] proporciona la llave maestra para sortear los callejones sin salida.

Este informe elaborado por la UNESCO prosigue y presenta los cuatro pilares de la educación:

Aprender a ser el camino a la autorrealización.

Aprender a conocer, se arraiga en el camino del progreso científico y descubrimiento tecnológico. El aprender a conocer pone el cimiento para vincular el conocimiento con las habilidades, el aprendizaje con las competencias, el conocimiento inerte con el activo.

El aprender a convivir contempla los valores esenciales de la ciudadanía y la construcción de la identidad mediante múltiples procesos de pertenencia.

La educación puede prepararnos para el cambio y decidir nuestro futuro [...] es la palanca más poderosa para liberar a los seres humano de la esclavitud y a los pueblos del subdesarrollo [...] es el motor último de la justicia y la equidad.¹³⁷

La educación —asienta Carmen Carrión C.— significa esperanza de progreso, bienestar y mejores expectativas de vida tanto para los individuos como para las familias y la sociedad en su conjunto. Es un principio civilizador, de transmisión y creación de formas culturales de carácter universal y preservación de las tradiciones. Es un medio para el descubrimiento y la formación de vocaciones; propicia la asimilación de valores individuales, también fomenta el interés en el bien común y el respeto a los valores de otros, más allá del círculo familiar de los individuos.¹³⁸

De ahí que se insista en los esfuerzos para alcanzar, al menos, niveles medios de educación, dado lo insuficiente que resultan los actuales. Ya hablamos de las recomendaciones de la UNESCO: que se invierta 8.5% del PIB, como indispensable, y 15% como el ideal. En México, con muchos

años de rezago, apenas andamos en los primeros trámites de superar un 5%. Recursos que debemos hacer fructificar escrupulosamente, administrarlos con exigente rendimiento para alentar y motivar al mayor número de mexicanos a culminar sus ciclos de estudio en educación terminal tecnológica o universitaria, cuando actualmente sólo 1% de los que inician los años de primaria llegan a graduarse en enseñanza superior.

Porque los estudios universitarios se vuelcan necesariamente en los niveles de desarrollo de un país, preparan un futuro sustantivo, auxilian las dimensiones de la conciencia y determinan el progreso humano y su grado de civilización. Además:

Los centros de educación superior como instituciones especializadas, en donde se gesta el liderazgo político, social e intelectual que eventualmente orientará las prácticas, las conductas sociales y las pautas culturales de la sociedad en su conjunto —conciencia crítica de la realidad—. Los cambios con que han de contribuir activamente en la inacabada tarea de transformación social.¹³⁹

Tratamos de la urgencia nacional de impulsar todos los niveles de la educación, incluidos los universitarios, pero también queremos resaltar la necesidad prioritaria de desatar con gran esfuerzo los profundos rezagos sociales vividos por la población indígena, deuda preocupante que debemos liquidar, todos los mexicanos, con una gran sensibilidad y responsabilidad.

Se ha hablado de una estimación en el territorio nacional de hasta 20 millones de habitantes previos a la Conquista, y de una verdadera hecatombe poblacional, si se considera que para los primeros lustros del siglo xvii la contabilidad de la población establecía un poco más de un millón de habitantes naturales.¹⁴⁰

Los supuestos anteriores podrían considerarse muy severos, pero contamos con estimaciones más precisas, referentes ya a la segunda mitad del siglo xix, las que reflejan el surgimiento poblacional según el siguiente cuadro demográfico del país:

137. Cameiro, 2001, pp. 4 y 5.

138. Carrión, 2002, p. 6.

139. Mendo Gutiérrez, 2001, p. 3.

140. Regalado Lobo, 1992, p. 124.

Cuadro XI.1

Año	Población total	Total de población igual o mayor de 5 años	Total de población indígena igual o mayor de 5 años	Porcentaje de población indígena respecto al total mayor de 5 años
1861	8'396,524	n. d.	5'121,899	n.d
1900	13'607,259	10'974,091	2'078,914	18.9
1910	15'160,369	15'160,369	1'960,306	14.7
1940	19'653,552	16'788,660	1'237,018	7.4
1960	34'923,129	29'146,382	1'104,955	3.8
1980	66'846,833	57'498,965	5'181,038	9.01
2000	97'361,711	85'931,372	6'279,016	7.3

Fuente: elaboración propia.

Por su parte, los cinco estados con mayor porcentaje de población indígena para el último año señalado fueron: Yucatán, con 38%; Quintana Roo, con 23%; Oaxaca, con 37%; Chiapas, con 27%; Hidalgo, con 20%. Asimismo, ese mismo año del 2000, 6.6% de la población mayor de cinco años hablaba una lengua indígena; un millón hablaba lengua indígena solamente. El náhuatl era el mayormente hablado, con 1'445,000 hablantes; el maya, 800,000; el mixteco y el zapoteca 432,000 y 422,000, respectivamente. Como datos complementarios podemos citar el Censo de Revillagigedo en 1790, con una población total de 4'636,074 habitantes. Para 1838, el Instituto Nacional de Geografía y Estadística de la República Mexicana asigna 7'004,140 habitantes.

En capítulos anteriores hablamos acerca de la inequidad entre los sectores de los mexicanos, pero es obvio que mientras que esta parte de los ancestros mexicanos, sin que se intente borrar sus riquezas culturales y sus lenguas particulares, no logren comunicarse eficientemente con el resto de los mexicanos, encontrarán la primera e importante barrera para un desarrollo equitativo y justo.

Por otra parte, volviendo al ámbito del país encontramos que el avance como meta nacional no podrá darse mientras la disparidad en los indicadores sociales se revele con tan graves fracturas en la configuración de la estructura social y la hiriente concentración del ingreso:

Cuadro XI.2

Pobreza y desigualdad		
Países	Relación en % entre el decil de ingreso más alto y el más bajo	Coefficiente de Gini
México	30.6	0.537
Latinoamérica	27.5	0.508
EU	16.9	0.408
Unión Europea	7.5	0.299

Fuente: *El Mercado de Valores*, diciembre de 2002, p. 31.

Cifras tajantes que impulsan a la acción solidaria y a la aplicación de nuestros valores, porque con hambre y desnutrición no es posible promover el desarrollo humano.

Así, el decil del 10% de las familias con mayores ingresos para el año 2002 recibía más de 25 veces que el decil —otro 10%— de las familias con ingresos más bajos.

Y el coeficiente de Gini marcó, a su vez, un retraso de equidad de la distribución de los ingresos de las familias distribuidas por deciles, en una serie desde 1984 hasta el año 2000.¹⁴¹ Dentro de estos problemas de la inequidad en la distribución social de la riqueza nacional encontramos la insuficiencia de recursos del Estado para compensar e impulsar a los grupos más débiles y rezagados. La recaudación fiscal del país muestra una debilidad crónica en la que todos están de acuerdo, pero pocos saben cómo remediarla.

Canadá, Gran Bretaña e Italia alcanzan promedios de 30%, o cercanos, de carga fiscal en relación con el PIB respectivo; Suiza, España, Estados Unidos y Corea sobrepasan el 21%; por su parte, en América Latina Chile y Brasil sostienen el porcentaje anterior; Argentina y Colombia superan ampliamente el 11% que maneja México. La realidad es que de la población económicamente activa, sólo aproximadamente la mitad aportan como causantes a la hacienda pública. Mientras que un enjam-

141. Vázquez, 2001, p. 358.

bre de evasores “formales”, sumados a los de la economía informal, no contribuyen a remediar las necesidades fiscales.

Por otra parte Petróleos Mexicanos, que podría constituirse en la palanca del desarrollo económico y social del país, aunque sigue siendo el aportante obligado y complementario, no resuelve las penurias del Estado debido a su endémico padecimiento subadministrativo, a la manipulación política, la sobrecarga laboral —se ha acercado en algunos periodos a contar hasta con 200,000 empleados, sobrepasando los indicadores internacionales—, el sindicalismo prepotente, la corrupción, anemias financieras y desfases técnicos; no logra constituirse en el enclave moderno y dinámico y soporte de nuestra economía.

Toda la estructura del Estado, con sus diversos tramos de poder y niveles de gobierno, debe ya manifestarse como una democracia moderna, sin la ciega oposición partidista, sino colaboracionista en la administración del país, con visión de largo plazo y objetivos comunes en el avance de la nación, el progreso del pueblo y la gestión del bien común. Es necesario el hallazgo de una fórmula dinámica y congruente con el grado y diversidad del desarrollo, fomentada por todas las visiones políticas para que el erario reciba los ingresos suficientes y alcance a extender compensaciones y a destruir el entramado inequitativo que ha favorecido tradicionalmente a pocos grupos y provocado el rezago de grandes comunidades entre los mexicanos.

Al fin, el convivir de una sociedad no puede darse con los principios funcionales de un mercado, porque:

El mercado es el mecanismo más efectivo para asignar recursos, pero no para compensar las desigualdades sociales. Sólo el Estado, con apoyo de los actores sociales, puede promover, por un lado, condiciones que amplíen las oportunidades a todos los ciudadanos para que desarrollen sus talentos, capacidades y habilidades y puedan incorporarse, así, a los beneficios del desarrollo; y del otro lado, propiciar el surgimiento de valores como la solidaridad, la tolerancia y el respeto al otro.¹⁴²

Se requiere de una política económica humanista acorde con los tiempos modernos de desarrollo social y estructura productiva en beneficio

142. Arriola, 2000, p. 24.

de todos: no el trabajar para consumir, sino el esfuerzo laboral para el progreso personal y de la comunidad. De ahí que una equitativa competencia dentro de un marco de racionalidad es necesaria para el estímulo y superación de los individuos, de los grupos y de la sociedad.

Porque si en la competencia no son dados los términos de igualdad y no se ofrecen las posibilidades en circunstancias de proporcionalidad, la fuerza de la competitividad se convierte socialmente en un proceso de inequidad. Por eso la dinámica ciega e incontrolable del accionar como un juego en continua oposición, se torna en un torneo de estridentes fricciones, colapsos y consumaciones, en lugar de una oportunidad de perfeccionamiento individual y revaloración colectiva. La ferocidad de la competencia, como signo de la dinámica moderna, puede ser ciega e inmoral promotora de inhumaciones y constructora de cementerios empresariales en los que sepultan las desilusiones y los fracasos. El siglo actual debe descubrir otros caminos alternos de motivación en los que no se pierda la perspectiva de la participación. Encontrar interrelaciones en las que la argumentación y la acción concluyan en utilidades comunes y en beneficios mutuamente distribuidos.

Dadas las confusas reglas, se han levantado opiniones adversas a los estilos de competencia despiadada en que los modos de vida y estructuras económicas tienen inmersa a la civilización actual.

[...] competir es contrario a la iniciativa individual aunque en ocasiones parezca lo contrario. Una vez que nos hemos habituado al juego de competir, contaminamos todas nuestras relaciones interpersonales. Competir es una manera de relacionarse con el mundo y con los demás.

Tanto nos hemos habituado a competir que llegamos a pensar que ésa es la única manera de funcionar en nuestro tan irregular universo. La iniciativa nunca puede ser reemplazada por el juego de competir. Tener iniciativa significa estar conscientes de nuestras peculiaridades, de nuestros talentos y de nuestras posibilidades; quiere decir aceptar las diferencias individuales entre todos los seres humanos. La iniciativa nos capacita para aceptarnos tal cual somos, sin caer en la trampa de las comparaciones [...] El juego de competir implica necesariamente una dependencia [...] es el reconocimiento de que no nos hemos encontrado a nosotros mismos a la mitad del camino [...] significa que dudamos de nuestras capacidades y habilidades, que no tenemos suficiente autoestimación para crear un código de valores autónomo. Al ganar se busca ganar, de satisfacción nunca se llena.

Entonces definimos nuestra seguridad sólo en términos de alcanzar a los demás, y esa carrera con toda certeza no tiene fin [...] que aunque parezca que estamos activos y listos para jugar, sólo estamos siendo dependientes y pasivos.¹⁴³

Definitivamente, la posición del mercado habrá, en este siglo, de resentir una revisión profunda dentro de las sociedades en sus diferentes grados de bienestar.

Asimismo, las ideologías que presionan sobre las teorías económicas han de recibir una severa asepsia para evitar la contaminación conductual antes de ponerlas en práctica.

Por su parte, las doctrinas del desarrollo que apuntan con “cargas de profundidad ideológica” van a garantizarse su autoeliminación porque, al margen del realismo o del irrealismo, fomentan contradicciones, diluyen la energía creadora, retardan o impiden la consecución de resultados. Dividen, crean polémica, distraen las aplicaciones y retrasan los procesos y operaciones. Ya no es posible que el poder quiera mezclar su ideología con las políticas económicas.

A su vez, el neoliberalismo tendrá que revisar su postura de primero crecer para luego repartir lo producido, cuando el hambre no espera. Por ello se debe buscar un equilibrio y una sincronización de los eventos. Porque las interpretaciones individualistas y las aplicaciones de las políticas sociales con soluciones meramente técnicas serían peligrosas y exhibirían su frialdad y sus reminiscencias de laboratorio. Sería una actitud inhumana el que los más indefensos sean protegidos por políticas u organismos que no les proporcionen la oportunidad de dejar de serlo. Y se ha de buscar la justicia sin pagarla ni con la libertad ni con la miseria, he leído por algún lugar. La ortodoxia técnica en las aplicaciones económicas busca la exactitud matemática, a veces con desprecio, o al menos con insensibilidad hacia las aspiraciones de progreso social. Apuntaba Flores de la Peña la idea de que son los economistas mismos quienes han convertido la economía en política superficial, dogmatizando los conocimientos y enturbiando los conceptos y las herramientas de la misma.

Se ha hablado de la economía como de una “ciencia neutra”, y se ha querido manejar como una ciencia aséptica, distante de compromisos so-

ciales, en ocasiones arrojada a la autoclave para su purificación, al margen de su relación comprometida con la suerte de los pueblos. La noción conceptual de la economía fue cercada por la caudalosa arrogancia del capitalismo financiero y del supercapitalismo depredador, y anonadada por la camisa de fuerza de la planificación colectivista. Y, en fin, al ser contaminado su objetivo de aplicación de la racionalidad, por ideologías o praxis fuera de propósito, no logra evitar las estrecheces productivas para que, con los menores esfuerzos y con la asignación prudente de los recursos escasos, consiga los máximos beneficios entre la competencia de fines. Ideas centrales de la definición de la ciencia económica.

En el barullo de siglo XVIII, con la multiplicación de las ciencias aplicadas, auspiciado por el auge productivo de la Revolución Industrial, el conocimiento de los temas económicos llegó a tocar la puerta de las ciencias experimentales o matemáticas, descuidando su raigambre antropológica y social, aunque de todos modos, sin poder explicar el avance de las culturas y de las sociedades. No obstante, sigue siendo el hombre la meta de la promoción de la economía, aunque conserve la tendencia a acercarse al casillero de las ciencias exactas, que implican técnicas y estándares, resultados mecánicos y mensurables, con lo que parece alejarse de la concepción antropológica. Por ello, no puede pretender explicar los abismales misterios confinados en la conciencia humana, convivencia y sufrimiento, ni las tormentas generadas por la capacidad de libre elección.

Por eso, cualquier intención por parte de instituciones o estructuras de poder de apropiarse, aun con benevolentes intenciones, el poder individual de decisión del hombre, acabará por descubrirse y los causantes, con el tiempo, caerán víctimas de sus propias tergiversaciones.

Un paso más y diremos que la libertad es pecaminosa y el paraíso perdido era aquel en el que se nos ahorra la molestia de decidir responsablemente quién había de gobernarnos, qué consumir, qué leer, qué ver y cómo comportarnos [...] la perversión de estos falsos paraísos perdidos en los que se nos ahorran las molestias de la libertad, en que se nos exhorta a bendecir la pérdida de lo más valioso.¹⁴⁴

143. Batarse, 1987, pp. 4 y 5.

144. Medina, 1997, p. 88.

Y mientras, la humanidad sufre las consecuencias del espectáculo perverso en el que ha quedado inmersa por la interactiva acción instantánea de los medios electrónicos, de un mundo financiero global que monta a diario el juego, no siempre racional y prudente, de “serpientes y escaleras”. Mientras los inversionistas financieros gozan —aunque a veces sufren también— con las predicciones de la Bolsa jugando los activos de los negocios, los inversionistas productivos padecen las consecuencias de las decisiones bursátiles anónimas que involucran la suerte de mercado y empresas. A propósito: “Mientras el buen economista disfruta con la predicción, el buen empresario sufre. Uno se juega el prestigio; el otro, la supervivencia”.¹⁴⁵

A la libertad de inversión y de concurrir a los mercados corresponde la aplicación de la racionalidad y de la responsabilidad, sujetas a las consideraciones sociales y a los intereses comunes, como corolario de un sistema avanzado de organización estatal y participación ciudadana, influyente no sólo en el veredicto electoral sino en la gestión del bienestar de la sociedad. En este marco la libre empresa y la inversión productiva buscarán ser lucrativas y competitivas mediante proyectos evaluados, riesgos calculados con técnicas analíticas del costo de oportunidad y el costo-beneficio; asimismo, desarrollarán economías internas y de escala, aplicarán programas de calidad total, de certificación y productividad, y propondrán la apertura de nuevos mercados. Todo esto no deberá debilitar el instinto emprendedor.

Así, el éxito empresarial del conjunto de los negocios, con resonancia nacional, repercutirá, con una amplificación internacional, dentro de la trama de la globalización.

Una sociedad moderna no puede permitir ensayos de laboratorio económico, ni jugarse el bienestar con innovaciones del desarrollo como estrategias políticas o armas electoras. La aplicación de alternativas debe obedecer a una definición del Estado en la que se implique el menor costo social y los riesgos menos pronunciados. Ejercicio de un “sistema métrico social” lógico y mensurable. La ambición particular no puede ser la medida de lo económico —glosando al sofista Protágoras—, ni tam-

co puede ser aplicado el invariable principio físico de la transformación de la materia y la energía a la economía porque, al asignar medios escasos entre fines competitivos para maximizar o conseguir los más altos resultados productivos, mucho se crea y demasiado se destruye para que algo se transforme. Y esa transformación puede conseguirse, en buena parte, si se aplica un sentido de normatividad económica a los objetivos óptimos del bienestar, estableciendo políticas concertadas en un contexto democrático moderno, a sabiendas de que se deben sacrificar niveles deseados de una variable para obtener los fines discutidos y aceptados como beneficios generales convenientes, en una dimensión kantiana, en cuanto los derechos colectivos pueden considerarse como una extensión de los derechos individuales.

Para perfeccionar sin trastocar, debemos transformar nuestras diferencias, que parecen en algunos aspectos abismales, y los desequilibrios regionales y culturales en posibilidades inmediatas de desarrollo.

Visto el fenómeno desde una perspectiva actual —el desequilibrio—, presenta tintes de mayor gravedad simplemente porque ahora todos los actores están conscientes del mismo, pero sobre todo porque el retraso de las regiones rezagadas constituye un freno para el conjunto nacional y un lastre moral para el mismo.

Durante los cuatro siglos —ya casi cinco— desde la Conquista española ha habido sólo cuatro momentos de difusión del cambio y el “desarrollo” a lo largo del territorio nacional: primero el esfuerzo español por encontrar fuentes de explotación minera y dominación y ocupación del territorio a lo largo del siglo xvi y la primera mitad del xvii; segundo, la construcción de la red ferroviaria; tercero, la reforma agraria y el desarrollo de los distritos de riego; y cuarto, la construcción de la red caminera y la difusión de la alfabetización y educación primaria. En tiempos recientes entraron en juego también la construcción de la red aeroportuaria nacional y la red nacional de telecomunicaciones.¹⁴⁶

Prosiguiendo con el proceso del autor mencionado en la cita anterior, presentamos algunas propuestas y soluciones para el país provenientes de su mismo análisis, que incluye los rezagos económico-sociales, principalmente de las regiones críticas. Causas y raíces del atraso y la pobreza: hipertrofia demográfica del sistema. Explotación directa de los recursos

145. Vázquez-Dodero, 2002, p. 22.

146. Alejo López, 2000, pp. 105 y 106.

naturales que supera la “tasa o coeficiente de afluencia o reposición” de los recursos, que empiezan a decaer con tendencia a agotarse. En general, las zonas pobres del país antes resintieron una ruptura del equilibrio demográfico.

Aislamiento absoluto y relativo en relación con el país y con su región misma y subdotación de infraestructura básica. Aislamiento no sólo físico y económico sino cultural, que se recrudece al defender valores e instituciones ancestrales, situación que se manifiesta en la preservación de identidad del colectivo y la familia nuclear y autoritaria, etc. Escasa dotación de capital humano, inferior a la media nacional: alimentación, salud y educación, desventajas que dificultan el proceso endógeno de desarrollo en su misma región.

Economías arraigadas que explotan el ecosistema y los recursos naturales, y enclaves extractores del excedente económico generado que, sólo en niveles ínfimos, se revierte a las propias localidades para un autofortalecimiento y producción productiva. Falta de polos dinámicos y desintegración territorial que como centros gravitacionales impulsen el despegue y desarrollo y, como acumuladores y recicladores del excedente generado, provoquen la incursión al marco de una moderna economía de mercado que abata los altos costos.

Ausencia de clases empresariales como consecuencia de la carencia de oportunidades para emprender y practicar actividades productivas y establecer negocios en todos los niveles. En el campo el minifundio, y por la falta de organización, se agudiza este aspecto. Carencia de capacidad para impulsar procesos de desarrollo endógenos.

En fin, en el trabajo se proponen programas especiales gubernamentales diseñados para la integración territorial definitiva de las regiones atrasadas, principalmente del Sur y del Sureste, en los que se generen relaciones equilibradas entre los ecosistemas y factores que rompan el aislamiento, cancelen los rezagos y círculos viciosos del atraso. Como causa de esto último, en la referencia a las regiones anteriores son tratadas características como las altas tasas de crecimiento demográfico, el elevado nivel de ruralidad de los asentamientos humanos (42% contra 25% nacional hacia finales del siglo pasado), migración negativa o pérdida de población, yuxtaposición de microrregiones desintegradas, expulsión

migratoria por falta de incentivos de los cuadros profesionales. Costos elevados de transacciones, una cultura resistente al cambio.

Para romper los círculos perversos provocadores y continuadores del atraso, antes de la conclusión del estudio el autor puntualiza una estrategia que sucintamente presentamos: Desterrar la pobreza extrema en dos lustros, superar el aislamiento con caminos funcionales para todo centro poblacional mayor de 100 habitantes, elevar el ingreso per cápita en 25 años para quedar en una inferioridad no mayor del 20% del promedio nacional —en 1997 arrojaba una enorme desproporción para las regiones más atrasadas en comparación con el resto del país.

Dotación de capital para infraestructura similar al de las otras regiones de la República en 10 años; elevación de las condiciones de los recursos humanos: salud, alimentación y educación, incrementando el perfil de conocimiento y de capacitación de la fuerza de trabajo actual de esas regiones rezagadas en las que se incluya una red de centros universitarios regionales.

Además, crear la dinámica suficiente para el impulso de las regiones y subregiones e incrementar la gravitación de ciudades principales como polos de desarrollo. Asimismo, devolver el equilibrio de los ecosistemas, fundamentalmente en la utilización técnica de los recursos hidrológicos mediante la creación de macro y micro obras hidráulicas. En cuanto a la tierra, trasponer los usos tradicionales comunales a las organizaciones productivas de tipo social y colectivo. Desterrar intermediarismos, burocratismos y factores no económicos distorsionantes de las relaciones de precios. Finalmente, fomentar la capacitación empresarial y el reciclaje de los excedentes dentro de la región para ser capitalizados y reinvertidos, además de la difusión de esquemas cooperativos de ahorro, inversión y consumo.

El horizonte de perfeccionamiento y maduración histórica del pueblo mexicano presupone el rescatar a esa porción relegada de compatriotas, presentes en toda la geografía nacional, principalmente en las regiones Sur y Sureste del territorio. Resolución no sólo como acto de justicia ante el abandono y marginación, sino también como una necesidad urgente de integrarlos a la aventura que nuestra patria debe correr en los primeros decenios del siglo: la de escalar, al margen de condicionamientos pretéritos y consideraciones erróneas, niveles potenciales nunca explorados ni

descubiertos. Porque México, con su sensible trama, se ha introducido ya en el enérgico proceso de gestación que amalgama sus contradicciones embrionarias, envuelto en críptica crisálida que oculta la inercia de una insólita composición genética.

Pero la final evolución de este germinar está condicionada a que la sociedad mexicana, con un sentido moderno, destierre la marginación y despliegue imponente sus fuerzas sociales ya integradas. Porque no será posible que la mexicanidad alcance la cumbre sin la integración a tiempo de los herederos de la raigambre primordial de nuestra raza. Sin desatar sus potencialidades humanas, como fuerzas moderadoras y prudentes comportamientos, sin arrancarlos de su pesimismo histórico y reencontrarlos como colaboradores con visión y decisión, violentando los tiempos, comprimiendo las etapas. Y así, arrastrar al pueblo mexicano de un conformismo a la configuración de su madurez nacional, al margen de ideologías y preferencias políticas. Ello con una expiación del abandono y una reconciliación con la conciencia histórica, por la práctica del coloniaje interno con que México después de la Independencia siguió tratando a muchos de sus hijos, principalmente indígenas, de quienes se abjuraba, a veces frenética, en ocasiones subterráneamente, considerando a los mismos como lastre social y freno al desarrollo nacional. Todavía algunos, con alevosa y degenerada interpretación de la historia, intentan acallar las voces que acusan el culpable abandono.

Existen más propuestas y tratamientos para un México nuevo en perspectiva en el que quepamos todos, como gestores o actores, una vez que nos decidamos a integrarnos y a participar no como somos, sino como debemos ser. Sin intentar descubrir la perfección, sí sublimar nuestras cualidades para ahogar en ellas, contrarrestándolas, nuestras desventajas; para hacer aflorar nuestro génesis en una dimensión humana actualizada, con comprensión y solidaridad universales.

Termina este capítulo con la exposición de algunos reordenamientos que conviene experimentar en nuestro país, transeúnte por los expectantes caminos del siglo XXI.

En la tarea educativa, como parte primordial en el desarrollo nacional, con urgencia sin esperar nuevos modelos y experimentos, caminar desde mañana, conjuntando voluntades, convenciendo a las mayorías, saltando sobre los demagogos, rebasando a los lentos, incluyendo a todas

las clases políticas e ignorando a los sospechosos de boicot a esta cruzada, como a traidores o retardatarios.

Entusiasmar a todos los mexicanos para que en sólo un plan bisexual lograr la rendición de los índices de 10% en analfabetismo y de 20% de población con primaria inconclusa, hasta conseguir un promedio de 12 años de escolaridad, como mínimo.

Movilización general de todos los sectores sociales en esta megacampaña patriótica y de justicia nacional. Cruzada que debe incluir los problemas de subalimentación, salud y calidad de vida. A su vez, con la participación ciudadana lograr rejuvenecer la faz territorial limpiando cuencas y reforestando en forma masiva.

Descentralización y aplicación de la autonomía municipal y estatal, dentro del marco legal, en proceso razonable de delegación en cascada. Conseguir, así, un equilibrio que permita el destierro de la fuerte carga de la tradición y de la herencia psicológica del pueblo mexicano, que se traduce en la gestión paternalista de la administración y de la política. Evitar que estas acciones puedan revertirse en una confusión o en actuar revanchista con perfiles de localismos caprichosos que dificulten la funcionalidad, la coordinación y la armonía. "Suelto el tigre de las libertades y de las autonomías, podría ser imposible enjaularlo." Todo dentro de los cauces de sensatez y de legalidad.

Como una digresión: dentro de los principios anteriores, en un futuro podrían las formaciones y los límites territoriales de entidades y municipios, que exhiben los mapas políticos actuales como configuraciones caprichosas y antifuncionales, llegar hasta conseguir dentro de una configuración histórica una traza más racional y práctica. Implantar y arraigar la representación e involucrar a la ciudadanía, desde la organización celular de manzana-colonia-barrio hasta el sector, ciudad y municipio, para la solución de los problemas en sus diferentes niveles. En cuanto a los desequilibrios demográficos, con las cargas poblacionales de las megaciudades, principalmente la de la zona conurbada de Distrito Federal, acometer la tarea a corto plazo de establecer una política de desconcentración paulatina a niveles técnicos, sociales y económicos permisibles mediante la aplicación de un flujo racional y humano de migración.

Campo-urbanización. Cómo se extiende la imaginación cuando hablamos de estos conceptos; así son de amplios sus problemas y proble-

máticas sus soluciones. Establecer una política definitiva involucrando a todos los actores con decisiones irreversibles de rescate al campo, complementadas con acciones de apoyo a las formaciones urbanas intermedias, principalmente. Asimismo, comunicar y concentrar, en lo posible, la dispersión poblacional rural en unidades y comunidades menos atomizadas o mínimas. Relacionarlas y estructurarlas para que sea factible la dotación de servicios educativos y su incorporación al desarrollo.

Promover la organización de la tenencia de la tierra ejidal, comunal y de las minipropiedades, al margen de demagogias e intereses especulativos en tanto que, al lograr el ascenso en los niveles de educación y el fortalecimiento de la libertad en las instituciones, se facilite la autodeterminación y el ejercicio de personales decisiones. Lo anterior en la pluralidad de valores y en la diversidad de visiones sobre la tierra. No es posible por la idiosincrasia y tradiciones seculares heredadas, desmantelar la axiología bucólica del mexicano, que no puede equipararse con el sentido "ejecutivo" en las unidades agrícolas de los propietarios rurales de regiones avanzadas del mundo.

La improductividad del campo mexicano, aquejado por la deserción, tiene soluciones si se aísla de demagogias ancestrales, cuando entren a escena los mismos interesados que, al detener el drene demográfico, ayudarán a la estabilización urbana: recursos, técnicos sociales, aplicación de figuras legales de participación y organización de la tenencia de la tierra, fomento a las agroempresas, autonomía de gestión, creación de instalaciones cooperativas en compras, capacitación, comercialización, adquisición de tecnologías. Acciones que detendrían los flujos de campesinos y las estadísticas de pobreza y miseria y revertirían las tasas deficitarias a índices normales de autosuficiencia, productividad y rentabilidad.

Otras urgencias que al atenderlas refrescarían el rostro de la patria, serían la multiplicación de las obras hidráulicas. Sembrar el territorio con bordos y medianas presas en autoconstrucción o en cooperación, con técnicas, maquinaria y recursos de las autoridades locales. Obras funcionales, con costos accesibles y plurales soluciones hidrológicas que cubran las necesidades inmediatas. Aplicación urgente de una política racional de agua, en un país con carencias en algunas latitudes y concentración de recursos en otras direcciones.

La Mesa Central, con 70% de la población, cuenta con 30% de los bienes hidrológicos. En cambio, las tierras de altitud media y las costeras, con 30% de los habitantes, son dueñas de alrededor de 70% de los recursos acuíferos, incluidos los sistemas fluviales del Sureste.

La infraestructura carretera es otro de los renglones estratégicos cuya ampliación requiere acelerarse, con vistas a un México remodelado y moderno en el que pueda darse la transfiguración social. Para un uso fructífero de los escasos recursos nacionales y remediar las necesidades heredadas, es necesario establecer un programa de prioridades con soluciones rápidas, con proyectos básicos de carreteras de mediana y alta especificación, con una construcción utilizable de inmediato y ampliación progresiva por tramos, según una jerarquía de prioridades. Cabe una solución práctica mediante la construcción de rebasaderos, rectificaciones, vías provisionales de tres carriles, para ser transformadas, según lo requieran los aforos, en cuatro carriles o en mayores especificaciones. Así, se liberarían recursos para continuar con el mantenimiento o la remodelación de la red nacional.

Otro factor que requiere una atención prioritaria, como motor o acelerador del cambio, es el petróleo. Conseguir la conversión de sus "pervertidos" veneros, provocadores de voracidades y corrupciones durante decenios, con cuya generosidad se pudo haber soportado suficientemente el peso financiero del desarrollo mexicano, con una más delicada administración. Dada la carga histórica y las suspicacias aletargadas en el subconsciente de la población por los engaños y temores acumulados desde la Conquista, y cultivados aún por muchos compatriotas, el tema del petróleo se volvió un punto muy sensible, ligado íntimamente a los conceptos de soberanía nacional. Y mientras permanezca nuestra limitación financiera, nuestra debilidad acreedora por la pesada deuda externa y no se fortalezca en buena proporción nuestra imagen política en el exterior, no podemos arriesgarnos a las miradas interesadas internacionales que podrían rebasar nuestra oposición y resistencia ante cualquier signo de indecisión, debilidad o disparidad de opiniones. Por ello no es conveniente, en estas circunstancias, una apertura de explotaciones privadas de los recursos o de la producción de hidrocarburos.

Sin embargo, se puede encontrar una fórmula en la que participe la inversión de mexicanos, y acotada prudentemente la de extranjeros, en

las aristas menos filosas de la cadena productiva de hidrocarburos. Para así conseguir la productividad de este bien y aplicarlo como palanca del desarrollo nacional, y no sólo conservarlo como herencia bendita de grupos cerrados de mexicanos, o dejarlo para el futuro en el museo de las obsolescencias de los recursos técnicos y económicos.

Se pueden enumerar otros renglones íntimamente involucrados en las tareas de transformación-superación: energía, telecomunicaciones, transporte, servicios públicos y financieros, etc. Esperan a esta generación de mexicanos fatigosas jornadas de superación: completar y perfeccionar la obra de la consolidación de una raza, en lugar de permitir que se deteriore o se consuma a sí misma por el agotamiento y la desesperanza. La desorientación y el espejismo no deben detenernos en la búsqueda de un equilibrio racial y sociológico. Porque en el futuro, con emoción, podremos detenernos alguna tarde a contemplar complacidos y a recrearnos en esta patria. En el descanso de la obra refrescarnos con las brisas vesperales olorosas a tiernos vegetales y estrenadas novedades de los nuevos tiempos.

Este alto contemplativo vendrá hasta el último día, después de cumplir responsablemente la voluntad del testamento histórico de la patria sobre el cuidado diligente, la conservación y el acrecentamiento del legado de una esplendorosa construcción de la misma. Durante los primeros seis días de esa hebdómada creativa, estamos obligados a concurrir para disfrutar del último, el del descanso.

XII

Audacia en un mundo global

Observo que el hombre del siglo XXI mira desdeñoso desde las cúspides del progreso, de la productividad y de la tecnología, hacia las laderas y tierras bajas de la historia, orgulloso de los avances generacionales, que los sumados durante milenios no logran igualar a los acumulados en los últimos 200 años. Sin embargo, no sorprende la desproporción temporal de tales progresos. En el caudal del tiempo, al acumularse los siglos la humanidad, sin saberlo, y quizá sin pretenderlo, con tremendos esfuerzos fue abriendo las posibilidades para que con pausados pasos se desembocara en el prodigioso dominio de los misterios de la energía y la materia; y con ello, transformar la penosa supervivencia del hombre en un estado más placentero.

Y en ese proceso que arrancó desde la prehistoria, el hombre se ocupó primero en sobrevivir y aprender, e incipientemente a congregarse. Descubrió luego las conveniencias de la convivencia urbana y la necesidad de imprimir orden legal al contexto de sus relaciones, para darle vida al derecho. Tras experiencias diferentes de liderazgos y de administración de las comunidades descubrió los vericuetos de la política y, una vez alcanzado un orden integrado con el pueblo, instaló la democracia como equilibrio de voluntades. Para aprovecharse de la naturaleza, inicialmente el ser humano aplicó la energía personal y, tras rudimentarias herramientas, perfeccionó los instrumentos mecánicos y sumó otras energías de la naturaleza a sus esfuerzos de supervivencia para desembocar en el desarrollo de la máquina, que le liberó de muchos esfuerzos y labores y le concedió excedencia de tiempo para su propio cultivo, artístico y espiritual.

La experimentación con el curso de la naturaleza lo llevó hasta el encuentro de sus leyes y la afirmación de la ciencia aplicada y, mientras planteaba y recorría las dudas de su entorno deslumbrante, se descubrió a sí mismo como paseante en el maravilloso cosmos, envuelto en el misterio de su existencia.

A partir de ese momento —hombre de Cro-Magnon— el progreso es muy rápido y en pocos miles de años se pasa del hombre-cazador a la civilización de las computadoras, de los satélites artificiales y de la energía atómica. Desarrollándose a partir de las algas de 3,000 millones de años, adoptó su aspecto humano hace cuatro millones de años y realizó un progreso extraordinario. La explicación es muy sencilla: a la transmisión hereditaria de las cualidades físicas y psíquicas se unió la transmisión “cultural”. Animal “simbólico”, el hombre, primero con el dibujo y luego con la escritura, potenció enormemente las posibilidades de transmitir experiencias y nociones. Mientras que genéticamente se necesitan millones de años para fijar y transmitir una experiencia, bastan unos instantes para transmitir la misma experiencia verbalmente y es suficiente con un dibujo o con una página escrita para transmitirla a todas las generaciones sucesivas [...] Con la transmisión “cultural” de la información, la vida ha empezado —hablando en términos cósmicos, hace unos instantes— una nueva aventura llena de promesas y de dramáticos riesgos, entre los que no se excluyen el de la autodestrucción.¹⁴⁷

Tras ese pausado devenir se dispararon los tiempos, preparada la escena para una representación acelerada del progreso. Se desató la inventiva humana y en menos de dos siglos superó a toda la prehistoria e historia en sus avances técnicos. Consecuencia de la transmisión de los conocimientos de una generación a otra, lo que permitió el perfeccionamiento del legado recibido, sin arrancar del cero precavernícola. Por lo que mientras el hombre actual degusta en éxtasis el cómodo legado del siglo xx y prepara la apoteótica aventura de la navegación cósmica, poco le preocupa revisar el estado de la propia casa, ni las consecuencias del derroche, ni el detrimento ecológico y moral por la sobreexplotación del planeta, su desequilibrio y devaluación; situación agravada por la creciente densidad de inquilinos.

147. Bianucci, 1978, pp. 158-160.

Al mismo tiempo, a las herencias del siglo pasado deben añadirse las desnudeces doctrinarias inspiradoras de sistemas político-sociales que fueron rematadas en agudos “ismos” causantes de marcar la historia con inhumanas exageraciones responsables de millones de víctimas. La onda expansiva que a través de los tiempos fue forzando las relaciones y la organización del hombre: horda, tribu, pueblo, ciudad-Estado, república o nación, culminó con el ejercicio político y la soberanía nacional como expresión de la voluntad y derechos del pueblo. Cuya determinación mayoritaria no puede ser suplantada por la réplica totalitaria de agresivo monopolio político, conculcador de las exigencias de la naturaleza humana que reclama para cada hombre el respeto al ejercicio primordial de la libertad.

Fascismo, nazismo, comunismo desfilaron destruyendo en su laboratorio ideológico tantas esperanzas de millones de ciudadanos del orbe. Los dos primeros invocaron a la raza al nacionalismo; el último, al proletariado. Al mismo tiempo, la contraparte inspirada en ese impulso esencial del hombre, en la libertad personal, abusó con una interpretación individualista, irrestricta, para los miembros de la sociedad. Al no ofrecerse ya un contrapeso al “ismo” liberado, se ha vuelto incontrolable y, a veces, perversa e implacable.

El principal enemigo de la sociedad abierta —escribió George Soros en *The Atlantic Monthly*— ya no es el comunismo, sino la amenaza capitalista. Demasiada competencia y poca cooperación —dice— pueden causar inequidades intolerables e inestabilidad. El culto al éxito ha reemplazado una creencia en los principios.¹⁴⁸

Y es que la interpretación supercapitalista financiera, subyugante y hegemónica, se aprovecha de la delantera y el liderazgo en el progreso y acopio de recursos económicos y tecnológicos de los países, devotos y no devotos. Las relaciones de dependencia entre exportaciones-importaciones ha sido difícil de equilibrar para los países rezagados. Cada vez más se provoca el ensanchamiento de la brecha entre los pueblos en desarrollo, periféricos y dependientes. Los cuales esperan cambios estructurales con consideraciones sociales, reconversión de los principios axiales

148. Soros, 1997.

que dirigen el dinamismo internacional, para entrever una solución a las desigualdades y carencias. Sin embargo, los ejemplos de naciones tenaces, ya examinados, muestran que con organización, trabajo y agudeza se pueden superar los pronósticos pesimistas sobre el rompimiento del círculo de dependencia.

No obstante, los pueblos latinoamericanos, y desde luego el mexicano, deben antes remontar la estática mental que los fija a un estado emocional de despojadas víctimas. Contemplación que debilita o inhabilita para esforzarse en eludir al pez grande y aprovechado. Con habilidad y dejando autocompasiones y resentimientos, y recorriendo rutas ya experimentadas por naciones que superaron etapas similares, con trabajo, preparación y decisión, en dos o tres lustros pueden conseguir el despegar, afianzarse y autodeterminarse, como proceso reversivo al fenómeno degradante de la pauperización.

En 1820, las diferencias en el ingreso per cápita entre los países eran de 3 a 1. En 1950, la diferencia era ya de 35 a 1; de 44 a 1 en 1973 y de 74 a 1 actualmente. Las cinco naciones más ricas concentran el 85% del ingreso mundial, mientras que las cinco más pobres, sólo 1.1%. Los activos de las tres personas más ricas del mundo exceden el conjunto del producto de los países más pobres con una población acumulada de 600 millones de personas.¹⁴⁹

¿Cómo resolver la pobreza? Las propuestas las encuentro como acciones a tomar, necesarias; pero falta algo más profundo que un pensamiento, un esquema teórico-práctico que transforme la estructura íntima, el principio del cual fluye el proceso del mercado que con su mecanismo produce ese fenómeno de contradicción, impulsor de tecnologías y acumulación de riqueza, de la marginación social, cultural y espiritual del hombre moderno. Nunca la humanidad había sido tan hábil para producir progreso; bienestar y satisfactores; pero tampoco nunca se habían dado esos abismos de disparidad en la distribución de esos hallazgos de producción masiva que debieron darse para su repartición y disfrute global de toda la trama social del mundo entero.¹⁵⁰

Por otra parte, a los países hiperdesarrollados el mismo bienestar les debilita el entusiasmo y el esfuerzo inicial, les consume la visión misma de

149. Webster, 2000, p. 335.

150. Ampudia Vázquez, 2001, pp. 28-33.

progreso, y tarde o temprano avanzan a la declinación y a la ruina como sociedades, para finalmente caducar como pueblos. Estados Unidos, la primera potencia económica y el mayor mercado mundial, precisamente por esto último puede dejar lo primero: un país frugal y laborioso, productor generación tras generación durante más de tres siglos. Pero desde una apoteótica culminación, tras la II Guerra Mundial, su población joven fue acostumbrándose, cada vez más, al disfrute y al consumo, a demandar sin equilibrar la contraparte, la producción interna —como las familias que quieren fincar un abolengo financiero en el consumo, creándose un déficit y una bancarrota familiar al gastar más que sus ingresos.

Sin ahorro e inversión suficiente con recursos propios o sanos en investigación y nuevas tecnologías, el poderoso y el rico tienen que aceptar a ahorradores externos con empréstitos o inversiones externas impresionantes. Como consecuencia, su descomunal boquete deficitario es taponado por los oportunos cúmulos de inversiones procedentes de la plutocracia mundial. Así, puede subir al podium en el campeonato de las deudas externas (440,000 millones de dólares), confiados los acreedores en su colosal estructura productora y en el prestigio del rico del siglo, no importando la imprudencia de su voracidad consumista, abonada por su concepción supercapitalista y su sociología hedonista, desestabilizado el concepto de familia ya en decadencia para la generalidad de esa sociedad.

Rodar histórico de los imperios, precipitación de los colosos por la ley universal de la gravitación sociológica: lo que sube, cae. Al mismo tiempo, no se ha propuesto compartir la riqueza, ni esforzarse seriamente en mitigar la pobreza que oprime a media humanidad.

“En Estados Unidos, por ejemplo, la quinta parte de la sociedad más pobre retiene 4.8% del ingreso total del país, mientras que el quintil más rico, 45.2%.”¹⁵¹

El capitalismo exacerbado renta cara la libertad que ofrece. La nación exponente de la misma, devora los recursos del planeta. Por su parte, los sistemas totalitarios-comunistas hipotecan la conciencia y anulan las motivaciones del hombre.

151. Webster, 2000, p. 335.

Por las visiones extremas y la incorrecta aplicación de la suma expresión humana: la sujeción, no al instinto sino a sus propias decisiones, se han deslizado los “ismos” en otras lejanas direcciones. Los fundamentalismos actuales se acercan por sus categorías dogmáticas o económicas o religiosas. “Hoy los fundamentalismos de todo tipo amenazan con regresar a sociedades dominadas por ayatolas —o por gurús financieros, añadido— que apacigüen los miedos a la libertad.”¹⁵²

Una herencia del pasado siglo fue la noción revisionista de los conceptos e identidad, ante el ímpetu con el que vienen transformándose las relaciones de los pueblos, países y continentes. Se da el fenómeno de fuertes concentraciones de voluntades multinacionales en tratados y comunidades que van más allá de acuerdos económicos y políticos, para trascender las fronteras nacionales hasta llegar, un día, a la unidad social y política dentro de una pluralidad de soberanías, con una definición actualizada en que los Estados tomen decisiones comunitarias.

Como contraparte, se agudizan los sentimientos localistas que abrazan tradiciones y herencias particulares y hasta culturas fuertemente diferenciadas. Pero, proceso aparentemente de disgregación, no se opone, en principio, a las conjunciones supranacionales. Quizá, como una reacción del subconsciente colectivo, ante la universalización que se avizora para el futuro de la humanidad, se insiste en la reafirmación de los valores inmediatos extraídos de raíces regionales y de los del terruño. En algunas ocasiones los sentimientos patrios se expanden a una dimensión continental, al trasladar los ciudadanos su nacionalismo a un contexto europeo, tratándose de este caso.

Por nuestra parte, la identidad de México ha estado expuesta a un proceso que no ha terminado de solidificarse por la multiplicidad de los factores generadores y la profundidad en la gestación del mestizaje y de la mexicanidad, que vino a traducirse en un nacionalismo creciente desde la lucha independentista y que ha venido afirmándose con mayor vigor desde ese inicio.

152. Arriola, 2000, p. 25.

La identidad es algo que se construye y, por lo tanto, es algo artificial [...] abandonemos la idea de que debemos encontrar la manera natural de seguir siendo mexicanos, cuando nos preocupemos de eso, posiblemente lo seremos mucho más —recomienda Roger Batra—. Y así, él mismo expone: el nacionalismo se quedó como el de los siglos XIX y XX [...] no vamos a ser nacionalistas sino simplemente mexicanos [...] entramos en la fase posnacional, posmexicana, es necesario [que] la legitimidad y la estabilidad no se basen en la manipulación de ideologías nacionalistas.¹⁵³

Ya es tiempo de que lleguemos a lo que sigue, y esto es lo que estamos viviendo, la incursión del mundo en la universalidad, precedida de la época moderna que, comúnmente, se hace arrancar tras el Renacimiento, en su cronología, y en la que se ensancha la visión espiritual del hombre y se difunde el método experimental y empírico de la ciencia.

Así la modernidad, entendida como la racionalidad integral y no sólo económica (esto es, “neoliberalismo”), constituye un ideal humanista de vieja prosapia, capaz de preservar identidades locales e individuales en un mundo globalizado. Finalmente, hay que señalar que la modernidad constituye un proceso abierto e inacabado [...] En el mundo moderno el cambio es la esencia.¹⁵⁴

El modernismo, con su carga de significados y su multiplicidad del trasfondo cultural, es un prelude de la internacionalización de la humanidad. Sin embargo este proceso, aunque con su referencia en boga de “globalización”, no empezó hoy. Nació con el hombre mismo, con su espíritu inquieto y trashumante que traspuso todas las fronteras naturales en los albores mismos de su historia. Primero cautelosamente, luego en grupos y vanguardias de reconocimiento, más tarde en oleadas invasoras. Cada imperio, desde los orientales y de Medio Oriente hasta los occidentales, deben interpretarse como una intención, aunque parcializada, de integración o tímida globalización. Así resultaron los imperios, por sólo hablar de algunos: romano, español e inglés, como un ensayo más formal, que lograron eslabonar al Occidente con el Oriente.

El neologismo “globalización” proporciona la imagen de un mundo que se ha encogido, casi en forma súbita, por la revolución científica y los avances tecnológicos. Sin embargo, ninguno de los procesos globales, sean económicos o culturales, son

153. Hernández, Salgado y León, 2000, pp. 8 y 9.

154. Arriola, 2000, p. 20.

nuevos, sino que son casi tan viejos como la historia documentada del hombre, principalmente en Occidente.¹⁵⁵

Aunque el término es de reciente cuño —en diccionarios modernos aún no aparece—, es aplicable a todos los quehaceres humanos que han trascendido las fronteras, convirtiéndose en intereses o valores internacionales, se han introducido por todas las direcciones del globo y sin que eliminen, necesariamente, las identidades culturales colectivas, sí han logrado permearlas en diferentes grados. Como una reproducción a escala total del empuje de la Roma imperial, en que, al margen de la dominación militar y política, se comportaba liberalmente en las manifestaciones culturales con una actitud interactiva entre conquistador y conquistado: penetración y asimilación, a la vez, de los valores culturales y religiosos. Lo anterior lo podemos calificar como un antecedente preglobalizador en tan dilatado imperio. Sólo que en la reproducción actual de la internacionalización global, la imposición político-militar es sustituida por la invasión comercial o por la instalación de un proceso económico de interrelaciones regionales y mundiales.

En este rostro del planeta con intrincados enlaces, los dinámicos movimientos migratorios son una confirmación: 2% de los habitantes del mismo se deben considerar en situación de migrantes; dos millones emigran cada año de su país de origen.

Y aunque la economía trabaja principalmente en bloques regionales, esboza su vocación futura de alcanzar una integración cosmopolita, bajo cuyo signo se entiende el fenómeno de la globalización, que incluye los conceptos de libre comercio, capitalismo financiero e inversiones internacionales. Al mismo tiempo, es tal la dinámica de la globalización económica que confunde a la población mundial en sus aspiraciones y la desorienta en sus fines naturales, precipitando su conciencia social a metas meramente materiales en perspectiva reductiva del mismo hombre y del significado de verdadero bienestar, más allá de sometimientos a satisfactores consumistas.

Así, los progresos económicos se han convertido no en medios que faciliten y procuren la convivencia humana, proveedores de sus necesidades vitales, sino en un principio superior que rige y esclaviza la existencia impulsando a la ciega aidez o propiciando, a veces, la explotación de recursos naturales y el desastre de los productores más débiles y la desactivación de ejércitos laborales. Por ello, se requiere que las funciones del Estado se ajusten a los tiempos, a los movimientos actuales y a las tendencias de integración que cada día más se involucran, en proceso irreversible, hacia una sociedad mundial. “El desarrollo humano y social son consecuencias del económico. La gente debe ser el objetivo de las políticas públicas. Debe considerarse la calidad de vida como prioridad en la agenda de la globalización.”¹⁵⁶

Sin embargo, no deben defenderse posiciones extremas como

[...] aquellos que reducen la racionalidad modernizadora a la economía, [al] afirmar que la soberanía, el nacionalismo y el Estado se han tornado conceptos obsoletos. A los dos primeros oponen la globalización y al Estado el mercado. Éste ha sido una construcción del espíritu humano y por ello su papel no está predeterminado, sino que debe ser definido, en cada país, en función del pasado inmediato y de un proyecto político. La modernización de las sociedades y la tendencia a extender a todos los rincones del planeta [la globalización] requiere de un nuevo, pero más activo papel del Estado [...]¹⁵⁷

Luego, el mismo autor opina que no es posible mejorar las expectativas de ningún país refugiado en el aislamiento; que la llamada globalización aún no se da por el momento, porque las vinculaciones económicas aun guardan características diferentes, que entre los tres bloques actuales aún persisten barreras proteccionistas y que el resto del mundo participa marginalmente en los procesos económicos internacionalizados.

Por su parte, un informe del Banco Mundial considera:

Las sociedades y economías de todo el mundo se están integrando cada vez más. La integración es el resultado de reducción de los costos de transporte, menores barreras comerciales, una comunicación más rápida de las ideas, crecientes flujos de

155. *Ibidem*, p. 18.

156. Webster, 2000, p. 336.

157. Arriola, 2000, pp. 23 y 24.

capitales y una presión cada vez más intensa hacia la migración. La integración —o “globalización”— ha generado ansiedades con respecto a una creciente desigualdad, la transferencia del poder y la uniformidad cultural.¹⁵⁸

La globalización [requiere] de instituciones políticas nacionales más fuertes, que aporten un entorno propicio al crecimiento dinámico del sector privado, que garanticen mercados eficientes y el imperio de la ley, y que protejan los derechos laborales y el medio ambiente.¹⁵⁹

Por otra parte, para la incursión de una economía en los mercados globales son necesarias adaptaciones urgentes al aparato estatal que le permitan funcionar de una manera eficiente, sin las tendencias a la corrupción que se dan, sobre todo, en algunas latitudes y con las cuales esté preparado para liberar las energías emprendedoras de los ciudadanos comprometidos con la productividad y la eficiencia. Y aunque se trata de funcionar en una economía de libre mercado, el Estado debe guardar el difícil equilibrio que garantice el mercado, pero sin renunciar a intervenir, cuando sea necesario, contrarrestar los comportamientos erráticos en los movimientos internacionales, a corregir la estructura irregular de los ingresos, a moderar los desajustes en la asignación de los recursos y, asimismo, a estar junto con la sociedad, atento a salvaguardar el medio ambiente y las demandas sociales.

Al fin, debemos buscar el Estado —como afirma José López Portillo— en el mundo objetivo y llenarlo de un contenido permanente y orientado en razón de fines.¹⁶⁰ Se requiere fortalecer la capacidad para maniobrar en un escenario interno de estrechos márgenes, dado el impacto continuo provocado por el vaivén de las variables exógenas en un mundo supranacional, sobre todo en los movimientos financieros, tan influyentes y escurridizos. Bien son conocidas las amenazas que provoca esta estructura mundial en una economía dependiente, susceptible de que el pez chico sea el alimento cotidiano del pez grande, en que la competencia calculadora e inmovible, y que a pesar de ser tangible

158. Feinberg, 2002, p. 31.

159. *Ibidem*, p. 33.

160. López Portillo, 1976, p. 392.

e inmediata, opera fuera de las fronteras nacionales, lejos de ambientes regionales o locales.

La perspectiva micro concibe a cada país como una empresa que navega en el océano de un mercado planetario. La macro sostiene, en cambio, que los que compiten en el mercado mundial son sistemas antes que empresas o, en todo caso, firmas insertas en redes económicas y sociales articuladas, en primer lugar, en el espacio de cada Estado nacional. La producción, la acumulación de capital y el cambio tecnológico se realizan a escala planetaria. La globalización [habrá] disuelto pues, los espacios nacionales para integrarlos en un sistema mundial sin fronteras.¹⁶¹

Sabemos tradicionalmente que los países que han sustentado el desarrollo y los que más recientemente han asumido este estatus por sus logros evidentes, se han articulado al mundo globalizado promoviendo en sus respectivos entornos la estructura interrelacionada de su aparato productivo. Así, se ha generalizado el diseño e implantación de redes integradoras que han pasado de la subcontratación subordinada a la innovadora. Las empresas medianas y pequeñas se obligan entre sí, y la que se presenta como organizadora o como coordinadora, se compromete a una producción contratada que, de una manera solidaria, distribuye mediante subcontratos con el resto de los negocios participantes en la red, de lo que resultan esquemas creativos, alianzas estratégicas, cooperación interempresarial, en igualdad de intereses, entre las partes, como una apertura a los consensos productivos que pueden todavía consolidarse y perfeccionarse en este siglo:

Consortios, cooperativas, alianzas estratégicas de participantes multinacionales, lo que se podrá traducir en reducción de riesgos, economías de escala, avances tecnológicos, integraciones verticales y horizontales, expansiones y reducción de una irracional competencia. La productividad al servicio de lo que se ha expresado como “la competitividad basada en un encuentro de competidores”. Los copartícipes de las alianzas se responsabilizan proporcionalmente de la participación suscrita en el programa total.

Ante las fracturas de las fronteras nacionales se desemboca en la elaboración de una urdimbre mundial de un hiperespacio en que se intercambian los flujos financieros y se movilizan altas escalas productivas; y dada la asimetría y la multiplicidad de

161. Ferrer, 1994, pp. 38 y 39.

los actores, se resienten fracturas en el sistema y situaciones desventajosas para los participantes con debilidades congénitas, en contraste con la fortaleza de los líderes tradicionales y los de nuevo cuño, cuyo secreto ha sido la importancia adquirida por sus pequeñas y medianas empresas. Así, llámense potencias económicas: Alemania, Japón, Estados Unidos, Italia, Taiwan, etc., en los que, en mayor o menor medida, la fuerza de su economía viene a resultar de la formación de apretada urdimbre micro y midiempresarial.

Los científicos sociales que investigan las megatendencias apuestan por los empresarios de la micro, pequeñas y medianas organizaciones como los nuevos dirigentes de la economía mundial pues, ante un entorno en constante movimiento, el tamaño de sus negocios facilita tanto el tamaño de la flexibilidad y rapidez de respuesta como la capacidad casi infinita de establecer alianzas con otras empresas semejantes en proporciones e intereses, de tal manera que su área de influencia crece a niveles insospechados, mientras que los costos se mantienen controlados y permanentemente bajos.¹⁶²

Por otra parte, estructuras empresariales en las que se apliquen modelos de cogestión administrativa y representatividad de la propiedad de los negocios, tendrán que multiplicarse como una manifestación democrática y diversificación de responsabilidades en la administración y repartición de la riqueza productora. Las pequeñas y medianas empresas, para competir en las aguas de la internacionalización, tendrán dentro de la agrupación y cooperación que esforzarse y acercarse a la posesión de los factores que convierten a las grandes empresas en más productivas: conocimiento y aseo en la aplicación de los métodos administrativos, investigación tecnológica, información en costos, manejo científico de proveedores, rotación de inventarios, análisis de clientes y competencia, aplicación de programas de calidad total y competitividad en mercados globales, oportunidades en selección de tecnologías e innovaciones, normas de calidad, reinversiones y modernización de equipos.

En México, desde hace lustros es considerado el poder estratégico constituido por la formación reticulada de la pequeña y mediana empresa como un instrumento inmediato y maleable para el desarrollo. En la década anterior este nivel de negocios en el sector industrial representaba casi 97%, dejando lo restante a los extremos, la micro y la gran

162. Patiño Márquez, 1999, p. 7.

industria; y absorbía, asimismo, una tercera parte del personal ocupado del sector señalado.

Además, facilita la formación de servicios comunes de infraestructura y el establecimiento de centros asociados de representación, capacitación, asesorías, compras de tecnologías, de insumos, de publicidad y lanzamiento de productos, así como de unidades de acopio, con lo que se abaten costos y se pueden establecer precios competitivos.

Por lo tanto, dada esa flexibilidad para la adaptación y aplicación rápida de tecnologías, puede tener una respuesta rápida a la versatilidad de los mercados. Aunque esta coordinación de grupos y de cadenas es posible que confronte inercias sociales que tornan lentas las consolidaciones empresariales por la desconfianza hacia las asociaciones extraconanguíneas. De la misma manera, el burocratismo y los altos índices de corrupción vuelven pesados los propósitos de integración.

Por otra parte, los empresarios de empresas medianas sí están familiarizados en un buen porcentaje (alrededor de 60%) con la asistencia técnica, la capacitación y la preparación profesional. Estas empresas, medianas y menores, y aun las grandes, mediante la estructuración en unidades y centros coordinados —como respuesta al gigantismo burocrático interno y a las tensionadas líneas de las macroadministraciones— están siendo, dentro de una disciplinada y cooperadora integración, el modelo actualizado de las economías exitosas embarcadas en las revueltas aguas de un *mare nostrum* mundial dentro de un comercio exterior globalizado, que se dispersa por la rosa de los vientos de una huracanada competencia. Funcionamiento del mercado planetario con despiadadas libertades o cerradas restricciones, también, que retransmite los desequilibrios y las disparidades, principalmente a los países más débiles o menos eficaces, en cuyo interior suele darse, a su vez, la inequidad y la asimetría del desarrollo intrarregionalmente.

Estas naciones, y las consideradas dentro del despegue económico y las que tienen algún avance en el fenómeno de la globalización de los mercados, en los que pueden padecerse todos los métodos irreverentes, deben enfrentar la ferocidad de la competencia, defender a sus ciudadanos y reconocer que sólo con un acercamiento a los niveles internacionales de capacitación, educación y conocimiento podrán, ya no únicamente avanzar, sino impedir una regresión económica y social de consecuencias

catastróficas. Se reconoce, tradicionalmente, que los cambios acelerados provocan más rezagos sociales y distanciamientos tecnológicos en los niveles del conocimiento. No es posible incrementar el bienestar de una población con prácticas autárquicas y confinamientos. Se debe salir a competir mediante métodos que aseguren la productividad, los que sólo se consiguen elevando los niveles educativos y de capacitación laboral para movilizar recursos con tecnologías de vanguardia.

Antes de desatar las fuerzas económicas y conseguir las vías del desarrollo es imprescindible abrir las energías culturales. El futuro se avizora repartido entre países inmersos en una economía del conocimiento, y entre el resto que formarían un regimiento de productores en masa.

De Andrés Webster, de su reporte *La agenda social del siglo XXI. Hacia una sociedad creativa*, entrelazamos algunos párrafos:

El mundo es más que la economía. Y la economía mundial más que el flujo de dinero. El recurso más importante en esta nueva era es el conocimiento [...] El avance tecnológico influye también en los cambios sociales. No sólo facilita la producción, también implica que se genere mayor investigación e información pública [...] Este fenómeno, que se conoce como la revolución del conocimiento, tiene consecuencias negativas para los trabajadores menos capacitados ya que provoca su exclusión. A pesar de los beneficios de la sociedad moderna también se percibe el aumento de la desigualdad, la fragmentación y polarización entre las sociedades [...] Asimismo, muchos de estos países [más avanzados] han visto crecer sus tasas de desempleo drásticamente. La inversión en educación es, pues, prioritaria. Está comprobado que el ingreso aumenta proporcionalmente a ésta. Los países desarrollados están conscientes de que la educación profesional es a la economía del conocimiento lo que la secundaria era a la industrial.

La tecnología no será usada para mejorar la creatividad humana, sino para sustituirla. Se generará cierto crecimiento económico pero no como resultado del aprendizaje del hombre, sino de la alta producción de bienes tangibles y servicios automatizados. La población estará inmersa en el ocio u ocupada en algunos servicios; otros fungirán como administradores y algunos en actividades artísticas o artesanales [...] la revolución tecnológica ha ido acompañada del aumento del conocimiento y capacidades de los trabajadores. Estaremos, pues, en el (escenario) contrario: el del aumento del conocimiento y el de la globalización.

Hodgson establece una serie de supuestos que se darían en el siglo XXI para abordar a la sociedad del conocimiento: [...] tanto los productos como los procesos de producción, se vuelven más complejos [...] La complejidad en un sistema económico significa una creciente interacción entre los seres humanos y entre éstos y

la tecnología. En la medida en que la complejidad aumenta, se requieren mayores niveles de conocimientos avanzados y habilidades de los trabajadores [...] el éxito de las compañías [depende] de la capacidad de innovar y mejorar constantemente; es decir, de adaptarse a los cambios vertiginosos que la sociedad enfrenta. El trabajo va más allá de la manipulación de materiales: requiere de juicios, y éstos, inevitablemente, envuelven el desarrollo del conocimiento [...] aquellos [trabajadores] que tengan conocimientos avanzados y la capacidad de adaptarse a los cambios, son más valuosos [...] En esta sociedad, los trabajadores no son sólo trabajadores, son recursos.

Es previsible que en el futuro nos encontremos con una alta proporción de máquinas “inteligentes” asociada con trabajadores capacitados. El ser humano requerirá desarrollar una labor más intuitiva, compleja y de interacción humana en aspectos en que las máquinas son incapaces (Hodgson). Mientras que los trabajadores se convierten en especialistas y realizan actividades que nadie mejor que ellos conocen, sus supervisores no pueden estrictamente evaluar su labor y deben tener otro tipo de cualidades que no obstruyan tal desarrollo individual. Habrá organizaciones más planas en que la importancia del estatus o rangos disminuye [...] bajo el nuevo esquema de la sociedad de conocimiento, se requiere que los empleados reciban una educación durante toda su vida productiva [...] una mayor inversión en educación para aumentar la oferta de estos trabajadores [capacitados]; de tal forma se reduce la inequidad en la distribución del ingreso. La complejidad en la sociedad creativa debe encontrar formas de contener, dentro de un marco de tolerancia, las fuerzas de la inequidad [...] Asimismo, requiere adaptar instituciones que no hacen más que limitar la creatividad y las diferencias, como las burocracias centralizadas o sistemas escolares uniformes.¹⁶³

Dentro del juego de las nuevas manifestaciones que nos depara el siglo —algunas ya se iniciaron— en relación con la organización de la empresa y la estructuración laboral, encontramos los programas, que ya se han estado aplicando, del “tiempo flexible”, en los que dentro de un horario vertebral se hace coincidir la asistencia de todo el personal de la institución o empresa, el cual debe completar sus jornadas personales según sus intereses o necesidades.

Por otra parte, existen otras nuevas tendencias en la relación empleo-trabajo. Actualmente las empresas llenan sus necesidades laborales ofreciendo un empleo con un puesto definido, con actividades establecidas y posibilidades de ascender dentro de los diferentes niveles en el diagrama

163. Webster, 2000, pp. 333-336 y 380-383.

organizacional. En otro camino, se establece una relación contractual permanente sin acotaciones de tiempos, ordinariamente, para el empleado, el cual recibe la retribución salarial y las prestaciones convenidas que, por su parte, cumple sus compromisos.

Actualmente empieza a enfocarse un concepto más hacia la contratación de capacidad y conocimiento, que el concertarse una relación de empleados, lo que facilita la inclusión de personas y no de subordinados, sobre todo para edades medianas o mayores. Así, se ofrece la posibilidad de cubrir un "trabajo" específico en desarrollo o proyecto establecido sin definición en los horarios de operación o ejecución, pero con un compromiso para su ejecución en lapso determinado. Favorece esta tendencia la práctica del autoempleo, en la que se ofrecen conocimientos y la empresa, sin un compromiso tan estrecho, recibe como propietaria bienes y servicios del proveedor de los mismos, los que podrá organizar y ejecutar, desde su hogar, de una manera más independiente en la distribución del tiempo para cumplir lo concertado. La expansión de esta modalidad también, las operaciones de supervisión, porque cada trabajo se desarrollará con una responsabilidad que incluirá en sí la autosupervisión. El factor humano participará en la producción dentro de programas que abarquen todos los ángulos de su formación laboral e interés personal: estímulos monetarios y reconocimientos, capacitación técnica y organizacional, motivación para la excelencia y la calidad total, conocimientos en problemas administrativos, laborales y económicos, integral con temas familiares, comunitarios y de valores.

Otra característica que podrá vivir la comunidad mundial en siglo XXI será la intensificación y multiplicación de los sistemas de información, lo que acabará definiéndola como "sociedad de la información". Estará tan extendido y será tan natural este fenómeno, que terminará por percibirse con cierta indiferencia, lo que traerá varias consecuencias en la vida y relaciones de la humanidad.

Ha nacido una nueva forma de leer y escribir. Un nuevo mundo de analfabetas se ha creado de repente. La universidad aparece como el promotor ideal de la alfabetización informática. Un nuevo mapa del mundo se está dibujando. La incorporación de las nuevas tecnologías de información (NTI) abre de manera drástica los horizontes de convivencia e intercambio. Las herramientas informáticas ofrecen mayores posibilidades de trabajo y dan apertura a un trabajo mercantil que hace sólo [cinco] años

no existía. Las relaciones multilaterales son ahora multilaterales, la independencia es interdependencia, lo singular es colectivo.¹⁶⁴

Las universidades como santuarios despiertos del conocimiento, en la actualidad de manera insensible han ido incursionando más íntimamente en las complicadas estructuras de la sociedad. Al revisarse a sí mismas, han redescubierto la necesidad de vinculación con la comunidad de una manera integral, no sólo como promotoras del saber abstracto y de la innovación tecnológica, sino como catalizadores de la promoción social y de los valores ecuménicos de la humanidad. Es un hecho en nuestra época la incontenible invasión informativa, vía avances electrónicos y la integración económica con nivel planetario.

Por otra parte, se han aplicado modelos y se han intentado planes de desarrollo para, al menos, no experimentar regresiones en el combate a la pobreza y estancamiento en los llamados países tercermundistas. Tratando de despertar sus economías, algunas de estas naciones han aplicado fórmulas que incluyen políticas de distribución del ingreso, abatimiento de regulaciones, reasignación y rebaja de funciones gubernamentales, revisión y adecuación tributarias, esfuerzos por reducir las inequidades fiscales y por liberar el comercio; pero estas y otras medidas han resultado sólo estabilizadores de la economía y paliativos ante las injusticias sociales, pero no soluciones, ni cambios propulsores de un crecimiento sostenido que destierren turbulencias financieras, deterioros de la relación de intercambio, desequilibrios presupuestales, tensiones de mercados.

Están presentes sentimientos de impotencia para avanzar, para abatir desigualdades; impresiones de sometimientos comerciales y coloniaje económico: condicionamientos aptos para la explotación y dominación, para políticas excluyentes y creación de víctimas de un capitalismo devastador. Por lo que aparece éste inadaptable para la mayoría de los países, desconcertados por esta trama económica portátil, multiusos, pero incapaz de ajustar diseños y de adaptar proyectos a la configuración y al relieve estructural económicos de naciones desesperadas. Usuarios forzados de una plantilla universal que por inadecuada para casos particulares no

164. Medina J., 1999, p. 2.

puede funcionar eficazmente. La verdad es que esta fantasía no se transforma en realidades si no es por el esfuerzo, la audacia y la conjunción de voluntades. El capitalismo funciona como devastador y controlador, y bajo la dirección de naciones avanzadas dificulta, si no es que impide, la participación de las ventajosas condiciones a los pueblos rezagados. Esto al margen de la libre empresa y sin renegar del funcionamiento del mercado.

Por su parte, México no puede prescindir de la “aldea global” y vivir aislado, metido en una autoclave para una constante operación aséptica o soñando en un desfase de los tiempos como restauradores o instauradores de una utopía moderna. La audacia de los mexicanos consistirá en que, sin excluirnos del tejido mundial comercial y económico, aportemos nuestras propias soluciones que nos reafirmen como nación y permitan desarrollarnos económicamente en el ejercicio de la justicia y solidaridad sociales.

Los mexicanos tenemos que inventar nuestro propio desarrollo, y luego, si queremos, podremos darle un nombre y tipificarlo [...] hoy nadie ofrece ni siquiera el esbozo de un concepto nuevo, ya que la idea de otra sociedad se ha vuelto imposible de pensar, “de modo que hemos aquí, condenados a vivir en el mundo en que vivimos”.¹⁶⁵

Por supuesto que nuestro país, al navegar por corrientes internacionales, involucrado en una economía de mercado, pero sin verdades absolutas sobre el mismo, comprometido en el juego ineludible de la globalización, debe estar atento a conseguir más escaleras y a no precipitarse en el tobogán de las serpientes. Al fin, lo que se busca es el bienestar de la población, la oportunidad del desarrollo social y la posibilidad de producir puestos bien remunerados, producir y compartir los avances para de inmediato abatir la pobreza ancestral con un plan realista y factible.

La fortaleza de una sociedad no resultará del mercado sino de la promoción de los valores y de las condiciones sociales de los individuos que lleve a cabo un Estado comprometido con el desarrollo del país. La democracia y la libertad no florecen sin el mercado, pero éste es incapaz de promoverlos [...] requiere la [globalización]

de un nuevo, pero más activo, papel del Estado que permita el surgimiento de los valores y condiciones favorables para el desarrollo de los individuos [...].¹⁶⁶

Desde luego que el funcionamiento de la sociedad no debe ser como el de un mercado. Es importante que se logre arrancar del sistema la mentalidad y práctica de considerar el trabajo humano, técnicamente, como una parte del capital; tampoco, como un recurso, confundido como parte de los insumos naturales. El hombre es un “factor”, un ejecutor y receptor que ha de compartir los beneficios de la inversión y de su labor, no de una manera marginal sino como la de un actor principal al que debe privilegiarse dada la dignidad de su naturaleza pensante y volitiva. No pueden tratarse sus funciones como objeto de lucro, como material de comercialización.

¿Descubrirá el hombre del siglo XXI un sistema más humano y funcional que logre superar la codicia y cuyos principios se constituyan en el material de construcción de la nueva sociedad, menos ávida, más equitativa y más feliz? El capitalismo, en su contexto histórico, dentro de su esquema de libertades, ha sido incapaz de resolver problemas de marginación, desmayos cíclicos, desconocimiento de la dignidad del hombre, de millones de personas. A la economía, como teoría, se le ha intentado encuadrar en un armonioso sistema despejando la ecuación mediante la composición de sus “términos” como: economía social de mercado, economía de mercado social o mercado de economía social.

Conseguir partiendo de una economía mixta como lo es la economía mexicana, la economía de mercado, es una tarea de tipo político. Agregarle las responsabilidades sociales, una cuestión ética. Convertirla en social requiere de una verdadera revolución, no socialista, sino social.¹⁶⁷

La terminología y definiciones cuentan menos que la voluntad de encontrar soluciones con una actitud de racionalización económica y de justicia con la sociedad, principalmente con sus miembros más rezagados que resienten las fracturas históricas del desarrollo y los olvidos prefabrica-

165. Arriola, 2000, p. 25.

166. *Ibíd.*, p. 24.

167. Damm, 1977, p. 13.

dos. Desde luego, no se han sumado al humanismo promotor los regímenes de antropofagias colectivistas, ni los sistemas de voraces decisiones productivas, fabricantes de famélicos y marginados, resultantes de la aplicación de fórmulas sociales residuales o derivación de escalas ávidas de lucro capitalista.

Los organismos internacionales delirantes, a veces rígidos o inmovibles, no han tomado su papel de liderazgo, tráfugas de los intereses que los generaron para que se convirtieran en baluarte de la sociedad que espera ilustración y humanismo que, al fin, se descubra al hombre ya apartado de masacres y genocidios, y viviendo en un planeta como una casa común, respetado del “ecocidio” y preservado de la catástrofe. No obstante, la opinión pública a nivel nacional e internacional empieza a ser audible y a manifestarse con fuerza decisoria. Y pesar de intentos fallidos y soluciones fracturadas, el diálogo prosigue como una forma práctica entre grupos, instituciones, instancias gubernamentales y aun entre naciones, para llegar a entendimientos como fruto de la democracia, o como un subproducto solamente.

La cultura, callada o estruendosamente, prosigue con su tendencia al cosmopolitismo. Así, las culturas nacionales arrastran a la población a un mundo homogéneo, a la internacionalización de la dimensión humana. Esto sin que se olviden —al contrario, a veces quedan ancladas con mayor fuerza— las manifestaciones e intereses localistas o regionalistas.

Los cambios que se viven en la sociedad contemporánea pueden crear círculos virtuosos que generen prosperidad y mejoren la calidad de vida; sin embargo, también pueden ser una fuente de diferencias que desencadenen en mayor desigualdad, disonancia social, conflictividad y destrucción [...] las diferencias y disturbios que acompañan las transiciones socioeconómicas abren oportunidades para compartir el conocimiento y el bienestar. Prevenir que las diferencias se estrechen deberá ser prioritario en la sociedad futura.¹⁶⁸

Ante la realidad de un mundo cada vez más forzado a parecerse a un entramado internacional, en funciones financieras, económicas y tecnológicas aparecen nuevas instituciones multilaterales menos protocolarias,

168. Webster, 2000, p. 383.

dispuestas a dialogar, a revisar el sistema para encontrar caminos viables dentro de la confusión del tránsito comercial y productivo, congestionado por el proceso globalizador.

Para algunos teóricos y pensadores:

Otra característica es la convicción posmoderna de que ésta es una época que representa el fin de la historia. Por supuesto que este fin de la historia no es entendido en un sentido apocalíptico, o catastrófico, sino más bien como una época posthistórica. Heredera de la Edad Moderna la posmodernidad es, en cierto sentido, la crisis de aquélla.¹⁶⁹

Nuestro país, instalado en la cosmografía cultural y pluralidad étnica ancestral, parado en el presente incierto, pero convencido de su poder para transformar su futuro mediato a pesar del retraso del esfuerzo y del desfase de los tiempos, reconoce “que la inserción en el sistema mundial profundiza las fracturas sociales a menos que se concierten la realidad interna e identidad cultural de cada país”.¹⁷⁰ Como condición inmediata, México debe concluir su aprendizaje político y manejar la concertación con naturalidad, dada la pluralidad de opiniones y posiciones que se dan en una democracia. Con esta acción, entre otras muchas, urge que emprenda la ampliación de su mercado interno como estrategia para asegurar su economía y procurar la redistribución del ingreso, de acuerdo con las demandas de desarrollo y modernización del país. Esta medida sería el blindaje directo contra los embates y vaivenes de los mercados internacionales.

De este modo, dentro de un mundo en el cual operan numerosas fuerzas centrípetas, el orden interno sigue siendo decisivo en el desarrollo económico y social de los países. Dicho de otro modo: exportar es indispensable pero el mercado interno es esencial; la inversión extranjera es necesaria pero el ahorro interno es la fuente principal de la acumulación del capital [...] La apertura incondicional constituye, en definitiva, una vía segura para quedar al margen de las corrientes de la economía mundial. En éstas, sólo participan los países que realizan procesos internos de desarrollo social,

169. Kleeman, 2003, p. 17.

170. Ferrer, 1994, p. 39.

elevación de la calidad de vida de su población, diversificación de su estructura productiva e incorporación de actividades de creciente contenido tecnológico.¹⁷¹

La orientación hacia el mercado interno constituye una movilización de los recursos —para una población en la que sólo 50%, de alguna manera, trabaja en el mercado real— y la expansión hasta lograr que todos los mexicanos tengan la capacidad de ingreso para demandar los satisfactores comunes de una vida frugal. Ajustar el modelo con calidad y precios competitivos sería el factor a conseguir para contrarrestar las variables exógenas que nos conducen a mayores importaciones. Otra acción inmediata como prioridad nacional es necesaria al margen de intereses partidistas: la adecuación de los recursos a los requerimientos del gasto público, para que el Estado adquiera la capacidad de atender las necesidades y conducir los cambios para actualizar al país y para llevar a cabo las reformas sociales y tecnológicas que permitan el funcionamiento del mismo, dentro de los esquemas tan asfixiantes y competitivos impuestos en la comunidad internacional. Dada la disparidad de opiniones, en las reformas el primer acuerdo debería centrarse en la formación de una comisión plural, integrada por expertos de diferentes disciplinas e instituciones: fiscalistas, especialistas universitarios, sindicatos laborales y patronales, economistas, administradores, para discutir el proyecto con sus repercusiones y exponerlo a la consideración pública y al acuerdo con los grupos afectados e interesados, en un debate de altura en el que se consiga la aceptación nacional.

No es posible transformar fácilmente a México de un país con resabios aún feudales y con centralismos, a una nación abierta con oportunidades para todos sus ciudadanos.

El sistema impositivo apenas consigue rebasar 10% del PIB. En cambio, algunos Estados con mayor avance en seguridad social, recaban hasta 50% de su propio producto nacional. Los causantes lo aceptan cuando saben que esos recursos son encauzados al bienestar de todos. Una estrategia de reestructuración de la deuda pública también es necesaria, la que, una vez lograda, compactándola y mejorando la cronología de

los servicios, y suavizados los impactos de las obligaciones, se abatirán las presiones presupuestales anuales a niveles manejables y será posible mayor gasto social y flujo de inversión.

Privilegiando voluntades en un afán de acuerdos inmediatos, podemos deslizarnos por desconocidas sendas de estancamientos y retrocesos. Las obligaciones de la deuda se han tensado de tal manera que han llegado a superar la mitad del presupuesto nacional. El monto de la misma se multiplicó en cerca de 30 veces, desde “el modelo estabilizador”. Esto nos da pie para suponer que esa diferencia financiera ha contribuido como pesado lastre para impedir el manejo de una hacienda sana y promotora del desarrollo, al margen de la dependencia y decisiones acartonadas de las instituciones internacionales y de los condicionamientos de los gobiernos extranjeros. El endeudamiento externo debe aceptarse como un complemento acelerador de la economía nacional, no como una sustitución para nuestras imprevisiones y para nuestra pasividad en el ahorro.

Un actor más en nuestras perezas financieras lo constituye el sistema bancario, cuya débil intermediación —el M4 sobre el PIB ha llegado a índices pobres menores a 50%— le impide ser un factor de promoción del préstamo para la inversión, lo cual es su función, precisamente, en una economía moderna. Con esta deficiencia, su participación en el crecimiento baja y con la casi renuncia a la prestación de sus servicios de proveer utilidad y tiempo al financiamiento, provoca la proliferación de otras operaciones sucedáneas de dudosa conveniencia y seguridad.

Consigno una última acción como importante condicionante para inscribir a México en un camino seguro de un progreso pospuesto por décadas u olvidado en statu quo, y por momentos en una situación de regresión, que afrenta su futuro y denigra su historia. Esta acción, lo reiteramos, como premisa para asegurar el porvenir de su población, no es sino la necesidad de una campaña nacional de educación, impostergable e imprescindible, sin la cual sólo se forjarían quimeras en la intercepción del futuro promisorio y en la aventura de transformación social. Por lo que “hay que armar la cabeza y sólo después las manos” —glosando a Máximo Gorki—. Una vez dado el impulso a nuestra ilustración, con mayor capacidad y conocimiento podremos penetrar los secretos de la tecnología y aplicarlos en las cadenas de producción según las necesi-

171. Ídem.

dades internacionales. Los mexicanos estamos ya en la posibilidad de seleccionar lo conveniente para nuestro porvenir. La visión del futuro se hizo presente. El mundo globalizado nos envuelve y cualquier posición opuesta nos obligaría a nadar contra la corriente, cuando lo que procede para no afectarnos es la preparación y la adecuación en la medida de nuestras posibilidades.

La posición no será la de fabricarnos un enfrentamiento y vivir fuera de la realidad, sumergidos en posición neurótica de proporciones nacionales, sino asumir el cambio, contrarrestar los efectos secundarios, evitar descuidos que nos orillen a traumáticas alteraciones sociales; establecer un prudente cerco de protección, puesto que no es posible vivir en el aislamiento, acelerar la misma integración interna en una combinación de “aldeanismo” con universalización; desterrar las discriminaciones internas; y el reconocimiento a un ejercicio autónomo, discreto y constructivo política y socialmente, para las etnias del país. Proyección milenaria y juego cósmico de nuestra historia.

Aceptar el riesgo de una economía mundial: “Aunque la globalización produce ganadores y perdedores, y política y moralmente es apropiado que los ganadores compensen a los perdedores, suavizando sus procesos de transición hacia nuevos empleos [...]”¹⁷² Sin embargo, cuidando actitudes de transculturación meramente imitativas, la devastadora influencia de los medios de comunicación mundial, promoviendo un programa de educación que transparente e inculque nuestra riqueza cultural, caminaremos a la afirmación de nuestra identidad en sus facetas más crípticas: tradiciones, historia, valores.

Por otra parte, con sabiduría selectiva aceptar las benéficas inspiraciones de otras culturas y civilizaciones y rechazar antivalores, consumismos enajenantes, vacíos espirituales. Proporcionar educación y capacitación para exaltar nuestras virtudes patrias y desprendernos de temores, atavismos y lastres que nos permitan, sin una defeción del pasado, adaptarnos a las nuevas instalaciones del mundo moderno, tecnológico y globalizado para que, firmes en nuestra identidad, con audacia, podamos como mexicanos expresar al hombre universal del tercer milenio.

172. Feinberg, 2002, p. 34.

Al inaugurarse el siglo XXI se abre la “eternidad” del tercer milenio con proyección de maduración natural para el pueblo mexicano, el cual, en un despilfarro de la energía nativa, se ha distraído en evocaciones genéricas de su pasado y de regresiones imposibles, azuzado por soñadores paralizantes anclados en el tiempo. Nuestro pueblo, forzado a entender y a recurrir al presente, empieza a asimilar las provocaciones experimentadas y a tender lazos a un porvenir, aunque fortuito, en la perspectiva de adaptarse a la existencia y al destino. Destino delineado por una realidad incontrovertible: un mestizaje, causa de controversias para muchas mentes paralizadas e inmutables que no entienden y no aceptan el estoicismo del pueblo mexicano a través de la historia.

Los humanos han producido y padecido entre sí, contradictorias violaciones y aberrantes violencias y, a pesar de ellas, han ido forjando la civilización, en la que han logrado sobrevivir y desarrollarse. Quizá, sin tales taquicardias, durante un angustioso proceso histórico el aburrimiento vital, el desinterés y la inanición hubieran impedido desatar a los hombres esa energía con que han superado el continuo trauma, alimentado por las debilidades temperamentales de unos y los excesos belicosos de otros. Así, sin las ambiciones imperiosas, probablemente la civilización hubiera frenado su desarrollo, o al menos lo hubiera postergado. En forma pausada la humanidad, tras épocas de reflexión, empieza a alentar movimientos reivindicatorios de las culturas nativas, lo que ha abierto una tendencia mundial al localismo, al nacionalismo regionalista, que ha tocado al Continente Americano.

Motivado el mexicano, aceptará la necesidad de emprender colosales trabajos y se adaptará a la inmensidad del tiempo para no caer en la desesperación de lo inmediato. Estupefacto, se sorprenderá de su capacidad de realizar lo complejo, instigado por la idea de superación al descubrir panoramas insospechados de cultura y vivencias de mayor calidez humana. En fin, humano y educado, habrá de derrocar la intención meramente utilitarista, y habrá de colocarse en la perspectiva del hombre, migrante empedernido y soñador convicto, en su navegar por la historia y por el cosmos. Aunque dúctil, nuestra raza no se presta para ser modelada como un pueblo mecanizado, desabrado para la vida y estéril para la existencia.

Bibliografía

- Alejo López, Francisco Javier (2000) "El reto del equilibrio regional", *El Mercado de Valores*, octubre. México: Nafinsa.
- Ampudia Vázquez, Nora (2001) "Cuando la pobreza se globaliza", *Istmo, Centros Culturales de México*, enero-febrero, México.
- Ardavín M., Bernardo (1996) "Propuesta empresarial para la recuperación económica", *Boletín Empresarial*, Guadalajara, agosto.
- Arriola W., Carlos (2000) "Globalización, modernidad y Tratado de Libre Comercio", *El Mercado de Valores*, julio. México: Nafinsa.
- Barnes Harry, Elmer (1955) *Historia económica del mundo occidental*. México: UTEHA.
- Batarse, Guillermo F. (1987) "El juego de competir", *El Informador*, 9 de enero. Guadalajara: Unión Editorial.
- Bianucci, Piero (1978) *De los átomos al cosmos*. España: Daimon.
- Boletín Empresarial* (1997) "¿Qué está pasando en Europa?", julio. Guadalajara: CEJ.
- Bridges, William (1994) "El fin del empleo", *Fortune* (publicado en *Istmo, Centros Culturales de México*, 19 de noviembre).
- Cano, Gustavo y Abraham Zamora (1991) "El neoliberalismo en América Latina", *Expansión*, 27 de noviembre. México: Grupo Editorial Expansión.
- Carandell, José María (1981) *Japón, viaje por su vida y su belleza*. España: Ediciones Castell.
- Carneiro, Roberto (2001) "Perspectivas para la educación en el siglo XXI", *Magis*. Guadalajara: ITESO.
- Carrión, Carmen (2002) "La educación con sentido de realidad", *Revista Futuro de Excelencia*, octubre. México: Mexicana de Becas.
- Carson B., Robert (1971) *The American Economy in Conflict*. Estados Unidos: Heath.
- Damm A., Arturo (1977) "Las cuatro economías", *Boletín Empresarial CEJ*, julio, Guadalajara.

- Drucker, Peter F. (1986) "El cambio en la economía mundial", *El Mercado de Valores*, 25 de agosto. México: Nafinsa. (Traducción de Carlos Ávila R.)
- Egurbide, P. (1992) "Preguntas sin respuestas: Roma", *El País*, enero.
- Expansión (1996) "Capital monetario y capital social", 14 de agosto. México: Grupo Editorial Expansión.
- (1997) "Editorial", 26 de febrero. México: Grupo Editorial Expansión.
- (1997) "La finalidad de las empresas en cuestión", 10 de sept. México: Grupo Editorial Expansión.
- Feinberg, Richard G. (2002) "Diálogo APEC sobre globalización y pobreza", *El Mercado de Valores*, julio. México: Nafinsa.
- Ferrer, Aldo (1994) "Competitividad y orientación de las políticas económicas y sociales", *El Mercado de Valores*, septiembre. México: Nafinsa.
- Fondo Monetario Internacional (1995) "El ahorro en una economía mundial en crecimiento", Cap. V., *El Mercado de Valores*, agosto-septiembre. México: Nafinsa.
- Galeano, Eduardo (1992) "El desperdicio como destino", *El País*, 20 de enero, España.
- González Navarro, Pedro (1994) *Hacia una economía para todos*. México: Jus.
- Hansen, Alvin H. (2000) *Guía de Keynes*. México: FCE.
- Hernández, Alfonso, Julieta Salgado, y Bernardo León (2000) "Historia de transición", *Magis*, junio. Guadalajara: ITESO.
- Hughes, Helen (1986) "Las políticas económicas y el desarrollo", *El Mercado de Valores*, 18 de mayo. México: Nafinsa.
- Ibarra Muñoz, David (1995) "Reforma, empleo y política social", *El Mercado de Valores*, diciembre. México: Nafinsa.
- Jiménez Ottalengo, Regina (1995) "México, ¿crisis de identidad?", *Istmo*, sept.-oct. Guadalajara: ITESO.
- Kerber, Víctor (1995) "Asia Pacífico en la diversificación de las relaciones exteriores de México", *El Mercado de Valores*, julio. México: Nafinsa.
- Keynes, John Maynard (1965) *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México: FCE.
- Kleeman G., Jesús (2003) *El humanismo del futuro. Una propuesta*, marzo. Guadalajara: Instituto Dávila Garibi/Canaco de Guadalajara.
- Koslik, Adolf (1992) *El capitalismo popular*. México: Siglo XXI Editores.
- Kurose, Nobohiro (1996) "Estrategia administrativa de la pequeña y mediana empresa en Japón", *El Mercado de Valores*, julio. México: Nafinsa.
- León de, Judyth (1993-1994) "La Cuenca del Pacífico", *El Mercado de Valores*, dic. de 1993 y oct. de 1994. México: Nafinsa.
- León Portilla, Miguel (coord.) (1978) *Historia de México*. México: Salvat.
- Llano Cifuentes, Carlos (1996) "Las siete culturas del capitalismo", *Istmo, Centros Culturales de México*, nov.-dic., México.
- López Portillo, José (1976) *Génesis y teoría general del Estado*. México: IEPES.
- López Roldán, Mario (2000) "El Acuerdo de Libre Comercio México-UE: una asociación económica sin precedentes", *El Mercado de Valores*, julio. México: Nafinsa.
- Maddison, Angus (1971) *Crecimiento en el Japón y la URSS*. México: FCE.
- Medina J., Daniel (1999) "Informar a la sociedad de la información", *Magis*, febrero. Guadalajara: ITESO.
- Medina, Ricardo (1997) "Los paraísos perdidos", *Expansión*, 23 de abril. México: Grupo Editorial Expansión.
- Mendo Gutiérrez, Alejandro (2001) "Universidad y sustentabilidad", *Magis*, nov. Guadalajara: ITESO.
- Morales Mancera, José (1980) *Filosofía social de la propiedad*. México: Trillas.
- Muller, Jerry Z. (1989) "El futuro del capitalismo", *Expansión*, 11 de octubre. México: Grupo Editorial Expansión.
- Napoleoni, Claudio (dir.) (1972) *Diccionario de economía política*. Madrid: Castilla.
- Neme Salum, José (1997) "El mismo error del 87", *Excélsior*, 26 de mayo, México.
- Okita, Saburo (1971) "Crecimiento en el Japón y la URSS", en Angus Maddison, *Internacional Labor Review*. México: FCE.
- Ortega y Gasset, José (1985) *La rebelión de las masas*. México: Porrúa.
- Panel "Importancia de la Universidad en el Mundo Indígena" (2001), en *Magis*, noviembre. Guadalajara: ITESO.
- Partido de la Revolución Democrática (PRD) (1998) *Programa para el Desarrollo Económico con Justicia Social, 1998-2000*, México.
- Patiño Márquez, Federico (1999) "Hacia una estrategia de capital humano", *El Mercado de Valores*, junio. México: Nafinsa.
- Peru, Egurbide (1992) "Conocidos intelectuales y empresarios debaten temas de capitalismo y ética en el Vaticano", *El País*, 20 de enero, España.
- Piso Joo, Silvia (1995) "Modelo italiano de desarrollo industrial", *El Mercado de Valores*, agosto. México: Nafinsa.
- Ramírez, Juan José (2002) "Globalización y bloques regionales", *El mercado de valores*, junio. México: Nafinsa.
- Ramos, Joseph (1996) "¿Es posible crecer con equidad?", *El Mercado de Valores*, febrero. México: Nafinsa.
- Ramos, Samuel (1968) *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa Calpe.

Regalado Lobo, Alberto (1992) "La 'X' de México", *Expansión*, 13 de mayo. México: Grupo Editorial Expansión.

Reguillo C., Rossana (1998) "Los caminos de la nación" (cita a Alain Touraine), *Magis*, sept. Guadalajara: ITESO.

Riding, Alan (1985) *Vecinos distantes*. México: Mortiz/Planeta.

Rocha, María de Lourdes (2003) "Mercado petrolero", *Examen de la situación económica de México*. Banamex/Citigroup.

Rosas, María (1988) "El pensamiento económico alemán", *Expansión*, 13 de enero. México: Grupo Editorial Expansión.

S. L. M. (1997) "Ahorro y crecimiento", *Examen de la situación económica de México*, julio. México: Banamex/Accival.

Sáenz, Josué (1996) "Quiénes nos han fallado y cómo corregir el rumbo", *Expansión*, 14 de agosto. México: Grupo Editorial Expansión.

Samuelson, Paul A. (1975) *Curso de economía moderna*. España: Aguilar.

Santa Cruz, Lucía (1991) "Libre comercio y bienestar", *Expansión*, 23 de enero. México: Grupo Editorial Expansión.

Saucedo Sánchez, J. Alberto (2004) "El Estado y el desarrollo económico", *Comercio Exterior*, enero, México.

Schydrowsky, Daniel M. (1990) "Políticas macroeconómicas: en busca de una síntesis", *El Mercado de Valores*, 15 de agosto. México: Nafinsa.

Soros, George (1997) *Expansión* (citado en la página editorial), 26 de febrero. México: Grupo Editorial Expansión.

Soto Priante, Sergio (1996) "El nuevo camino", *Boletín Empresarial*, agosto. Guadalajara: CEJ.

Uribe Castañeda, Manuel (1994) "La República de Corea ante el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica", *El Mercado de Valores*, sept. México: Nafinsa.

Urquidi, Víctor L. (1997) "México en la globalización: requisitos y condiciones", *Boletín Empresarial*, sept. Guadalajara: CEJ.

Valenzuela Rodarte, Alberto (1961) *Historia de la literatura mexicana*. México: Jus.

Vázquez, Isabel (2001) "Indicadores sociopolíticos: ingreso por familias", *Examen de la situación económica de México*, agosto. México: Banamex.

Vázquez-Dodero, Juan Carlos (2002) "Resistir la crisis", *Istmo, C. Culturales de México*, nov.-dic., México.

Velasco R., Pedro Juan (2004) "Las trampas de la investigación", *Magis*, abril. Guadalajara: ITESO.

Webster, Andrés (2000) "La agenda social del siglo XXI. Hacia una sociedad creativa", *Examen de la Situación Económica*, ago.-sept. México: Grupo Banamex/Accival.

Wheelright, Steven C. (1982) *Japón, donde las operaciones son realmente estratégicas*. México: Biblioteca Harvard de Administración de Empresas.

"XI Congreso Nacional de Economistas" (1995) *El Mercado de Valores*, dic. México: Nafinsa.

Última conspiración
México en el siglo XXI

se terminó de imprimir en junio de 2006
en los talleres de Ediciones de la Noche.
Guadalajara, Jalisco.

edicionesdelanoche@gmail.com

México es considerado como un país de planes, intrigas, revoluciones, asonadas, conjuraciones y conjurados. Al mismo tiempo, es reconocido como un país de conmemoraciones. Precisamente, no está lejano ya el año en el que podrán celebrarse un centenario y un bicentenario. Y esos aniversarios próximos nos ofrecen la ocasión para reafirmar y concluir los ideales de esas dos luchas, acaecidas en 1810 y en 1910. Esto sin dejar de mencionar la contienda reformista por la separación de poderes y que, a la postre, culminó en la confirmación de la soberanía nacional, al erradicar la intromisión extranjera y al afianzar la institución republicana.

Es sabido que la autonomía política, conseguida en el siglo XIX, y el reconocimiento de los derechos campesinos y obreros, obtenido cien años después, adolecen en la práctica de restricciones. Por eso, casi en el arranque de este siglo y milenio, el año 2010 nos puede ofrecer la oportunidad de esa doble conmemoración y la posibilidad de obligar a una flexión de nuestra historia, al concebir un propósito y al reafirmar una idea: el que esta generación promueva, “todos a una”, la última conspiración para abatir las dependencias externas y alentando una rebeldía social, pero contra sí misma; para, arrancando egoísmos y complejos, sacudir el subdesarrollo y encontrar los caminos de las concordias políticas y descubrir los mecanismos de los acuerdos nacionales. Erigir un perenne monumento conmemorativo a la patria en el siglo XXI, con la evidencia de una maduración social y de una esforzada voluntad por el bien común y la prosperidad en la diversidad racial.

